LIBRO dot.com

La Historia de Gillion de Trazegnies

Anónimo

Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

La "Historia de Gillion de Trazegnies y de Dama Marie, su mujer" es una obra anónima de la literatura belga que se conoce bajo la forma de novela desde el S.XV. Su origen parece haber estado en una pieza para ser narrada teatralmente de la cual las primeras noticias que se tienen son del S.XIV.

El personaje central de la novela, Gillion de Trazegnies, no ha existido nunca: es un personaje de ficción. La novela no es una biografía ni una alabanza a una persona histórica sino una obra de creación literaria en el más pleno sentido del término. Es así como constituye un hito en la evolución de la literatura francesa.

La figura central puede haber sido inspirada de alguna manera en Gilles de Trazegnies, llamado "el Moreno", que estuvo en el Medio Oriente y tuvo dos esposas. Sin embargo, si se lee el texto de la novela que sigue a continuación se advertirá que las diferencias novelescas son notables. El verdadero Gilles de Trazegnies acompañó al Rey San Luis de Francia a las Cruzadas y fue nombrado por éste como Condestable de Francia en Tierra Santa, cargo que ocupó hasta el final de su vida. Por otra parte, no tuvo dos mujeres simultáneas sino que enviudó y se volvió a casar, por lo que lo enterraron entre sus dos esposas. Ninguna de ellas fue egipcia.

La novela se inscribe dentro del género llamado "novela cortés" (roman courtois), que pretendía comunicar una cierta filosofía refinada de la vida, plantear un nuevo concepto del amor, afirmar los valores caballerescos (el deseo de superación personal, la valentía, la integridad, la lealtad, etc.) y reivindicar a la mujer. De alguna manera, esta novela ha sido emparentada literariamente con los "lais" de Marie de France, especialmente con el Eliduc. Indudablemente la "Historia de Gillion de Trazegnies" retoma un tema importante de la literatura tradicional (tratado también en el Eliduc) que es el del caballero bígamo, el hombre con dos mujeres a pesar de ser profundamente católico. Sin embargo, la trama, los valores implícitos y el simbolismo - con algunas resonancias herméticas- de la novela que presento, difieren de manera muy marcada con el Eliduc.

Indice

La promesa: Introducción y dedicatoria; capítulos
El viaje a Jerusalén: capítulos
Prisión en Egipto: capítulos
La batalla de Babilonia: capítulos
La reivindicación de Gillion: capítulos
La traición: capítulos
Prisión en Trípoli: capítulos
La liberación: capítulos
En Chipre: capítulos
La separación de los hermanos: capítulos
La muerte de Gillion: capítulos

La promesa
Introducción - Dedicatoria

Los elevados y valientes hechos de las personas nobles y virtuosas son dignos de ser contados y escritos, tanto para inmortalizar su nombre gracias a su fama y a la excelsa alabanza, como también para conmover e inflamar los corazones de quienes leen y escuchan el relato, a fin de orientarlos a evitar y huir de los hechos viciosos, deshonestos y vituperables y de entusiasmarlos a realizar hechos honestos y gloriosos, que merezcan vivir en la perpetua memoria.

Es así que hace dos años viajaba por el Condado de Hainaut, país que ha tenido y tiene todavía una muy noble y valiente caballería, como aparece de las crónicas y antiguas historias. Al pasar, conocí una abadía muy antigua, donde había tres tumbas levantadas sobre el suelo; se llamaba la Abadía de la Oliva. Y como desde mi primera juventud he estado deseoso -y sigo todavía- de conocer los importantes hechos que protagonizaron los nobles y virtuosos personajes del tiempo pasado, averigüé los nombres de aquellos que yacían bajo las tres tumbas. Fui informado por el Abad y por los monjes del convento que las tumbas contenían los cuerpos de dos nobles y valerosas damas, y que su marido estaba sepultado entre ellas. Me dijeron sus nombres y apellidos y yo también los pude ver escritos en sus tumbas. Cuando vi y leí los epitafios, me enteré de que ahí yacía el muy valeroso caballero Gillion de Trazegnies en medio de dos nobles y virtuosas damas que en vida fueron sus compañeras y sus esposas, una de las cuales había sido la hija del Sultán de Babilonia.

¡Cómo no me iba a maravillar! Le pedí inmediatamente al Abad y a los monjes del monasterio que me contaran más ampliamente la historia y me dijeran cómo el tal Señor de Trazegnies se había casado con la hija del Sultán y la había traído a Hainaut. Entonces el Abad hizo que uno de los monjes trajera un pequeño libro en pergamino, escrito en italiano con letra muy antigua y muy difícil. Y luego de haber leído y escuchado la historia, me pareció muy hermosa y digna de ser oída; por eso me he tomado el esfuerzo y he hecho el trabajo de traducir el contenido del librito en lengua francesa. De esta manera, los importantes hechos que hizo y cumplió el muy valeroso y esforzado caballero Gillion de Trazegnies y sus dos hijos, y sus grandes proezas no se extinguirán sino que serán conocidas cada vez más para que sean objeto por siempre jamás de perpetua memoria.

Por lo que sé, estoy seguro de que esta historia será escuchada con mucho placer por el Muy Alto, Muy Excelente y Muy Poderoso Príncipe, mi Muy Respetado Señor Phailippe, por la gracia de Dios, Duque de Borgoña, de Brabante, de Lotharingia y del Limburgo, Conde de Flandes, de Artois y de Borgoña, Palatino de Hainaut, de Holanda, de Zelandia y de Namur, Marqués del Santo Imperio, Señor de Frisia, de Salins y de Malinas. Sé que no existe letrado ni persona alguna capaz de poner por escrito esta historia, adornando el lenguaje como se merece. Por eso, muy humildemente suplico a mi Muy Respetado Señor que acepte mi simpleza como excusa.

Capítulo I

Cómo Gillion de Trazegnies desposó a la hija del Conde de Ostrevant, llamada Marie.

Por los tiempos en que reinaba en Francia el noble Rey [Childebert] y en Hainaut el Conde [Baudouin I], [primero de ese nombre], sucedió que en el Castillo de dicho Conde se encontraba un joven caballero, valiente y hábil con las armas. En diferentes lugares importantes había mostrado su escudo y realizado tantas proezas que su fama se había extendido por varios reinos. Hizo tanto que, por su valor, el noble Conde a cuyo servicio estaba le dio en matrimonio a un pariente cercana llamada Marie, hija del Conde de Ostrevant. El joven caballero a quien quiero mencionar aquí se llamaba Gillion y era Señor de Trazegnies. La belleza y la bondad que existían en él y en la Dama Marie, verdaderamente no sabría describirla. Porque Dios y la naturaleza habían obrado tan excelsamente que ningún mortal sabría describir los resultados. Estaban tan bien adornados de buenas virtudes, costumbres y condiciones que no podría agregar nada.

Las nupcias se realizaron en el Castillo de los Avesnes, que pertenecía al Conde. El Conde de Hainaut y la Condesa, su mujer, reunieron con ese motivo a toda su corte. Las fiestas y solemnidades duraron ocho días. No quiero hacerles el cuento largo respecto de los grandes regalos y larguezas que les hicieron el Conde y la Condesa, ni de las justas, fiestas y torneos en los que participaron todos los barones y caballeros del lugar; baste decir que la fiesta fue tan grande que se hubiera deseado que no tenga fin.

Pasados los ocho días, los barones y caballeros, las damas y damiselas, retornaron a sus residencias. Monseñor Gillion de Trazegnies y la Dama Marie, su mujer, se despidieron del Conde y de la Condesa - aunque éstos querían guardarlos con ellos- y se dirigieron a su Castillo y Señorío de Trazegnies. Ahí fueron recibidos con gran alegría por sus súbditos, amigos y vecinos, quienes estaban muy contentos de su regreso. Todos los querían mucho y les tenían en mucho aprecio por la bondad y la gran humildad que veían en su Señor y en su nueva Señora. Fueron amados y respetados por todos, incluso por los que no los conocían personalmente sino que únicamente oían de la bien arreglada vida que llevaban.

Mucho tiempo pasó sin que tuvieran descendencia. Por ello, los dos juntos presentaron a Nuestro Señor muchas piadosas quejas y rezaron muchas devotas oraciones solicitando que se les concediera la gracia de tener un hijo varón que después de ellos pudiera heredar la tierra y el Señorío y que engendrara una línea de descendientes al servicio de Dios.

Capítulo II

De la hermosa vida que llevaron juntos Gillion de Trazegnies y Dama Marie, su mujer

Así como oís, el Señor de Trazegnies y la Dama Marie, su esposa, diariamente elevaban sin cesar sus devotas plegarias a Nuestro Señor. Todos estaban apenados por el hecho de que no pudieran tener linaje, dada la bondad y belleza de ambos. Gillion era muy grande, corpulento y de buena talla en todos sus miembros. Su mirada era tan fiera como la de un león. Era muy apreciado y querido por el Conde. Sabio de espíritu y bien hablado, de él se podía recibir muy buen consejo. Detestaba a los aduladores y halagadores. Estuvo siempre listo para servir a su Señor. Con su buen sentido había apaciguado muchas controversias y tensiones. No tenía enemigos y era respetado y querido por grandes y pequeños.

Sucedió que un día él y Dama Marie, su mujer, estaban apoyados en la ventana de la sala desde donde se divisaban muchas cosas. Después de un tiempo de estar ahí, la Dama se puso a mirar el foso del Castillo, donde el agua era clara y hermosa. Ahí podía verse un gran número de peces nadando. Entre ellos, Dama Marie vio una gran carpa que en torno de ella tenía muchas pequeñas carpitas. Unas iban delante de la carpa madre, adelantándola; otras al costado; otras abrían la boca para tomar aire. Por lo cual parecía que a la carpa le daba placer tener sus crías. Los miró muy atentamente y pronto las lágrimas comenzaron a deslizarse a caer por sus mejillas. Lanzó un fuerte suspiro. Su Señor, que estaba sentado al lado de ella, se dio cuenta y sintió un gran dolor en el corazón al verla llorar así.

Le preguntó muy dulcemente cuál era la causa de su pena, rogándole que le contestara. Ella, que lo amaba mucho, le respondió: «Ya que así lo queréis, Sire, la razón pide que os lo diga. A vos, Sire, no puedo ocultaros nada. Pero no penséis que nada de lo que os diga pueda ser culpa vuestra. Ya que lo queréis saber, la verdad es que estando apoyada a vuestro lado en esa ventana, mirando hacia abajo he visto un pez en el agua del foso en torno al cual nadaba una gran cantidad de pequeños peces. Pensé que ese pez era la madre, pues los pequeños peces jugaban y nadaban con ella. Advertí que ella les hacía grandes fiestas a los pequeños como, por derecho, la naturaleza enseña a amar lo que se ha procreado. Yo, al ver el amor tan grande que la madre tiene por sus hijos, me he acordado de vos a quien Dios ha otorgado tantas gracias como ningún otro hombre que conozco, de tal manera que no ha ahorrado ninguna belleza, en fuerza como en contextura y en la proporción de todos vuestros miembros. De otro lado, Dios me ha hecho tan bien y me ha formado tan perfectamente que no sé qué cosa pueda tener otra mujer que yo no tenga. Además, Dios nos ha provisto magníficamente de oro y plata, de tierras y señoríos, que no tenemos razón alguna de quejarnos. Por todo eso estamos obligados a darle las gracias y a rendirle alabanzas, salvo en que la naturaleza se ha olvidado de nosotros porque no podemos tener descendencia. No importa cuál de los dos es responsable de ello, en la medida de que es así como lo quiere Nuestro Señor».

Capítulo III

Cómo Gillion, después de algunas conversaciones con su mujer, entró en su Capilla y elevó sus oraciones a Nuestro Señor, y del voto que hizo a Dios

Cuando el Señor de Trazegnies oyó de su mujer la causa por la cual sufría, pensó un poco y luego le dijo: «Dama, sabed que, en verdad, aun cuando la mejor simiente que hoy día es posible encontrar fuera sembrada sobre tierra fértil que abunda en el mundo, hay veces en que a duras penas se podría recuperar nueva semilla de tal siembra. Ciertamente no es mi culpa de que no tengamos hijos, sino que es la voluntad de Nuestro Señor que así lo quiere. Porque cuando El lo quiera, los tendremos. Debemos agradecerle y alabarle por todo lo que hemos recibido y desear que Su voluntad se cumpla». Se asomó Gillion a la ventana y, mirando hacia abajo, vio el pez que se alejaba nadando. Dejó la ventana, pensativo y entró en su Capilla, donde se colocó delante del Crucifijo. Muy humildemente, con las dos rodillas en tierra, rogó una y otra vez que se le concediera la gracia de tener con su mujer un hijo varón que heredara después de él su tierra y señorío.

Prometió a Dios que si esta gracia le fuera otorgada, tan pronto como sucediera atravesaría el mar e iría a visitar y besar el Santo Sepulcro, donde Dios estuvo muerto y vivo. La oración del buen caballero fue atendida con creces, como después podréis escuchar. Porque Dios jamás rechaza la oración devota de quienes le sirven lealmente.

Hecha esta promesa a Nuestro Señor, Gillion de Trazegnies dejó la Capilla y retornó a la sala donde encontró a Dama Marie, su compañera. La mesa fue puesta y la comida estuvo lista. Se sentaron y fueron servidos con todo cuanto pudieron desear.

Después de comer y luego de un rato de conversación, fueron hechas las camas y preparada la habitación. Fueron a acostarse juntos. Tanto se esforzaron, con la aprobación de Nuestro Señor, que esa misma noche engendraron dos hijos muy hermosos que después fueron dos valientes y audaces caballeros y que mucho sufrieron grandes penas y trabajos antes de que su padre pudiera reunirse con ellos, como lo podréis escuchar más ampliamente después.

Capítulo IV

Cómo Gillion fue a Mons, donde encontró al Conde de Hainaut a quien trajo a Trazegnies

Después de esa noche en que Gillion de Trazegnies yació con su noble mujer, llegó la mañana. Se levantaron y fueron a oír el servicio divino. Después regresaron como de costumbre al Castillo de Trazegnies. Luego de desayunar fueron, también como de costumbre, a retozar en el campo. Y es así como Gillion pasó una temporada en su Castillo con Marie, su noble mujer.

Sucedió que una noche en que yacían juntos y conversaban de sus asuntos, la Dama comenzó a quejarse un poco. Después le dijo a su marido: «Sire, sucede que estoy encinta. Porque ya han pasado dos días desde que lo he sentido por primera vez. Gracias y alabanzas debemos rendir a Nuestro Señor y rogarle que me vaya bien en el parto y que pueda asistir al bautismo». El Señor de Trazegnies, habiendo oído decir a su mujer lo que más deseaba escuchar, levantó las manos al Cielo agradeciendo a Nuestro Señor y rogándole en su corazón que le permitiera cumplir con la promesa que había hecho. Después se tornó hacia su Dama y le dijo que era una gran cosa que Dios no los hubiera olvidado.

Conversaron de muchas cosas. Pasó la noche. Cuando llegó el día siguiente, se levantaron. Gillion ordenó y alistó a su gente y les dijo que después del desayuno iría a ver al Conde de Hainaut, su Señor, a quien esperaba encontrar en Mons. Fueron juntos a oír Misa. Después regresaron a tomar desayuno. Una vez que hubieron comido y bebido a su gusto, se levantaron de la mesa.

Los caballos fueron alistados. Después Gillion se despidió de su Dama y él y su gente montaron a caballo. No se detuvo hasta que llegó a Mons donde encontró al Conde de Hainaut, su Señor, quien lo recibió muy alegremente, lo mismo que la noble Condesa y los barones que ahí estaban y que habían sido reunidos por mandato del Conde.

Gillion de Trazegnies fue a ver al Conde y le dijo: «Sire, os suplico humildemente que, si queréis hacer algo por mí, vengáis a Trazegnies. Veréis nuestro nuevo hogar y mi muy respetada señora. Creo que no me negaréis este favor». El Conde le respondió: «Sire de Trazegnies, vuestro pedido os sea concedido. Nos han dicho que en torno a Trazegnies, en vuestros bosques, hay grandes ciervos; por lo que podríamos entretenernos cazándolos». «Sire,» dijo Gillion, «podréis entreteneros sin duda porque hay un gran número de ciervos, corzas, gamos y venados». El Conde, que todavía era un hombre joven, deseando complacer a Gillion, ordenó que se preparase su saco de viaje para partir en la mañana siguiente; lo que fue hecho así.

Cuando llegó el día, las damas estaban listas. Con grandes demostraciones de júbilo,

subieron a los coches y hacaneas. Pero antes de que ellas retornen, la Condesa y toda su compañía mudarán esta alegría en llanto y tristeza, como podréis oír.

Capitulo V

Cómo Gillion emprendió el viaje de ultramar y de la revelación que hizo al Conde de Hainaut delante de todos sus barones

Cuando el Conde vio que las damas habían partido, él y todos sus barones montaron a caballo; porque fueron pocos los barones que no habían acudido a verlo en esa ocasión. Estaba el Señor de Havret, el Señor de Anthoing, el Señor d'Enghien, el Señor de Ligne, el Señor de la Hameide, el Señor de Bossus y varios otros caballeros y escuderos que acompañaban al Conde y a la Condesa.

Tanto se esforzaron que todos llegaron al Castillo de Trazegnies, donde fueron recibidos con gran júbilo por el Señor del lugar y por la Dama Marie. Si quisiera contarles la cantidad de platos y entremeses que se sirvieron ese día, ciertamente les aburriría. Pero sabed que de todo lo que en el país se podía obtener, no se ahorró en lo menor; al punto que lo que sobró fue después abandonado a los que libremente quisieran tomarlo. Pasaron cuatro días de fiesta y alegría. Cada día salían a entretenerse cazando ciervos y aves.

El quinto día, cuando el Conde y la Condesa estaban sentados a la mesa, el Señor de Trazegnies pensó que había llegado la hora del contar al Conde, su Señor, la causa principal por la que lo había hecho venir y decidió hablarle después de la comida. Acercóse al Conde y le dijo: «Monseñor y vos también Señora, os ruego perdonarme si alguna falta he cometido como anfitrión que pudiera haceros pensar que no habéis estado bien recibidos como lo hubiera querido. Pero nuestra ignorancia puede ser considerada una excusa. Es sabido que los recién casados jamás están bien enterados de la forma de agradar a un huésped como los que hace ya tiempo forman matrimonios». «Sire de Trazegnies,» dijo el Conde volviéndose hacia la Dama Marie, «veo bastante bien que no sólo mi bella prima, vuestra mujer, sino que ambos no han escatimado esfuerzo para ser buenos anfitriones. En cuanto a ella, veo que quien se dirigían estos comentarios, quedó tan azorada que enrojeció de vergüenza; lo que no le sentó mal tampoco, porque en toda la fiesta no había otra dama más bella.

Cuando el Conde terminó de cenar y se levantaron de la mesa después de haber dado gracias a Nuestro Señor, Gillion de Trazegnies vio que era el momento de hablar. Acercóse donde se encontraba el Conde, la Condesa y los barones y dijo en alta voz para que todos pudieran oír: «Mi muy respetado Señor, damas y vosotros señores, parientes y amigos, que me habéis hecho el honor de venir a ruego mío a mi morada y habéis tenido paciencia de nuestra humildad, aceptando de buen grado lo poco que hemos podido daros, aunque ha sido todo lo que estaba a nuestro alcance. Todos vosotros, vos Monseñor, vos Señora, vosotros todos, parientes y amigos aquí reunidos, sabéis que mi mujer y yo hemos pasado un tiempo sin haber podido concebir un hijo.

Por ese motivo, ella y yo teníamos mucha pena ante Nuestro Señor. Y es a causa de este infortunio que hace poco más o menos cuatro meses rogué a Nuestro Señor que nos enviara un heredero, sea hijo o hija, que pudiera recibir en su día nuestras heredades y señoríos; y Le prometí que tan pronto me diera cuenta de que esta gracia me había sido concedida, partiría de inmediato para un viaje largo, sin pasar jamás en ciudad ni castillo más de dos días seguidos, hasta que hubiera visto y hubiera estado en la ciudad de Jerusalén y besado el Santo Sepulcro donde Dios estuvo muerto y vivo. Y por ello, a vos Sire, que sois mi Señor natural y que yo soy vuestro vasallo, y a vos mi Señora que estáis aquí y a vosotros todos, monseñores, parientes y amigos que estáis presentes, os encomiendo mi mujer, mis bienes y todo lo que vendrá de mí, sea hijo o hija, según lo que Dios ordene. Porque las promesas deben ser cumplidas y más aún si son hechas a Nuestro Señor de quien nos viene todo lo bueno».

El viaje a Jerusalem

Capitulo VI

Cómo Gillion partió de Trazegnies para hacer su viaje y del gran duelo de su mujer encinta

Cuando el Conde oyó lo dicho por Gillion y apreció lo inconmovible de su decisión, estuvo muy confundido y maravillado, lo mismo que la Condesa y que los barones y todos los que ahí se encontraban, con mucha molestia de corazón. La Dama Marie, su mujer, que quedó completamente abatida y pensativa por el gran dolor que sintió al oír la decisión de su Señor, cayó desmayada en la sala y parecía más muerta que viva. El Conde, la Condesa y las damas la levantaron y la reconfortaron lo mejor que pudieron. Cuando el Conde hubo escuchado el propósito de Gillion y visto el dolor de su prima, dijo muy perturbado: «Gillion, sucede que esta promesa que habéis hecho aún puede ser postergada. No es que la debas incumplir sino que podría ejecutarse después de que vuestra mujer haya dado a luz al hijo que lleva en su seno. Si partís ahora, bien pudiera suceder que ella resultara afectada. Os aconsejo esperar hasta que hayáis visto al hijo que ella vos proporcionará. Una vez que hayáis visto que todo ha resultado bien, podéis partir y cumplir vuestra promesa». «Sire,» dijo Gillion al Conde, «la cosa sería muy grave si vos rehusáis, pero mi partida no puede ser postergada porque así lo he prometido a Dios. Os encomiendo mi mujer y os suplico, así como a la Señora, que la tengáis en buena gracia y como recomendada hasta mi regreso, que será lo más pronto posible». Cuando el Conde vio que era conveniente que Gillion partiera y que nada podría hacerle cambiar de idea ni desviarlo de su propósito de hacer el viaje, las lágrimas le cayeron de sus ojos a lo largo de sus mejillas.

Es entonces que comenzó el duelo tan grande de todos los que ahí estaban. La Dama Marie, su mujer, toda bañada en lágrimas, se colocó de rodillas delante de Gillion, su marido, y le dijo: «Mi muy querido Señor, os suplico postergar vuestra partida hasta después del parto para que conozcáis, desde antes de dejarnos, al heredero que Nuestro Señor nos habrá enviado. Después me quedaré incluso contenta por vuestra partida,

porque conviene que hagáis el viaje. Si no me concedéis este pedido, tengo mucho miedo y temor de que me suceda algo muy malo». «Dama,» le dijo Gillion, «os ruego que no me habléis más de ello. Tened confianza en Nuestro Señor y en la Virgen María. Ahí están nuestro buen Señor y su Dama que os visitarán y confortarán. Por otra parte, aquí están nuestros buenos Señores, parientes y amigos, a los que yo os encomiendo». Entonces la Dama, viendo que toda súplica era inútil, se puso a llorar muy tiernamente; y la Condesa y las damas la reconfortaron lo mejor que pudieron.

Si la alegría había sido grande a la llegada de todo el cortejo, mayor fue la tristeza cuando todos se fueron. Gillion de Trazegnies hizo traer su saco de viaje que antes había ordenado preparar y se despidió de su mujer, a la que había encomendado a la Condesa y a las damas que ahí se encontraban. Entonces recomenzaron los lloros y los gritos, que daba pena oírlos. Y nada fue nunca más duro que verlos a los dos deshacerse en lágrimas. Dejaremos las lágrimas y las quejas que ese día fueron vertidas en Trazegnies, sobre todo cuando finalmente Gillion se despidió de su mujer, recomendándola a la Condesa. Ella le dijo al momento de partir que quería que le diera un anillo de oro donde estaba engastado un rubí muy grande, que él siempre llevaba en la mano. «Bella,» le dijo Gillion, «os lo doy para que os recuerde siempre rogar a Dios a fin de que pueda regresar pronto». La noble dama lo recibió llorando. Después, se besaron uno al otro al momento de partir. Entonces, el Conde y los barones montaron a caballo y partieron de Trazegnies muy quedos y callados, porque ninguno de ellos tenía ganas de decir nada debido a la gran tristeza que les había producido en Trazegnies la penosa separación del Señor y de la Dama.

Capitulo VII

Cómo Gillion llegó a Roma y de ahí a Jerusalén, y del sueño que tuvo

Gillion llevaba consigo a ocho gentilhombres y cuatro sirvientes. Cuando se encontró en el campo, se acercó al Conde con quien tuvo conversaciones que no quiero recitar aquí. El Conde y todos los barones lo escoltaron hasta que estuvo fuera del Condado de Hainaut. Al llegar a este punto, Gillion se despidió del Conde y de los barones, recomendándoles a su mujer, a sus tierras y a sus señoríos. El Conde lo abrazó llorando, sin poder decir una sola palabra. Daba pena ver la escena porque de ambos lados no había persona alguna que no se sintiera tristeza por la partida.

El Conde regresó a Mons, y Gillion y su grupo se esforzaron tanto que atravesando la Champagne, la Borgoña, Savoya y Lombardía, llegaron a Roma . Se confesaron ante el Papa, quien los absolvió y los bendijo. Poco después reemprendieron la marcha y llegaron a Nápoles , donde encontraron un navío en el que varios mercaderes querían ir a Siria. Gillion estaba muy contento de que todo les fuera tan bien. Negoció con el

patrón, quien le prometió llevarlo a él y a su escolta hasta Jaffa . Abordaron al navío y se hicieron a la mar. Tuvieron buen viento y pronto se alejaron de tierra.

De la travesía de mar, no quiero hacerles un largo cuento. Todo salió bien y tuvieron tan buen viento en las velas que pasaron el faro de Messina, las islas de Candia y de Rodas, hasta Baffe en Chipre donde se refrescaron. Se hicieron nuevamente a la mar y sin detenerse en puerto alguno, pasaron por el Golfo de Satalya , sin problema alguno. Llegaron a Jaffa donde desembarcaron. En ese lugar encontraron asnos, mulas y gacelas en los que montaron, y tomaron la trocha de Rennes, que les condujo hasta la Ciudad Santa de Jerusalén. Ahí se alojaron en donde los peregrinos acostumbran hacerlo. Esa noche descansaron hasta la mañana siguiente en que se levantaron y fueron a la Iglesia donde hicieron ofrendas y besaron devotamente el Santo Sepulcro.

Oyeron Misa y recibieron el Sacramento sobre el Monte Calvario; después visitaron todos los Santos Lugares que ahí se encuentran.

Una vez que Gillion de Trazegnies y su gente hubieron realizado sus actos de devoción, regresaron a su posada, donde pasaron todo el día. Al llegar la noche, todos se fueron a dormir y descansar. Cuando ya Gillion estaba acostado y dormido, le sobrevino una visión maravillosa. Sucedió que vio a un grifo grande y horrible que se precipitaba sobre él para arrancarle el hígado y los pulmones y que, quisiera o no Gillion y a pesar de la forma como se defendió, lo llevó a ultramar y lo dejó en su nido. Ahí había un pichón salvaje que, con gran sorpresa para él, le hacía manifestaciones de cariño y muchas fiestas. Pero el extraordinario grifo lo había dejado en un muy profundo foso, cavado en una roca, donde lo tenía totalmente subyugado. Estando encerrado ahí dentro, cada día venía a visitarlo una paloma blanca que le hacía mucho bien. Y después se dio cuenta de que detrás de ella venían dos bellos pájaros adornados con las más hermosas y ricas plumas que jamás se hayan visto; pero estas aves parecía que querían destruirlo. Sin embargo, logró dominarlas y ellas, con el pichón del extraordinario grifo, lo llevaron por encima del mar; luego, desde su vuelo, vieron un castillo donde habitaba un hada, y a Gillion le pareció que ella los festejaba en una forma indecible. Después volaron a una bella montaña donde vivían las aves. Se sentaron dentro del nido que estaba posado sobre la rama de un árbol y ésta comenzó a balancearse de tal manera que amenazaba quebrarse.

Debido al gran susto que tuvo, Gillion dio tales gritos que todos los que estaban durmiendo en su cuarto se despertaron atemorizados. Entonces Gillion, a quien su propio grito había despertado, se puso a clamar a Nuestro Señor con estas palabras: «¡Oh, muy verdadero Creador, que por nosotros quisisteis morir en la Cruz! Yo Os suplico muy humildemente que dignéis guardar mi cuerpo de toda tribulación, así como a mi buena esposa a quien dejé encinta. Y Os pido que me otorguéis la gracia de salvar y proteger al fruto que ella dará a luz, a fin de que alguna vez lo pueda ver antes de mi muerte; y que este vástago Os rinda también servicio, de manera que Os sea agradable».

Capitulo VIII

Cómo Gillion dejó Jerusalén y se hizo a la mar donde fue capturado por los sarracenos y llevado al Cairo de Babilonia

Una vez despierto y hecha su oración a Dios, llamó a su gente que estaba muy asustada por el gran grito que había dado y les contó con todo detalle su visión. Todos quedaron maravillados y le dijeron: «Sea que hayáis tenido, Sire, una visión o un sueño, no debéis otorgarle fe. No penséis más en ello». Entonces Gillion y todos ellos se levantaron y fueron a oír el servicio divino sobre el Monte Sion, donde Gillion hizo su ofrenda. Después de oída la Misa, regresaron a la posada y tomaron desayuno.

Una vez desayunados a gusto, abandonaron la Ciudad Santa de Jerusalén y se esforzaron tanto que llegaron a Jaffa donde los esperaba su navío. Inmediatamente subieron a bordo y el patrón desplegó las velas. El viento era tan conveniente que en muy poco tiempo se alejaron de tierra. Así estuvieron navegando hasta una hora después de la medianoche. Pero entonces se levantó un viento tan grande que la situación se puso muy riesgosa y todos pensaron que morirían. Cuando llegó la mañana, entraron en el Golfo de Satalya. Al mirar hacia la diestra divisaron un gran conjunto de naves que navegaban con la corriente, unas de un lado, otras de otro, habiendo sido alejadas unas de otras. En una de esas naves estaba al Sultán de Babilonia que iba a Chipre para hacerle la guerra al rey chipriota; pero la fatalidad les hizo retrasarse de modo que ese día no podrían llegar ni tomar puerto. El Sultán, desde el puente de su nave, divisó la embarcación de los peregrinos y ordenó a los patrones que abordasen la nave que se encontraba frente a ellos, ya que le parecía que todos eran cristianos. Por su parte, el patrón de la nave peregrina comprendió inmediatamente que eran sarracenos que venían a capturarlos. Comenzó a gritar muy fuerte y dijo: «¡Señores peregrinos, que estáis aquí! Ved ante vosotros a los enemigos de Dios. Mirad bien lo que haréis: defenderos o no defenderos en absoluto y permanecer en esclavitud durante el resto de vuestras vidas». Entonces Gillion de Trazegnies, habiendo oído al patrón, le respondió que todos preferían morir defendiéndose antes que caer en manos de los sarracenos y quedar como esclavos. Corrieron por todas partes de la nave buscando sus armas para defender sus cuerpos y sus vidas. Cuando todos estuvieron listos, Gillion, como esforzado y audaz caballero, espada en mano y con el escudo al cuello , se colocó en la borda de la nave y arengó a su gente. Por su parte, el Sultán ordenó que las velas fueran abatidas y que su nave fuera acostada contra la nave cristiana para el abordaje.

Cuando ambas naves estuvieron próximas, el Sultán hizo preguntar a uno de sus hombres quiénes eran los de la otra embarcación. Gillion desde la borda respondió que todos eran cristianos y naturales del país de Hainaut. El Sultán, habiendo comprobado

que eran cristianos, ordenó a su gente que atacara por todos los costados. Entonces los sarracenos se prendieron por todas partes de la nave cristiana y comenzaron el ataque, mientras que nuestros cristianos se defendían. Ambas partes se arrojaban lanzas con tal profusión que producía horror verlo; y desde las cofas arrojaban dardos y gruesas barras de fierro.

El asalto fue muy grande y feroz. Uno de los Emires sarracenos se aproximó a Gillion con aire de ser persona que conocía bien el manejo de las armas. Gillion advirtió la presencia del sarraceno y levantó su buena espada a dos manos. Con ella le dio tal golpe que le cortó la cabeza a la altura de los hombros y la hizo volar más de una toesa, mientras que el cuerpo se derrumbó a los pies del Sultán, quien se apenó mucho de ver muerto a su Emir. El Sultán se acercó a Gillion tratando de herir primero, pero falló. Porque Gillion, como un tigre desencadenado, le dio un tajo al Sultán con todas sus fuerzas, que si éste no lo esquiva, lo hubiera abierto hasta el estómago; sin embargo, el golpe había sido tan fuerte que el Sultán, quiéralo o no, cayó sobre la cubierta, piernas arriba y completamente aturdido. Los sarracenos creyeron que el Sultán había muerto. Lo levantaron tan pronto como pudieron. Cuando el Sultán se vio así derribado, tuvo más vergüenza que la que nunca había sentido en su vida. Muy ferozmente se volteó hacia su gente y les increpó: «¡Oh, falsos y desleales sarracenos de Mahoma! Sed malditos porque ha bastado un loco cristiano para doblegaros y haceros retroceder. Ya veis que no son sino un puñado de gente en una sola nave, mientras que nosotros tenemos tres grandes y fuertes naves; y aun así no habéis podido abordarla valientemente». Entonces recomenzó el asalto a la nave cristiana y los sarracenos la atacaban por todas partes. Gillion, desde la borda, castigaba duramente a los sarracenos. Aquel que era alcanzado por su espada, jamás sería visto de nuevo. Comenzó a gritar «¡Trazegnies!» para alentar a su gente, la que, muy valientemente, lo ayudaba como mejor podía. En un momento, los sarracenos lograban pasar a la nave cristiana; en el momento siguiente, eran arrojados fuera de ella. La matanza fue enorme, al punto que alrededor de las naves el mar era rojo por la sangre de los muertos.

Pero hay un proverbio que dice que la fuerza pace en el prado. Porque los sarracenos eran tan numerosos que lograron tomar la nave de los cristianos y todos los cristianos que se encontraban en ella fueron cortados en pedazos, salvo Gillion que fue tomado prisionero y atado, porque el Sultán no quiso que lo mataran debido a que lo había visto tan valiente y esforzado con las armas. Ordenó que lo enviaran inmediatamente al Cairo de Babilonia y que le dieran suficientemente de comer y de beber hasta que él hubiera regresado de Chipre.

La orden del Sultán fue cumplida. Daba pena ver a Gillion hecho prisionero de los sarracenos, mientras que toda su gente y sus servidores estaban muertos y despedazados. Entonces, llorando, juntó las manos y elevándolas piadosamente hacia el Cielo oró a Nuestro Señor, rogándole que lo arrancara del peligro en que ahora se encontraba y que le permitiera escapar de manos de los sarracenos; también le pidió que cuidara a su muy amada esposa que había dejado encinta al partir y que la ayudara a dar a luz con gran alegría el fruto que ella llevaba en su vientre. «¡Ah, noble país de Hainaut! Si Dios no tiene piedad de mí, no te podré ver más. ¡Oh, muy nobles Condes! Si conocieran mi actual infortunio seguramente tendrían gran dolor en el corazón. ¡Havrec, Anthoing, Ligne, Enghien, La Hamede, mis primos y verdaderos amigos! Quizá jamás me volverán a ver. Nuestro Señor quiera protegerlos, así como multiplicar

constantemente las riquezas de nuestro buen país. Monseñor San Leonardo , invoco vuestra ayuda y os requiero para que me socorráis porque sabéis que buena falta me hace». Bastante habéis oído sobre la captura de Gillion de Trazegnies, que estaba en una nave donde los sarracenos lo habían atado muy apretadamente y donde lo llevaban directamente al Cairo de Babilonia.

Cuando llegaron allá, los paganos lo colocaron en un calabozo muy profundo y oscuro, donde día y noche elevaba sus piadosas oraciones a Nuestro Señor. Pero por el momento dejaremos de hablar de Gillion hasta que sea la hora de regresar a él.

Capitulo IX

Cómo la Dama de Trazegnies dio a luz a dos bellos hijos, uno de los cuales fue llamado Jean y otro Gérard

Bien habéis oído que cuando partió Gillion de Trazegnies había dejado a Marie, su noble mujer, embarazada y encinta de hijo que, por la gracia de Nuestro Señor, pudo llevar normalmente durante nueve meses.

Cuando llegó la hora, dio a luz a dos muy bellos niños. Este hecho dio lugar a una alegría muy grande entre toda su gente, así como entre sus parientes y vecinos. Los dos fueron bautizados. El primero que llegó al mundo fue llamado Jean y el segundo Gérard. No es de sorprender que la Dama manifestara una gran alegría cuando le trajeron a sus hijos, después del bautizo. Los miró muy fuertemente y se acordó del padre de ellos y de los pececillos que habían visto antes de que los concibiera. Entonces se puso a llorar muy tiernamente y a lamentar la ausencia de su buen Señor y marido, rogando devotamente a Nuestro Señor que lo quisiera traer pronto y a salvo a su lado. Cuando la noble dama pudo dejar el lecho, se puso a alimentar y cuidar de sus dos bellos hijos con mucha dedicación; porque ella no podía soportar que otra nodriza les diera de lactar.

Cada día los veía crecer y desarrollarse. Jugar y solazarse con ellos era su mejor pasatiempo y en esta forma olvidaba su sufrimiento por la partida de su buen Señor.

Este se encontraba en Babilonia, prisionero del Sultán, del cual hablaremos dejando a la dama hasta que sea hora de hablar nuevamente de ella.

Capítulo X

Cómo el Sultán intentó desembarcar en Chipre, pero no pudo hacerlo por la gran resistencia del Rey de Chipre

Después de tomar prisionero a Gillion de Trazegnies y de haberlo enviado a un mal calabozo en Babilonia y luego de reunidos sus navíos que habían sido dispersados, el Sultán intentó desembarcar en el puerto de Baffe. Pero el valeroso Rey de Chipre que por entonces reinaba , se le adelantó en la defensa de su puerto; e hizo tanto con la ayuda de Dios y de su buena caballería que el Sultán no tuvo la fuerza necesaria para capturar el puerto. Por eso, se vio obligado a hacerse nuevamente a la mar sin haber tomado tierra, con gran deshonor y pérdidas; lo que lo puso muy enojado. El Rey de Chipre retornó a su ciudad de Nicosia con gran gloria e hizo el voto de que, tan pronto como pudiera, armaría una escuadra con destino a Babilonia, tan grande que sus navíos cubrirían el río Nilo.

Por su parte, el Sultán llegó al Cairo muy disgustado, siendo recibido con gran alegría por su muy amada hija, la bella Graciana, que era tan hermosa, modesta, cortés e inteligente que no sería posible encontrar otra igual. Cuando el Sultán vio a su hija, comenzó a sollozar y le dijo: «Hija mía, desde la última vez que nos hemos visto, he sufrido la mayor derrota que jamás he tenido. Pero hago votos a Dios y a nuestro santo profeta Mahoma que no tenga nuevamente alegría en el corazón hasta que ese muy desleal cristiano que se dice Rey de Chipre caiga en mis manos y que con cuatro potros le descoyunte y le arranque todos sus miembros uno a uno. Y si alguna vez viene un cristiano por estas tierras, también lo haré destruir». «Sire,», le dijo Graciana, «quiera Mahoma daros el poder de hacer lo que deseáis. Ahora, si dejáis de lado vuestro enojo por el momento y actuáis como si nada hubiera sucedido, seréis tenido por prudente». Al oír a su hija, el Sultán la miró y la besó llorando. Después subió las gradas del palacio donde se habían tendido las mesas y se sentó a comer en compañía de varios reyes y emires que habían venido con él, así como de otros, en medio de mucha gente.

Muy ricamente fueron servidos. La bella Graciana estaba sentada al lado de su padre, el Sultán, quien a menudo se volvía hacia ella y le contaba sobre la expedición para entretenerla. Mientras estaban a la mesa, entró de pronto un sarraceno que traía un mensaje del Rey de Damasco. Cuando estuvo delante del Sultán, sacó las cartas y se las entregó diciéndole: «Dios Todopoderoso y Mahoma, su mensajero, quieran salvar y proteger al Muy Alto y Poderoso Sultán de Babilonia de Egipto, Señor de los dos Templos de Jerusalén y de la Meca , así como a su muy bella hija, la bella Graciana. Sire, me envía ante vos el Muy Poderoso Rey Isor de Damasco para haceros saber por carta y por boca mía que hoy sois el Príncipe que más gustaría complacer en el mundo, debido al muy ardiente amor que tiene por vuestra hija, a quien veo sentada al lado de

vos y a quien desea de todo corazón tenerla por esposa, a fin de tener con vos alianza y amor perpetuos».

Entonces el Sultán, habiendo oído al sarraceno, tomó la carta. El mismo rompió los sellos de cera y la leyó. Una vez que la hubo leído, miró muy profundamente a su hija y luego se dio un tiempo para pensar. Después dijo al sarraceno que iba a comer primero y que más tarde le daría la respuesta.

El pagano quedó contento. Lo hicieron sentarse a la mesa, pero tenía siempre puesta la mirada en la bella Graciana, pensando que estaría muy feliz si su Señor, el Rey de Damasco, la tuviera como mujer; aunque le parecía que sería muy mal utilizada debido a la gran fealdad de su Señor, ya que era tan negro y desfigurado que producía horror verlo. Así como les cuento, el sarraceno tenía estos pensamientos que después expresó públicamente.

Después que hubo visto y comido a su gusto, regresó donde el Sultán para oír la respuesta. Al llegar frente a él, encontró que hablaba con su Consejo; y todos los miembros del Consejo eran de opinión que no debía entregarse la doncella al Rey Ysor. El Sultán hizo llamar al mensajero y le ordenó que regresara a Damasco y le dijera al Rey, por cartas que le entregaba y de viva voz, que por el momento su hija no estaba en situación de casarse ni con él ni con ningún otro. El sarraceno, habiendo oído la respuesta del Sultán, dijo en alta voz que, puesto que así era que no quería entregar a su hija a su Señor, tenía encargo y orden de desafiarlo. Lo dijo en tan alta voz que todo el mundo pudo oírlo: «Sultán, te digo como una verdad inevitable que antes de que haya pasado medio año serás sitiado por el Rey de Damasco, acompañado de ocho Reyes sarracenos, quienes están listos para ayudar al Rey Ysor a destruir todo lo tuyo». «Sarraceno,» le dijo el Sultán, «si no tuviera después que avergonzarme, a pesar de tu amo haría que te corten de inmediato los dos brazos. Anda y dile que no le temo ni le respeto. Y dile que cuando venga, le haré el honor de ir a su encuentro para mostrarle la fuerza de Babilonia y de Egipto». El sarraceno, teniendo la respuesta del Sultán, partió lo antes que pudo, sin agregar una palabra.

Tanto se esforzó que llegó un jueves en la tarde a Damasco. Le contó al Rey Ysor la respuesta del Sultán. Cuando el Rey Ysor hubo oído a su mensajero y leído las cartas que le fueron enviadas por el Sultán, hizo el juramento por el gran Dios del cielo y por su santo profeta Mahoma que no le dejaría un solo pie de tierra al Sultán y que tendría a su bella hija Graciana para hacer lo que él quisiera, quiera ella o no.

Prisión en Egipto

Capítulo XI

Cómo Gillion, estando en prisión donde hacía sus lastimosas plegarias y presentaba sus quejas a Nuestro Señor, fue mandado llamar por el Sultán para hacerlo morir

Cuando el Rey Ysor de Damasco hubo oído las noticias que le traía el mensajero, rápidamente hizo escribir comunicaciones y las envió a los Reyes y Emires que eran sus amigos y aliados. El Rey de Antioquia y su hijo vinieron a servirle. El Rey de Carse, el Rey Dolifernes y varios otros Reyes y Emires, que sumaban hasta diez, acudieron al llamado con todo su poder. Daba horror verlos y oír el estruendo de sus tambores, cornos y trompetas. Toda la llanura de Damasco, incluyendo los jardines, se llenó de gente en armas. El Rey de Damasco los recibió con gran regocijo. Se quejó ante ellos del desaire que le había hecho el Sultán al negarle a su hija a quien había requerido en matrimonio. Y dijo a los Reyes que los había reunido para preguntarles si querían ayudarlo a luchar contra el Sultán. Todos, con un solo acuerdo y consentimiento, le respondieron que lo harían con gusto.

[Dejemos ahora] un poco de hablar del Rey de Damasco y de los Reyes sarracenos [que lo] acompañaban. Y hablemos un poco de Gillion de Trazegnies que estaba en Babilonia en una muy [dura] prisión, donde presentaba sus muy lastimosas quejas a Dios, rogándole que lo quisiera [salvar] del peligro de perecer en que se encontraba; porque estaba muy consciente de que, si no fuera por Su Gran Gracia, de ahí no saldría. A menudo extrañaba a su noble esposa y a su hijo y también extrañaba al buen Conde de Hainaut, a sus parientes y amigos, diciendo: «¡Oh, verdadero Dios! Si el Conde de Hainaut y mis buenos amigos supieran lo que me sucede, ciertamente encontrarían la manera de librarme del peligro en el que estoy. Pero veo que en esta prisión terminaré miserablemente mi vida». Entonces Gillion, juntando las manos y llorando, se puso de rodillas y dijo: «¡Oh, mi verdadero Dios! En honor y remembranza de la Pasión que para salvarnos quisisteis sufrir el día del buen Viernes, yo Os pido que con Vuestra dulzura y clemencia me queráis confortar y ayudéis a mi muy amada compañera a soportar la pena y la gran desazón que estoy seguro que siente por mí».

Así como oís, Gillion de Trazegnies hizo su oración a Nuestro Señor, devotamente y con buen corazón. De esta plegaria, Dios no quiso olvidarse, porque inmediatamente le envió un Angel del Paraíso que, al llegar a la prisión, produjo una claridad tan grande

que todo estaba iluminado. Gillion quedó muy confundido al ver esta claridad. Entonces, se oyó la voz del Angel que le dijo: «Gillion, no te confundas. Dios me manda decirte que te ayudará y te reconfortará; y que antes de que tú mueras, volverás a tu tierra. Pero antes sufrirás muchas penas y trabajos».

El Angel partió, dejando a Gillion muy resignado. Elevó las manos al Cielo, diciendo: «Mi verdadero Dios, mucho Os debo alabar y agradecer porque Vuestra piedad ha tenido compasión de mí y me habéis enviado vuestro santo Angel. Bendito sea Vuestro nombre, cuando a un tan pobre pecador Os habéis dignado consolar».

Justamente cuando Gillion estaba dedicado a sus devotas plegarias, el Sultán estaba paseando teniendo de la mano a la bella Graciana, su hija a quien amaba tanto, y le contaba sobre las guerras y los problemas que había tenido y [cómo] el Rey Ysor quería ahora hacerle la guerra para casarse con ella [y de las] grandes pérdidas que recientemente había sufrido en Chipre. Entonces se acordó de la nave de los cristianos que había capturado en su camino a Chipre y del prisionero cristiano que había mandado a un calabozo en El Cairo. Y juró muy seriamente que en su palacio y delante de todos sus barones lo haría despellejar vivo para vengarse del Rey de Chipre. El Sultán hizo llamar al alguacil que tenía a su cargo las prisiones y le ordenó que inmediatamente y con la mayor presteza fuera a traer al cristiano que él había enviado cuando se encontraba en camino de Chipre. Habiendo oído la orden, el alguacil fue al calabozo, abrió los cerrojos y entró. Cuando Gillion oyó descorrer los cerrojos tan ferozmente, rogó de manera muy devota a Nuestro Señor que lo guardara de todo mal. Después recordó la visita del Ángel enviado por Nuestro Señor, que le había dicho que todavía regresaría a su país antes de que le tocara morir. Pero no debe sorprendernos que haya tenido tanto temor cuando escuchó al alguacil descorrer tan ferozmente los cerrojos.

Capítulo XII

Cómo Gillion mató al guardián y a otros tres sarracenos que habían venido a prenderlo y de cómo la muerte le fue postergada

Cuando entró el guardián, éste se puso a gritar muy fuerte: «Cristiano hipócrita, jamás volverás a ver un día tan hermoso porque el Sultán manda por ti para darte muerte». Habiendo oído Gillion lo que decía el alguacil que había venido a buscarlo para llevarlo donde el Sultán a encontrar su muerte, se puso de pie henchido de furor y de ira y lo tomó ferozmente por el pecho. Levantó el puño, que lo tenía grande y cuadrado, y le dio tal golpe en la sien que lo hizo caer a tierra. El golpe fue tan duro que le hizo saltar los ojos de las órbitas y lo dejó tendido. «Puesto que debo morir», dijo Gillion, «los que vienen a buscarme tendrán que pagarlo caro». Entonces vio a otros dos sarracenos que habían venido con el guardián. Se acercó a uno que tenía un gran fierro en sus manos, se lo arrancó y le asestó un golpe tan fuerte que le abrió la cabeza y los sesos saltaron

fuera, cayendo muerto ante él. Después corrió hacia el otro, pero éste se escapó dando de gritos que el Sultán escuchó. Entonces acudieron por todas partes los sarracenos y encontraron a Gillion apoyado contra el muro de la torre, teniendo en la mano el fierro con el que había matado a los dos sarracenos . Cuando vio que los paganos se acercaban al calabozo, avanzó hacia el portón de la celda y vio a un pagano que se había adelantado a los otros. Levantó el fierro a contramano y asestó un golpe sobre la cabeza del pagano con tal fuerza que lo desarmó todo y éste cayó muerto ante él. Ya entonces los gritos y la algarada eran muy grandes por todo el palacio, y acudían sarracenos a toda prisa. Viendo Gillion llegar a toda esa gente, se puso a clamar a Nuestro Señor rogándole que tuviera piedad de su alma ya que bien se veía que no tenía salida y que no podría escapar a la muerte. Uno le lanzó un banco, otro una montura, los otros le arrojaban bastones, a fin de capturarlo porque el Sultán había prohibido que lo matasen, ya que quería tenerlo vivo. Gillion, como audaz y esforzado caballero, se defendía como mejor podía. Mató a cuatro sarracenos y a varios les rompió brazos y piernas. Pero finalmente estaba tan cansado que el fierro se le cayó de las manos. Inmediatamente fue cogido y amarrado.

Lo llevaron ante el Sultán a quien contaron cómo había matado al guarda de la torre y a tres otros sarracenos, sin contar a los que había hecho huir alocadamente. Cuando el Sultán oyó ello, montó en cólera contra quien había matado y dejado maltrecha a su gente. Reunió a su Consejo y le solicitó que procediera a juzgar al cristiano en función de las fechorías que había cometido. Entonces el Consejo juzgó que era digno de la pena de muerte y que debía ser amarrado desnudo a una estaca y los mejores arqueros del Sultán le arrojarían flechas hasta que su alma hubiera dejado su cuerpo.

Cuando Gillion de Trazegnies oyó la condena de muerte, las lágrimas le comenzaron a caer de los ojos. Muy devotamente rogó a Nuestro Señor que tuviera merced de él y que lo quisiera socorrer y ayudar,

ya que sabía muy bien la falta que le hacía esa ayuda. Muy dolido estaba Gillion cuando se vio condenado a muerte. Fue tomado y llevado a la plaza, donde lo amarraron con tirantes a una estaca. El Sultán y su hija, la bella Graciana, estaban sentados frente a la ventana para ver cómo los arqueros arrojarían sus flechas sobre el cuerpo de Gillion, quien entretanto oraba muy devotamente a Nuestro Señor. Entonces, viendo la bella Graciana a este cristiano desnudo que ataban a la estaca y a los arqueros listos para tirar sus flechas sobre él, se puso a considerar muy compasivamente a Gillion apreciando que nunca había visto un hombre tan guapo y tan bien formado; y quiso a Dios que así la inspiró, que ella observara el colorido de su hermoso rostro, los bellos ojos que tenía para mirar, la roja boca que tenía para besar. Sintió amor en su corazón y el deseo de creer en Jesucristo a fin de que ese amor por un cristiano fuera posible. La bella doncella, considerando la gran pérdida que implicaría la muerte de un caballero así y el bien que ella podría hacer al salvarle la vida, le dijo al Sultán: «Mi muy querido Señor y padre, me parece que no habéis sido bien aconsejado cuando se os ha sugerido darle muerte rápidamente a este hombre. Con ello no ganáis nada. Os diré la razón por la cual lo debéis conservar vivo. Tenéis perfectamente presente la guerra mortal que sostenéis desde hace mucho tiempo con el Rey de Chipre; y si sucediera que él viniera contra vos como vos habéis ido contra él, podría ser que capturase a un rey o a un emir o a otro pariente próximo de vos. En tal caso, el cristiano podría serviros para un canje. Si queréis creerme, por sobre todas las cosas no lo hagáis morir ni lo dejéis ir sino

mantenedlo en vuestras prisiones y dadle de comer tanto pan y agua como quiera. Nada será peor castigo para él porque los cristianos son de buen comer y están habituados a tomar vino, por lo que el pan y agua le hará languidecer».

Así como habéis oído, la noble doncella incitaba al Sultán, su padre, que le perdonara la vida a Gillion de quien se había enamorado.

Capítulo XIII

Cómo la vida le fue respetada y Gillion fue devuelto a prisión

Cuando el Sultán oyó hablar a su hija, se dio cuenta de que decía la verdad, pero no pensó el fin hacia el cual ella apuntaba. Le dijo: «Mi muy querida hija, creo en tu buen consejo». Entonces el Sultán dio la señal para que no se hiciera daño al cristiano y ordenó que se le devolviera a la prisión. Ahí se encontró con un nuevo guardia de la torre a quien el Sultán le ordenó que lo recondujera al calabozo y que, so pena de muerte, no le diera de comer sino pan y de beber sino agua. El guardia contestó que cumpliría la orden hasta la muerte. Entonces desató a Gillion y, cogiéndolo por el brazoa, lo llevó al calabozo. Cuando se encontró ahí, Gillion levantó los ojos y muy piadosamente dijo: «Oh, mi verdadero Dios, que quisisteis salvar mi cuerpo y alejarme del peligro como lo puedo apreciar, porque hace un momento creía que mi fin había llegado. Pero, por Gracia Vuestra, la doncella ha hecho que mi vida sea respetada. Muy dulce Dios, os encomiendo a mi mujer, a mi hijo y a todos mis buenos amigos. Dice un proverbio que "a quien Dios quiere ayudar, nadie le puede hacer daño».

Porque Gillion comprendía que un momento antes no esperaba sino la muerte y ahora, por consejo de la doncella, se le había otorgado gracia. De otro lado, tenía un nuevo guardián que ocultamente era creyente en Dios, pero no se atrevía a decirlo por el gran temor que le tenía al Sultán. A pesar de su temor, cada día pasaba y reconfortaba a Gillion dándole

todo lo que podía, al punto que no había pedazo alguno de comida que no compartiera con Gillion. Le daba suficiente comida y bebida. Se llamaba Hertán, pero después tuvo por nombre Henri. Muy lealmente sirvió a Gillion en varias ocasiones; maravillosamente grandes y fuertes fueron su corazón y su pensamiento, puestos totalmente al servicio de Dios. A ellos los dejaremos estar un poco hasta que sea la hora y mientras tanto hablaremos de la bella Graciana.

Capítulo XIV

Cómo vino la bella Graciana a visitar a Gillion al calabozo en el que se encontraba y cómo tanto él como Hertán la amonestaban para que creyera en la ley de Jesucristo

Así habéis oído la manera como la doncella salvó a Gillion de la muerte.

Cuando llegó la noche, ella pensó mucho cómo podría hacer para hablarle. Y cuando llegó la medianoche se levantó de la cama con el mayor sigilo a fin de que ni hombre ni mujer pudieran verla. Ella, que conocía bien los pasadizos del palacio, salió de su cuarto y, atravesando un jardín, llegó hasta donde se encontraba el guardia. Este todavía no se había dormido, porque había estado en la prisión con Gillion a quien le había confesado su fe y le había solicitado consejo sobre la manera como debía creer en Jesucristo. Cuando la doncella llegó donde él, le dijo: «Hertán, abre los cerrojos». El guardia de la torrea, al oír a la doncella, quedó muy asombrado y se preguntaba cuál podía ser la causa por la que la hija del Sultán venía a verlo a estas horas de la noche. Dudó sobre si debía abrir la puerta y le dijo: «Señora, ¿qué razón os trae para venir sola a esta hora?». «Hertán,» le respondió la doncella, «quiero hablar con el cristiano que se encuentra preso en este calabozo para ver si lo puedo convertir a la ley de Mahoma. Sería una gran pena que no lo intentara con un hombre como éste». Hertán observó a la doncella y la vio mudar de color, de pronto empalideciendo, de pronto ruborizándose como una rosa bermeja; y así varias veces la vio colorearse y empalidecer. El, que era muy sutil, conoció inmediatamente que la doncella estaba herida de amor por el cristiano; y le dijo: «Dama, es buena cosa intentar colocar a un hombre en el buen camino y hacerle creer en vuestras bellas palabras para atraerlo y llevarlo a que haga vuestra voluntad. Estáis herida por un dardo del cristiano que por amor os ha atravesado el corazón. El único médico que os puede salvar de este mal se encuentra en el calabozo, por lo que no podréis escapar del mal sino por él. Pero si guardáis en secreto lo que voy a deciros, os ayudaré a realizar vuestro propósito, que no sería posible sin mí». La dama, oyendo hablar así al guardián, supo que le decía la verdad, y le dijo: «¡Ah, Hertán, mi amigo! Que se enoje Mahoma si digo alguna vez a alguien lo que tú me reveles». Hertán, que estaba muy contento con esta aventura, le dijo: «Dama, sabed en verdad que ha pasado ya mucho tiempo desde que soy creyente en la santa ley de Jesucristo, porque la ley de Mahoma es falsa y detestable». Cuando la doncella oyó a Hertán, se llenó de alegría a tal punto que no pudo contenerse: «Hertán, mi muy fiel y leal amigo, en verdad y sin sombra de mentira, de todo corazón yo me he rendido a creer en la santa y verdadera ley de Jesucristo. Y en esa fe quiero vivir y morir por el muy devoto y verdadero amor que tengo por el cristiano que se encuentra ahí abajo en esa profunda mazmorra, a quien le doy desde ahora todo mi amor aunque nunca haya hablado con él. Os ruego, mi querido amigo, queráis ir por él y traerlo a esta habitación para poder hablarle y contarle los dolores que día y noche sufro por él». «Dama,» le dijo el guardia, «ya que eso es lo que queréis, de muy buen grado os obedeceré». Entonces, sin tardar más, fue a la mazmorra, abrió la puerta y entró.

Cuando Gillion oyó que se descorrían los cerrojos, se sorprendió mucho porque no tenía costumbre de que a esa hora vinieran a verlo. Tuvo mucho miedo de que alguna mala

cosa hubiera sucedido que lo perjudicara. Hertán comenzó saludando a Gillion, quien estuvo muy contento de verlo.

Entonces Hertán le contó palabra por palabra el encargo que había recibido de la doncella y cómo, por amor a él, ella había comenzado a creer en Jesucristo. Al oír Gillion al guardia, se puso a alabar muy humildemente el Nombre de Nuestro Señor y a agradecerle, porque veía que lo que le había dicho el Santo Angel era verdad; la alegría que tuvo en su corazón era tan grande que no podría haber sido más feliz. Entonces, el guardián de la torre lo tomó del brazo y lo llevó a la habitación donde estaba la doncella. Cuando la vio, se acercó y la saludó muy humildemente inclinándose ante ella; pero ella sonriendo le tomó de la mano y le dijo: «Vasallo, es a Dios que debéis alabar, porque os ha salvado de un peligro tan grande». «Dama,» dijo Gillion, «la gracia de Nuestro Señor y la vuestra. Soy vuestro servidor y lo seré mientras mi cuerpo tenga vida». Entonces los dos se sentaron sobre un lecho y se hablaron de sus amores. Hertán estaba cerca de allí, atento a si por casualidad venía alguien que hubiera podido descubrirlos. La doncella y Gillion conversaban: él le contaba sobre la Pasión de Jesucristo y sobre su Resurrección y de cómo subió a los Cielos. Palabra por palabra le contó sobre nuestra ley, sobre la condenación de los malvados y de los que no han sido bautizados. Después le habló del gozo de los buenos, quienes después de muertos serán recibidos en el Paraíso donde tendrán gloria sin fin. Tanto la sermoneó Gillion y le dijo tan bellas palabras que la doncella orientó su amor a Nuestro Señor; de lo que Hertán, quien los escuchaba con gusto, quedó muy contento.

Tanto hablaron los tres juntos que de pronto llegó el alba. Entonces el guardián de la torre le dijo a la doncella: «Dama, es tiempo y hora de que partáis de aquí. Id a vuestra habitación y nuestro prisionero regresará a su calabozo. No os preocupéis por él. Me encargaré de que tenga lo necesario, ya que eso os da gusto».«Hertán,» le dijo la doncella, «os lo encomiendo como si fuera mi propio cuerpo». Entonces Graciana, tomando a Gillion de la mano, le dijo: «Amigo, a Dios os encomiendo». El le respondió: «Bella, Dios os dé lo que os haga falta y que yo no percibo, porque vuestra belleza no tiene falla». Entonces el guardián de la torre regresó a Gillion a su mazmorra, donde éste tuvo una muy buena prisión; porque todo lo que el cuerpo de una persona pudiera desear para estar cómodo, Hertán se lo daba: hermosas y blancas sábanas eran cambiadas dos veces por semana y todo lo que pensara le era proporcionado.

Así como oís, pasó Gillion un cierto tiempo. Pero aún cuando estaba tan cómodo como quisiera, extrañaba siempre a su noble esposa y a su hijo. Dejaremos por ahora de hablar de él hasta que sea el tiempo oportuno y hablaremos del Rey de Damasco.

La Batalla de Babilonia

Capítulo XV

Cómo el Rey Ysor de Damasco vino a sitiar Babilonia y de la gran batalla que hubo

Bien habéis ya oído cómo el Rey de Damasco envió su mensajero a Babilonia para ver al Rey Sultán y pedirle en matrimonio a su hija; y habéis oído también del rechazo del Sultán, que le produjo al Rey Ysor una ira tan grande en su corazón que reunió a todos sus amigos y aliados, que fueron hasta diez reyes y emires. Estos llegaron con todo su poder y se alojaron en Damasco. Los jardines y la región estaban llenos de gente. Todos hablaban de destruir al Sultán. El Rey de Damasco, viendo que todo estaba listo, ordenó partir a su hueste y que se pusiera en camino. Era algo horrible verlos y oírlos, debido a las grandes crueldades que amenazaban cometer. Atravesaron Siria, Palestina y Gaza que está a la entrada de los desiertos. Hicieron llevar por mar sus víveres, tiendas y pabellones. Luego entraron por el Nilo.

De estas jornadas, no vale la pena que les haga un cuento largo. Viajaron por tierra y por mar hasta que, tanto los que habían venido por barco como los que habían venido a pie, llegaron a Babilonia y se instalaron sobre toda la llanura . Hicieron bajar de los barcos sus tiendas y estandartes. El Sultán, quien había sido advertido de la venida de este ejército, había enviado a buscar a todos los amigos y aliados que pudiera tener. Cuando vio lo grande del poder del Rey de Damasco, se asustó mucho; y no sin razón, ya que toda la ciudad estaba rodeada y el río Nilo cubierto de naves. Cuando el Rey de Damasco vio que su ejército estaba listo y en orden y que las tiendas y estandartes habían sido levantados, reunió a los reyes y emires en torno de él y les dijo: «Señores, todos debemos alabar a Mahoma que nos ha permitido venir hasta aquí sin ningún tropiezo. Sabéis bien la causa por la que os he traído. El Sultán de Babilonia, como ya otras veces os lo he dicho, tiene una bellísima hija que he requerido en matrimonio; pero su enorme orgullo lo ha llevado a rehusármela. Por eso tengo en el corazón un duelo muy grande y no puedo olvidar la injuria que me ha hecho al rehusármela. Hago, pues, la promesa a nuestro santo Profeta Mahoma de que jamás me iré de aquí mientras no haya capturado al Sultán y tenga a su hija a mi merced; para lo cual pido la ayuda de ustedes». Entonces, todos los reyes y emires, a una sola voz, gritaron que no le faltarían ni le abandonarían hasta la muerte para lograr que el Sultán sea destruido, su ciudad demolida y su país arruinado.

Así como oís, los paganos conversaban entre ellos. Por su parte, el Sultán se encontraba dentro de Babilonia, donde hizo pregonar por todos lados a toque de corno que todo el mundo se aprestara a salir a dar el encuentro a los enemigos; y todos los que podían usar armas salían de todos lados para ponerse a las órdenes del Sultán. Este, al ver que todos estaban listos, inició la salida al campo. Una vez afuera, dividió la tropa en cuatro batallones y encargó el mando de cada uno de ellos a aquellos que le parecían más capaces para dirigirlos. A su vez, cuando el Rey de Damasco advirtió que el Sultán estaba fuera de las murallas, comenzó la marcha hacia él, ya que todos estaban listos. Es así como llegó un momento en que los estandartes y las enseñas [de uno y otro bando] se entrecruzaron. Los gritos y la algarada de ambos lados fue tan grande que producía horror oírlos. De los dos lados comenzaron a lanzarse flechas y lanzas . Después vinieron las hachas y las espadas y se dieron mutuamente golpes tan fuertes que era una

maravilla verlos. El Rey de Damasco iba por la batalla espada en mano, arengando a su gente para que luchasen con denuedo. Por su parte el Sultán, que era muy rápido y hábil con las armas, vio ante él al Rey de Damasco y le dijo a gritos: «¡Ah, Ysor! ¿Por qué razón has venido a atacarme en mi tierra, a pesar de que ni a tí ni a los tuyos les hice ningún daño? Pero debes saber que antes de que el sol se ponga, tu maldecirás la hora de mi nacimiento». Entonces el Sultán, mirando delante de él, divisó al Rey de Antioquia, que era muy valiente con las armas. Uno y otro se aproximaron, cada uno con la espada en mano; y luego se dieron golpes tan grandes y horribles y se mutilaron de tal manera que la sangre que brotaba de sus cuerpos teñía de rojo la hierba. El Sultán, totalmente fuera de sí, levantó la espada y le dio al Rey de Antioquia un tajo tan desmesurado que éste cayó muerto, abierto hasta el estómago. El Rey Ysor, que se encontraba cerca, vio caer al Rey de Antioquia, su hermano, y tuvo un dolor tan grande en su corazón que transpiraba de angustia. Vino hacia el Sultán, espada en mano, diciéndole: «¡Oh, desleal y perverso! La muerte de mi hermano será vengada por encima de todo». «Anda, insolente, desleal», le contestó el Sultán, «antes de que me aleje de aquí haré lo necesario para que le hagas compañía a tu hermano». Entonces se acercaron los dos reyes uno al otro y se atacaron mutuamente, diciéndose muchas injurias y reproches. El Sultán le dijo: «¡Ah, Ysor de Damasco! Seas maldito de Dios y de Mahoma, porque, aunque yo no te había hecho nada, has venido hasta aquí para acosar mi gente y mi país». Ysor le replicó: «El rechazo que me hiciste de tu hija, te lo haré pagar caro. Dejaré en ruinas Babilonia y El Cairo hasta el extremo que nunca más podrá volver a ser habitada por seres humanos. Y además tendré a Graciana para convertirla en mi objeto de placer, porque la deseo muy vivamente. Sultán, debes saber que he traído conmigo a diez reyes paganos . Todos han jurado matarte y lo harán, excepto uno que ya no puede porque le has quitado la vida. De éste último me constituyo en vengador; no te me escaparás jamás hasta que te haga morir con gran dolor. Te desafío en nombre de Mahoma, a quien me encomiendo». «Y yo a ti,» dijo el Sultán, «porque no te temo ni te respeto». Entonces se acercaron uno al otro y se dieron tal cantidad de golpes y tan seguido que ninguno tenía tiempo de descansar. Pero sus respectivas gentes que estaban próximas no les dejaron llevar a cabo sus propósitos. Así vinieron de ambos bandos en socorro de su respectivo Señor.

La batalla alcanzaba su momento más duro y peligroso. Si alguien quisiera contar todas las proezas, cansaría demasiado a quienes quisieran escucharlo.

Los babilonios se defendieron ferozmente contra Ysor, Rey de Damasco; pero la fuerza gana siempre. Habían tantos damasquinos, antiocos y tarsos que, quisiéranlo o no, los babilonios tuvieron que retroceder con gran pérdida.

Dejaremos de hablar de ellos hasta que llegue la hora y hablaremos de la bella Graciana.

Capítulo XVI

Cómo la doncella Graciana hizo salir a Gillion fuera del calabozo e hizo que se armaran él y Hertán para que fueran en ayuda de su padre el Sultán

Cuando la bella Graciana, que estaba apoyada en las ventanas del palacio, vio la pérdida y la derrota que afectaba al sultán, su padre, no supo qué pensar. Regresó a su habitación e hizo llamar a Hertán: le dijo que fuera a buscar a Gillion y que lo trajera a su cuarto.

Hertán, deseoso de cumplir la orden de la doncella, fue al calabozo y trajo a Gillion de Trazegnies. Cuando la doncella lo vio, le dijo: "Gillion, vuestra belleza y bondad me obligan de tal manera a amaros, que no puedo descansar ni siquiera una hora. Por vuestro amor, seré creyente en Dios y en la Virgen María, su Madre". "Dama", le dijo Gillion, "alabo y agradezco a Nuestro Señor por haberos así inspirado. Y os prometo que de ahora en adelante estaré listo a obedeceros mientras mi cuerpo tenga vida". Entonces Gillion comenzó a temblar y no sabía qué hacer, porque un dardo de amor que ella le lanzó con una chispa de amor ardiente, le había tocado el corazón. Pero poco después le vino un repentino recuerdo que le hizo cambiar y mudar su pensamiento; porque le vino a la memoria su muy deseada mujer que a su partida había dejado encinta en Hainaut. Su corazón comenzó a extrañarla a tal punto que le brotaron lágrimas de los ojos. La doncella que estaba cerca de él, advirtió esto y le dijo: "Gillion, advierto que sentís un cierto dolor porque veo las lágrimas salir de vuestros ojos: os ruego que me digáis la causa de vuestro dolor". "Dama," le dijo Gillion, "os ruego que por esta vez posterguéis vuestra pregunta, aún cuando yo tendría muchas ganas de responderla". La doncella dejó de interrogarlo y pensó que probablemente su dolor no se debía a otra cosa que encontrarse prisionero en un país extraño y en manos de quienes no pertenecen a su ley.

Entonces Gillion habló y le dijo: "Señora, si me queréis dar un gran placer, rogad y exigid que me entreguen armas y caballo , con los cuales pueda acudir en ayuda del Sultán, vuestro padre". Cuando Hertán vio la voluntad y el coraje de Gillion, dijo en alta voz que le gustaría acompañarlo y que lo seguiría paso a paso hasta la misma muerte si fuera necesario. Cuando Gillion escuchó a Hertan se acercó donde él y lo abrazó diciéndole que mucho debía estimarlo puesto que quería venir con él para servirlo. La bella Graciana, habiendo oído esta conversación, dijo a Gillion: "Amigos, por lo que veo, queréis ir a socorrer a mi padre, el Sultán; pero tengo mis dudas de que cuando estéis ahí afuera no queráis más regresar y de mí os olvidéis". Cuando Gillion escuchó a

la doncella, le dijo muy en alto: "Bella, por el Dios en el cual creo, mientras viva nunca dejaré este país sin el permiso de vos y de vuestro padre, el Sultán". Cuando la doncella escuchó la gran promesa que le acababa de hacer, sintió gran alegría en su corazón; y le dijo: "Gillion, a partir de ahora, podéis ir a la batalla o permanecer. Dado que queréis tener armas y caballo, os los proporcionaré".

Ahí cerca había un guardarropa donde estaban los arneses y las armas del Sultán. Ella llevó a Gillion al lugar y le dijo que él y Hertán tomaran a su gusto todo lo que quisieran. Gillion tomó todo lo que le gustaba, Hertán escogió lo mejor que encontró. Cuando los dos estaban armados a su gusto y habían escogido las mejores espadas, con sus escudos al cuello y sus yelmos en la cabeza, dejaron el guardarropa y regresaron a la habitación de la doncella.

De ellos dejaré de hablarles por un momento hasta que sea la hora de regresar.

Capítulo XVII

Cómo el Sultán fue derrotado y llevado prisionero a la tienda del Rey Isor de Damasco

Ya habéis oído suficientemente cómo comenzó la gran batalla que tuvo lugar delante de Babilonia entre el Sultán y el Rey de Damasco, cada uno de los cuales se esforzaba por destruir a la parte contraria.

La batalla fue muy grande y horrible de ver. Nadie tenía piedad de nadie. El Sultán luchaba muy valientemente y no encontraba persona delante de él que pronto no estuviera muerto o al menos tumbado en tierra. Arengaba continuamente a su gente. En ciertos momentos hacía retroceder a sus enemigos, en otros momentos eran los babilonios quienes tenían que retroceder. El Rey de Tarsia, que estaba acompañado por treinta mil hombres valientes y hábiles con las armas, vio que los babilonios se esforzaban por matar y dar de tajos a los damasquinos y que ello se debía a que el Sultán los arengaba de tal manera que lograba maravillas de su gente. Penetró en la batalla con la espada pronta, teñida con la sangre de sus enemigos. Daba horror ver el gran daño que hizo al acercarse a los babilonios, porque todo el que se encontraba delante de él caía por tierra. Cuando el Sultán observó esto, se puso a clamar a Mahoma porque veía que su gente estaba siendo derrotada. Comenzó a gritarles: "Babilonios, recordad que vuestros antepasados vencieron a los damasquinos. ¿Qué ha sucedido con vuestras fuerzas, dónde están vuestros recuerdos de las grandes victorias triunfales que habéis tenido sobre todas las naciones?". Entonces los babilonios, habiendo oído la arenga del Sultán, comenzaron a esmerarse de tal manera que hicieron retroceder a los damasquinos y hacerlos perder sitio, quisiéranlo éstos o no.

Viendo el Rey Isor a su gente en retirada, llamó al Rey de Tarsia y le dijo: "Sobrino, si no encontráis prontamente la forma de que el Sultán sea muerto, temo que la derrota será nuestra". El Rey de Tarsia, que por el momento era el más fuerte y robusto de Oriente, escuchó a su tío y supo que éste decía la verdad. Tomó una gruesa lanza y se dirigió hacia el Sultán, quien en ese momento mataba al Emir de Orbrie que era su sobrino, hijo de su hermana, lo que le produjo tal dolor de corazón que no le permitió dudar más. Bajó la lanza y se fue contra el Sultán. Este, que lo había visto llegar, vino a su encuentro. Chocaron las lanzas con tal fuerza que la del Sultán saltó en pedazos; pero la del Rey de Tarsia, siendo más fuerte y rígida, no se rompió sino que, golpeando tan fuertemente en el medio del escudo del Sultán, lo hizo pedazos. El golpe fue tan duro y tan pesado que el Sultán no tuvo fuerza ni poder para aguantarlo y cayó de la silla de su destrero a tierra. El Rey de Tarsia, viendo al Sultán en el suelo, arrojó su lanza y echó mano a la espada. Vino hacia el Sultán que ya se había levantado, gritando" "¡Oh, Sultán de Babilonia! Tu defensa no puede garantizarte que no me dejes tu cabeza como prenda. Te aconsejo que te rindas ante mí". El Sultán, viéndose de pie entre sus enemigos, tuvo gran miedo de morir. Comenzó a gritar "¡Babilonia!" para que su gente acudiera a socorrerlo; pero estaban muy atrás y nadie pudo venir a ayudarlo. No obstante, como valiente y hábil caballero se preparó para defenderse. A uno de sus enemigos le cortó una mano, a otro un brazo, a otro le abrió la cabeza hasta los sesos. Pero, a pesar de su defensa, fue capturado por el Rey de Tarsia y llevado ante el Rey Isor de Damasco que inmediatamente lo envió a las tiendas.

Entonces recomenzó la batalla, grande y maravillosa. Muchos caballos huían por los campos, mientras sus amos yacían muertos entre la sangre y el barro. Los babilonios, al ver que su Señor había sido capturado y el estandarte principal yacía por tierra, comenzaron a huir hacia la ciudad; y el Rey de Damasco los perseguía matándolos por montones, de manera que todos los caminos estaban cubiertos de cadáveres. Cuando el Rey Isor comprobó que había ganado, hizo tocar a retirada y regresó a su tienda, alabando a Mahoma por su bella victoria.

Por el momento dejemos de hablar de los damasquinos que con gran gloria regresaron a sus tiendas, donde se quitaron las armaduras para estar más cómodos. Y hablemos de Gillion de Trazegnies que en ese momento estaba en la habitación de la bella Graciana.

Capítulo XVIII

Cómo Gillion y Hertán llegaron hasta la tienda del Rey Isor de Damasco

Cuando Gillion se encontró armado con la armadura del Sultán, se puso impaciente por entrar en batalla. Por otra parte, vio que Hertán estaba pronto a ir con él. Esto le dio una

gran alegría en su corazón porque veía que era un hombre de maravillosa defensa y de gran fuerza.

Mientras conversaban entre ellos y se aprestaban a partir, oyeron desde la ciudad las quejas y los gritos de los que habían escapado de la batalla y también las lamentaciones que denotaban el gran dolor de damas y doncellas por sus padres, hermanos y maridos que habían muerto en la batalla y por el Sultán que había sido cogido prisionero y llevado al campamento de sus enemigos.

El ruido en la ciudad era tan grande que la bella Graciana lo escuchó desde su habitación. Rápidamente, abrió una ventana y, mirando hacia abajo, vio pasar un caballero que estaba gravemente herido. Le preguntó por qué había tantos gritos por la ciudad y la causa de ellos. El sarraceno le dijo: "Señora, ese dolor y esas quejas tan emotivas son a causa de vos, porque ojalá hubiera placido a Mahoma que nunca hubiérais nacido. Hemos perdido la batalla y el Sultán, vuestro padre, ha sido llevado al campamento de Isor de Damasco". Habiendo oído la doncella al caballero sarraceno, sintió un dolor tan amargo al corazón que cayó desmayada en el piso delante de Gillion. Al ver esto, Gillion la tomó en sus brazos. Cuando ella volvió en sí lanzó un grito lacerante. Gillion, que era muy prudente y moderado, la reconfortó diciéndole: "Señora, vuestro lloro y las lágrimas que veo caer de vuestros bellos ojos no pueden prestar verdadera ayuda a vuestro padre ni reconfortarlo en forma alguna. Por eso, debéis portaros como una dama virtuosa. Dejad de lado el dolor y hacednos traer aquí dos de los mejores destreros de las caballerizas de vuestro padre. Y yo os prometo que, mediando la gracia de Nuestro Señor, Hertán y yo os traeremos al Sultán, vuestro padre, antes del atardecer y haremos tal daño a Isor de Damasco que maldecirá la hora de mi nacimiento". "Sire," le dijo Hertán, "mientras tenga brazo y espada, os ayudaré y socorreré; y prometo no separarme de vos, salvo que la muerte me obligue a ello".

La bella Graciana, habiendo oído las palabras de los dos barones, quedó totalmente reconfortada. Encargó a Hertán que fuera inmediatamente a escoger y traer los dos mejores caballos del establo, lo que éste hizo. Luego, colocó encima del caballo que debía montar Gillion una muy rica manta de lujo del Sultán. Después los dos montaron a caballo y, habiéndose despedido de la doncella, cabalgaron por la ciudad. Los babilonios estaban muy admirados de cómo y de qué manera su Señor había logrado escaparse de las manos de Isor de Damasco. Hertán les gritaba que grandes y pequeños tomaran las armas. Incluso quienes huían de la batalla se detuvieron y cobraron nuevo coraje, regresando a los campos con Gillion y Hertán con la idea de que era el Sultán. Y comentaban entre sí que bien desgraciado es quien no cree en Mahoma, que es capaz de hacer milagros tan evidentes como los que había hecho por su Señor a quien hacía menos de una hora que habían visto encadenado en el campamento de Isor de Damasco. Era indudable que Mahoma había querido interceder. "Aquél que nos lo ha devuelto quiere socorrernos y ayudarnos en nuestras necesidades y por eso bien lo podemos seguir con seguridad".

Así como lo oís, los babilonios conversaban entre ellos y se alentaban creyendo que Gillion de Trazegnies era su Señor. Apenas partió Gillion, la bella Graciana subió a lo alto de una de las torres del palacio para ver desde ahí la batalla, rogando a Nuestro

Señor que le diera a Gillion la fuerza y el poder suficiente para que él y su padre pudieran regresar con vida. "Lo que sé de seguro es que si pierdo a Gillion, jamás veré a mi padre. Por tanto, mi muerte estará próxima".

Así como lo oís, la noble doncella pensaba en sí misma. Por su parte, Gillion, Hertán y los babilonios salieron de la ciudad y llegaron al campo de batalla donde encontraron un gran conjunto de sarracenos que venía huyendo. Gillion los increpó y les dijo que juraba por Mahoma que si no regresaban a pelear con él los mandaría matar. "Dado que Mahoma me ha otorgado la gracia de escaparme de mis enemigos, debemos pensar que es por un gran milagro y que su ira quiere que nos venguemos de los damasquinos". Cuando los sarracenos lo oyeron hablar así, todos creyeron que era el Sultán quien les hablaba. Agradecieron a Mahoma, sin reconocer a Gillion, porque las armas y el caballo los habían visto antes usados por el Sultán. Gritaron a una sola voz que cabalgara hacia los enemigos y que ellos los acompañarían hasta la muerte. Entonces Hertán también les dijo que tenían razón de actuar de esta forma ya que Mahoma había hecho el gran milagro de enviarles sano y salvo a su Señor. E inmediatamente los babilonios, con grandes ganas de matar y de despedazar a sus enemigos, siguieron a Gillion en gran número. Porque en Babilonia no quedó viejo ni joven que no acudiera a pelear, debido al gran milagro que creían que Mahoma les había hecho.

Tanto se esforzaron que llegaron al lugar de la batalla, donde encontraron el estandarte maestre por tierra. Lo levantaron y lo entregaron a un rey sarraceno que estaba con ellos, para que lo llevara. Pero por el momento dejaremos de hablar un poco de ellos hasta que sea llegada la hora y mientras tanto les contaré del Rey de Damasco.

Capítulo XIX

Cómo Gillion y Hertán combatieron en el campamento de Rey Isor a quien Gillión (mató) y salvó al Sultán

Después de ganada la batalla y capturado el Sultán, el Rey Isor regresó a su campamento con sus reyes y emires. Dió gracias e hizo alabanzas a Mahoma por el gran triunfo que había tenido sobre sus enemigos. Luego se hizo quitar la armadura para refrescarse y lo mismo hicieron todos los suyos, creyendo estar muy seguros.

El Rey Isor de Damasco se sentó sobre un taburete ante sus reyes y emires y todo su gran Consejo, al que había hecho venir. Cuando todos estuvieron reunidos en su tienda, después de conversar un poco entre ellos, les solicitó consejo sobre cómo y en qué forma por legítimo juzgamiento podía actuar con el Sultán de Babilonia que estaba prisionero. Unos sugirieron que fuera despellejado vivo. Otros recomendaron que fuera

desmembrado por piezas y otros que fuera ahorcado. El Rey Isor, habiendo oído la opinión de su Consejo, les dijo: "Señores, me parece que otra cosa se debe hacer y que debemos tratar de otra manera a quien siempre ha sido un muy noble príncipe y ha tenido muy nobles victorias sobre sus enemigos. Además, los príncipes deben ser misericordiosos unos con otros. Yo aconsejaría que ahí delante de esta tienda sea encadenado a una estaca. Luego por salvoconducto invitaremos a su hija la bella Graciana a que venga aquí y le diré el gran amor que tengo por ella. Cabe pensar que, si es buena, se inclinará a oír mis palabras para que su padre quede libre de los peligros en que ahora se encuentra. Pero si me rechaza como marido, haré morir a su padre con una muerte tan cruel que producirá enorme horror y miedo en quienes la contemplen". Entonces todos a una sola voz le contestaron que su opinión era la mejor y que así se haría.

El Sultán fue llamado ante ellos y, habiendo oído la decisión, tuvo gran temor de morir. Porque conocía tanto a su hija que sabía que ella no tomaría como marido al Rey ni sería su mujer, aunque la mataran; y que antes se dejaría ella despellejar viva. El Sultán fue llevado a la estaca, donde fue atado con cadenas y sogas, mientras le decían muchos insultos. Poco después, las trompetas de los músicos comenzaron a sonar; la comida estaba servida. El Rey Isor acompañado por siete reyes y ocho emires se sentó a la mesa, donde fue abundantemente servido con el primer plato; y mientras para él todo era alegría, para el Sultán todo era tristeza.

A la misma hora en que el Rey Isor se sentaba a la mesa y junto con los jefes de su ejército comentaban la victoria, Gillion y los babilonios cabalgaban decididamente. Cuando estuvieron cerca, Gillion los arengó de la siguiente forma: "Señores, en la medida en que queráis preservar vuestras propias vidas y las de vuestras mujeres y niños y en que queráis vengar la sangre de vuestros amigos que habéis visto derramar ante vosotros, sepáis que ha llegado la hora de la venganza. Ahora mismo, encontraréis a quienes tanto daño os han hecho y se aprestan para haceros aún peor. Están sentados a la mesa donde beben y comen para festejar la reciente victoria que han tenido sobre vosotros". Entonces los sarracenos, creyendo siempre que Gillion era su señor, dijeron a una sola voz que cabalgarían decididamente hacia sus enemigos y que todos estaban con ánimo de vengar la sangre de sus amigos. Comprobada la decisión de los sarracenos, Gillion picó espuelas a su destrero, teniendo siempre a su lado a Hertán; y no pararon hasta que todos de un golpe entraron en el campamento de los damasquinos, a los que encontraron desarmados y sentados a las mesas. Los gritos y la bulla que se produjo fueron tan fuertes que parecía que todo el mundo se encontrara reunido en ese lugar. Los babilonios pasaban entre las tiendas, repartiendo tajos a los damasquinos. Tiraban por tierra las tiendas y las banderas, cortaban las cuerdas, de modo que pronto no quedó tienda ni estandarte en pie. Por su parte Gillion, que deseaba de todo corazón matar y dar tajos a los paganos, vio que frente a la tienda del Rey de Damasco estaba atado el Sultán. Rápidamente, con la espada aún sangrienta por todos los sarracenos que había matado, cortó las cuerdas y ataduras y liberó al Sultán. Después hizo que le pusieran una armadura y lo hizo montar sobre un buen destrero. El Sultán le agradeció mucho, sin reconocerlo.

Sin perder más tiempo, Gillion regresó a la batalla. Golpeaba a diestra y siniestra tanto sobre babilonios como sobre damasquinos, al punto que Hertán tuvo que decirle: "Señor, mirad lo que hacéis porque estáis matando tanto amigos como enemigos".

"Hertán," le contestó Gillion, "eso no me importa mucho ahora". Luego penetró en la tienda del Rey Isor que todavía estaba sentado a la mesa comiendo con los otros y lo reconoció de inmediato porque ocupaba un sitial más alto. Hertan lo seguía espada en mano. Cuando ahí se encontró, Gillion se dirigió a Isor y le dijo: "¡Ah, Isor de Damasco, ha llegado la hora en que la venganza te será tomada. De nada os serviría huir". Isor que no se esperaba esta situación, estaba muy confundido; e igual lo estaban los demás que estaban sentados a su lado. Gillion continuó: "¡Oh, muy desleal perro! ¿cómo has sido tan atrevido para amarrar al Sultán a una estaca como si fuera tu vil siervo?". Entonces levantó la espada y le dio al Rey Isor un tajo tan maravilloso sobre la cabeza que lo abrió hasta el mentón. Cuando los reyes paganos se vieron así sorprendidos, trataron de escapar de la tienda. Pero cuando creían haberse evadido, tropezaron con babilonios y con Hertan que desenvainaron sus espadas todas ensangrentadas. Hertán le dió al Emir Dolofernes un golpe tan grande que al instante cayó muerto delante de él. Y Gillion mató a dos de los otros reyes y a cuatro emires. Después se puso a gritar a los babilonios: "En vosotros está la posibilidad de tomar venganza contra aquellos que mataron a vuestros amigos"; y volviéndose a Hertán: "Hertán, pensad en matar el mayor número posible porque así habrá menos gente que no cree en la ley de Dios ni quiere creer".

Es así como Gillion y Hertán iban por todos lados dando tajos y matando a sus enemigos, con gran alegría de los babilonios quienes agradecían a Mahoma por los milagros que había hecho en favor de ellos ya que todos veían al Sultán entre ellos y libre de las manos de Isor. Por otra parte, veían a Gillion con las armas del Sultán y a quien habían creído primero que era el Sultán; después no sabían qué pensar y llegaron a creer firmemente que era el propio Mahoma que había venido a ayudarlos.

Así como lo oís, conversaba entre sí esa gente insensata. Y Gillion y Hertán golpeaban a los sarracenos, les cortaban brazos, pies y manos a tajos; era una maravilla verlos. Gillion recorría la batalla arengando a los babilonios. Entraba entre los damasquinos como el lobo en el redil. Todos le respetaban y le huían; no había pagano suficientemente valiente para esperar su arremetida.

Tantas proezas hizo que, seguido siempre de cerca por Hertán, desorganizó a los sarracenos y los hizo correr hacia el río Nilo donde estaban sus barcos. Los que tomaron el camino del desierto, fueron alcanzados y muertos.

El Emir de Orbrye** tomó consciencia de la dolorosa derrota y de la pérdida de la mayor parte de su gente, así como de la muerte de su tío el Rey Isor; vio también a los reyes y emires que yacían muertos en el mismo campo donde antes habían matado a babilonios. De pronto advirtió que Gillion y Hertan venían tras él matando gente. No es de maravillarse que sintiera gran miedo. Tomó el camino hacia el río tratando de huir, pero Gillion y Hertán lo siguieron derribando y confundiendo a los sarracenos. El Emir, al verlos acercarse, se esforzó aún más en su fuga y corrió tanto gracias a la bondad de su destrero que llegó al río. Abandonó su buen caballo y saltó a su barco antes de que Gillion y Hertán pudieran atraparlo. Estos quedaron muy dolidos de que se les hubiera escapado.

Cuando el Emir de Orbrye se encontró a salvo, comenzó a lamentarse. Dijo que hacía mal Mahoma de haber permitido la destrucción de su pueblo cuando éste siempre lo había servido y honrado más que los babilonios y que los chipriotas. Mucho se quejó y juró por su ley que jamás tendría alegría en su corazón hasta que hubiera tomado Babilonia; y que, mientras él viviera, jamás tendrían paz quienes había hecho tanto daño a él mismo y al Rey Isor, su tío.

Capítulo XX

Cómo Gillion y Hertan regresaron sigilosamente al calabozo en Babilonia sin que lo supiera el Sultán

Así como podéis oír, el Emir de Orbrye se lamentaba y no sin causa ya que desde donde estaba en su barco podía divisar a Gillion y Hertán matando a su pueblo. Iracundo en su fuero interno ordenó que se levantaran las velas y partió. Navegó todo el curso del río Nilo hasta que llegó a Damietta , donde entró en el mar oriental.

Más tarde hablaremos de él nuevamente, pero ahora regresemos a Gillion de Trazegnies.

Así como oís es lo que hablaban entre ellos, una vez derrotados sus enemigos. Se pusieron en camino para regresar a la ciudad de Babilonia, cargados de trofeos y de grandes riquezas. Se decían unos a otros que bien debía morir con muerte vil quien no quiere creer en la santa Ley de Mahoma, cuando éste se había dignado visitar y socorrer en persona de esta manera a su pueblo. Así conversando, entraron en la ciudad de Babilonia, donde fueron recibidos con gran alegría. El Sultán se dirigió a su palacio donde se reunió con su hija, la bella Graciana, quien vino a darle el encuentro. Ella se echó al cuello de su padre, lo besó y le preguntó cómo estaba y cómo había podido escaparse de manos de sus enemigos y también cómo había ganado la batalla. Entonces el Sultán le respondió:

Cuando Gillion vio que el Emir había escapado, llamó a Hertán y le dijo: "Amigo, agradezcamos a Nuestro Señor que nos ha hecho esta gracia de liberar al Sultán de manos de sus enemigos. Como sabéis bien, yo soy prisionero del Sultán. Su hija, la bella Graciana, me prestó armas bajo mi promesa de que, una vez ganada la batalla y rescatado su padre, yo regresaría donde ella; y antes moriría que faltar a mi palabra, aunque tengo muchos deseos de regresar a mi país. Por eso, nos conviene ver cómo podemos entrar a la ciudad antes de que el Sultán regrese". "Sire, le dijo Hertán, "dado que lo que queréis es regresar a la ciudad sin ser descubierto, os llevaré por un camino tan escondido que ninguna persona podrá vernos". Hertán fue por delante, Gillion lo seguía. Tomaron un camino que nadie utilizaba, situado entre la ciudad y el río. Y así, sin que nadie los viera, entraron por una puerta secreta de la muralla. Llegaron a los jardines y de ahí se dirigieron a pie hasta el palacio por una pequeña rampa. Cuando llegaron a la habitación de la doncella, está los recibió con gran júbilo y alegría. Se acercó a Gillion y lo abrazó y lo besó más de diez veces antes de soltarlo. Los dos se sentaron sobre el lecho a conversar y él le contó lo que habían hecho.

Hablemos ahora del Sultán. Estaba feliz por lo que había sucedido. Ante él veía yacer muertos por cientos y por miles a los que antes lo tenían en peligro. Se retiró para refrescarse un poco en la tienda del Rey Isor, donde encontró grandes riquezas. Preguntó entonces a sus barones dónde estaba el que lo había liberado de manos de sus enemigos y gracias a quien estos estaban derrotados y muertos. "Ciertamente debo estimarlo mucho cuando por la estima que me tiene ha arriesgado en esta forma su vida y dado muerte al Rey Isor en medio de sus barones". Pero nadie sabía decirle quién era ni dónde estaba. El Sultán se asombró mucho, pero un Emir le dijo: "Sire, todo lo que pueda decir es poco frente a lo maravillado que me sentiría si aquel que os libró de las manos de vuestros enemigos fuera hombre mortal. Bien podéis tomar por cierto que es Mahoma mismo quien os ha hecho este milagro; y después ha retornado al Paraíso de donde había venido". El Sultán respondió diciéndole que era algo bastante posible y que, a su regreso a la ciudad, le haría un sacrificio tal que Mahoma lo recibiría con gusto. "Porque le haré una estatua de oro fino de Arabia; además, le ofreceré un cristiano que hace largo tiempo que tengo en mi su calabozo, para honrar a Mahoma cuando la ocasión fuere venida. Quiero hacer una fiesta con gran solemnidad, a fin de que en otra oportunidad me brinde nuevamente socorro como lo ha hecho ahora". Los sarracenos respondieron que no podía hablar de manera más digna y que mucha razón tenía de hacer todo ello.

Así como oís es lo que hablaban entre ellos, una vez derrotados sus enemigos. Se pusieron en camino para regresar a la ciudad de Babilonia, cargados de trofeos y de grandes riquezas. Se decían unos a otros que bien debía morir con muerte vil quien no quiere creer en la santa Ley de Mahoma, cuando éste se había dignado visitar y socorrer en persona de esta manera a su pueblo. Así conversando, entraron en la ciudad de Babilonia, donde fueron recibidos con gran alegría. El Sultán se dirigió a su palacio donde se reunió con su hija, la bella Graciana, quien vino a darle el encuentro. Ella se echó al cuello de su padre, lo besó y le preguntó cómo estaba y cómo había podido escaparse de manos de sus enemigos y también cómo había ganado la batalla. Entonces el Sultán le respondió, diciéndole: "Mi muy querida hija, sabed en verdad que fui capturado, retenido y llevado ante el Rey Isor, quien me hizo atar a una estaca delante de su tienda de campaña. Pero de pronto acudió a ayudarme y liberarme Mahoma en persona, completamente armado, montado sobre mi destrero y engalanado con todos mis atuendos. Me desató de la estaca donde estaba amarrado e hizo que me entregaran caballo y armas. Después entró en la tienda de Isor y lo mató sentado a la mesa entre sus reyes y otros cuatro entre reyes y emires. Peleó de tal forma que derrotó y puso en fuga a mis enemigos. Ninguno de los reyes escapó vivo, salvo el Emir de Orbrye que se fugó por mar. Pero después no sé lo que se hizo Mahoma porque se esfumó y se fue al Paraíso de donde había venido. Así, mi hija, como ha mostrado los milagros que es capaz de hacer por amor a mí, bien debo agradecerle; ya que hoy me ha salvado de la servidumbre y me ha dado la libertad. Pero si Dios y Mahoma me dan vida hasta la Fiesta de San Juan , los honraré solemnemente en presencia de mis barones y de mi pueblo de la siguiente manera: haré traer una imagen de Mahoma para que cada uno pueda expresar ante él su devoción; y para honrarle más, le ofreceré un cristiano que hace tiempo que tengo prisionero". "Padre," le dijo la doncella, "cualquier homenaje que le hagáis será poco"; pero se dijo a sí misma que deseaba que no le plazca a Dios que aquél en quien ella había puesto su amor muriera de muerte vil. Así como oís conversaban el Sultán y su hija, de ésta y de muchas otras cosas. El Sultán se hizo quitar

las armaduras, se tendieron las mesas y se sentaron a cenar en medio de gran alegría y consolación.

Así pasó un buen tiempo en paz y sin guerra. Pero creo que dentro de poco tendrán tanta que les hará sufrir mucho. Porque el Emir de Orbrye que había escapado de la batalla hizo jurar a todo su ejército sobre sus dioses que antes de que pasaran dos años, sitiaría Babilonia; y que no retornaría hasta que la muerte de su tío, el Rey Isor, fuera vengada. Así sucedió, como podrán oír más adelante.
Mientras tanto, Gillion y la bella Graciana se veían a menudo en la habitación de la doncella, donde Hertán les servía a su gusto. Gran alegría y consolación tenían juntos. Después Hertán regresaba a Gillion a la prisión a fin de que el Sultán no advirtiera estas visitas y no entrara en sospechas. Cuando estaba de vuelta en su prisión, Gillion sentía nostalgia por el país de Hainaut, por su mujer y su hijo. No sabía que había tenido dos hijos ni los desvelos de Dama Marie para con ellos. Esta a menudo formulaba sus quejas a Dios y mil veces respondía a sus hijos -quienes la fastidiaban continuamente con sus preguntas- que todavía no tenía noticias de su padre, su leal marido. A menudo rogaba a Jesucristo que pronto lo enviara de regreso, sano y salvo. Como oís, la Dama frecuentemente extrañaba a su marido. Después miraba a sus hijos que corrían y jugaban por la sala con los hijos de sus súbditos, con la alegría que la naturaleza y la juventud inspiran. Estos dos niños veían a menudo llorar a su madre y la besaban para consolarla.

De ellos les hablaré después y ahora hablaremos de Gillion de Trazegnies, su padre, que estaba en la prisión y que era llevado a menudo a la habitación de la doncella por Hertán, quien se preocupaba mucho de servirlos y complacerlos. Así estuvieron mucho tiempo juntos, con gran alegría y solaz. Gillion se esforzaba con todo su corazón y toda su mente en instruir y endoctrinar a la bella Graciana en la Ley de Jesucristo; y ella ponía mucho esfuerzo de su parte por aprender. Y por ahora dejemos de hablar de ellos y hablemos de Rey de Chipre.

La reivindicación de Gillion

Capítulo XXI

Cómo el Sultán ordenó que le trajeran a Gillion que estaba en el calabozo y cómo Graciana lo hizo presentarse completamente vestido como lo estuvo el día de la gran batalla

Ya habéis oído cómo el Sultán estuvo en Chipre, donde había sido derrotado por el Rey de Chipre; y éste último, para agradecer este honor y gloria, había jurado a Dios que iría a atacar al Sultán en la misma forma como el Sultán había venido a atacarlo a él.

Los barones y caballeros de la Corte tuvieron una gran satisfacción cuando el Rey les

pidió prometer que lo ayudarían en esta empresa. Muchos deseaban lo mismo.

Por el momento dejaremos de hablar de ellos y hablaremos del Emir de Orbrye quien había enviado cartas a todos sus amigos y aliados, rogándoles que se reunieran con él un día determinado. Ese día todos concurrieron al puerto de la ciudad de Orbrye y se embarcaron en la flota que les había sido preparada. Levantaron las velas y se hicieron a la mar. Producía gran maravilla ver la flota, navegando con rumbo a Babilonia.

Por su parte, el Rey de Chipre se hizo a la mar, acompañado de un gran número de personas, también con destino a Babilonia. De manera que se venía al encuentro del Sultán una gran guerra contra cristianos y sarracenos, sin que unos supieran nada de la expedición de los otros.

Cuando llegó la fiesta de San Juan, el Sultán, que no había olvidado la promesa que había hecho a Mahoma, hizo reunir a sus príncipes y barones para la celebración. Cuando todos hubieron llegado, el Sultán los recibió con gran júbilo. Se tendieron las mesas y la colocación del agua fue anunciada pro dos heraldos con cornos, lo que indicaba que la mesa estaba lista. Y se sentaron a comer, sirviéndoseles muchos platos. La fiesta que se llevó a cabo en el Palacio de Babilonia fue muy fastuosa. Los asistentes recordaban la victoria que habían tenido en la que Mahoma mismo los había socorrido. El Sultán para hacerles un honor mayor a sus barones, mandó llamar a su hija, la bella Graciana, y la sentó a su lado. En la mesa había un rey sarraceno que la había amado durante mucho tiempo, pero que ella nunca quiso tomar en cuenta. Porque sobre todas las cosas, ella había puesto todo su amor en Gillion; y además, tenía grandes deseos de convertirse en cristiana. Entonces el Sultán comenzó a hablar muy alto para que todos pudieran oír y dijo: "Señores Reyes y Emires que estáis aquí reunidos. Recordáis bien la gran promesa que hice a Mahoma para agradecerle la gran victoria que nos proporcionó y que nos hizo pasar de la servidumbre a la libertad. Por eso, es mi intención para honrarlo más que el día de hoy le haga presente de un cristiano; y además ordenó que la imagen de Mahoma sea traída a este palacio". Lo que se hizo de inmediato. Llegó la estatua de Mahoma, toda de oro fino y adornada con perlas y muchas piedras preciosas. Delante de ella venían los músicos tocando diversos instrumentos muy melodiosos al oído. En el palacio había gran alegría y fiesta.

Después de que terminaron de comer y se retiraron las mesas, la bella Graciana pidió disculpas al Sultán, su padre, y se retiró a su habitación, diciéndole a su padre que regresaría pronto para ver la diversión con el cristiano que debía morir; y le rogó a su padre que no diera la orden hasta que ella estuviera de vuelta. El Sultán, acariciando a su hija en el mentón, le prometió que la esperaría; lo que ella agradeció humildemente. Después fue a su habitación donde encontró a Gillion, a quien saludó con gran alegría. Entonces, se sentaron en el lecho, mientras Hertán esperaba. "Gillion," le dijo Graciana, "quiero contaros la gran locura que acomete a mi padre actualmente, porque está convencido de que fue Mahoma quien lo liberó de las manos de sus enemigos y de que fue gracias a él y a sus milagros que se ganó la batalla. Por ese motivo, ha organizado el día de hoy una fiesta para Mahoma con gran solemnidad y pompa y quiere ofrecer vuestro cuerpo y desmembrarlo, como sacrificio a Mahoma por la victoria habida. Pero sabed que yo quisiera hacer algo muy distinto. Porque quiero que seáis armado y vestido de la misma manera como lo estuvisteis el día que lo liberasteis de la estaca donde estaba atado". "Bella," le dijo Gillion, "ya que así lo queréis, lo haré con todo gusto".

Entonces Hertán fue y trajo las armaduras y ropajes que Gillion usó el día de la batalla; con lo que quedó armado ni más ni menos que lo que lo estaba ese día. Cuando todo estuvo listo, la noble doncella regresó al palacio y se sentó al lado de su padre, reclinándose en él. Estando ella de regreso, el Sultán llamó a un sarraceno llamado Salatro y le ordenó que inmediatamente fuera donde Hertán, el guarda del calabozo, y le dijera que hiciera venir al cristiano a quien tenía intención de matar en sacrificio a Mahoma. Este, que tenía grandes deseos de que esto sucediera, partió rápidamente. No había avanzado mucho cuando se encontró con Hertán que ya traía a Gillion.

Al entrar al palacio, el Sultán y todos sus barones quedaron maravillados y lo miraban con mucho detenimiento. El Sultán comenzó a gritar muy fuerte: "Señores, en verdad ved aquí a Mahoma ni más ni menos como estaba el día y la hora en que me liberó de la estaca y entró en la tienda del Rey Isor". Cuando los sarracenos escucharon al Sultán, todos al mismo tiempo se inclinaron y se colocaron de rodillas con las manos juntas, incluyendo al Sultán que estaba feliz. Porque en realidad el Sultán creía que se trataba de Mahoma en persona que había venido para asistir al sacrificio del cristiano. La bella Graciana, viendo la locura general, comenzó a reír muy fuerte; y Hertán se hizo a un lado para reírse a sus anchas y se decía a sí mismo que nunca había visto tanta locura como ésta del Sultán y de todos sus Emires que debían estar muy locos para creer que Mahoma había hecho por ellos estos milagros.

Gillion estaba de pie en medio de todos los sarracenos, quienes aseguraban que nunca se había producido un milagro más bello. Entonces, la hermosa Graciana, viendo la locura de su padre, le dijo: "Ah, ah, Sire, abandonad esta locura de creer que Mahoma está aquí. Os diré la verdad de los hechos si tenéis a bien escucharme. Sire, sabed que aquel que véis ante vos así armado es el fuerte cristiano que teníais en prisión. Cuando yo me enteré que habíais sido capturado y que vuestro pueblo estaba siendo objeto de un gran daño y destrucción, di órdenes de que lo sacaran del calabozo y lo hicieran venir a la habitación. Y me prometió que si se le permitía entrar en batalla, moriría en ella u os traería vivo, retornando después a la prisión; lo que efectivamente cumplió, como vos lo sabéis. Yo lo hice armar con vuestras armas y lo ayudamos Hertan y yo misma. Como véis, por salvaros la vida ha arriesgado su propia vida y cuerpo. Después regresó a la prisión, conforme lo había prometió". Nunca había estado el Sultán tan confundido como después de escuchar a su hija. La tomó en sus brazos y la besó más de cien veces. Pero no demostró tanto regocijo en relación con Gillion, por el hecho de que era cristiano. Le ofreció que podía salir del calabozo, pero que debía prometerle que muy abandonaría la ciudad sin su permiso. Gillion aceptó, aunque muy desilusionado por ello; y razón tenía de desilusionarse pues, como se verá, tuvieron que pasar veinte y cuatro años antes de que pudiera regresar a su país.

El Sultán y todos sus Emires lo alabaron mucho por sus hechos de armas y repetidas veces le propusieron abjurar de la Ley de Dios y creer en la Ley de Mahoma. Pero Gillion se negó. ¡Cuántas veces le insistió el Sultán! Hasta que vio que era en vano y lo dejó tranquilo. Sin embargo, le tomó mucho aprecio y ordenó que todo cuanto quisiera le fuera dado. De pronto, mientras así conversaban, entró un sarraceno que parecía muy atemorizado. Cuando advirtió al Sultán, se dirigió a él y en alta voz le dijo: "Sire, tiempo es de que dejéis los juegos y las diversiones y que penséis en defender vuestras tierras y señoríos. Porque vuestro enemigo y adversario el Rey de Chipre se encuentra en Egipto y viene por tierra bordeando el río por donde navega su flota llena de

cristianos deseosos de abatir y ultrajar la Ley que nosotros tenemos". Cuando el Sultán escuchó esta noticia, le vino tal ira que se puso más rojo y encendido que el fuego. Pero se dice comúnmente que mal sobre mal no produce pan santo; porque antes del tiempo necesario para cabalgar media legua, llegó otro mensajero gravemente herido en varias partes del cuerpo y que parecía estar fuera de sí. Cuando se encontró ante el Sultán, hablando muy alto le dijo: "Noble Emperador, ¿qué esperáis en ir a socorrer rápida y oportunamente a vuestros hombres y a vuestro pobre pueblo que el Emir de Orbrye ha hecho prisioneros? Sabed, Sire, que si no ponéis remedio de inmediato, todo el país será destruído e incendiado".

El Sultán, muy conmovido y turbado por estas noticias, observó al mensajero. Después hizo llamar a Gillion y le dijo: "Hoy en presencia de todos mis barones me habéis prometido y jurado que llevaréis vuestro cuerpo hasta la muerte para servirme bien y lealmente como caballero que sóis; y que no me quitaríais sin mi licencia y permiso. Verdaderamente desde ya os tengo tanto aprecio que os tendré siempre por leal amigo; y he puesto en vos toda mi confianza y mi tranquilidad. Ahora tengo una necesidad muy grande de vuestros servicios porque me ha llegado la guerra desde dos costados. En un lado son cristianos y en el otro sarracenos. Os ruego que elijáis el lado contra quien queréis combatir por la defensa y custodia de mi país: "Sire", le dijo Gillion, "puesto que me permitís escoger lo que me parezca, elijo luchar contra los sarracenos. La razón de tal elección consiste en que, si voy al encuentro de quienes son creyentes en mi Ley y las cosas salen mal, podría decirse que la derrota ha sido preparada por mí. Y no quisiera por nada del mundo que tuviérais ocasión de desconfiar de mí". Al oír el Sultán a Gillion, le dijo que lo consideraba como persona inteligente y correcta en razón de la forma como le había respondido. Concluyeron entonces que Gillion iría al encuentro del Emir de Orbrye y que llevaría las armas del Sultán como lo había hecho la vez anterior, a fin de que fuera obedecido sin dudas. "Sire," dijo Gillion, "agradezco el honor que me hacéis: Si así le pluguiera al Dios en el que creo, haré tales cosas que me tendréis aprecio por siempre".

Capítulo XXII

Cómo varios Reyes sarracenos vinieron a sitiar Babilonia y de la gran batalla que ocurrió

Gillion se dirigió a los príncipes y Emires que lo rodeaban y les dijo: "Señores, veremos cómo ayudaréis a defender vuestros cuerpos, vuestras tierras, vuestras mujeres e hijos frente a quienes quieren arrebatarles todos estos bienes". Cuando el Sultán oyó a Gillion de Trazegnies que así arengaba a sus hombres tuvo gran contento y dijo a sus barones que indudablemente debía ser una persona de alta extracción. Esto lo oyó Hertán que por ahí se encontraba, quien tuvo gran gusto de ello pues apreciaba a Gillion con todo su corazón.

Gillion y Hertán dejaron al Sultán y fueron a armarse en la habitación de la bella Graciana, quien les demostró una gran alegría y júbilo por la venida. La doncella los

ayudó a armarse y, cuando estuvieron listos, Gillion dijo a Graciana: "Bella, sabed en verdad que si sois firmemente creyente en Jesucristo y si queréis rezarle a Dios para que nos ayude, vuestras plegarias serán escuchadas y serán ellas las que ganarán la batalla contra nuestros enemigos". "Amigos", les dijo Graciana, "creed ciertamente que soy creyente en Dios y en la Virgen María, su madre; y que nunca quisiera ser apartada de su amor y su servicio". "Bella", le dijo Gillion, "en tal fe y creencia quiera manteneros Aquél que por nosotros recibió muerte en Cruz y a quien encomendamos nuestros cuerpos y vidas". Entonces besó a la doncella y la encomendó a Dios. Ella no pudo responderle ni una sola palabra, porque tenía el corazón apretado y sus ojos llenos de lágrimas. Apresuradamente salieron Gillion de Trazegnies y Hertán de la habitación de la doncella, totalmente armados y entraron al palacio donde los recibió el Sultán con gran júbilo. Los caballos estaban esperando al pie de las gradas del palacio. Gillion se despidió del Sultán, descendió las gradas y montó sobre su destrero.

Cuando los sarracenos lo vieron armado y montado con las armas del Sultán como lo había estado la vez que los había salvado, dieron grandes gritos de contento e hicieron sonar sus cornos y tambores. Entonces Gillion llamó a Hertán y le dijo: "Amigo, por el hecho de que tenéis fe en Jesucristo y que queréis convertiros en cristiano, os nombro portaestandarte como muestra de la gran confianza que tengo en vos". "Sire, ya que queréis hacerme este honor, si me lo permite Nuestro Señor llevaré este estandarte tan lejos que se hablará de ello aún cien años después de mi muerte". Gillion reunió su gente y ordenó los batallones que sumaban cuarenta mil hombres; y otro tanto retuvo el Sultán para ir a combatir al Rey de Chipre.

Dejaré por ahora de hablar de ellos para contarles cómo el Emir de Orbrye venía destruyendo por hierro y fuego las tierras del Sultán y ya se le podía ver desde Babilonia. Del otro lado, por el país de Egipto, costeando la ribera del río, venía el Rey de Chipre destruyendo todo; lo que tenía al Sultán con el corazón afligido e irritado fuera de toda medida. Así el Sultán partió en una dirección y Gillion en la otra para ir al encuentro del Emir de Orbrye. La bella Graciana, al ver que los dos ejércitos partían, subió a lo alto de una torre para continuar viendo a Gillion, su amigo, que cabalgaba hacia el Emir de Orbrye. Rezó muy devotamente a Nuestro Señor que le permitiera retornar sano, salvo y con honor. Levantó la mano para despedirlo y lo bendijo, diciendo: "Anda, caballero franco, el Dios en el que ahora creo te quiera conducir".

Cuando apenas se había alejado una media legua de la ciudad, Gillion divisó al Emir de Orbrye en un valle, donde ordenaba sus batallones. Gillion se detuvo porque ellos también habían sido vistos por sus enemigos. El Emir de Orbrye arengaba a su gente para que peleara con ardor, recordándoles que tenían que vengar la muerte de su tío el Rey Isor y de sus parientes y amigos que habían sido asesinados por los babilonios en la ocasión anterior. Los dos ejércitos comenzaron a aproximarse. Cuando estuvieron cerca, comenzaron de ambos lados a arrojarse flechas, y éstas formaban una masa tan espesa que más parecía una nube que hubiera descendido del cielo. Luego tocó el turno a las lanzas y a los dardos, con los que se mataban mutuamente. El ruido y la algarada producida por los cornos y trompetas era muy grande.
Gillion de Trazegnies arengó a sus babilonios urgiéndoles a destruir a sus enemigos para que el Sultán pudiera ser loado. Luego, Gillion bajó la lanza y se arrojó entre sus enemigos. El Emir de Orbrye lo vio y vino enseguida hacia él con la lanza baja,

gritándole: "Sultán de Babilonia, hoy vengaré sobre tí la muerte de mi tío el Rey Isor". Se golpearon mutuamente en forma tan maravillosa que ambos rompieron sus lanzas. Echaron mano a sus espadas y se dieron ambos terribles mandobles. El Emir, creyendo que Gillion era el Sultán, le dijo que le quitaría la vida al caer el sol. Gillion, quien no tenía en cuenta tanta habladuría, le dió al Emir de Orbrye un tal golpe sobre el yelmo que lo hizo inclinarse hacia un lado. Entonces el Emir gritó "¡Orbrye!" y dijo a su gente que cuidaran bien de que el Sultán no escapara. Gillion, que ya entendía bien el idioma, le dijo en voz alta: "Emir de Orbrye, sabed en verdad que soy yo el que mató a tu tío Isor y que a tí que eres su sobrino, te mataré antes de que de aquí me aleje". Cuando el Emir oyó a Gillion decir que era él quien había matado a su tío, comenzó a transpirar de ira y deseó con todo su corazón tomar venganza sobre Gillion. Entonces combatieron de tal manera que parecía verse al león y al tigre, cada uno deseando destruir a su contrario. Mal la hubiera pasado el Emir de Orbrye si no hubiera sido por el Rey Héctor de Salermo quien entró con gran potencia dentro del campo de los babilonios. Y puso tal empeño que su ingreso hizo retroceder a los babilonios más de un arpento, lo que produjo gran ira en el corazón de Gillion. Se volvió hacia ellos y les dijo con voz fuerte: "¿Cómo, babilonios? ¿Dónde están las grandes fuerzas de vuestros predecesores que hoy vais a desmentir, precisamente cuando vuestros enemigos pretenden arrojarles de vuestras heredades?". Entonces los babilonios, oída la amonestación de Gillion, comenzaron a esforzarse e hicieron tanto que en poco tiempo recuperaron el terreno perdido.

Quien hubiera visto a Hertán y las maravillas que hacía con el estandarte para recobrar y ganar terreno sobre sus amigos, hubiera tenido un gran placer. A menudo gritaba: "¡Adelante, babilonios! Mostrad vuestras fuerzas y virtudes a fin de que seáis recompensados por el Sultán". La batalla se hizo muy dura de ambos bandos. Gillion de Trazegnies, con la espada en la mano toda ensangrentada de tanto matar sarracenos, miró al Rey Héctor de Salerno que estaba haciendo una gran destrucción en el campo de los babilonios. Arrancó una lanza de manos de uno de sus enemigos y le dió un golpe tan grande al Rey Héctor que ni el escudo ni la armadura pudieron evitar que la punta de fierro e incluso el asta de madera atravesaran el cuerpo de un lado a otro. Al retirar Gillion la lanza, el Rey cayó muerto entre los pies de los caballos. El Emir, que estaba bastante cerca, quedó muy apenado y se dijo que poco deberían apreciarlo si no tomaba venganza de la muerte del Rey Héctor. Y como vio delante de él a quien le había inferido tal daño, increpó a su gente diciéndoles en alta voz: "Señores, poco debéis ser apreciados si se os escapa aquél por el cual habéis recibido tan grave daño". Viendo Gillion de Trazegnies que el Emir y su gente reforzaban su posición grito a Hertán: "Amigo, os ruego entrar de lleno en la batalla, portar la enseña y conduciros como corresponde. Estad seguro de que me tendréis siempre a vuestro lado. Tenemos que hostigarlos hasta hacerles sentir el peso de nuestra victoria". Hertán le respondió: "Sire, si así lo quiere Nuestro Señor, me conduciré de tal manera que seréis honrado y nuestros enemigos sufrirán gran vergüenza". Entonces Hertán penetró en lo más profundo de la batalla y Gillion iba delante de él abriéndole camino entre la multitud. Ninguno de sus enemigos era suficientemente osado para enfrentarlos, sino que les huían como rayos. Gillion les daba de tajos y los hendía con su espada que era una maravilla verlo, al punto de que los babilonios estaban fuertemente admirados de cómo una sola persona podía hacer todo ello.

El Emir de Orbrye estaba muy apenado al ver las maravillosas proezas que hacía Gillion

con sus armas sobre su gente y pensó para sí que si Gillion no era rápidamente detenido, les causaría una derrota total. Por eso salió adelante y le dijo a Gillion: "Tú, sarraceno, que tantos problemas y tanto daño me has hecho al haber matado a mi tío el Rey Isor y al Rey Héctor, mi primo, te desafío a combatir cuerpo a cuerpo. Si eres suficientemente valiente para aceptar, yo haré retirar mi gente y tú retirarás a los tuyos". Gillion le respondió: "Emir de Orbrye, por el Dios que murió en la cruz, nunca tendré más alegría que cuando te haya matado. Y estoy de acuerdo para combatir como tú lo propones; pero no haré cesar la batalla. Porque, en mi opinión, ya que has traído tantos sarracenos, es mejor cortar y matar el mayor número posible. Pero una cosa te quiero decir. Si así lo quieres, tú y yo nos alejaremos hasta la distancia de un tiro de arco detrás de la batalla; y combatiremos los dos juntos hasta que uno u otro sea destruído". El Emir estuvo de acuerdo.

Entonces Gillion llamó a Hertán y le contó el trato que había hecho, rogándole que se ocupara de mantener vivos los ánimos en la batalla, en honor de Dios y de la Virgen María, su Madre, en quienes debían poner toda su confianza. "Sire", le dijo Hertan, "id con tranquilidad y terminad lo que tenéis que hacer. Tengo tal confianza en Dios que, si nos ayuda, antes de que el sol se oculte veré a nuestros enemigos totalmente derrotados".

Capítulo XXIII

Cómo la batalla fue ganada delante de Babilonia por las grandes proezas de Gillion de Trazegnies

Después de haberse dicho esas palabras, Gillion de Trazegnies y el Emir se alejaron de la batalla a una distancia de más de un tiro de arco. Gillion y el Emir pusieron tierra entre ellos y luego se embistieron el uno al otro con las lanzas bajas, espoleando a los destreros de tal manera que parecía que se viera venir a dos rayos. Chocaron con tal fuerza que las lanzas se rompieron hasta el punto que volaban astillas por todas partes. Después sacaron sus espadas y comenzaron a darse tan grandes y horribles golpes mutuamente que era imposible predecir a quién correspondería la victoria. Gillion, viendo que el sarraceno era tan fuerte y tan valiente, lamentaba mucho que no fuera cristiano. Por otra parte, sentía gran vergüenza de que un no creyente en el Dios verdadero pudiera mantenerse tanto tiempo vivo frente a él.

Si quisiéramos dar cuenta de todos y cada uno de los golpes que se dieron uno al otro, mucho tiempo requeriríamos para contar la historia. Pero Gillion, que era tenido por muy fuerte y muy hábil con las armas, levantó la espada y le asestó un tajo con tal fuerza que, a pesar del yelmo, le cortó la cabeza al sarraceno a la altura de los hombros. Después bajo del caballo, tomó la cabeza y la ató a su montura para presentarla al Sultán.

Luego regresó a la batalla que era muy fuerte y horrible de ver. Inmediatamente fue reconocido por la fiereza con que manejaba su espada. Hertán que pronto notó su regreso, estaba muy contento de su vuelta. Entonces Gillion se puso a gritar: "Ahora, babilonios, vuestros enemigos están ya derrotados. Atada a mi montura podéis ver la cabeza del Emir de Orbrye". Los babilonios, oyendo a Gillion en quien tenían la más absoluta confianza, comenzaron a esforzarse tanto que con la ayuda de Gillion trajeron por tierra al portaestandarte del Emir de Orbrye. En efecto, los sarracenos estaban muy abatidos. Y viendo muertos al Emir y al Rey Héctor de Salerno, se dieron a la fuga con la mayor prisa posible, de lo que se alegraron mucho los babilonios. Estos corrieron detrás de los que huían y mataron a tantos que toda la tierra hasta el río Nilo estaba cubierta de muertos; afortunados fueron quienes pudieron salvarse dentro de los barcos. Luego de concluída la batalla con esta victoria debida a la proeza de Gillion de Trazegnies, repartieron en forma equitativa las ganancias, el botín y las grandes riquezas que se encontraban dentro de las tiendas de campaña y pabellones, entre aquellos que lo habían merecido.

Después Gillion y los babilonios regresaron a la ciudad, donde la bella Graciana los recibió con alegría. Gillion llegó hasta ella y le dijo: "Bella, no tengáis jamás temor ni recelo de que el Emir de Orbrye venga alguna vez a hacer la guerra al Sultán, vuestro padre, ya que aquí podéis ver su cabeza que os la ofrezco como un presente". La doncella le agradeció mucho, lo hizo entrar en sus habitaciones y quitarse la armadura. Ella, sus damas y sus doncellas festejaron mucho a Gillion y a Hertán.

Sin embargo, a ellos los dejaremos estar por el momento y hablaremos del Sultán que había ido a combatir al Rey de Chipre. Cuando se aproximaron los dos ejércitos, se produjo una gran algarada. El Sultán, que era muy buen caballero, divisó al Rey de Chipre que acababa de matarle nuevamente a uno de sus emires. Bajó la lanza y lo atacó de tal manera que lo tumbó por tierra; pero inmediatamente los chipriotas lo volvieron a colocar sobre su destrero.
La batalla fue muy dura. Todos arengaban a sus gentes. Pero se dice comúnmente que el número gana siempre y que la fuerza domina el prado, como se pudo ver ese día. Porque el Sultán tenía mucha gente con él y a cada momento le llegaban refuerzos. Por ello, el Rey de Chipre y sus gentes se vieron obligados a abandonar el lugar y darle la victoria al Sultán, regresando rápidamente a sus barcos que se encontraban en el río del Nilo. En realidad, tuvieron pocos daños, salvo el hecho de que perdieron sus tiendas y pabellones que quedaron en el campo.

Así como lo oís, el Rey de Chipre, triste y adolorido, regresó a su reino y llegó a Nicosia donde presentó sus quejas a los barones. Estos lo reconfortaron diciéndole que son usos de la guerra perder unas veces y ganar otras. El Rey, que era muy noble y valiente, comenzó a quejarse a Dios diciendo: "¡Oh, mi verdadero Dios! No logro comprender por qué habéis querido vuestra Ley sea fementida de esta manera. Pero yo os prometo como leal cristiano que me esforzaré tanto en pedir la ayuda de mis amigos y aliados, tanto en Francia como en Borgoña, que antes de que pase un año y medio reuniré tan gran poder que los campos, montañas y valles que existen alrededor de Babilonia estarán cubiertos de cristianos".

Por el momento, dejaré de hablarles del Rey de Chipre y les contaré la alegría que tuvo el Sultán por la victoria que había obtenido.

Deseoso de saber cómo le había ido a Gillion y a los babilonios frente al Emir de Orbrye, dejó el campo y tomó el camino de Babilonia, donde entró y fue recibido con gran alegría. Llegó a su palacio donde su hija estaba muy contenta. Entonces Gillion vino hacia él, le hizo una reverencia y le contó la manera como la batalla había sido ganada. Le enseñó también la cabeza del Emir de Orbrye. Ponerse a contar en detalle todos los grandes honores que le hicieron ese día al Señor de Trazegnies en el palacio de Babilonia, exigiría hablar demasiado. Porque el Sultán no sabía que más hacer para agradarlo, tanta era la estima y el aprecio que le tenía. El Sultán agradeció muy vivamente a Mahoma por las dos victorias que le habían sido concedidas. Agradeció también mucho a Gillion por los grandes servicios que le había prestado. Llamó a su hija, la bella Graciana y le dijo: "Mi muy querida hija, os confío a este cristiano. Haced que lo sirvan y que todo lo que él ordene sea cumplido. Porque me ha prometido por su fe que sin mi permiso y licencia jamás partirá de aquí. Veo que es una persona noble y digna de ser creída. Por ello deposito en él mi más plena confianza". Llamó a Gillion y le dijo: "Amigo, por vuestra bondad y lealtad os he confiado a mi hija. A ella le he dicho que todo lo que sepa que vos podéis desear os sea concedido, ya sea oro, plata, caballos, vestidos, joyas y todas las cosas que os sean necesarias". "Sire," le dijo Gillion, "os agradezco por las grandes cortesías y bondades de que me hacéis objeto. Yo os serviré tan lealmente que ni de mí ni de mi servicio tendréis jamás ningún reproche que hacerme".

Así como oís, fue Gillion de Trazegnies amado y querido por el Sultán y su hija. Ella lo amaba tan caramente que el día en que no lo veía, no tenía buen aspecto. Durante largo tiempo llevaron esta vida sin que nadie advirtiera sus amores. Y también sus amores fueron justos y leales, sin dar cabida jamás a un mal pensamiento. Porque Gillion no se lo hubiera permitido a sí mismo, aunque ella todavía no había recibido el bautismo; cosa que tanto ella como Hertán, que los servía muy lealmente, deseaban mucho.

Pero por el momento dejaré de hablar de ellos dos y regresaré a Marie, la dama de Trazegnies, y a sus dos hijos.

La traición

Capítulo XXIV

Aquí se habla de la Dama de Trazegnies y del caballero Amaury, quien quería casarse con ella

Ya habéis oído por lo que antecede que la Dama de Trazegnies había quedado embarazada cuando Gillion, su marido, partió a Oriente; y he dicho también como dio a

luz a dos bellos hijos. Tan bien los crió y los instruyó que eran iguales a su padre en virtud y en costumbres. A menudo ella extrañaba a Gillion y rezaba a Nuestro Señor para que lo hiciera regresar a su país y pudiera ver a los dos bellos hijos que ella le había dado.

Sucedió que un día el buen Conde de Hainaut, acordándose de Gillion de Trazegnies a quien tanto había querido, decidió que por la estima que le había tenido iría a Trazegnies para ver y reconfortar a la Dama y a sus dos hijos. Salió de Mons y llevaba como único acompañante a un caballero que se llamaba Amaury des Marcs, que era del linaje de los Guellenon. Y así ambos llegaron a Trazegnies. Cuando la Dama fue advertida de la llegada del Conde, mandó llamar a sus caballeros, damas y señoritas para estar más honorablemente acompañada en la recepción del Conde. Cuando llegó, el Conde descendió las gradas que conducían a la sala y encontró ahí a la Dama, quien lo recibió muy respetuosamente. Fueron puestas las mesas y se sentaron a comer; respetuosa y ricamente muchos platos fueron servidos. Los dos niños de Trazegnies estaban delante de la mesa del Conde, donde se esforzaban por servirlo. En esa comida pasaron varias cosas: Amaury, que estaba sentado en una de las mesas con los demás, se puso a mirar a la Dama que se encontraba sentada al lado del Conde. Le pareció tan bella que pensó que jamás había visto una dama más bella. No podía quitar los ojos de ella porque el amor lo había ya enlazado de tal manera que todo su corazón estaba comprometido. Se decía a sí mismo que sería muy feliz si pudiera casarse con una dama como ella. Entonces el Conde le preguntó a la Dama si tenía noticias de Gillion, su marido, desde su partida. "Sire," le dijo la Dama, "desde que partió del país de Hainaut, no he vuelto a tener noticias de él. Quiera Dios por su gracia librarlo de peligro y nos lo devuelva con gran alegría". Habiendo dicho esto, la Dama comenzó a llorar. El Conde la reconfortó lo mejor que pudo y le dijo: "Prima mía, sabed que si estuviera con vida, ya habríamos tenido algunas noticias. La Iglesia ha establecido que cuando un hombre no regresa donde su mujer después de siete años de haber partido, ella lealmente y sin ningún reproche puede volverse a casar ; y yo os aconsejo que penséis en ello". "Sire," le respondió la dama, "Dios no quiera que jamás en la vida tenga otro marido que Gillion, mi señor, a pesar de que a Nuestro Señor le place tenerlo tanto tiempo lejos, espero ver antes de morir, cualquier cosa que sea la que tenga que sucederme. Mientras lo espero, sus hijos serán a la vez mis hijos y mi marido. Porque si su padre no regresa, ellos serán el único marido que yo tendré; ya he estado casada lo suficiente". El Conde, habiendo percibido la voluntad de la Dama en su respuesta, dejó de hablarle del asunto y cambió de conversación.

Ahí estaba Amaury que no sabía cómo hacer para imaginarse maneras sutiles de caerle en gracia a la dama que ocupaba todo su pensamiento. Se quedó mirando a los dos hermosos hijos de la Dama que servían al Conde y que estaban muy deseosos de rendir honor y de hacer cualquier cosa que complaciera al Conde. Este veía sus afanes con gran satisfacción. Y le dijo a la Dama Marie que, por lo que podía verse, sus dos hermosos hijos mostraban signos de continuar con honor las costumbres y virtudes de su padre. Después preguntó a la Dama cuánto tiempo había pasado desde que su marido, Gillion, había partido. "Sire, le dijo la Dama, "mañana hará catorce años desde que partió del país de Hainaut y ésta es también la edad de mis hijos a quienes crié sola hasta ahora lo mejor que puedo. Y los seguiré criando así hasta que sean fuertes y se encuentren formados. Después, Sire, os servirán igual que lo hizo su padre". "Dama," le

dijo el Conde, "cuando llegue ese momento, por el gran aprecio que yo tenía a su padre les dejaré notar que su presencia y su servicio me es agradable. Mientras me quede vida en el cuerpo, yo os ayudaré a vos y a ellos y os respaldaré en vuestros asuntos". Entonces la Dama y sus señores parientes y amigos, como el Señor d'Anthoing, de Havrec, d'Enghien, de Ligne y de Bossut, agradecieron al Conde.

Después de que el Conde hubo permanecido dos días en el Castillo de Trazegnies y cuando estaban sentados a la mesa para cenar, llegó el Conde de la Marche , que por entonces tenía grandes tierras en Hainaut con derecho a administrar justicia . Saludó al Conde y a sus barones y a la Dama de Trazegnies. Le trajeron el agua y luego lo sentaron al lado del Conde. Cuando terminaron de cenar y las mesas fueron retiradas, todos demostraron gran alegría y júbilo de encontrarse ahí reunidos; y la Dama de Trazegnies estaba muy feliz y agradecía a Nuestro Señor por el honor que le había hecho de que todos recordaran en esta forma a su buen marido, Gillion. Las lágrimas le saltaron de los ojos y corrieron a lo largo de su rostro, que era bello y sonrosado. El Conde que estaba sentado al lado de ella, la vio llorar y le preguntó la causa de su tristeza. "Sire," le dijo la Dama, "no debéis maravillaros. Porque cuando me acuerdo de Gillion, mi marido, y no lo veo en esta noble asamblea, sabed Sire que poco me falta para que el corazón se me parta. ¡Como pluguiera a Dios que yo lo viera hoy entre vosotros en esta noble asamblea! Pero, a pesar de su ausencia, tengo siempre la esperanza de que lo veré de regreso antes de que yo muera y así mis sufrimientos serán reconfortados". Entonces el Conde, habiendo escuchado a la Dama decir estas cosas que daba pena oírlas, le respondió: "Prima mía, el duelo que os veo llevar me obliga a preguntaros si no quisierais que envíe a algún buen caballero o escudero notable a través de los mares para que con gran diligencia intente conseguir noticias de Gillion, vuestro marido, y saber finalmente si en verdad se encuentra aún con vida". "Sire," le dijo la Dama, "si por el aprecio que tenéis de él y de mi queréis hacernos esta cortesía, yo y mis hijos quedaremos eternamente obligados a vos". Entonces el Conde, que deseaba verdaderamente complacer a la Dama, miró en derredor por la sala y vio a Amaury, quien era su caballero muy hábil. El Conde lo llamó y le preguntó si quería emprender un viaje al otro lado de los mares para saber e investigar si habían noticias de Gillion de Trazegnies, particularmente si estaba muerto o vivo. Cuando Amaury oyó al Conde, su Señor, se puso muy contento por haber sido escogido y le dijo: "Sire, por complaceros y por complacer a la Dama de Trazegnies, estoy listo para emprender el viaje y no regresar hasta que logre saber la verdad sobre si Gillion se encuentra muerto o vivo". El Conde y la Dama lo miraron con simpatía y le agradecieron mucho.

Entonces Amaury se aprestó para realizar su viaje. Inmediatamente se despidió del Conde y de la Dama de Trazegnies y de todos los barones que ahí se encontraban, dirigiéndose a su Castillo de Ormays donde él era Señor. Después, el día siguiente, emprendió el viaje creyendo regresar prontamente. Pero se dice en lenguaje común que más vale saber que creer; porque en verdad Amaury nunca más regresará a su país, como lo oiréis a continuación.

Capítulo XXV

Cómo Amaury se puso en camino para buscar a Gillion y después se habla de los dos hijos de este último

Después de haber dejado el país de Hainaut, Amaury tomó el camino de Venecia donde se hizo a la mar. De él y de su viaje dejaré de hablar hasta que sea la hora de regresar a este tema.

Accediendo al ruego de la Dama, el Conde de Hainaut decidió permanecer en el Castillo de Trazegnies durante ocho días, para honrar y festejar al Conde de la Marche. Un día iban a cazar ciervos; el otro día salían a cazar con los halcones. En todas estas ocasiones, conversaban mucho entre ellos y a menudo hablaban del gran agasajo que la Dama les había organizado; y la alababan y estimaban mucho. Transcurridos los ocho días, los Condes de Hainaut y de la Marche se despidieron juntos de la Dama, así como los barones que ahí estaban, y le agradecieron el magnífico agasajo que ella les había hecho. La noble dama, que tenía un gran tino, les agradeció el honor que le habían hecho de venirla a visitar, lo cual era una muestra muy grande de aprecio. Los Condes y los Barones partieron. La Dama, que era muy cortés, hizo montar a caballo a sus dos hijos para que acompañaran al Conde una parte del camino. Los Condes de Hainaut y de la Marche estuvieron en Mons durante tres días y luego cada uno retornó a su tierra. El Conde de la Marche fue a Condé , en donde en ese entonces era Señor.

Cuando los dos jóvenes de Trazegnies, Jean y Gérard, regresaron al Castillo, pasaron un largo tiempo con su madre, la Dama Marie. Pero la naturaleza agita siempre los espíritus nobles y valerosos y los lleva a pensar continuamente la manera como pueden realizar proezas que les permitan alcanzar el máximo de su coraje. Los días de fiesta, y a veces también los días de semana, los dos jóvenes reunían a sus vecinos de edad similar y organizaban torneos y justas donde frecuentemente se tumbaban unos a otros de los caballos. Su madre, que era una mujer prudente, se apenaba mucho al ver los golpes que se daban en estos devaneos porque pensaba que en el futuro podría ser peor ya que parecían hechos para ser educados en las artes militares antes que en ningún otro oficio. Un día, los llamó y les dijo: "Mis muy queridos hijos, ya sabéis que hace mucho tiempo que vuestro padre partió para un viaje a ultramar. Dios quiera que su regreso se produzca en breve. Os he criado y educado hasta hoy lo mejor que he podido. Pero temo

que el tipo de vida que habéis comenzado a hacer, perjudique vuestro futuro. Porque si comenzáis ahora a hacer tan grandes gastos cuando todavía estáis muy jóvenes, podría suceder que cuando lleguéis a la edad de proseguir la carrera de las armas como en su tiempo lo hizo Gillion, vuestro padre, os encontréis faltos de lo necesario. Y es por esto que os hablo a fin de daros un consejo que os ruego que lo tengáis en cuenta, a fin de preparar vuestro futuro". Entonces Jean, el mayor, comenzó a hablar de la siguiente manera: "Señora, por lo que os escucho y por lo que veo, vos no hacéis sino amasar vuestra fortuna y llenar de plata vuestros cofres; y yo y Gérard, mi hermano, no hacemos sino gastar y darnos la buena vida. Pero si ahora que somos jóvenes no nos damos una buena vida, nunca podremos hacerlo. Cuando seamos viejos, nos limitaremos a amasar nuestro dinero como vos lo hacéis ahora. Por tanto, conviene a la juventud el jugar, reír y tomar las cosas tal como se presentan". Si Jean tomaba la iniciativa en el hablar, Gérard lo seguía en el obrar; porque tenía un carácter tan voluntarioso y era tan valiente, que para él nada le era imposible. La noble dama, habiendo oído a sus hijos y comprendido sus valores, quedó en el fondo contenta y se calló porque el comportamiento de ellos era siempre honorable.
Sucedió que un día en mayo, Jean de Trazegnies llamó a su hermano Gérard y le dijo: "Hermano, por lo que he oído decir, somos de alta extracción y de buena sangre. El padre que nos engendró fue valiente y hábil con las armas y nuestra madre es una mujer de muy noble sangre y linaje. Por todo ello, estaría mal que hiciéramos algo que no fuera sino de alabanza. Pero como no podemos permanecer sin hacer nada, he pensado en algo para distraernos que no dé lugar a quejas de nuestra dama y madre porque no implica mayor gasto y que incluso la entretendrá. De lo que se trata es de organizar unas justas sobre toneles. Ofreceremos un premio para el mejor y organizaremos a los niños de dos grupos: unos que pelearán detrás mío gritando "¡Trazegnies!" y otros que pelearán detrás vuestro gritando "¡Herlaiemont!". Cuando Gérard escuchó lo que le proponía su hermano mayor, muy cortésmente le respondió, diciéndole "Hermano, sabed que como tengo un buen caballo valiente y peleador, no participaré en justas sobre toneles con el único objeto de hacer reír a quienes nos podrían ver mejor derribando contrincantes a caballo. Por el contrario, sabed que de ahora en adelante no participaré en justa ni en torneo, cerca ni lejos, sino es a caballo; y no tendré ninguna consideración pequeña ni grande a aquel a quien le presente mi lanza de manera que a mis contrincantes los haré caer por tierra o ellos me harán caer a mí. Por eso, hermano mío, no estoy dispuesto a participar en ningún otro tipo de competencia o de torneo, porque lo que quiero es ganar fama como hombre de armas". "Hermano mío," le dijo Jean, "podéis hacer lo que más os plazca. Pero siempre he oído decir que para ser herrero hay que entrenarse en la fragua. Y como el ejercicio hace al hombre, ¿cómo sería posible que una persona pueda saber un oficio si no lo aprende poco a poco?. Por eso voy a organizar estas justas que se realizarán aquí en esta pradera; y vos participaréis si lo tenéis a bien". "Hermano mío," le respondió Gérard, "yo no participaré, pero os ayudaré". "Hermano, le dijo Jean, ya que así lo queréis, ello me place".

Entonces Jean hizo publicar la proclama de la justa en todos los pueblos vecinos de Trazegnies, anunciando que ésta se llevaría a cabo sobre el prado situado delante del Castillo y que se otorgaría un broche de oro al mejor participante. Cuando llegó el día, vinieron un gran número de jóvenes gentilhombres. De la ciudad de Ruees vino un joven escudero ; otro vino de Bossut. También vinieron los hijos de Morlabbez y de Morant de Carnnéres. En total fueron doce jóvenes escuderos quienes vinieron a

Trazegnies por el aprecio que tenían a los invitantes; y la noble Dama los recibió con mucho júbilo.

Almorzaron todos juntos y luego fueron a divertirse en el prado y en los jardines del Castillo. Después se alistaron los que debían participar en las justas y concurrieron al lugar donde ya se encontraba Jean de Trazegnies trepado sobre un tonel. Richier, un escudero de Bossut, solicitó ser el primer contrincante; lo que Jean de Trazegnies concedió. Las cuerdas fueron amarradas y puestas en línea con las zapatas sobre los cuales estaban los toneles . Comenzaron a acercarse uno a otro, ante una gran multitud que en parte gritaba "¡Trazegnies!" y en parte gritaba "¡Bossut!". El encuentro fue tan fuerte que ambos rompieron sus lanzas. Cogieron nuevas y volvieron a la segunda carga: Jean de Trazegnies le dió a Richier un golpe tan fuerte en la cimera que le arrancó el yelmo, quedando éste con la cabeza descubierta; lo que fue motivo de tanta risa que no se hubiera oído ni al Dios tonante. Richier se colocó nuevamente su yelmo y se produjo la tercera carga. Jean, que era muy fuerte, le dió a Richier tal golpe en la mitad del escudo que, lo quisiera Richier o no, fue derribado del tonel. Después de que se había cumplido con las tres cargas, le tocó el turno a Morant de Carnnéres. Este pidió también competir con Jean de Trazegnies, quien aceptó. Y vinieron uno contra el otro con tal fuerza que Jean de Trazegnies tambaleó sobre el tonel y finalmente cayó en tierra parado. En la segunda carga los dos cayeron a tierra, lo que produjo grandes risas entre los asistentes. En la tercera carga, Morant le dió un golpe a Jean en la mitad del escudo de tal manera que lo tumbó por tierra; y la gente se puso a gritar que Carnnéres era el mejor. Entonces Jean, viéndose cubierto de barro, llamó a su hermano Gérard y le preguntó si no quería participar. Gérard le respondió en alta voz que nunca en su vida participaría en un torneo si no era sobre un destrero y contra los mejores caballeros que pudieran oponerle.

A partir de ese momento, intervinieron todos los que querían ensayar. Unos fueron tumbados, otros no. Cuando las justas hubieron terminado, los participantes se dedicaron a practicar diversos ejercicios, tales como correr como si persiguieran una presa de cacería, lanzar la piedra y la barra y otros parecidos, como lo acostumbran los nobles. Después todos, puestos de acuerdo, se abrazaron muy afectuosamente. Luego llevaron el premio a Morant de Carnnéres, quien lo recibió muy contento. Así pasaron la noche entre fiestas y alegrías, hasta que el día siguiente cada uno regresó a su Castillo. Los jóvenes de Trazegnies permanecieron en el suyo con su madre, que mucho los quería. Ella se distraía y se complacía con sus hijos; pero cuando se acordaba de su buen Señor no podía contener el llanto y se ponía a rezar a Nuestro Señor rogándole que le permitiera verlo de nuevo.

A la dama y a sus hijos los dejaremos estar y hablaremos de Amaury, quien por entonces navegaba en altamar.

Capítulo XXVI

De cómo el desleal Amaury cruzó el mar y llegó a Babilonia donde encontró a Gillion y de lo que le hizo creer

Ya habéis oído la manera como Amaury fue enviado por el Conde de Hainaut a ultramar para averiguar sobre el paradero de Gillion de Trazegnies. Como es evidente, su deseo era no encontrarlo y más bien quería comprobar su muerte a fin de que a su regreso pudiera casarse con la Dama de Trazegnies.

Amaury llegó a Venecia y se hizo a la mar con varios mercaderes. Se preguntaba dónde podría hallar a Gillion y se dijo a sí mismo que si se dirigiera a Siria podría quizá encontrar alguna noticia, porque era bien sabido que la intención de Gillion al partir de Hainaut era de ir directamente a Jerusalén para orar y besar el Santo Sepulcro. Por eso, estuvo muy contento de encontrar unos mercaderes que iban por mar hasta Acre, para pasar de ahí a Damasco.

No voy a hacer un recuento detallado de los días del viaje por mar porque basta decir que en poco tiempo llegaron sin mayor problema al Puerto de Acre , donde descendieron todos del barco. Después, al día siguiente en la mañana, Amaury tomó un guía que lo llevó esa noche a Nazareth. Luego pasaron por Samaria y las montañas del Líbano, hasta que llegaron a Napelouse; y al día siguiente en la tarde entraron en la Ciudad Santa de Jerusalén.

Amaury fue a alojarse, donde los peregrinos acostumbran hacerlo. Cuando llegó la mañana, fue a oír Misa. Después bajó al Santo Sepulcro e hizo su ofrenda. Luego regresó a su alojamiento. Preguntó al posadero y a varios otros dónde podría encontrar alguna persona que le diera noticias de Gillion, pero ni el posadero ni aquellas personas a quienes preguntó supieron darle razón alguna. Varios días estuvo en la ciudad, siempre preguntando a todo el mundo lo que deseaba saber.

Mientras caminaba por las calles, pensaba cómo podía hacer para tener a la Dama Marie como mujer. Este pensamiento no lo abandonaba ni un sólo momento. Un día, mientras caminaba pensativo por la calle, vio sobre la diestra a un peregrino vestido con una esclavina y con el bordón en la mano que pedía limosna. Este, tan pronto vio Amaury, se le acercó a pedirle limosna. Amaury, viendo que era peregrino y que parecía venir de muy lejos porque estaba muy delgado y enjuto, tomó de su bolsa un florín de oro y se le entregó, diciéndole: "Amigo, te ruego que me digas de dónde eres, de dónde vienes en tan pobre estado". El peregrino en forma muy modesta le contestó que había nacido en el país de Normandía pero que ahora venía directamente de Babilonia, luego de haber estado en varios otros países; y que sabía hablar árabe y otras lenguas. "El largo tiempo que he estado ausente de mi país, me ha obligado a aprender idiomas extranjeros". Amaury escuchó con mucha alegría que el peregrino le dijera ser del país normando.

"Amigo, le preguntó, te ruego que me digas la verdad. Quiero saber si en el país de donde vienes hay paz o guerra". "Sire," le contestó el peregrino, "en el país de Babilonia acaba de haber una gran guerra. El Rey Isor de Damasco tuvo sitiada a la ciudad. Pero el Sultán tenía a un cristiano prisionero a quien permitió pelear a su lado en la batalla; y éste hizo tanto que con su propia mano mató al Rey Isor y a varios otros Reyes y emires, derrotando a los sitiadores y rescatando al Sultán que estaba prisionero. La fama de sus hechos y de sus proezas es tan grande que por allá no se habla de otra cosa sino de él". Cuando Amaury escuchó al peregrino, pensó para sí que podría tratarse de Gillion. "Amigo, le dijo Amaury, "te ruego decirme si has visto a aquél de quien me hablas". "Sire," le dijo el peregrino, "no lo he visto en persona, pero todos me han dicho que se trata de un hombre bien plantado, grande y macizo, con miembros bien formados". "Amigo," le dijo Amaury, "para agradecerte las cosas interesantes que me has contado, te invito a cenar conmigo. Después podrás irte donde te parezca". Entraron a la posada y cenaron juntos. Luego el peregrino se despidió y se fue. Y Amaury, que estaba muy deseoso de saber si verdaderamente era Gillion quien se encontraba en Babilonia, se alistó e hizo las provisiones para atravesar los desiertos.

Tomó un cargador como guía y partieron de Jerusalén. Se esforzaron tanto que llegaron a Gaza , que está a la entrada de los desiertos, la cual dejaron atrás. En el camino encontraron a varios mercaderes que se dirigían también a Babilonia, lo que le dió mucho gusto a Amaury. Tan pronto como pudo, se acercó a ellos con el pretexto de preguntarles el camino que llevaban. Después les dijo que en Jerusalén habían encontrado a un peregrino que le había dicho que el Sultán contrataba a la gente de armas que quisiera servirle. Uno de los mercaderes le contestó que era cierto y le propuso que viajara con ellos para protegerlos durante el camino y que, como remuneración, le darían una parte de las ganancias. Amaury, muy contento, les respondió que no quería otra cosa.

Tanto andaron por los desiertos que se apartaron de los caminos y casi se encontraron perdidos, por lo que tuvieron que regresar hacia la costa, logrando llegar al Puerto de la Isla Bercia que está cerca de Damiette. Y estuvieron muy afortunados porque si permanecían más tiempo en el desierto, hubieran muerto de hambre. En ese puerto encontraron una pequeña embarcación que los llevó hasta Damiette, donde el Emir ordenó que les dieran alojamiento en la posada. Permanecieron dos días en esa ciudad para descansar y restablecerse en las fatigas del viaje por el desierto. Como Amaury sabía que el Sultán contrataba a sueldo a la gente de guerra, cualquiera que fuera su religión, compró lo mejor para llegar armado en la forma más impresionante. El día siguiente, él y los mercaderes tomaron otra embarcación que los condujo por el río del Nilo y en cinco días llegaron al puerto de Babilonia.

El Sultán había dejado a la ribera del río para entretenerse con la llegada de los barcos de mercaderes y ver las variadas y extraordinarias mercaderías que traían. Es así como advirtió la llegada de la nave en que venía Amaury; y divisó a éste que estaba muy ricamente vestido y armado. Tuvo mucha curiosidad por saber quién era. Se acercó al barco y, luego de haber examinado a su gusto a Amaury, le preguntó quién era y de dónde venía armado en esa forma. "Sire," le dijo Amaury, "puesto que os place saberlo, yo os lo diré. La verdad es que soy del país Franco y he tenido que dejarlo

recientemente porque maté a un caballero de la Corte del Rey de Francia debido a un disgusto que me dió. Por este motivo, el Rey me ha exiliado y obligado a abandonar mi país. Si he venido hasta aquí es porque he oído que a menudo tenéis guerra. Si queréis tenerme a vuestro servicio como uno de vuestros soldados, os serviré bien y lealmente". "Amigo," le dijo el Sultán, "estoy muy contento de vuestra venida. Por el aprecio que le tengo a Gillion a quien he encontrado leal y honesto, os retengo bajo mi paga; y os colocaré al lado de un caballero cristiano que estará muy contento con vuestra llegada". "Sire," le dijo Amaury, "estoy dispuesto a hacer lo que os plazca".

El Sultán llevó a Amaury a su Palacio. Gillion entró llevando de la mano a la bella Graciana y acompañado por Hertan. El Sultán que mucho lo apreciaba, lo llamó a su lado y le dijo: "Gillion, ved aquí a un cristiano que os traigo, el cual ha sido expulsado del Reino de Francia en razón de cierta muerte que ya él os contará. Ha venido a servirme y hará todo lo que yo le ordene. Si lo he contratado es por aprecio a vos. Por consiguiente, os lo entrego en custodia". "Sire," le dijo Gillion, "estoy muy contento de su venida". Se aproximó a Amaury, lo tomó del brazo* y le rogó que le contara noticias del país franco. Amaury hizo una profunda reverencia y le dijo que le daría las noticias más tarde.

La comida estaba servida y el Sultán se sentó a la mesa con su hija a su lado y Gillion al otro lado de ella. El Sultán ordenó a Amaury que se sentara con los emires. Fueron muy ricamente servidos; y, cuando terminó la comida, se quitaron los manteles, el Sultán se levantó de la mesa y Gillion tomó a Graciana de la mano y la recondujo a su habitación. Después regresó al Palacio donde encontró a Amaury a quien saludó muy cortésmente; éste contestó con igual cortesía. Entonces Gillion lo tomó del brazo** y le rogó que le contara lo que estaba sucediendo en el gobierno de Francia y le hablara del país de Hainaut, del cual había partido. "Sire," le dijo Amaury, "ya que queréis saber la verdad, os la contaré. Largo tiempo he vivido en Francia y he partido hace poco menos de dos años por una discusión que tuve en el Palacio del Rey de Francia con un caballero a quien infortunadamente maté. Como consecuencia, el Rey me expulsó del país. Fui a ver al Conde de Hainaut, quien me retuvo en el Palacio y me apreció mucho. Pero cuando el Rey de Francia fue advertido que yo estaba con el Conde, le escribió diciéndole que, por lo que más amara y respetara, no me retuviera como huésped si no quería tenerlo a él por enemigo. Eso me obligó a abandonar el servicio de buen Conde. El Rey juró que si en cualquier lugar de la Cristiandad algún Príncipe me recibía, él le haría la guerra. Por ese motivo, me vi obligado a huir y a atravesar el mar. He venido a refugiarme aquí y estoy dispuesto a dar mi vida para servir con vos al Sultán". "Amigo," le dijo Gillion, "os agradezco este ofrecimiento. Pero os ruego que ya que habéis vivido en el país de Hainaut, querráis decirme si habéis oído hablar de la Dama de Trazegnies y si todavía ella vive". "Oíd," dijo Amaury, "la verdad que os diré. Sabed que poco después de la partida de Gillion, su marido, ella y su hijo por nacer, murieron; lo que produjo gran pena en el país".

Capítulo XXVII

Cómo Gillion de Trazegnies se lamentaba por las mentiras que Amaury le hacía creer

Cuando Gillion de Trazegnies escuchó a Amaury, tuvo tal impresión en su corazón que cayó desmayado cuan largo era. Después, cuando volvió en sí y comenzó a quejarse muy lastimeramente en la siguiente forma: "¡Ah, muy noble dama! Es por mi culpa que estabais encinta y que esto os ha sucedido. Ruego a Nuestro Señor que de vuestra alma quiera apiadarse y tener compasión. Siento dentro de mí que después de vuestra muerte, mi corazón jamás tendría alegría. ¡Ah, noble Conde de Hainaut, que pérdida y que males he sufrido desde la última vez en que nos hemos visto!". El desleal Amaury, viendo a Gillion tan acongojado, le dijo: "Ah, ah, Sire, ¡jamás hubiera creído que fuerais su marido, el Señor de Trazegnies!. Si lo hubiera sabido, os lo hubiera dicho de otra manera".

Mientras se encontraban en estas conversaciones, entró Hertán al Palacio y vio a Gillion llorando. Cuando lo vio tan adolorido, tuvo mucho temor de que algún mal grave le hubiera sucedido. Vino rápidamente hacía él y le preguntó la causa de sus lágrimas. "Amigo," le dijo Gillion, "la causa es muy grande. Ved aquí a un cristiano que viene directamente del país de Hainaut en el que he nacido y del que hace ya mucho tiempo que partí. He sabido por él que mi esposa ya no es parte del este siglo, lo que me ha dado tan gran dolor al corazón que si Dios no me hubiera ayudado habría muerto. Mi esposa era tan buena y leal dama que no existe otra parecida en el mundo". "Sire," le dijo Hertán, "cesad vuestro dolor ya que llorando y gimiendo no la podréis volver a ver ni ayudaréis a la salvación de su alma. Por eso os pido que ceséis vuestro duelo y que roguéis a Dios por ella, ya que no podéis hacer otro bien que rezar para que El la quiera acoger en su Santa Gloria".

"Hertán," le respondió Gillion, "comprendo perfectamente que vuestras palabras son exactas. Pero el gran amor que tenía por ella me lleva a lamentarse y a llorar. Porque ella era mi gozo y mi vida. Por amor a ella, tenía esperanza de regresar lo antes posible al país de Hainaut donde he nacido y donde tengo mi hogar. Ahora veo claramente que jamás regresaré, porque he perdido la alegría, ya que está muerta aquella a quien tanto solía amar. Bien veo que esto ha sucedido por mi pecado, debido a que he pasado tanto tiempo en tierra sarracena, tratando gente que no cree en Dios ni en su ley. Pero Dios juzgará mi fe y me querrá perdonar porque sabe bien que no tengo otro remedio. Y por ello prometo a Dios que siempre que me encuentre en batalla contra sarracenos a quienes no puedo amar, les haré sentir el gran dolor e irritación que llena mi corazón. ¡Oh, país de Hainaut, donde he dejado a mis buenos amigos! Esta vez sé que no os veré nunca más.¡Ah, muy nobles señores de Havrec , de Ligne , d'Anthoing , d'Enghien , la Hamede , Bossut y vos Sire de Floyon , que tanto me habéis querido al punto de haberme propuesto en el momento de mi partida que postergara mi empresa y mi viaje y que esperara hasta el día en que mi muy querida amiga hubiera dado a luz!".
"No quise seguir vuestro consejo porque había jurado a Dios que no permanecería más tiempo sin ver y visitar el Santo Sepulcro. Pero la fortuna me ha puesto en tan mala situación que creo ciertamente saber que no existe ser más infeliz que yo en el mundo.

Porque sin primos ni parientes, me encuentro viviendo entre los sarracenos. No conozco una sólo persona en quien pueda tener confianza, salvo Hertán que me aprecia lealmente y la bella Graciana que tanto bien me ha hecho, por lo que es natural que yo la ame".

Así como lo oís, Gillion prorrumpía en lamento y Hertán lo reconfortaba lo mejor que podía sin saber el mal que tanta pena y perturbación le causaba. Se ha dicho alguna vez que un amigo vale más que veinte parientes cercanos. Mientras esto sucedía, la bella Graciana entró en el palacio y vio a Gillion que se había retirado a una esquina a lamentarse. Lo vio llorar de tal manera que las lágrimas le corrían a lo largo de la cara. Inmediatamente, vio que su corazón estaba lleno de tristeza y de amargura; lo vio pálido y descolorido. Inmediatamente se acercó a él y le preguntó muy dulcemente sobre la causa de su dolor y si alguno le había hecho alguna maldad que pudiera ser corregida. "Si tanto me amáis, me diréis prontamente la causa de vuestra pena. Y además os ruego decirme quién es ese cristiano que he visto conversando con vos y qué es lo que ha venido a hacer aquí". "Dama," le dijo Gillion, "a vos no quiero ocultar nada. La verdad es que cuando partí de mi país Hainaut, estaba casado con una muy noble dama, la mejor del país y la más bella y la más leal que pueda encontrarse. A ella le dejé encinta, lo que ahora pienso que fue un gran pecado. Pero a través de ese cristiano a quien os referís y que acaba de venir directamente del país en el que he nacido, me he enterado de que inmediatamente después de mi partida ella falleció, así como el niño del cual estaba encinta. Ruego a Dios que quiera perdonarle sus pecados".

Entonces la noble dama, habiendo oído de Gillion la causa de su dolor le dijo: "Gillion, sois un hombre y sabéis que somos mortales y que no hay nadie a quien un día no le toque la muerte. Nuestras lágrimas y nuestros gritos no nos permitirán verlos de nuevo; lo mejor que podemos hacer es orar por sus almas. Bastante sabéis que sois muy tiernamente amado por mí debido a la bondad que he visto en vos. Muchas veces me habéis explicado vuestras creencias. Y es así como siempre me habéis dicho que todas las adversidades que le suceden a la criatura mientras se encuentra en el mundo, debemos aceptarlas sin quejarnos e incluso agradecerlas. Vuestra gran fama y vuestra gran bondad han hecho que mi padre, el Sultán, os aprecie vivamente; al punto que no hay ahora cosa en el mundo que no haría por vos. Podéis estar seguro de que conmigo sucede lo mismo". "Dama," le dijo Gillion, "todo lo que me decís sé que es así; y creo ciertamente en ello. Por eso, estoy de acuerdo en que conviene superar el duelo que llevo en mi corazón. Pero si hubiera a Dios placido que el niño que ella me había dado quede con vida, me hubiera sido más fácil superar mi duelo. Mucho mal me hace el hecho de no dejar heredero para mi tierra ni para el nombre de Trazegnies, del cual soy jefe de familia. Veo ahora que el nombre y las armas de Trazegnies quedarán extinguidos y aniquilados por el hecho de haber perdido a ese niño; de esta forma veo que he perdido todo sin que jamás pueda recobrarlo". "Gillion," le dijo la dama, "por lo que os veo, creo que mal podríais reconfortar a un amigo cuando vos mismo no sabéis reconfortaros".

"Señor," le dijo Hertán, "mi dama os dice la verdad". Entonces Gillion mirando a Graciana y a Hertán que así lo reconfortaban, no mostró todo su dolor y refrenó su corazón; por amor a ellos dos, les hizo creer que ya estaba tranquilizado. La doncella lo tomó de la mano y ella y Hertán lo llevaron a su habitación donde permaneció más de un mes completo; por lo cual la doncella y Hertán estaban muy preocupados.

Dejaré ahora de hablar de ellos dos hasta que sea el momento de regresar.

Capítulo XXVIII

Aquí se habla de la gran batalla que tuvo lugar delante de Babilonia y de la muerte del desleal Amaury

Ya habéis oído cómo el Rey Isor de Damasco fue muerto delante de Babilonia y cómo después lo fue también el Emir de Orbrye, su sobrino. Estas noticias corrieron por África y por Barbaria y así llegaron hasta el Rey Fabur de Moriena, quien se decía pariente próximo del Emir de Orbrye.

Este escribió y envió mensajeros a todos sus súbditos, parientes, amigos y aliados, para que vinieran a reunirse con él. Mandó también buscar a su primo, el Rey de Fez , y a otros varios reyes y emires que eran sus parientes cercanos. Cuando todos hubieron llegado a la ciudad de África, les presentó sus quejas por la muerte del Rey Isor y de su primo el Emir de Orbrye, acusando al Sultán de Babilonia por haberlos perseguido y matado. Por ello, les suplicó que tomaran venganza de la muerte de sus parientes y que el Sultán que había cometido estos actos fuese muerto y su país incendiado y arrasado, de modo que quedara totalmente en ruinas. Entonces todos a una sola voz le respondieron que ya estaban tardando demasiado y que estaban impacientes de tomar venganza. El Rey Fabur habiendo oído esta respuesta, les agradeció a todos.

Hicieron los preparativos necesarios y luego sus barcos, equipados con todo lo que podía requerirse para llevar a cabo una guerra, entraron en el río que pasa delante de ese puerto de África. Cuando todos estuvieron en los barcos, izaron las velas y se dirigieron al mar donde navegaron con tan buen viento que pronto llegaron a Damietta. Después entraron en el río del Nilo, donde avanzaron destruyendo ciudades y pueblos, y así sanos y salvos llegaron hasta un puerto bastante cerca de Babilonia. Llegados ahí, bajaron de las naves los caballos, armaduras, tiendas de campaña, banderas y todo lo que necesitaban para la guerra. En total, eran diez mil hombres montados en sus destreros que tomaron el camino hacia la ciudad, destruyendo a hierro y a fuego todo lo que encontraban a su paso.

El clamor del pueblo fue tal que llegó hasta el Sultán quien quedó muy desconcertado al oír las quejas, sin saber quién podía atacarlo. Pero entonces se presentó un sarraceno que le mencionó por su nombre y por su apodo a aquél que le hacía esta guerra. Entonces el Sultán, lleno de ira contra los atacantes, mandó llamar a Gillion, quejándose de que hacía algún tiempo que no lo había visto ni había venido a departir con él.

Un sarraceno fue por Gillion y, al encontrarlo paseándose en una sala, le dijo gritando: "Sire, el Sultán me envía para que vayáis de inmediato a hablar con él". Gillion fue al palacio y apenas el Sultán lo vio, le dijo: "Gillion, sabed que se nos viene una gran guerra, según lo que han informado mis hombres que han visto el avance de los ejércitos enemigos. Porque son tres reyes juntos quienes quieren destruir mi país y mi tierra. Estos son a saber, el Rey Fabur de Moriena, como jefe y conductor de todos, el Rey de Fez y el rey Corsabrin de Vanclore , quienes se dicen parientes del Rey Isor de Damasco y del Emir de Orbrye. Se han prometido unos a otros que no se alejarán de mi ciudad sino hasta que la hayan asegurado y mi país haya sido puesto en total ruina". "Sire," le dijo Gillion, "Dios no quiera que esta posibilidad les sea concedida. No os mostréis preocupado por sus amenazas sino más bien, como Príncipe valiente, hacedles ver que su aventura puede convertirse en un gran vituperio para ellos. En vuestra ciudad tenéis una gran caballería. Salgamos a los campos y vayamos al encuentro del enemigo. Si Dios quiere ayudarme hoy y no me fallan ni el brazo ni la espada, me verán como una desgracia para ellos". El Sultán, habiendo oído la forma como Gillion lo arengaba y le insuflaba coraje para salir al encuentro de sus enemigos, corrió a abrazarlo y le dijo: "¡Oh, tú Gillion, padre, refugio, estaca, pilar y confundidor de mis enemigos! Ruego a Mahoma que te permita llevar tu voluntad y tu fuerza a sus extremos. A buena hora te he retenido conmigo".
Entonces Gillion que estaba muy deseoso de encontrarse de una vez en la batalla porque más quería la muerte que la vida en razón de la gran pena que tenía en su corazón debido al amor de Dama Marie, su mujer, a quien creía muerta, vio a Hertán y al traidor Amaury que se paseaban por una de las salas. Llamó a Hertán y le dijo: "Amigo, quisiera que hoy portéis el estandarte como lo habéis hecho en otra ocasión. No sabría hoy entregarlo a otro más valiente que vos". "Señor," le dijo Hertán, "no merezco que me hagáis este honor. Pero ya que así lo queréis, con la gracia de Dios me esforzaré tanto que tendremos honor y gloria mientras que nuestros falsos y desleales enemigos tendrán gran daño y vituperio". "Y vos, Sire Amaury," dijo Gillion, "estaréis cerca de mi". "Sire, respondió éste, haré lo que vos ordenéis, de manera que estaréis contento de mi". Oh, el desleal y perverso traidor mentía; porque sus pensamientos estaban en otro parte, como lo demostró después y como lo oiréis a continuación. Pero pagó su deserción.

Viendo Gillion de Trazegnies que el Sultán colocaba en él toda la dirección de la hueste con plenas facultades, hizo publicar un anuncio por la ciudad ordenando que todos tomaron sus armas y concurrieran a una plaza delante del palacio que era muy grande y amplia. Una vez reunidos, daba horror oírlos por el ruido que hacían y por el sonido de los tambores, cornos y trompetas. El Sultán y Gillion se colocaron sus armaduras y subieron a sus destreros. La bella Graciana, viendo a Gillion, su amigo, que partía a la guerra, subió rápidamente a la torre más alta del palacio para seguirlo con la mirada hasta donde pudiera. Ella no sabía si llorar por su padre o por su amigo, ya que comprendía que ambos corrían el riesgo de perder su vida. Rogó muy humildemente a Nuestro Señor que quisiera regresarlos a ambos sanos y salvos y habiendo obtenido victoria sobre sus enemigos.

Cuando el Sultán y Gillion estuvieron en el campo y una vez organizados y reunidos sus batallones, comenzaron a avanzar hacia sus enemigos a quienes veían delante de ellos esperándolos. De pronto, ambos ejércitos vinieron el uno contra el otro, galopando ferozmente. Cuando estuvieron suficientemente cerca, comenzaron a tirarse flechas y

dardos de ambos lados en tal cantidad que se formó una nube espesa de flechas y dardos sobre sus cabezas a tal punto que entre el polvo y las flechas no era posible ver el sol. Después vino el turno de las lanzas y de las espadas. Se mataban mutuamente de tal manera que los muertos y heridos formaban pilas y montones y la sangre corría por los suelos. Gillion, Hertán y Amaury entraron en la batalla, aunque éste último hubiera preferido quedarse atrás; más hubiera preferido permanecer en Hainaut que haber venido. A menudo sucede que el pensamiento de un loco tiene más consecuencias de lo que se cree. Lo digo por Amaury quien por su locura partió en busca de noticias de Gillion de Trazegnies con el único objetivo de lograr el amor de Dama Marie y casarse con ella; lo cual no pudo hacer, como habréis de oír a continuación.

Gillion, quien montaba un poderoso destrero, entró en la batalla y se encontró en primer lugar con el Emir de Trípoli a quien embistió con su lanza que era muy fuerte y rígida, al punto que penetró el escudo y la coraza de acero y lo atravesó de parte a parte, cayendo el Emir muerto al pie de su destrero.
Después atacó a otro a quien hizo caer al suelo y murió en forma miserable pisoteado por los caballos. Entró con tanta energía dentro del campo de sus enemigos que antes de que su lanza se hubiera roto ya había matado a seis de ellos. Después echó mano de la espada con la que hizo tal matanza de sarracenos que tenía sangre hasta en la cota. Sus enemigos le corrían y ninguno no se atrevía a esperarlo en el sitio. La batalla se presentaba feroz por ambos lados. El Sultán gritaba "¡Babilonia!" y el rey Fabur gritaba "¡Moriena!". El rey Corsabrin gritaba "¡Vanclore!", y así cada uno daba su grito de guerra. Ahí estaba Hertán, quien seguía muy de cerca a Gillion sosteniendo con una mano el estandarte y con la otra combatía, para lo cual había tenido que soltar las riendas de su destrero. Amaury, que tenía mucho temor de perder su vida, pensó para sí que si seguía al lado de Gillion no tendría ninguna seguridad de conservar la vida; y así cobardemente se dio media vuelta y se retiró de la batalla tomando la dirección del Nilo, creyendo que encontraría una nave o embarcación que por una suma de dinero lo llevara hasta Damietta. Sin embargo, un sarraceno advirtió su maniobra y, apartándose de la batalla, corrió tras él con la lanza baja gritándole: "Mal hombre, si no os enfrentáis a mí os atravesaré el cuerpo con la espalda con el hierro de la lanza". Amaury, que transpiraba de terror, fue sorprendido con estos gritos a tal punto que ni siquiera tuvo el valor de defenderse. El dicho sarraceno vino directamente sobre él y le dio un golpe tan maravilloso y tan horrible que la lanza atravesó a Amaury y salió por el otro lado de su cuerpo en más de un pie y medio , cayendo muerto al pie de su destrero. Así como lo oís, el traidor Amaury recibió el pago de su deserción.

Por su parte, Gillion de Trazegnies iba de un lado a otro por la batalla abriéndose paso entre la multitud, abatiendo y confundiendo a los sarracenos por todos lados; porque no le importaba morir por el amor de su mujer. Hertán, que llevaba el estandarte, escogió a un sarraceno de su bando que era muy fuerte y valiente con las armas y le dijo: "Amigo, os ruego que llevéis este estandarte. Me estorba demasiado y me fastidia no poder acudir en ayuda de todo el mundo como quisiera". El sarraceno, a quien le pareció que no le podían haber hecho mejor honor, tomó el estandarte con mucha alegría. Hertán corrió hacia Gillion y lo encontró en grave peligro entre los morienos [moros], combatiendo pié a tierra. Tanto había peleado que sus puños estaban hinchados. Si en ese momento no hubiese sido socorrido, le hubiera sido imposible escapar a ser capturado o muerto. Pero con la ayuda de Hertán que vino en su socorro y gracias a las

grandes proezas que éste hizo, fue rescatado y quedó a salvo. Viendo Hertán que se encontraba en tierra, se dirigió contra un sarraceno que estaba montado en un poderoso destrero, a quien le dio un tajo de revés con la espada, tan grande que le separó la cabeza del cuerpo, con yelmo y todo a la altura de los hombros. Después tomó el destrero del sarraceno muerto y se lo entregó a Gillion, quien inmediatamente montó en él. Gillion le agradeció mucho a Hertán por esta gran cortesía que había tenido para con él. Después los dos juntos penetraron en las filas enemigas y les aplicaron tanta disciplina que daba horror ver.
En varias ocasiones, el Sultán dejaba de combatir solamente para ver las grandes maravillas que hacía Gillion. Se decía a sí mismo que no parecía hombre mortal quien tenía tal fuerza como para dar y recibir golpes tan grandes.

La batalla fue muy grande y feroz y duró muchísimo. El Rey de Moriena [Mauritania] se paseaba por el campo gritando: "¿Dónde estás tú, desleal Sultán, que has hecho matar por un cristiano al más noble rey que usó espada? Este fue Isor de Damasco; y también al buen Emir de Orbrye. Tienes que saber que la muerte de ellos te será vendida cara". Entonces atacó al Sultán con una lanza enorme que por poco no lo echó a tierra; y hubiera estado en gran peligro si no lo hubieran ayudado inmediatamente los babilonios. Pero llegaron tantos sarracenos de ambas partes que los dos jefes fueron separados. Entre ellos llegó el Rey Corsabrin, quien daba feroz batalla contra los babilonios, corriendo peligro el propio Sultán si Gillion no lo hubiera ayudado. Cuando Gillion vio al Rey Corsabrin que hacía tanto daño a los babilonios, se acercó a él ruidosamente como una tempestad. Le dio un golpe tan fuerte sobre el yelmo que los círculos de oro no pudieron evitar que lo abriera hasta los sesos. El Rey Corsabrin cayó muerto al pie de su destrero y el Rey Fabur se puso muy apesadumbrado cuando se enteró de la noticia. Por su parte, el Rey de Fez estuvo también muy apenado por el aprecio que le tenía a Corsabrin, quien era su sobrino, y maldijo a Mahoma; después, penetró más profundamente en la batalla, arengando a su gente. Hertán estaba siempre cerca de Gillion, abatiendo y dando tajos a los sarracenos.

Hasta que llegó el momento en que fue necesario para ambas partes que se tocase a retirada. Los babilonios entraron de vuelta en la ciudad y los enemigos regresaron a sus tiendas de campaña. Cada combatiente manifestaba un gran duelo por los amigos que había perdido en la batalla; porque ninguna de las dos partes podía decir que había tenido menos pérdida que la otra. Cuando el Sultán entró de regreso en su ciudad, su hija la bella Graciana se acercó a saludarlo, muy contenta de que tanto su padre como su amigo estuvieran a salvo. El Sultán se hizo quitar la armadura. La doncella tomó a Gillion de la mano y lo llevó, junto con Hertán, a su habitación donde mandó que les quitaran las armaduras.

Después se pudieron a hablar de miles de cosas. Entre otras, Gillion se lamentaba mucho de que Amaury hubiera sido muerto en la batalla. Entonces, Hertán le dijo: "Señor, no necesitáis lamentaros de ello ni extrañarlo. En realidad, tan pronto como os vio entrar en la batalla se escapó, escondiéndose hasta que estuvo fuera del campo de batalla. Luego, cuando se vio solo, picó espuelas y comenzó a costear la ribera del río. Pero no se había alejado mucho cuando fue advertido por un sarraceno que lo persiguió lanza en mano, picando fuertemente con las espuelas a su caballo; y mató a Amaury, sin

que éste hiciera además alguno para defenderse. Dejadlo estar así porque más vale muerto que vivo, ya que en él no se podía tener confianza a pesar de la buena impresión que nos dio a vos y a mí". "Hertan," le dijo Gillion, "por lo que decís, ahora sabemos que no era hombre de estar entre los buenos y ni siquiera de conversar con ellos. Por consiguiente, su muerte no se puede tener en cuenta".

Prisión en Trípoli

Capítulo XXIX

Aquí se habla de otra batalla que sucedió delante de Babilonia donde el Rey Fabur de Moriena fue derrotado y de cómo Gillion fue llevado prisionero a Trípoli en Barbaria

Así como oís, Gillion y Hertan conversaban con la doncella en su habitación. Por su parte, el Rey Fabur de Moriena y el Rey de Fez se habían retirado a sus tiendas de campaña y se lamentaban de la muerte del Rey Corsabrin de Vanclore, a quien tenían mucho aprecio. Entonces, los dos juntos, unidos a sus emires, hicieron un juramento solemne sobre la imagen de Mahoma de que jamás se alejarían del lugar del sitio hasta que el Sultán y el cristiano que tanto daño había hecho estuvieran sujetos a su voluntad, la ciudad de Babilonia haya ardido, sus muros y sus torres hayan sido destruidos y sus palacios demolidos. Pero muchas veces he oído decir que de lo que piensa el loco algo queda y que aquel que calcula sin respaldo, más le vale calcular dos veces la situación. Lo digo por los dos reyes paganos que proferían estas amenazas contra el Sultán y contra Gillion de Trazegnies.

Estos se encontraban en el palacio conferenciando permanentemente sobre la posibilidad de encontrar un medio que les permitiera conservar la ciudad y anular los propósitos de sus enemigos. Los sitiadores llevaban a cabo diariamente fuertes ataques contra la ciudad. Pero, aunque éstos no tenían afecto, se producían numerosas carreras, sobresaltos y escaramuzas, tanto por los de dentro como por los de fuera. Durante mucho tiempo estuvo sitiada la ciudad, al punto que Gillion y Hertan, así como el Sultán y sus emires, se encontraban bastante irritados. Llegaron a la conclusión todos juntos de que más valdría asumir la situación con audacia y correr el riesgo de ser muertos en batalla que prolongar la resistencia en el sitio. El Sultán encomendó a Gillion que dirigiera sus huestes y llevara los batallones como mejor le pareciera; por lo cual, éste aprestó a las tropas para salir de la ciudad a atacar a sus enemigos. Cuando llegó el día, hizo anunciar por toda la ciudad que tanto viejos como jóvenes que tuvieran costumbre de llevar armas debían estar listos para salir al campo a combatir y defender sus cuerpos y vidas, sus mujeres y niños y para destruir y ahuyentar a sus enemigos fuera de su tierra. El pueblo, habiendo oído el mandato de su jefe, estuvo listo para pelear. Salieron de la ciudad donde encontraron al Sultán y a Gillion de Trazegnies que

ya habían comenzado a ordenar los batallones. Por su parte, el Rey de los morienos y el Rey de Fez, viendo que los babilonios salían de su ciudad, comenzaron a marchar a su encuentro. Cuando estuvieron cerca, se arrojaron ambos bandos tal cantidad de dardos y flechas que parecía que fuesen nubes y hacía que, unidas al polvo y al aliento de los caballos, todo fuera oscuro y negro, de manera que con gran dificultad podían distinguirse unos y otros. Estando frente a frente las dos huestes, Gillion de Trazegnies se arrojó sobre sus enemigos y escogió a un sarraceno a quien apuntó con su lanza y le dio un golpe tan potente que tanto la punta de hierro como la madera del asta atravesaron el cuerpo más de un pie y medio. Al retirar su lanza, el sarraceno cayó muerto al suelo. Después derribó a un segundo y a un tercero y a un cuarto, los que cayeron debajo de sus destreros sin ninguna posibilidad de levantarse. Así, les correspondió terminar sus días miserablemente bajo los pies de los caballos.
Después echó mano de la espada, con la cual hacía maravillas. Hertán lo seguía de cerca y causaba una matanza tan grande de paganos que parece increíble de solo oírlo contar. Por su parte, el Rey de Moriena y el Rey de Fez arengaban a su gente y castigaban duramente a los babilonios. El Sultán, viendo que sus enemigos se esforzaban en matar y dar tajos a los babilonios, alzó su espada y, como frente a él estaba un poderoso emir que era sobrino del Rey de los Morienos, le dio un golpe tan duro y poderoso que el tajo le abrió hasta los sesos. Después, para reunir a su gente, comenzó a gritar: "¡Babilonia!". El Rey Fabur, habiendo visto cómo el Sultán había matado a su sobrino, le dio un golpe al Sultán con la espada sobre el yelmo tan fuerte que lo aturdió y lo tumbó por tierra. Pero el Sultán, que era muy fuerte y hábil, se puso rápidamente en pié, espada en mano, gritando "¡Babilonia!" Para defender su vida. Sin embargo, su fuerza y su virtud le hubieran sido de poco valor si Gillion y Hertán no hubieran acudido rápidamente en su ayuda. Cuando ellos escucharon el grito, inmediatamente lo reconocieron y pensaron que el Sultán necesitaba socorro. Picaron espuelas viendo como rayos hasta donde se encontraba el Sultán, matando a todos los que se encontraban en su camino. Se abrían paso entre la multitud y dispersaban a sus enemigos de tal manera que no había quien fuera suficientemente valiente para atreverse a esperarlos. Gillion de Trazegnies divisó en su camino al Emir de Trípoli de Barbaria a quien le dio tal tajo sobre el hombro que el brazo y el escudo cayeron por tierra. Después le dio un terrible empujón que lo hizo salir de la montura y caer entre los muertos. Gillion cogió el destrero del Emir por la rienda y se lo entregó al Sultán quien inmediata y rápidamente montó en él y le agradeció a Gillion por el gran servicio que le había hecho. Entonces, Gillion, el Sultán y Hertán entraron juntos en el fragor de la batalla gritando "¡Babilonia!".

Los gritos y la algarada aumentaron de ambos lados a tal punto que era una cosa horrible oírlos. Si quisiera decirles todas las grandes proezas que Gillion de Trazegnies hizo ese día -y Hertán con él- tardaría demasiado tiempo en contárselas. Tanto se esforzaron, que lo quisieran o no los morienos, se vieron obligados a retroceder y a perder terreno; lo que al Rey Fabur y al Rey de Fez les dio una gran pena en el corazón al ver a su gente que era herida y muerta dolorosamente por el empuje de sólo dos hombres. Cuando estos reyes vieron que ya no les quedaba recurso ni remedio alguno, se dieron a la fuga hacia sus naves que estaban ancladas en el río del Nilo. Gillion, Hertán y los babilonios los siguieron en su huida, dándoles tajos y matándolos por montones al punto que los caminos y los campos estaban cubiertos de muertos. De pronto, Gillion de Trazegnies vio al Rey Fabur y al Rey de Fez que huían juntos hacia el río; pero al mismo tiempo advirtió que Hertán combatía contra los morienos, quienes lo

habían rodeado y se disponían a darle muerte. Sin embargo, el Sultán acudió rápidamente en socorro de Hertán, por lo que Gillion pudo correr detrás de los reyes que huían y llegó hasta la embarcación del Rey Fabur cuando éste ya se encontraba dentro de su nave. Gillion, creyendo que era seguido por los babilonios, saltó dentro de la nave con la espada en la mano gritando "¡Babilonia!". Entonces los paganos que lo vieron entrar solo y sin compañía, con gran prisa cortaron las cuerdas de las anclas y se hicieron a la vela, abandonando el puerto y navegando por el río. Cuando Gillion se dio cuenta de que se encontraba en medio del río cercado por sus enemigos, lamentó mucho su situación.

Por su parte, el Sultán y Hertán combatían y mataban a los fugitivos al punto que pocos pudieron escapar con vida. El botín que obtuvieron los babilonios fue muy grande y se repartió en función de los méritos que habían hecho durante la pelea. De pronto, el Sultán llamó a Hertán y le preguntó dónde se encontraba Gillion. "Sire, le dijo Hertán, mientras los morienos me rodeaban, lo vi pasar persiguiendo al Rey Fabur de Moriena". Entonces el Sultán ordenó que se le buscara por todas partes; pero ni siquiera pudo encontrarse a persona alguna que diera razón de él. Esto le produjo una gran tristeza en el corazón; pero su dolor y su cólera no podían hacer nada para ayudar a Gillion de Trazegnies que mientras tanto combatía dentro de la nave del Rey Fabur. Pero cuando vio que la embarcación se alejaba de tierra, tuvo un gran dolo en el corazón porque comprendió que ni su fuerza ni su ánimo podían servirle de mucho ahora. En ese momento, el Sultán y Hertán miraron hacia el río y oyeron los gritos y las algaradas que hacían los sarracenos alrededor de Gillion, mientras este combatía contra ellos; pero nada podían hacer para socorrerlo o ayudarlo desde tierra. Las lamentaciones y los gritos que dieron el Sultán, Hertán y los babilonios fueron tan grandes que se podían oír hasta en la ciudad. Porque se daban perfectamente cuenta de que la fuerza, la espada, el pilar de los babilonios se encontraba perdido. Veían ante sus propios ojos como Gillion era llevado prisionero que se le pudiera dar ninguna ayuda.

El Sultán, muy triste y pensativo, con gran dolor, entró en la ciudad de Babilonia donde fue alegremente recibido por su hija. Pero cuando ella vio que su padre y Hertán lloraban y que con ellos no estaba Gillion, el corazón le indicó lo que había sucedido. Sintió un vivo dolor en el pecho pero no dio señal alguna de ello en su rostro a fin de que sus amores no pudieran ser advertidos. Le preguntó al Sultán, su padre, la causa por la cual lo veía tan adolorido y éste le respondió que tenía razones para ello debido a la gran pérdida que habían sufrido en la batalla en razón de la captura de Gillion, a quien apreciaba más que a cualquier otra persona en el mundo. La bella Graciana, sabiendo con certeza la captura de su amigo, reunió como mejor pudo todo su coraje y consoló a su padre. Después se fue a su habitación donde en la forma más lastimera del mundo, lloró y se lamentó por la pérdida de su amigo pensando que no lo vería nunca más. A ella la dejaremos estar y os contaré de Gillion de Trazegnies.

Capítulo XXX

De cómo Gillion fue encerrado en un calabozo y de las lastimeras lamentaciones que hacía

Poco después de que Gillion hubo entrado en la embarcación del Rey Fabur creyendo que lo seguía el Sultán y los demás babilonios, se encontró rodeado sin que le quedara ninguna posibilidad de liberarse: estaba ante la captura o la muerte. Muy devotamente oró a Nuestro Señor, recordó a su mujer a quien creía muerta y lamentó que nunca más regresaría a su país. Como caballero íntegro y valiente, no temía a la muerte. Espada en mano comenzó a golpear a los enemigos que lo rodeaban en la embarcación. A uno, le cortó un brazo; a otro lo abrió hasta los sesos. Aquel a quien tocaba ya no tenía necesidad de pedir que le curaran sus heridas. De igual forma que el jabalí arrinconado, el se había guarecido en el castillo de popa, de donde había echado a todos los sarracenos. Cuando los veía acercarse, corría hacia ellos como un loco, como aquel a quien ya su vida no le importa. Cortó pies y manos, brazos y hombros; la sangre de los muertos y heridos teñía la embarcación de rojo. Pero ni su fuerza ni su habilidad podían ya servirle porque estaba tan cansado de combatir que le fallaron las fuerzas y ya ninguno de sus brazos le obedecían mientras que por las heridas que había recibido le manaba mucha sangre. Llegó un momento en que se sintió tan débil que no pudo tenerse en pie y cayó.

Cuando los sarracenos lo vieron caído, saltaron sobre él y lo hubieran indudablemente matado si el Rey Fabur no hubiera estado presente. Éste les gritó que lo dejaran con vida. Lo capturaron, le amarraron de pies y manos y lo tiraron a la bodega de la nave, donde lastimeramente se quejaba, extrañando a su mujer, a su hijo, al buen Conde de Hainaut y a sus amigos. El Rey Fabur estaba muy contento con la captura que había hecho y aprovechó tan bien el viento que pronto llegaron al puerto de Trípoli en Barbaria, donde fue recibido con gran alegría como señor del país. Él y el Rey de Fez descendieron de sus naves e hicieron que arrastraran fuera del barco a Gillion y lo arrojaran a un calabozo muy profundo y oscuro. Cuando el Rey Fabur llegó a su palacio, comenzó a lamentarse muy vivamente por la gran pérdida y los daños que había sufrido ante Babilonia. Pero pronto se consoló por el hecho de que tenía en su prisión a aquel que era el culpable de tales daños y sobre quien vengaría su ira. Le preguntó al Rey de Fez y a los Emires que estaban con él cuál era la muerte o el tormento que debían aplicar para terminar con el cristiano que estaba en el calabozo, ya que era este mismo hombre quien con sus manos había matado al Rey Isor, al Emir de Orbrye y después al Rey Corsabrin de Vanclore.
"Sire", le dijo el Rey de Fez, "si queréis creerme, yo no os aconsejaría que lo hiciérais morir tan rápidamente. Yo lo tendría en el calabozo a pan y agua, sin darle ninguna otra cosa, hasta que llegue el día de la fiesta de San Juan en que vuestros pares y Barones estarán reunidos con vos. Entonces, para honrar el día y hacer sacrificio a Mahoma lo podréis juzgar y ejecutar ante todos los que hubieren venido a la fiesta". El Rey Fabur habiendo oído al Rey Fez, estuvo de acuerdo con lo planteado y dijo que seguiría su consejo.

Así como oís, esta vez le fue respetada la vida a Gillion quien, sin embargo, fue advertido por el carcelero que la hora de su muerte había sido simplemente postergada, pero que sufriría al martirio en la fiesta de San Juan. Gillion se sintió reconfortado,

diciéndose a sí mismo que un día de postergación vale bien cien marcos y oró de esta manera: "¡Oh, verdadero Dios! te suplico que quieras ayudarme, reconfortarme y librarme del peligro en el que me encuentro. ¡Oh, muy noble país de Hainaut! No quiero pensar más en vos cuando ha muerto aquella a quien más deseaba ver en el mundo y un pequeño niño que ella había engendrado. Ruego a Nuestro Señor que quiera acoger su alma con misericordia y evitarle todo mal al buen Conde de Hainaut, así como a todos mis buenos amigos que no saben el peligro en el que me encuentro. A Dios encomiendo mi alma. ¡Oh, Dama Graciana!. El destino ha querido que ese gran amor que me demostráis sea apartado para siempre. ¡Oh, Hertán, mi muy caro amigo! Estoy seguro por lo que os conozco que si supierais el lugar en que me encuentro, os arreglaríais para ayudarme a salir de aquí. Pero es imposible que lo sepáis".

Dejaremos por un momento de hablar de Gillion hasta que sea hora de regresar y hablaremos ahora de Hertán y de la doncella Graciana.

Capítulo XXXI

De las conversaciones que sostenían la bella Graciana y Hertán, quienes no sabían dónde se encontraba Gillion.

Ya habéis oído por lo que acabo de contaros, la pena tan grande que tenía la bella Graciana debido a la captura de su amigo Gillion. Por su parte, Hertán no hacía sino pensar día y noche la manera como podría saber dónde se encontraba Gillion a fin de acudir en su socorro y ayudarlo a salir de su prisión.

Sucedió que un día la bella Graciana mandó llamar a Hertán a su habitación para hablarle. Hertan, deseoso siempre de complacerla, vino donde ella y la saludó muy humildemente. "Hertán," le dijo la doncella, "qué bueno que hayáis podido venir. Sabed en verdad que en mí no existe alegría ni fiesta ni puedo descansar ni dormir, ni de día ni de noche, por el amor de Gillion a quien amo lealmente y él a mí. Bien sé que por su amor finalmente me convendrá morir. Ciertamente si fuera posible trasformarme en hombre, no dejaría un sólo día de buscarlo ni de preguntar por él hasta que me sea dado obtener alguna noticia verdadera.

¡Ah, Hertán mi amigo! Bien sabéis que él os apreciaba también lealmente y seguramente vos os recordáis de ello. Siempre he oído decir que aquél que ama lealmente, tarda en olvidar. Ciertamente, Hertán, jamás podré olvidar a Gillion y me parece que vos tampoco deberíais olvidarlo". "Dama," le dijo Hertán, "no penséis en absoluto que lo he olvidado porque día y noche no hago sino cavilar sobre la manera como pudiera ayudarlo. Os diré brevemente lo que se me ha ocurrido hacer a fin de que podamos tener verdaderas noticias de él. Yo he estado anteriormente en el país de Moriena y sé hablar su lengua. Por eso he pensado que podría ir allá de incógnito. Conozco una hierba con la que podría pintar de negro mi cara y mis manos, de tal manera que nadie me reconocería. Después atravesaría el mar e iría a Barbaria, a la Corte del Rey Fabur de Moriena. Llegado ahí, encontraría la manera de obtener algún tipo de empleo en su Corte para servirlo. Y permanecería en dicha Corte hasta saber la verdad si Gillion se encuentra vino o no. Y si estuviera vivo, quiera Dios que pueda

hallarlo. No tengo duda alguna de que, mediando su Gracia, pueda traéroslo en breve término". Cuando la doncella escuchó a Hertán tuvo tanta felicidad que corrió a besarlo y le dijo: "¡Oh, mi muy leal amigo!. Ruego a Dios que esta gracia os quiera otorgar y que sanos y salvos, vos y él, podáis retornar en breve plazo". Entonces, sin tardar más, la doncella le entregó un puñado de oro y de plata.

Hertán se alistó para cumplir su empresa. Encontró sobre el río una nave pronta para partir en la cual se embarcó hasta Damietta, donde encontró otra nave de mercaderes con la cual llegó hasta Trípoli donde estaba el Rey Fabur de Moriena.

Dejaremos de hablar de Hertán por el momento hasta que sea nuevamente llegada la hora y hablaremos del país de Hainaut y de la Dama Marie con sus dos hijos.

Capítulo XXXIIA

De cómo Jean y Gerard de Trazegnies participaron en el torneo de Condé sobre el Escaut, donde ganaron el premio y el honor

Bastante habéis oído hablar en esta historia de la forma como la Dama Marie de Trazegnies crió a sus dos hijos, es decir, a Jean y Gérard, hermanos entre sí e hijos de Gillion de Trazegnies, a quienes al momento de su partida, había dejado en el vientre de su madre, la Dama Marie. Como habéis oído, la noble dama, su madre, los había criado y educado y ahora estaban tan grandes que se encontraban listos a tomar las armas y no se les escapaba justa, torneo ni asamblea de príncipes donde no estuvieran presentes.

En aquel tiempo, el Conde de la Marche tomó como mujer a la hija del Duque de Brabante y las nupcias se celebraron en Condé sobre el Escaut. Con este motivo, el Conde hizo saber por todas partes que en la pradera que se encontraba delante de la ciudad se llevaría a cabo un torneo. Tanto fue anunciado que mucha gente vino a participar. El anuncio del torneo y la importancia del mismo se difundieron tanto que no hubo noble en todo Hainaut ni Brabante ni Picardía que no viniera para mostrar su habilidad. Los dos jóvenes de Trazegnies se enteraron de esta noble asamblea y hablaron sobre la posibilidad de asistir. Jean, el mayor, llamó a su hermano Gérard y le dijo: "Hermano mío, tengo un gran deseo de que vos y yo vayamos hasta Condé sobre el Escaut para participar en la reunión que ahí tendrá lugar; deseo verdaderamente que podamos hacer ahí algo que nos dé gran fama". "Hermano," le dijo Gérard, "me sorprende mucho lo que decís. Sabéis muy bien que no tenemos oro ni plata para poder ir. Más vale que nos quedemos aquí a que vayamos como pordioseros. Pero también vos sabéis que nuestra madre tiene mucho oro y plata y que día y noche no hace sino amasar su fortuna y guardarla en cofres. ¡Si solamente pudiéramos ir al torneo equipados y vestidos como corresponde desafiaríamos a los más grandes y a los más fuertes que

pudiéramos encontrar!. Se dice habitualmente que aquél que con modestia solicita, siempre encuentra a alguien que quiera ayudarlo. Y si lo logramos, tomaremos nuestras armas e iremos a Condé". "Hermano," le dijo Jean, "vuestro deseo es el mío". Fueron juntos donde su madre y poniéndose de rodillas le rogaron humildemente que quisiera ayudarlos y prestarles oro y plata para hacer frente a sus gastos y tener así lo que les fuera necesario. La noble dama, viendo a sus dos hijos humillarse ante ella, comenzó a lagrimear acordándose del padre de ellos a quien tanto se parecían. Llegado ese punto, no podía rehusarles nada; pero aprovechó la ocasión para darles un sermón con bellas enseñanzas. Después hizo que les entregaran armaduras y caballos, oro y plata y gente que pudiera servirlos. Luego, los besó llorando y los encomendó a Dios.

Cuando todo estuvo listo, se despidieron de su madre y partieron. Tanto cabalgaron que en una tarde llegaron a Condé, donde se alojaron muy a su gusto en la casa de una persona importante. A la mañana siguiente, se vistieron y se arreglaron. Llegaron al monasterio precisamente a la hora en que el Conde de la Marche debía contraer matrimonio y estuvieron muy contentos de haber llegado a la hora exacta porque si no hubieran estado temprano en la iglesia no habrían visto pasar a la novia llevada de ambas manos al altar, de un lado por el Conde de Hainaut y del otro lado por el Conde de Namur. Era algo bello de ver. Después del matrimonio, cuando el servicio divino había terminado, fueron todos al castillo donde estaba servida la comida. La cantidad de platos y de entremeses que ese día se ofrecieron fue tal que no voy a decíroslo en detalle porque tardaría demasiado.

Después de la comida, la novia y las damas fueron a la pradera donde se encontraba instalado el estrado, decorado y cubierto de ricas tapicerías, al cual subieron. Entonces los señores, viendo a las damas en el estrado, fueron a alistarse. Después los heraldos comenzaron a gritar sus proclamas que anunciaban el inicio del torneo e invitaban a todos los caballeros a acercarse para cumplir con su deber. Después de hecho el anuncio, el Duque de Brabante con el Conde de Hainaut y luego el Conde de Saint Pol con el Conde de Namur, los cuatro juntos vinieron a colocarse debajo del estrado para esperar a los participantes. Por su parte, un gran número de barones y caballeros vinieron a mostrarse, todos armados y vestidos muy ricamente. El Señor d'Anthoing fue el primero, después el Señor d'Anrech, el Señor d'Enghien, el Señor de la Hameide, el Señor de Ligne, el señor de Floyon, el Señor de Jeumont, el Señor de Bossut y muchos otros nobles escuderos del país de Hainaut. Los herederos de Trazegnies no se quedaron atrás porque querían hacer todo lo posible para que fueran conocidos. Cumplieron con el paseo, pasando delante del estrado con una presentación magnífica; al punto que fueron muy alabados por las damas, quienes se decían entre ellas que su bello aspecto era digno de alabanza y rogaban a Dios que les diera buena fortuna en este torneo.

Así como oís, pasaron delante del estrado todos los que debían participar en la justa. Entonces, los heraldos comenzaron a gritar que todos bajaran sus yelmos y que ahora se vería quienes merecerían aprecio en razón de las proezas o habilidad que demostraran: "Aquí se verá al que es digno de ser amado, aquí se verá al que adquirirá caballos y armas como premio". Entonces los menestreles comenzaron a tocar las trompetas y los heraldos a gritar que cada uno cumpliera con su deber como estaba ordenado. Los cuatro grandes Señores antes nombrados se hicieron a un lado para esperar a quienes quisieran combatir contra ellos. El Conde de Hainaut levanta la mano haciéndole una señal al Señor de Havrec para indicarle que quería combatir contra él. Ambos bajaron

las lanzas y picando a los destreros con sus espuelas se acometieron sobre los escudos con tal fuerza que sus lanzas se rompieron, volando en pedazos. Algunos de los heraldos gritaban "¡Hainaut!" y otros heraldos gritaban "¡Havrec!". Después participaron el Conde de Saint Pol y el Señor d'Anthoing, el Conde de Namur y el Señor de Ligne. Por su parte, vino el Conde de la Marche al encuentro del Señor d'Enghien, quienes chocaron tan ferozmente que ambos rompieron sus lanzas. Pero el Señor d'Enghien le dio al Conde de la Marche un golpe tan grande debajo del escudo que por poco lo derriba. Cuando la recién casada que estaba en el estrado vio a su esposo que se inclinaba sobre el caballo tuvo tanto miedo que pegó un grito muy fuerte y todos los señores y damas se echaron a reír. Entre ellos se decían: "Esta recién casada tenía una buena razón para dar tal grito por su marido, porque si éste hubiera quedado herido, en la noche no habrían podido tener su torneo privado juntos".

Era hermoso ver la fiesta. Todos se esforzaban por hacerlo lo mejor que podían a fin de ganar más alabanzas y premios. Muchos caballeros y escuderos pusieron a prueba sus habilidades. Los herederos de Trazegnies tomaron igualmente parte. Gérard, el más joven, se juró a sí mismo que prefería morir en el torneo si no ganaba las mayores alabanzas y los mejores premios. Miró al Conde de Namur y le hizo una señal, indicándole que contra él quería combatir. El Conde lo advirtió enseguida y se preparó para el encuentro. Ambos bajaron sus lanzas y vinieron el uno contra el otro: se golpearon ferozmente sobre los escudos y la lanza del Conde se rompió en pedazos; pero Gérard, que llevaba una lanza muy gruesa, le dio un golpe tan fuerte al Conde en medio de su escudo que, lo quisiera o no, el Conde cayó por tierra. Gérard tomó el destreero y se lo entregó a uno de sus escuderos quien lo llevó directamente al lugar donde Gérard había clavado su estandarte. Entonces los heraldos comenzaron a gritar por todas partes "¡Trazegnies!"; y se paseaban delante de los estrados diciendo en alta voz: "Damas y señoritas, mirad al joven enamorado a quien no hay que dejar en el olvido". Por su parte, el Conde de Namur estaba furioso de haber sido derribado en esta forma por un niño y de haber perdido así su caballo. Rápidamente le trajeron un nuevo caballo, sobre el cual montó a toda prisa. Después tomó una gruesa lanza y le hizo una señal a Gérard de que quería volver a combatir contra él. Gérard, que no pedía otra cosa, bajó la lanza y le dio al Conde tal golpe sobre el yelmo que, a pesar del cordón trenzado que lo sostenía, salió despedido de la cabeza y el Conde quedó delante del estrado con la cabeza descubierta; nada le hubiera podido doler más. Ya entonces la bulla y los gritos de los heraldos era enorme. Unos gritaban "¡Trazegnies!". Otros anunciaban al nuevo enamorado que ese día estaba conquistando el honor y los premios.

El ambiente del torneo se enardeció. Varios caballeros y escuderos estaban muy molestos por el hecho de que Gérard se llevaba las alabanzas de la gente. El Señor de Jeumont, que era muy orgulloso, vino a combatir contra Gérard, sobre quien rompió su lanza. Pero Gérard lo golpeó en el escudo con tal fuerza que el Señor de Jeumont cayó por tierra. Después, Gérard cogió al destrero por la brida y lo envió con uno de sus escuderos al lugar donde había clavado su estandarte; lo que le dolió mucho al Señor de Jeumont. Los heraldos gritaban nuevamente por todas partes "¡Trazegnies!". Jean estaba muy contento de ver las maravillas que hacía su hermano. El también se hizo colocar el yelmo y tomó una lanza muy gruesa. Se vino a desafiar al Conde de Saint Pol a quien le dio tal golpe que lo hizo correrse de la montura y quedar sentado sobre la grupa del destrero. Dieron media vuelta y se volvieron para el segundo encuentro. El Conde falló en su golpe, pero Jean lo alcanzó en medio de su escudo tan rudamente que lo hizo

saltar del destrero y caer en medio de la pradera. Jean cogió el destrero por las riendas y lo envió a donde había clavado su estandarte. El Conde de Saint Pol viéndose derribado por un escudero tan joven tuvo tal disgusto que no quiso seguir participando en el torneo y se regresó a su alojamiento en la ciudad.

El torneo duró varias horas. Los herederos de Trazegnies se esforzaron ese día de tal manera que todas las personas reunidas estaban de acuerdo en que las mayores alabanzas, el honor y la fama correspondían a ellos por sus hechos de armas y sus grandes proezas. El Conde de Hainaut, viendo a los jóvenes de Trazegnies esforzarse así, quedó muy contento y se dijo que en ellos la naturaleza se muestra sin poder ocultarse y que pronto se parecerían mucho a su padre quien fue siempre un gran caballero, así como toda el linaje del cual descendían. A través de estos jóvenes se veía que su linaje no había perdido vigor, como lo demostraban con sus obras. El Dios del Paraíso quiera acoger el alma de su padre. Entonces el Conde levantó la mano y le hizo señal a Jean de que quería combatir contra él. Pero Jean que inmediatamente lo reconoció, se quitó el yelmo y se acercó al Conde para decirle: "Sire, Dios no quiera que cometa yo tal ultraje de dirigir mi lanza contra vos. Yo soy vuestro súbdito y, por consiguiente, os debo fe y lealtad, así como lo hizo mi padre. Ni por todo el oro del mundo combatiría contra vos, debido al peligro que pudiera sobrevenir. Porque si por casualidad os hiero o hago algo que os cause disgusto, nunca más durante el resto de mi vida tendré alegría en mi corazón". El Conde, habiendo oído al joven, con simpatía le dijo: "Caballerito, la naturaleza os ha sido favorable y muestra claramente vuestro origen". Entonces el Conde de la Marche gritó a Jean que quería ir a su encuentro. Jean que lo había oído muy bien debido al gran alboroto que hizo, se volvió a colocar el yelmo, bajo la lanza y se dirigió hacia el Conde de la Marche. Los dos caballeros se acercaron excitando a sus caballos con las espuelas al punto que los destreros corrían a la mayor velocidad que les era posible. El Conde de la Marche asestó a Jean un golpe en medio del escudo tan fuerte que la lanza voló en pedazos. Pero Jean que había puesto toda su fuerza y toda su mente en el golpe que quería darle al Conde la Marche, lo embistió en forma tan desmesurada que éste cayó derribado. Jean tomó al destrero por las riendas y ordenó que lo llevaran cerca de su estandarte. Entonces los heraldos comenzaron a gritar: "¡Flor de caballería! Las mejores proezas y la fama corresponden hoy día a los herederos de Trazegnies". La recién casada, viendo que su marido caía a tierra, preguntó a su heraldo si su esposo estaba herido o aturdido o si tenía algún dolor. El heraldo le respondió que nada.

Un gran número de hombres y de destreros intervinieron en el torneo; y muchos fueron derribados. Pero las actuaciones de los jóvenes de Trazegnies son las que daban más que hablar. Todos decían que se parecían mucho a su padre. Los heraldos se paseaban por la pradera gritando: "¡Hainaut!", "¡Saint Pol!", "¡La Marche!", "¡Anthoing!", "¡Ligne!", "¡La Hameide!", "¡Enghien!", "¡Havrec!", "¡Jeumont!", "¡Bossut!", "¡Floyon!" y "¡Andregnyes!". Pero, por encima de todo ese ruido, se escuchaba el nombre de "¡Trazegnies!" y razón había para ello: Gérard ganó siete destreros y Jean, su hermano, ganó cinco. Gérard, que tenía un gran deseo de hacer cualquier cosa que pudiera darle mucha fama, dijo a los heraldos que atrevidamente gritaran sobre todo "¡Trazegnies!" y que serían bien pagados por eso.

Sin embargo, ahí había un gran grupo de caballeros y de escuderos que estaban muy molestos por lo que veían y envidiosos de que fueran los jóvenes de Trazegnies quienes provocaban tanto ruido. Jean, que oyó sus quejas, le dijo a Gérard: "Hermano, hay en este torneo un gran número de personas que les gustaría mucho vernos retroceder y perder la fama que acabamos de ganar". "Hermano", le respondió Gérard, "Dios no quiera que partamos de aquí sino hasta que se haya ido el último de los contendientes. Vos y yo seremos los últimos en dejar el campo, si os parece bien". "Hermano", le dijo Jean, "es tarde, la hora de vísperas se aproxima. Por otra parte, advierto que a un gran número de personas les molesta que nos quedemos aquí y todo lo que quisieran es vernos derribados por tierra. Por eso yo aconsejaría que mientras dura nuestra buena suerte, nos vayamos". "Hermano", le dijo Gérard, "prometo a Dios que de este lugar no me iré mientras quede todavía alguien a quien desafiar, sea caballero, escudero u hombre de autoridad". Entonces, espoleó a su destrero y le dió al Señor d'Enghien un golpe tan poderoso con su lanza que lo hizo caer del caballo. Después Jean tumbó al Señor de Jeumont. Esto reanimó nuevamente el torneo: heridos los orgullos, cada participante quería derribar a los demás. Las damas que se encontraban en el estrado estaban unas contentas y otras preocupadas por sus maridos, hermanos y amigos que participaban en la justa. Alguna vio a su marido con deseos de que fuera muerto en el sitio a fin de renovarlo. Porque se dice comúnmente que comer siempre de un mismo pan, aburre.

Si quisiera contarles todos los combates y hechos de armas que ese día tuvieron lugar en la pradera de Condé sobre el Escaut, aburriría a los oyentes. Basta decir que las alabanzas, los premios y la fama fueron para los dos jóvenes de Trazegnies, debido a sus proezas. La noche obligó a todo el mundo a dejar la pradera. Todos regresaron a la ciudad y los heraldos acompañaron a los jóvenes gritando "¡Trazegnies!" hasta que éstos estuvieron dentro de su alojamiento. Jean y Gérard estaban muy contentos. Ya en la posada, les retiraron sus armaduras y ellos fueron a la Corte donde se encontraban reunidos todos los barones y caballeros. Las mesas fueron puestas y la recién casada entró llevada de la mano por ambos Condes, uno de cada lado. La acompañaron a sentarse a la mesa, donde fueron muy ricamente servidos. Los dos jóvenes de Trazegnies sirvieron esa noche la comida del Conde de Hainaut. Todas las miradas de los barones, de los caballeros, de las damas y de las señoritas eran para ellos, y se hacían comentarios sobre lo jóvenes que eran aún. Todos los felicitaron y los alabaron, recordando las grandes proezas y la fama de su padre y señalando que ellos se parecían mucho a él. Ellos lamentaban mucho la ausencia en ese día de Gillion, su buen padre, por el cual rogaron a Dios y le encomendaron su alma.

Así como oís, las conversaciones se referían a los jóvenes de Trazegnies y a su padre, entre otras muchas cosas. El Conde de Hainaut, que estaba sentado al lado de la recién casada, le digo: "Prima mía, bien debéis agradecer a Dios por cuanto, por el aprecio que se os tiene, hoy día se han reunido tantos nobles barones y caballeros". "Sire", le dijo la dama muy humildemente, "a todos agradezco y a vos también". En tanto los herederos de Trazegnies estaban delante del Conde para servirlo, éste observó a Jean que, en su opinión, era más mesurado que Gérard, su hermano. "Señor mi Dios", se dijo el Conde, "vuestros grandes hechos no dejan de maravillar a los hombres. Veo ante mí a dos hermanos, nacidos de un mismo padre y de una misma madre paridos al mismo tiempo; y cada uno tiene su propia manera de ser conforme a un orden que la naturaleza ha perfectamente establecido, porque si el uno es muy hábil en hablar y en maneras, el otro

es impaciente, cálido y hierve en deseo de hacer lo que su voluntad quiere". Así se decía el Conde.

La cena duró mucho tiempo. Después, llegada la hora, se retiraron las mesas, los comensales se levantaron y comenzaron las conversaciones por la sala. Los que habían participado en las justas, teniéndose de las manos, se hicieron aparte, listos para recibir los premios que serían otorgados a aquellos que más los hubieran merecido. Dos nobles doncellas de alto linaje lo llevaban: una el azor sobre el puño y la otra el halcón de dos mudas. Con los menestreles delante de ellas, dieron dos vueltas a la sala mostrando los premios a los participantes en el torneo. Después a la tercera vuelta, una de las doncellas que llevaba el azor sobre el puño, puso una rodilla en tierra delante de Gérard y le dijo: "Noble escudero, por vuestras grandes y valientes proezas habéis hoy día conquistado el premio: las damas y caballeros juzgan que el honor es vuestro". Gérard estaba muy contento del honor que le hacían y agradeció a las damas y señoritas, tomó el azor y dio un beso a aquella doncella que se lo había entregado. La segunda doncella, que llevaba el halcón sobre el puño, se acercó al Conde de Namur y se lo ofreció; por lo cual el Conde tuvo una gran alegría.

Entonces comenzó el júbilo y la fiesta por todas partes y ésta duró tres días. Al cuarto día, cada uno regresó al lugar de donde había venido.

Capítulo XXXII B

De cómo Jean y Gerard de Trazegnies participaron en el torneo de Condé sobre el Escaut, donde ganaron el premio y el honor (continuación)

Después de que se hubieron despedido del Conde y de la mujer, así como de la recién casada, los dos jóvenes de Trazegnies regresaron muy alegres a su Castillo en Trazegnies donde encontraron a su madre que los recibió con gran júbilo. Gérard se acercó a su madre con el azor sobre el punto, la saludó muy humildemente y le entregó el azor en custodia. La noble dama lo recibió muy cortésmente de su hijo, pero las lágrimas le caían por el rostro al tomarlo. Jean, el hijo mayor, viendo a la dama, su madre, que lloraba le dijo: "Oh, mi dama, estoy sorprendido de veros llorar. Porque no deberíais tener sino alegría en razón del honor que hemos ganado en la fiesta y del premio que os hemos traído". "Mis muy queridos hijos", dijo la noble dama, "las lágrimas y los gemidos que veis no son por causa de vuestra venida ni de vuestra fortuna; pero cuando os he visto traer el azor he recordado inmediatamente a vuestro padre, Gillion". Los hermanos intentaron distraer a su madre hablando de muchas otras cosas. La cena estaba lista y se sentaron a la mesa donde con mucha alegría le contaron los incidentes del torneo. La dama los escuchaba con gran placer. Luego de haber

terminado de cenar y de haber hecho un poco de conversación, se fueron a acostar ya que las camas estaban listas.

Jean tuvo una visión en la que él se encontraba en algún lugar más allá de los mares y veía a su padre, Gillion, encerrado en una jaula de hierro colocada en el fondo de una profunda fosa; después vio que alrededor de la jaula volaba una tórtola con la que Gillion, su padre, jugaba amorosamente. Se despertó inmediatamente, sorprendido de su propio sueño; y no acertaba a saber la significación que podía tener. Entonces, despertó a su hermano Girardin a quien le contó todo su sueño. Después de haber reflexionado un poco en común, Jean le dijo a Gérard: "Hermano, me parece que nosotros deberíamos ir juntos, sin tardar más, a buscar a nuestro padre; y no regresar hasta que podamos obtener noticias verdaderas y ciertas sobre lo que le ha sucedido. Ya somos suficientemente grandes para llevar armas y para buscar aventuras, así como antes lo hizo nuestro padre; porque quedándonos en nuestro lugar, poco honor podemos conquistar". Esa noche, los dos se prometieron uno al otro no detenerse jamás hasta que tuvieran verdaderas noticias de su padre.

Cuando amaneció, se levantaron y fueron a oír Misa. Después de oída la Misa, vinieron a ver a su madre, a quien le hicieron saber sus deseos y lo que habían decidido. La dama, habiendo oído que sus dos hijos querían ir a buscar a su padre, llorando les dijo: "¡Oh, mis muy queridos hijos! ¿Cómo podéis tener los corazones tan duros para abandonarme así y dejarme sola, a mí que os he criado?. En adelante, ¿quién será aquel o aquella que pueda consolarme en mi dolor?. Por Dios, hijos, pensad primero en todo esto antes de llevar adelante ese proyecto. Porque siempre he oído decir que aquel o aquellos que emprenden largos viajes son tenidos por locos si es que antes no prevén lo que les pueda suceder". "Madre", le dijo Jean, "por Dios no os abandonéis a vuestra pena. Si lo quiere Nuestro Señor, atravesaremos el mar e iremos a averiguar por nuestro padre; quizá lo encontremos en algún lugar en guerra. Llevaremos nuestras armas y blasones para que él nos pueda conocer y nosotros a él". La dama, viendo que ya nada podía hacer para quitar de la mente de los jóvenes la idea del viaje, tuvo tanta pena en el corazón que cayó desmayada delante de ellos; después, cuando volvió en sí, dio un grito muy grande y dijo: "¡Oh, mi verdadero Dios! ¿A qué hora me tocó nacer para que tenga que sufrir tanto?. Ya he perdido al padre y ahora voy a perder a los hijos". Jean y Gérard la consolaron lo más pronto posible; porque sin ellos, ella no sabría vivir. "Madre", le dijo Jean, "no dudéis de nosotros porque con la intervención de la Gracia de Nuestro Señor, haremos tanto de nuestra parte que en breve tendréis noticias nuestras y de nuestro padre". "Mis muy queridos hijos", dijo la dama, "Dios os oiga". Entonces, la buena dama fue a sus cofres y les entregó a sus dos hijos oro y plata en grandes cantidades para sus gastos.

Los jóvenes se alistaron y luego se despidieron de su madre, quien los besó llorando. Al momento de partir, la noble dama llamó a Jean, su hijo mayor, y sacándose un anillo de su dedo, le dijo: "Hijo mío, os doy este anillo que vuestro padre me regaló antes de partir. Os ruego que lo guardéis muy bien". Tanto la madre como los hijos tenían el corazón tan encogido, que no pudieron pronunciar una sola palabra. Llevaron consigo a dos jóvenes escuderos para que los sirvieran y se ocuparan de sus caballos. Entonces se

separaron de su madre; y pasarían siete años antes de que regresaran donde ella, mientras que la noble dama los extrañaba a menudo.

Cabalgaron por Alemania, luego entraron a Lombardía, la que atravesaron en poco tiempo, y llegaron a Roma. Después de haber pasado ahí dos días, volvieron a tomar sus armas y sus caballos. Cabalgaron mucho sin encontrar aventura que merezca ser mencionada y así llegaron al Puerto de Nápoles, donde encontraron un navío de mercaderes que iba directamente a Siria. Negociaron con el patrón de la embarcación y se pusieron de acuerdo sobre el costo del pasaje. Colocaron en el barco todo lo que necesitaban y el patrón ordenó levar anclas. Levantaron las velas y un viento favorable los hizo alejarse rápidamente de tierra.

Voy a dejar de hablar de ellos por el momento y diremos algo sobre Gillion, su padre.

La Liberación

Capítulo XXXIII

De cómo Hertan partió de Babilonia pintado de negro y llegó a Trípoli en Barbaria donde Gillion estaba prisionero y de cómo fue liberado

Ya habéis oído la manera como Gillion de Trazegnies fue capturado dentro de la nave del Rey Fabur de Moriena y cómo este Rey lo quería matar de inmediato, lo que no hizo en razón del consejo que le dio el Rey de Fez. Sabéis también como el Rey Fabur lo hizo colocar en un calabozo muy oscuro y tenebroso donde sufría mucho; porque no pasaba día sin que el guardián lo golpeara. Además, lo tenían solamente a pan y agua. A menudo, se quejaba diciendo: "¡Oh, Hertán, mi muy legal amigo! Creo que una madre no puede querer tanto a su hijo como vos me habéis estimado; sin embargo, nunca más os veré. ¡Oh, muy noble doncella Graciana! Tenía la esperanza de tomaros como mujer y casarme con vos según la ley cristiana; y ya nunca más regresar al país de Hainaut puesto que ahí he perdido a aquella que tan lealmente amé. ¡Desgraciado de mí! Bien sé que de la muerte no podré escaparme. Estoy seguro de que si Hertan supiera el lugar en el que estoy y el martirio que sufro, arriesgaría su vida por salvar la mía y me liberaría del peligro en el que estoy. Ruego a Dios que lo mantenga a salvo de peligro. Empero, estoy hablando tontamente porque ni un pariente ni un primo haría una cosa como ésta; y se dice a menudo que el que se aleja del ojo, se aleja del corazón".

A pesar de lo que Gillion decía o pensaba, Hertán no dejó de exponer su cuerpo y su vida y lanzarse a la aventura para tratar de encontrarlo. Se despidió de Graciana y se frotó la cara y las manos con una hierba, de tal manera que nadie, ni siquiera su padre, lo hubiera reconocido. Después subió a una embarcación de pesca que se encontraba en el río y que había hecho preparar de antemano, con la que llegó hasta Damietta. Ahí se embarcó en una nave de mercaderes, que lo condujo hasta Trípoli en Barbaria, donde en este tiempo reinaba el Rey Fabur de Moriena. Hertán había estado en otras oportunidades y conocía bien el país. Sabía también hablar el idioma, lo que le daba una gran ventaja para poder realizar la empresa que se había propuesto. Llegó a la ciudad el día de la Fiesta de San Juan. Ese día, el Rey Fabur había organizado una gran fiesta. Hertán, luego de desembarcar, se dirigió al palacio, donde encontró al Rey Fabur sentado a la mesa. Cuando estuvo frente a él, colocando una rodilla en tierra saludó al Rey, rogando a Mahoma que acrecentara su honor y su gloria. El Rey Fabur se puso a observarlo y le preguntó de dónde venía y qué quería. "Sire", le dijo Hertán, "sabed que he nacido y he sido criado en Damasco. Todo el tiempo he servido al Rey Ysor, a quien Mahoma tenga en su gloria, el que fue muerto delante de Babilonia por un falso y desleal cristiano, que no sé de dónde diablos pudo haber venido. La verdad es que ese día fui herido gravemente. Después he pasado mucho tiempo en Alejandría, donde mis heridas sanaron. Ahora he venido aquí para serviros y portarme de tal manera que mi servicio os será agradable. Por eso os pido muy humildemente que por el amor y favor de mi buen Señor Ysor, queráis recibirme en vuestro servicio". "Amigo", le dijo el Rey Fabur, "conviene que sepa de tí en qué oficio quieres servirme". "Sire, por Mahoma", contestó Hertan, "siempre he servido al Rey Ysor como guardián de sus prisioneros. Nunca he aprendido otro oficio en toda mi vida, salvo que también puedo ayudaros armado de lanza y escudo, galopando a la carrera sobre mi destrero e hiriendo al enemigo con mi espada". "Amigo", le dijo Fabur, "ya que es eso lo que sabéis hacer, os retengo conmigo y os nombro guardián de mis calabozos y prisiones. Habéis llegado en el momento oportuno, ya que tendréis bajo vuestra custodia al cristiano que mató al Rey Ysor, vuestro amo, a quien entrego a vuestra custodia. Lo podréis encontrar dentro del calabozo".

Cuando Hertán escuchó estas palabras del Rey Fabur, tuvo una gran alegría en su corazón aunque no la dejó notar a los demás. Por el contrario, para convencer mejor a Fabur se puso a hacer girar sus ojos y a frotar los dientes unos contra otros de tal manera que más parecía un enemigo que un hombre mortal. El Rey Fabur se maravilló mucho de la gran crueldad que mostraba el rostro de Hertán. Luego le preguntó su nombre. "Sire", le contestó Hertan, "mi nombre es Vivant". "Vivant", le dijo el Rey Fabur, "ya que así os llamáis, oíd lo que quiero deciros. La verdad es que cuando oísteis hablar del cristiano que está en el calabozo, os he visto cambiar de actitud e incluso mudar de color. Decidme la causa y guardaos bien de no ocultarme nada". "Sire", le dijo Hertán, "sabed en verdad que cuando os oí hablar del cristiano que había matado a mi buen Señor, el Rey Ysor, no hubo miembro de mi cuerpo que no haya temblado de ira. Me maravilla que lo habéis dejado con vida. Dado que ha matado a tantos nobles hombres, creyentes de nuestra ley, es una lástima que siga con vida. Ya que me lo habéis confiado, lo colocaré en tal estado que nunca más causará daño a vos ni a mí. Sire, así habéis oído la causa por la cual me habéis visto mudar de color. Porque además es él quien me hirió y quien me hubiera matado si no hubiera logrado escapar". "Vivant", le dijo el Rey, "para que podáis vengaros, quiero que seáis vos quien tenga las llaves y la custodia de la prisión". Entonces el Rey hizo llamar al guardián de la torre, que era un hombre muy malo, y le quitó las llaves; se las dio a Hertán y le dijo al

malvado guardián que le proporcionaría otro oficio mejor. "Sire", dijo el guardián de la torre, "bien me place ya que ese es vuestro deseo". Entonces Hertán, teniendo en sus manos las llaves de la prisión, juró por la ley de Mahoma que se desempeñaría correcta y eficientemente.

Así como lo oís, Hertán fue encargado por el Rey Fabur de custodiar sus prisiones. Después de haber tomado estas disposiciones, el Rey Fabur se retiró a su habitación y Hertán, con las llaves y un grueso bastón en la mano, fue derecho al calabozo. Varios sarracenos lo seguían debido a los aspavientos que hacía con el bastón, como si ya estuviera golpeando a Gillion. Entre ellos se decían que no habían visto nunca un guardián de prisiones más cruel y que el cristiano debía temer su suerte. Después se alejaron conversando y volvieron a entrar al palacio. Hertán llegó hasta la puerta del calabozo y la abrió. Cuando Gillion oyó los cerrojos, tuvo tanto miedo que comenzó a temblar y dijo: "Mi Dios verdadero, que me has hecho a imagen vuestra, te suplico muy humildemente que queráis ayudarme y confortarme". Cuando Hertán hubo abiertos los cerrojos, miró alrededor suyo antes de entrar para estar seguro de que nadie podría oírlos. Se acercó a Gillion, a quien encontró muy asustado y le dijo: "Por mi Dios Mahoma, falso y desleal cristiano, todos los males caigan sobre vos. Porque por encargo del Rey Fabur soy el nuevo guardián de esta prisión. Me ha dado este puesto por el amor que le tenía a mi buen Señor Isor que vos habéis asesinado. Y por eso, de hoy en adelante, todos los días os golpearé tanto con este bastón sobre los huesos que quedarán todos quebrados". Cuando Gullion lo escuchó, junto las manos y le rogó que quisiera tener merced y piedad de él. "Amigo mío, te ruego que quieras matarme de un solo golpe. Porque bien prefiero morir de un golpe a vivir con tanto dolor. Ya lo ves que estoy tan débil que no puedo ni siquiera moverme". Cuando Hertán lo oyó, no pudo contenerse las lágrimas y le dijo: "¿Cómo Gillion, no me reconocéis? Soy Hertán, que por la estima que os tengo he sufrido mucho con vuestra ausencia y he corrido riesgos para venir a buscaros. Venid a abrazarme; aquí estoy para aliviar vuestros males. He pintado de negro mi rostro y mis manos a fin de no ser reconocido". Entonces le contó la manera como había sido contratado por el Rey Fabur como guardián de sus calabozos y prisiones. "Y a vos os odia más que a cualquier otra persona en el mundo. Pero ya que me ha encargado custodiaros, voy a hacerlo de tal manera que nunca más tendrá que preocuparse por ello". "Hertán", le dijo Gillion, "a Dios y a vos debo agradecer cuando habéis hecho tanto para venir a acudir en mi ayuda". Entonces, Hertán le quitó los hierros que lo encadenaban y le dio bastante de beber y de comer. Después salió del calabozo, cerró los cerrojos y, con las llaves y el bastón en la mano, fue al palacio para pasearse con los otros sarracenos. Después, cuando llegó la hora de la comida, le trajeron su comida a la torre; sin embargo, no la tocó para poder compartirla con Gillion cuando ya no hubiera peligro. A la hora de vísperas, todos se retiraron a descansar. Entonces, Hertán abrió los cerrojos del calabozo y ofreció a Gillion su comida, la que comieron con gran placer. Después, Hertán llevó a Gilion a dormir a su cuarto, regresándolo en la mañana a su calabozo. No hacía sino pensar noche y día en la manera como podría liberar a Gillion y se dijo a sí mismo que moriría si no podía hacer salir a Gillion libre.

Todas las mañanas iba a pasearse al palacio con las llaves y el bastón en la mano. El Rey Fabur lo apreciaba mucho. Un día lo llamó y le preguntó si el cristiano tenía todavía fuerzas dado que no comía sino pan y agua. "Sire", le dijo Hertán, "no puede

tener fuerza alguna porque no pasa un día sin que yo le aseste doce golpes con este grueso bastón sobre sus costados". El Rey, sonriendo, le dijo que hacía muy bien y que así continuara haciéndolo. "Sire", le dijo Hertán, "tengo tanto placer en golpearlo que ya no me acuerdo de ninguno de los males que he sufrido en mi vida". El Rey Fabur se fue riéndose; pero si hubiera sabido la verdad sobre la forma como Hertán trataba a Gillion, habría sido terrible para ellos pues los habría matado con gran crueldad. Hertán, debido a su sutil ingenio, hizo tanto para hacerse querer que tanto grandes como pequeños lo apreciaban mucho. Pero día y noche no hacía sino pensar como y por qué medios podría salvar a Gillion y a si mismo.

Sucedió que un día el Rey Fabur había ido de cacería, donde pasó grandes dificultades. Por eso, esa noche estaba tan cansado que se retiró a dormir más temprano que de ordinario. Hertán comprendió que si alguna vez podían intentar la salvación de Gillion y de él mismo, éste era el momento. Recogió unas cotas de malla y una espada y vino al calabozo donde se encontraba Gillion, a quien le dijo: "Sire, os conviene poneros esta cota de malla y ceñiros esa espada. Porque si queremos salir de aquí, ha llegado el momento". Entonces dejaron la celda y fueron a la habitación de Hertán. Ahí cada uno tomó una túnica con la que se envolvieron y atravesaron el palacio tratando de no hacer ruido. Cuando llegaron a la puerta, Hertán llamó al portero que dormía con grandes ronquidos. Este reconoció inmediatamente a Hertán y le preguntó por qué se había levantado tan de mañana. Hertán le contestó que quería ir a la pradera a retozar un poco. El portero, que era un mal hombre, le dijo: "¡Id a acostaros de nuevo y que Mahoma os dé mala entraña!". Gillion, que estaba al lado de Hertán, sacó un cuchillo muy filudo y puntiagudo, se acercó al portero y se lo hundió en el cuerpo hasta el puño de tal manera que le atravesó el corazón y cayó muerto sin grito alguno y sin ruido. Hertán le quitó las llaves que llevaba en la mano y abrió la portezuela del portón, por la cual salieron él y Gillion. Cuando se encontraron fuera, se encomendaron a Dios. Atravesaron los campos y llegaron al puerto un poco antes del alba. A esa hora encontraron fácilmente varios barcos que se aprestaban para salir hacia Alejandría. Se acercaron al patrón de uno de ellos y le dijeron que eran mercaderes que querían viajar a Alejandría. El patrón, creyendo en lo que decían, los hizo entrar a su nave, donde dieron gracias a Nuestro Señor de su buena suerte y le rogaron que les condujera a puerto bueno y seguro. El viento era bueno y el patrón hizo levar anclas. El viento hinchó las velas con tal fuerza que en pocas horas se habían alejado de tierra.

Ahora dejaré de hablar de ellos y les contaré de la mujer del portero que estaba muy extrañada de que su marido no regresara donde ella. Apresuradamente saltó de la cama y se puso su abrigo de piel de carnero. Encontró que la puerta del cuarto estaba abierta y, un poco más allá, encontró a su marido tendido en el suelo, muerto. Cuando lo vio, pegó un grito tan fuerte que no hubo persona que no se despertara. Entonces, por todos lados se levantó la gente y vino hacia la puerta; ahí se encontraron al portero muerto y tendido en el suelo, de lo cual todos maravillaron. Inmediatamente se comunicó la noticia al Rey Fabur, quien se apenó mucho y dijo que no había duda de que existía un traidor entre ellos. Rápidamente, envió a algunos a la prisión, la cual encontraron completamente abierta y no estaba el prisionero ni el guardián. Por eso, los que habían ido a inspeccionar, regresaron al palacio gritando: "¡Ah, Sire Rey Fabur!. Sabed que esta noche el cristiano se ha escapado con la ayuda de vuestro nuevo guardián; los dos han partido juntos". El Rey Fabur montó en cólera y ordenó a gritos que siguieran a los

fugitivos. Entonces, sarracenos de todas partes, armados y desarmados, a caballo y a pie, comenzaron a recorrer los campos. Unos por un lado, otros por otro; algunos llegaron hasta la playa donde encontraron a varios hombres de mar a quienes les preguntaron si habían visto a dos hombres que querían embarcarse. Estos respondieron que sí y les dijeron que dos mercaderes habían llegado y se habían embarcado en una nave poco después de media noche. Agregaron que el viento había sido bueno y fresco y que probablemente los había llevado muy lejos de ahí, por lo que sería imposible atraparlos. Los sarracenos, habiendo comprobado que no podrían encontrar a aquel a quien buscaban, regresaron inmediatamente donde estaba el Rey Fabur y le contaron lo que se había enterado. Cuando el Rey los escuchó, estaba muy apenado; pero comprendió que no se podía hacer nada más. Por este motivo, juró solemnemente que la próxima vez que tuviera un cristiano en sus manos, lo mandaría matar de inmediato. Debido a esta fuga, hizo fabricar grandes cadenas de hierro que colocó entre las torres que guardaban el puerto, a fin de que ningún barco ni nave pudiera partir sin su permiso. Todo esto se parecía a la actitud del que cierra la puerta del establo cuando ya el caballo se ha perdido. El Rey Fabur se quedó muy apenado e irritado por el hecho de que se había escapado su prisionero y de que habían matado a su portero; por lo que maldijo más de cien veces a Mahoma.

Dejaremos ahora de hablar del Rey Fabur y hablaremos de Gillion y de Hertán que se encontraban en alta mar.

Capítulo XXXIV

De cómo Hertán llegó a Babilonia y de las grandes demostraciones de cariño que les hizo Graciana y el Sultán, su padre

Ya habéis oído la forma como Hertán salvó a Gillion, liberándolo de las manos de los sarracenos donde se encontraba con gran riesgo de perder su vida. Cuando estuvieron en el mar, ya lejos de tierra, muy humildemente comenzaron a alabar a Nuestro Señor. Pero lo hicieron en forma muy recatada para que los paganos que los llevaban no oyeran. Hertán, que conocía bien el idioma, hablaba a menudo con ellos en árabe. Gillion se mantenía aparte, apoyado en la borda del barco, rogando a Dios por el alma de Dama Marie, su mujer y pidiéndole que tuviera a bien perdonarle sus pecados. Y se decía a sí mismo que si ella no hubiera muerto, le hubiera gustado regresar a su país. Pensó también que si alguna vez regresaba se iría a vivir a la Abadía de Cambron, que había sido fundada por sus antepasados. Después dijo: "Mi Dios verdadero, veo claramente que nunca jamás podré atravesar el mar para llegar hasta mi país. Pero ya que esto tiene que ser así y que debo permanecer en Babilonia, si la bella Graciana lo quiere la tomaré como mujer según la ley de Jesucristo, siempre que por el Sultán me sea otorgada". Así se hablaba a sí mismo Gillion, quien había perdido toda esperanza de regresar a su país y no pensaba ver a sus dos hermosos hijos, aunque a menudo extrañaba su tierra. Pero Hertán lo reconfortaba, mientras navegaban por esas aguas lejanas.

Hertán le preguntó al patrón si tenía intención de llegar a Alejandría o a Damietta. El patrón le contestó que le gustaría ir hasta el Cairo en Babilonia y que después regresaría a Alejandría. "Sire", le dijo Hertán, "si es eso lo que queréis hacer, a nosotros nos convendría; porque es en el Cairo donde tenemos nuestra mercadería y nuestros dependientes que nos la administran. Si ahí tenéis necesidad de algo que esté dentro de nuestro alcance, con gusto os lo proporcionaremos". "Señores", les dijo el patrón, "bien se ve que ustedes son hombres de negocios honestos. En consideración a ustedes, pasaremos Alejandría de largo y entraremos en ese noble río del Nilo que viene desde el paraíso terrestre". Gillion y Hertán le agradecieron mucho.

Con la ayuda de un buen viento y manejando bien la vela, pronto entraron en el río del Nilo sin tomar puerto en Damietta ni en Alejandría. Poco tiempo después divisaban las torres y los palacios de Babilonia y de la ciudad. Cuando Gillion y Hertán los vieron, agradecieron a Nuestro Señor. "Verdadero Dios", dijo Gillion a Hertán, "bien debemos alabar y agradecer a Dios cuando hemos llegado hasta aquí sanos y salvos. Estoy seguro de que si Graciana supiera de nuestra llegada, inmediatamente vendría a recibirnos al puerto sobre la playa". Hertán le respondió que tenía razón y que no se preocupara porque quizá Graciana estaría en el puerto. Efectivamente, desde el día y la hora en que Hertán partió, no había pasado día sin que ella viniera al puerto a ver las embarcaciones que llegaban. Mientras ellos dos conversaban de esta manera, la bella Graciana estaba trepada sobre una de las torres del palacio para ver lo más lejano posible del río. Así vio que se acercaba al puerto un barco con las velas extendidas. Entonces, dijo: "¡Oh, mi verdadero Dios, que aceptaste sufrir la muerte en la Cruz por nuestra redención!. Te ruego ayudarme y reconfortarme con noticias que me alegren el corazón. Aquí delante mío veo venir una nave en la cual hay varios mercaderes extranjeros y desearía que plazca a Nuestro Señor que se trate del barco que esperamos".

A menudo extrañaba a Gillion y también a Hertán quien, por el cariño que les tenía, se había ido a la aventura en busca de noticias. Viendo la bella Graciana que el barco se acercaba directamente al puerto, descendió de la torre lo más rápido que pudo y, acompañada de sus doncellas, bajaron al puerto. Gillion la divisó y reconoció inmediatamente. Agitó los brazos para ser visto, mientras que Hertán se empinaba todo lo que podía. Después saltaron juntos de la nave. Gillion se acercó a Graciana y la saludó muy cortésmente. La doncella lo tomó de la mano y después lo abrazó y lo besó más de veinte veces antes de soltarlo y le dijo: "¡Oh, mis muy deseados amores!. He sufrido mucho por vosotros. Verdaderamente debemos agradecer a Dios y amar de todo corazón a aquel que por el cariño que os tiene a vos y a mí se fue a buscaros, con riesgo de perder su vida". Entonces ella, llorando de la gran alegría que tenía, se acercó a Hertán y le dijo que apreciaba mucho lo que por amor de ella había hecho y le agradecía que le hubiese traído sano y salvo a su amigo a quien jamás hubiera visto de nuevo si no fuera por él. "Dama", le dijo Hertán, "todos debemos alabar a Dios y agradecerle, porque sin su ayuda me hubiera sido imposible realizar esta empresa".

Entonces, Gillion pagó al patrón del barco y le dijo que si no tenía nada que hacer que viniera a verlo. El patrón le agradeció, muy entretenido por la aventura. Gillion y Graciana, tenidos de la mano bajaron el puerto y entraron al palacio. Tan pronto le contaron la noticia al Sultán se puso muy contento y, sin esperar que Gillion viniera a

verlo, se levantó de su trono y fue a recibirlo en la puerta de la sala de su palacio, donde lo encontró de la mano de su hija. Se acercó a Gillion y lo abrazó, diciéndole que estaba muy contento con su regreso. Después tomó a Hertán de la mano y le dijo que se había portado muy bien, preguntándole la forma como había logrado liberar a Gillion. Entonces Hertán contó al Sultán, delante de todos sus barones, reyes y emires, cómo había ido hasta la Corte del Rey Fabur, cómo se había agenciado para convertirse en el guardián de las prisiones y cómo hizo salir a Gillion. El Sultán y todos los asistentes se echaron a reír, diciéndose uno a otro que había sido una empresa audazmente concebida y mejor ejecutada, por lo que en el futuro Hertán debían ser alabado y apreciado. Luego comenzó una fiesta muy grande en honor del regreso de Gillion. La fiesta se extendió incluso a las calles de la ciudad, donde los sarracenos manifestaban su alegría y comentaban que Mahoma debía ser alabado porque había permitido que Gillion y Hertán regresaran. El Sultán, que apreciaba mucho a Gillion, para complacerlo le regaló un muy bello castillo situado cerca de la ciudad, para que pudieran habitarlo él y Hertán a su gusto ya que tenía mucho espacio. El castillo estaba situado a no más de un arpento de la ciudad. Todos los días venían ellos a entretenerse al palacio y a visitar a la bella Graciana en sus habitaciones, donde se encontraba habitualmente con sus doncellas. Ella estaba muy contenta con estas visitas y muy a menudo hablaban de sus amores. Pero cuando Gillion recordaba su país y su muy querida mujer a quien había dejado encinta, sus amores se convertían en tristezas y quedaba todo pensativo, extrañando en el fondo de su corazón a su mujer y al país de Hainaut donde creía que no regresaría jamás.

Dejaremos por ahora de hablar de Gillion y hablaremos de sus dos hijos que andaban buscándolo por el mundo.

En Chipre

Capítulo XXXV

De cómo Jean y Gérard de Trazegnies llegaron a Chipre y de la gran recepción que les hizo el Rey

Ya habéis oído cómo los dos herederos de Trazegnies, Jean y Gérard, se separaron de su madre y, llevando cada uno un servidor, fueron a Nápoles donde encontraron una nave de mercaderes en la cual se embarcaron. Se hicieron a la mar, confiándose en Nuestro Señor que los guiaría y conduciría a buen puerto. Pero antes de que les toque regresar, pasarán por muchos infortunios y por muchos éxitos.

Los mercaderes con los que se embarcaron eran gente que iba por el mundo comprando toda clase de mercaderías. Jean de Trazegnies llamó al patrón y le dijo: "Sire, creo que no sabéis en absoluto la razón por la cual estamos aquí". "Vasallo", le dijo el patrón, "si me lo queréis decir y os puedo ayudar o daros un buen consejo, lo haré con gusto".

"Sire", le dijo Jean, "en mi opinión sois un hombre honesto y por eso os diré la causa por la cual estamos aquí. Sabed que estamos a la búsqueda de un caballero de gran fama, del cual somos sus dos hijos. Dejó a mi madre encinta de nosotros cuando partió del país; por lo que nunca lo hemos visto. Alguien nos ha dicho que desde hace mucho tiempo reside en un lugar lejano, pero el lugar exacto no lo sabemos. Su nombre es Gillion de Trazegnies. Os lo digo porque los mercaderes habitualmente van y vienen a diferentes partes y es así como se enteran de más noticias que ninguna otra persona. No sé si quizá sabéis algo sobre este asunto". "Vasallo", le dijo el mercader, "en este barco ni yo ni ninguna otra persona sabe nada de esto". "Hermano", le dijo Gérard, "no deja de asombrarme el hecho de que vos creáis que estas personas pueden saber alguna cosa de nuestro padre. No penséis que mercaderes que van y vienen por el mundo puedan tener relación alguna con caballeros que van y vienen por el país. Los mercaderes van buscando y negociando solamente sus mercaderías. Si queremos saber alguna cosa de nuestro padre debemos ir a servir a un Rey o a un Príncipe o a un Almirante que se ocupe de la guerra. Es ahí y no entre mercaderes que seguramente encontraremos a nuestro padre, si aún está con vida, podéis estar seguro que nuestro padre, no estará mezclado con mercaderías ni cosas parecidas".
"Hermano mío", le dijo Jean, "bien puede ser verdad lo que vos decís". Así como lo oís conversaban los dos hermanos y Gérard, después de pensar un rato, le dijo a Jean: "Hermano, recordáis que varias veces nos ha dicho nuestra madre que nuestro padre Gillion cuando partió de Hainaut dijo que iría al Santo Sepulcro, en Jerusalén, para besarlo y orar sobre él. Quizá lo mejor que podemos hacer es pedirles a estos marineros que nos lleven hacia Jerusalén".

Cuando comunicaron su ruego a los marineros de que los llevara hasta Jaffa, a todos les pareció muy bien porque ellos mismos tenían deseos de hacer el viaje al Santo Sepulcro. Tuvieron buen viento que los hizo pasar Rodas y luego entrar al Golfo de Satalia, pasando delante de la isla de Chipre donde se había congregado un gran ejército que el propio Rey quería guiar y dirigir hasta la ciudad de Babilonia. Con este motivo, el Rey había hecho publicar en todo su Reino que todos aquellos que tuvieran costumbre de portar armas estuvieran listos para embarcar hacia Babilonia el día de la Fiesta de San Juan. Llegado el día, estaban listos y provistos de todo lo que les hacía falta. De todo ello hablaremos después y regresaremos ahora a nuestra materia.

Jean y Gérard, el patrón y los mercaderes, navegaron con buen viento hasta llegar al puerto de Jaffa. Una vez desembarcados, montaron en caballos y mulas que les trajeron como era costumbre. Esa noche yacieron sobre catres de campaña. El día siguiente en la mañana partieron hacia Jerusalén y se esforzaron tanto que llegaron a la Santa Ciudad a la hora de vísperas. Cuando amaneció, fueron a oír la Misa en la Iglesia del Santo Sepulcro, el cual besaron, y ahí hicieron sus ofrendas con gran devoción. Encontraron al Patriarca y le preguntaron si no había oído hablar de un caballero nativo de Hainaut que se llamaba Gillion de Trazegnies. "Señores", les dijo el Patriarca, "no recuerdo que haya venido ningún caballero, salvo uno hace aproximadamente dieciséis años que pasó por esta ciudad; pero no sabría decirles ni su nombre ni su extracción". "¡Ah, Sire!", le dijo Jean, "ciertamente debe ser aquél por quien hemos venido hasta acá. ¡Ah, ah, Sire!. Por Dios os pedimos que si tenéis alguna noticia de ese caballero, nos haríais gran limosna al decírnosla". "Hermano", le dijo Gérard, "a más que preguntáis, más locura hacéis.

Porque no vamos a encontrar noticias si no es en los lugares donde existe guerra; en ninguna otra parte nos será posible encontrarlo".

Así como lo oís, los dos jóvenes conversaban delante del Patriarca, del cual se despidieron. Después, cuando regresaban a la posada, encontraron a un peregrino que llevaba al cuello la bufanda y en la mano el bordón, muy delgado y enjuto. Jean, que fue el primero que lo vio, se acercó a él y lo saludó muy suavemente, preguntándole de dónde venía. "Sire", le dijo el peregrino, "hace cerca de ocho días que he partido del país de Chipre". "Amigo", le dijo Gérard, "os ruego decirme si ahí hay alguna noticia de guerra". "Sire", le contestó el peregrino, "todo el Reino está en paz y no hay guerra alguna; salvo que el Rey de Chipre está reuniendo gran cantidad de gente de armas y está contratando todos los soldados que con su plata puede pagar". "Amigo", le dijo Gérard, "decidme si en el Reino de Chipre son creyentes en Jesucristo".
"Sí, Sire", le contestó el palmero, "y el ejército que está reuniendo es para llevarlo contra Babilonia". "¡Por mi fe!," dijo Gérard, "si lo que nos decís es verdad, mi hermano y yo iremos a servir al Rey de Chipre". "Hermano", le dijo Jean, "si así place a Nuestro Señor, haremos lo que vos decís". Entonces Jean y Gérard echaron mano de sus bolsos y le dieron al peregrino cada uno un florín, que éste les agradeció. Luego los dos jóvenes lo dejaron y regresaron a su posada.

Después que hubieron cenado, se fueron a acostar hasta el día siguiente en que se levantaron para ir a oír la Misa delante del Santo Sepulcro de Nuestro Señor, que besaron y al que hicieron su ofrenda. Después partieron de la ciudad y pasaron esa noche en Nablús. El día siguiente vinieron a almorzar a Jerusalén y llegaron a Nazareth en la noche. Cuando ya estaban en la posada, Jean le preguntó muy dulcemente a Gérard si no extrañaba a veces a su noble madre que con tanto cariño los había criado. "Sí", le dijo Gérard, "muchas veces la recuerdo y ahora mismo estoy recordándola. Ruego a Nuestro Señor que la guarde libre de todo mal y de todo fastidio y que la podamos volver a ver sana y en buena forma". Así conversaban los dos hermanos de su muy querida madre que habían dejado muy apenada por su partida.

Cuando llegó la mañana, montaron a caballo y llegaron a la ciudad de Acre al anochecer. Apenas llegados, buscaron y encontraron una nave en la cual se embarcaron para ir a Chipre. A fuerza de viento y de vela llegaron un lunes en la tarde al puerto de Baffe. Al día siguiente, compraron mulas y caballos y fueron hasta Nicosia. Cuando llegaron ahí, se sorprendieron mucho de la gran cantidad de gente y de la caballería que había sido reunida. Preguntaron con mucho interés al posadero la razón por la cual se producía esa asamblea. "Señores", les dijo el posadero, ya que lo queréis saber, la verdad es que han pasado cuatro años desde que nuestro Rey fue derrotado delante de Babilonia. Por eso, tiene un gran deseo de vengarse y ha jurado que en breve estará nuevamente delante de Babilonia". Gérard muy rápidamente respondió que no estaría en Babilonia sin ellos. Así los dos jóvenes conversaban con el dueño de la posada, quien los sirvió muy bien esa noche.

Después de cenar se fueron a acostar hasta la mañana siguiente, en que se levantaron para ir a la Misa. Cuando regresaban, vieron gran cantidad de caballería que iba y venía por la ciudad. Por otra parte, vieron forjar yelmos, dardos y espadas y pintar escudos,

herrar destreros y trabajar monturas. Gérard, viendo todo este aparejo de guerra, llamó a Jean, su hermano, y le dijo que debían estar muy felices de la aventura que Dios les había querido dar y que mejor no podían desear. Así conversaban los dos jóvenes y el dueño de la posada hasta que llegaron a la posada, donde encontraron la mesa servida. Comieron a su gusto.

Después, el dueño de la posada los condujo al palacio.

Cuando llegaron ahí, vieron al Rey en la esquina de la sala, donde miraba a dos caballeros bretones que jugaban al ajedrez; al Rey le placía mucho verlo jugar.
Cuando la partida hubo terminado, el Rey se paseó por la sala. Entonces, los dos jóvenes avanzaron y se acercaron a él, colocaron sus rodillas en tierra y muy humildemente lo saludaron. El Rey los miró y apreció el hecho de que eran dos bellos jóvenes, bien plantados, que parecían hijos de reyes o de algún alto príncipe. Jean, que era el mayor, habló primero y dijo: "Sire, quiera Dios que por su gracia podáis deshaceros de vuestros enemigos". "Jóvenes", les dijo el Rey, "sed bien venidos en mi Corte. Ahora decidme quien sois, de qué tierra o de qué país venís y qué aventura os ha traído hasta aquí". "Sire", le dijo Jean, "somos dos hermanos que hemos nacido en el país de Hainaut, que está bastante cerca del Reino de Francia". "Amigos", les dijo el Rey, estoy contento de vuestra venida. Pero os ruego que me digáis cuál es la razón de haber viajado hasta acá". Entonces Jean con los ojos llenos de lágrimas, le dijo: "Sire, estamos a la búsqueda de un caballero de Hainaut que tiene derecho al nombre de Gillion de Trazegnies, del cual somos sus hijos. Cuando advirtió que nuestra madre estaba encinta, esperándonos a nosotros, por la gran alegría que tuvo hizo el voto de no detenerse jamás hasta haber orado y besado el Santo Sepulcro que se encuentra en Jerusalén. Por ese motivo, atravesó el mar; pero desde entonces no tenemos noticias. Dios quiera hacernos la gracia de que aún lo podamos encontrar. Sire, ésta es la causa por la que hemos venido a veros. Hemos oído que estáis contratando soldados para iniciar una guerra contra el Sultán de Babilonia. Os rogamos que nos hagáis la gracia de conservarnos con vos, porque tenemos la esperanza de que bien podría ser que en tal aventura encontráramos alguna noticia de nuestro padre". "Jóvenes", les dijo el Rey, "os retengo a los dos a mi servicio y a mi costo. Los llevaré conmigo hasta los enemigos de Dios". "Sire," le dijo Jean, "os agradecemos muy respetuosamente por el honor que nos hacéis. Nos esforzaremos por serviros a vuestra satisfacción". Cuando Gérard escuchó al Rey y oyó que tenía intención de hacer guerra contra los sarracenos, tuvo una gran alegría en su corazón. Llamó a Jean, su hermano, y le dijo que era la mejor manera de encontrar noticias de aquél por quien habían venido hasta estas tierras. Así, los dos jóvenes, como habéis oído, fueron retenidos por el Rey de Chipre a quien sirvieron en la mesa tan bien que el Rey tenía mucha satisfacción de verlos.

A menudo les decía el Rey que dentro de poco atravesarían el mar para ir a Babilonia para hacer la guerra contra aquellos que eran creyentes en la ley de Mahoma. Pero creo que ya no necesitará el Rey de Chipre ir a buscar guerra tan lejos, porque muy pronto la tendrá tan vecina que más le hubiera valido quedarse atrás, como muy pronto lo oiréis.

Capítulo XXXVI

De cómo el Rey de Esclavonia vino a sitiar a Nicosia en Chipre y de las proezas que hicieron los dos jóvenes de Trazegnies

Bien habéis oído la manera como el Rey de Chipre estuvo en Babilonia, donde sufrió una gran pérdida de gente. Esta noticia fue rápidamente difundida por los reinos sarracenos. Y es así como se enteró Bruyant, el Rey de Esclavonia, que odiaba al Rey de Chipre más que a ningún otro cristiano en el mundo. Por eso, pensó que había llegado la hora de ir a atacarlo. En vista de la derrota de que se acababa de enterar, juró por la ley de Mahoma que colocaría tanta gente en Chipre que lograría destruir al Rey y a su Reino si no se convertían a la ley de Mahoma. Reunió a su poder, sus reyes y emires, alistó su armada y se proveyó de todos los víveres y artillería necesarios para hacer la guerra.

Es así como se hizo a la mar, acompañado de doce reyes y un conjunto de emires. Partieron del puerto de Duras en Albania, con viento a Sudeste. Navegando a viento y a vela, pasaron el canal de Rodas y entraron en el golfo de Satalia y se esforzaron tanto que llegaron a Baffe en Chipre. Soltaron las anclas y saltaron de las naves, bajando a tierra los caballos, las armas, las tiendas de campaña y los estandartes. Cuando el Rey Bruyant vio que habían llegado a Chipre sin mayor dificultad, ordenó quemar las naves de su flota a fin de que sucediera lo que sucediese, ninguno de los suyos pudiera huir. En su opinión, todo cristiano debía ser sometido a esclavitud; incluso decía que a su regreso tomaría Rodas y destruiría a los templarios. Después iría a Roma para hacerse coronar emperador. Mataría al Papa y colocaría la imagen de Mahoma sobre el altar de Pedro .

Así como me oís decir, el Rey Bruyant conversaba con sus barones, los cuales estaban muy preocupados cuando vieron arder sus naves, diciéndose unos a los otros que les sería imposible regresar jamás a su país. Cuando se vieron en tierra, se dispersaron por la región destruyendo y quemando iglesias y campanarios. Muchas abadías y prioratos fueron quemados y muchas doncellas deshonradas. Los gritos y la confusión fueron tan grandes que las noticias llegaron hasta Nicosia donde se encontraba el Rey, a quien le preocuparon mucho y lo irritaron más allá de toda medida. Rápidamente hizo publicar un bando por toda la ciudad ordenando que todos se armaran y estuvieran listos para acompañarlo. Entonces, un gran ruido se elevó de la ciudad porque las damas y las doncellas lloraban por sus padres, hermanos y maridos. Por otra parte, llegaban a la ciudad los fugitivos y la pobre gente del campo gritando y lamentándose lastimeramente de que los sarracenos iban por el país destruyendo todo. El Rey, oyendo el clamor de su pueblo, estuvo muy apenado y triste. Inmediatamente, hizo sonar cornos y trompetas y montó sobre su destrero. Los jóvenes de Trazegnies, que habían oído el ruido, corrieron a armarse; luego, montaron sobre sus caballos y se dirigieron al campo donde se encontraba el Rey ordenando los batallones. Una vez que hubo encomendado el mando a aquellos que consideraba dignos de ello, se puso en camino.

Cuando descendían un montículo, divisaron diez mil soldados sarracenos que llevaban consigo un enorme botín. Había que ver la cantidad de hombres, mujeres y ganado que habían reunido y que hacían caminar delante de ellos a golpes y empujones, lo que daba pena ver. El Rey ordenó que se les atacase. Entonces comenzó la batalla, muy grande y fiera de ambos lados. Gran cantidad de lanzas fueron quebradas y gran cantidad de caballeros cayeron al suelo y sus caballos huían sin jinete. Entonces Jean de Trazegnies llamó a Gérard y le dijo: "Hermano, ha llegado la hora en que inmediatamente debemos mostrar nuestras fuerzas y habilidades a fin de ganar fama. Porque más nos valdría morir que no hacer cosa alguna digna de recordarse y que nos permita conquistar hoy día honor y gloria". Entonces, Jean bajo la lanza y arremetió contra un sarraceno con tal fuerza que la lanza le atravesó el cuerpo en más de un pie. Después atacó a un segundo y a un tercero y a un cuarto antes de que su lanza se rompiera. Derribó a cinco que quedaron en el suelo sin mover ni un dedo, sin mover ni pie ni pierna. Por su parte, Gérard estaba lo más cerca posible de su hermano quien seguía haciendo tales cosas que los sarracenos se maravillaban. Jean se metía entre ellos como el lobo entre las ovejas. Muy grande y feroz fue la batalla que se prolongó por mucho tiempo antes de que pudiera saberse quién tenía la mejor parte. El Rey de Chipre, espada en mano, penetró en la batalla arengando a su gente. Los sarracenos hubieran sido derrotados si no fuera porque un pagano por miedo de morir huyó hasta las tiendas de campaña y pabellones donde estaba el Rey Bruyant. Cuando llegó ahí, comenzó a gritar: "Rey Bruyant, no aguardéis más y corred en ayuda de vuestra gente que se encuentra combatiendo en los campos. Por que si os demoráis en socorrerlos, encontraréis a todos los que fueron a buscar forraje cortados en pedazos y muertos por el Rey de Chipre y por los cristianos que están con él". Entonces, el Rey Bruyant se puso a gritar y ordenó a sus barones que inmediatamente y sin perder más tiempo fueron a socorrer a su gente que combatía con los cristianos. Entonces de todos lados la gente salía a armarse dando gritos tan extraordinarios que se podía oírlos hasta a dos leguas. Dando alaridos y gritos de guerra, corrieron por los campos para llegar lo antes posible a la batalla.

El Rey de Chipre, hombre prudente y sutil en cosas de guerra, viendo que la fuerza no estaba de su lado, hizo tocar a retirada. Entonces los cristianos sin mucho entusiasmo a pequeños pasos comenzaron a regresar a Nicosia, Jean y Gérard de Trazegnies estaban muy apenados por esta decisión. Gérard se acercó donde el Rey y le dijo: "Sire, gran deshonra y vergüenza tenemos todos por el hecho de retirarnos ante sarracenos e incrédulos". "Callad, le dijo el Rey, cuidaos de no hablar más de esto. Somos demasiado pocos en relación a ellos, por lo que podríamos sufrir un gran daño. Ya que las cosas han salido bien hasta este momento, debemos dejarlas así antes de que nos sobrevenga un mayor mal; hasta que en otra oportunidad tengamos las circunstancias a nuestro favor. Gérard," agregó el Rey, podéis ver las llanuras y las montañas cubiertas de sarracenos. Es imposible que podamos resistir contra ellos. Vayamos a descansar hasta otra oportunidad". "Batallas pelearemos mucho, Sire", le dijo Gérard, "lo que decís es correcto". Así conversando, todos se pusieron en camino hacia la ciudad.

Pero pronto advirtieron que los sarracenos venían tras ellos. Uno de los sarracenos comenzó a gritar: "¡Oh, muy falsos cristianos!. No escaparéis sino que todos seréis entregados al martirio". Gérard buscó con la mirada detrás de él al sarraceno que así los amenazaba y lo vio que se adelantaba un poco a su gente. Cuando lo tuvo bastante

cerca, volteó la cabeza de su destrero, bajó la lanza y embistió al sarraceno con tal fuerza que la lanza atravesó su cuerpo y éste cayó muerto a tierra. Después desnudó su espada y corrió sobre otro sarraceno a quien le dio tal tajo que lo abrió hasta el mentón. Entonces, con voz potente, comenzó a gritar "¡Trazegnies!". Jean se le había acercado y combatía muy fuerte: los dos juntos hacían tales cosas que sus enemigos estaban maravillados y ninguno se atrevía a acercarse. Jean, que era muy prudente y moderado, observó que ellos no eran sino dos y que los chipriotas no podían verlos porque estaban de espaldas. Por eso, llamó a su hermano Gérard y le dijo: "Hermano, es tiempo y hora de que demos marcha atrás. Es imposible que nosotros dos combatamos contra todos los sarracenos. Creo que ya hemos cumplido con nuestro deber. Por eso os ruego que regresemos juntos". "Hermano", le dijo Gérard, "ya que os place, estoy dispuesto a seguiros". Partieron de ahí y cabalgaron tanto que entraron a Nicosia con el Rey de Chipre. Cuando estuvieron ahí, fueron a su posada para desarmarse y ponerse cómodos. Dejaremos a ellos en este lugar y hablaremos ahora de los sarracenos del Rey Bruyant y de su ejército que era tan grande que cubría todos los valles y montañas.

Cuando el Rey Bruyant llegó al lugar donde se había desarrollado la batalla y vio la gran matanza que su gente que había hecho de los cristianos, comenzaron a temblarle las piernas y los brazos y el cuerpo entero de tanta ira que tenía. Lamentó mucho a los muertos y después ordenó que las tiendas de campaña y los pabellones fueran levantados delante de la ciudad. Porque su intención era, según dijo, rodearlos tan de cerca que nadie pudiera salir, ya sea hombre o mujer.
Y juró, haciendo el juramento sobre su Dios Mahoma, que no abandonaría el sitio hasta que la ciudad no se hubiera sometido a su voluntad y el Rey Chipriota hubiera sido destruido.

Así como lo oís, el Rey de Esclavonia hizo el juramento delante de sus barones y de la muchedumbre a la que había armado y reunido en torno a él. Habían ahí cien mil esclavonios y otros cien mil procedentes de Turquía, de Barbaria y de Moriena; todos ellos estaban a sueldo del Rey Bruyant e incluso formaban parte de su ejército doce Reyes con corona, todos listos y equipados para obedecer sus órdenes.

Los sitiadores causaron gran daño al reino de Chipre. Sucedió que un día de tantos, el Rey de Chipre, viendo que su país era asolado y quemado, destruido por el fuego y por el hierro, reunió a sus barones y a su Consejo y con bellas palabras les señaló el mal y los perjuicios que el Rey Bruyant y su gente habían hecho y que cada día se seguían esforzando en hacer. "Es por eso, Señores, que os ruego que aquí reunidos me aconsejéis sobre la manera como podríamos liberarnos de estos peligros y crueldades. A vosotros os toca tanto como a mí encontrar una solución para salvar vuestros cuerpos y vidas y las de vuestras mujeres y niños. Os agradeceré que cada uno dé su opinión y que diga lo que le parece que debe hacerse". Entonces, Gérard, que era muy impaciente, se levantó y dijo: "Sire, si quisierais aceptar mi opinión, correríamos sobre ellos sin mayor espera. Por que si ellos ven que los atacamos sin miedo y con buen ánimo, sabed en verdad que tendrán el mayor temor de su vida y veréis que, apenas comencemos a hacerles daño, huirán". El Condestable de Chipre que ahí estaba, habiendo oído hablar a Gérard, se sonrió con satisfacción y dijo que había hablado bien y que el Rey debía prestarle atención, ya que lo que había dicho estaba fundado en un gran coraje. Después de que Gérard hubo hablado, nadie más se atrevió a decir nada. Mientras estaban ahí conversando, cundió la alarma por la ciudad. Corrieron todos a ponerse su cota de malla y su armadura y fueron a tomar sus puestos para la defensa de la ciudad. El Rey Bruyant

había ordenado el ataque de la ciudad por tres lados diferentes. Los que estaban dentro se defendían vigorosamente. Desde arriba de la muralla, arrojaban piedras, fuego griego, aceite hirviendo y plomo derretido sobre los asaltantes, muchos de los cuales murieron. Dios sabe como Jean y Gérard defendieron su puesto. El asalto duró desde la mañana hasta la noche, sin cesar, y sin que el Rey Bruyant ni su gente pudieran causar mayor daño a la ciudad. Esto lo preocupó y lo irritó mucho. Hizo tocar a retirada y regresaron a sus tiendas de campaña y pabellones muy cansados, dejando los fosos que rodeaban a la ciudad llenos de su propia gente muerta y herida sin que les fuera posible ni siquiera socorrerlos. Los de la ciudad remataron a todos los heridos y persiguieron a los fugitivos.

Así como lo oís, el Rey Bruyant tuvo que huir en medio de gran vergüenza y los de la ciudad recibieron gran honor y gloria. Cuando llegaron los esclavonios a sus tiendas de campaña, se quitaron las armaduras y establecieron las vigías y centinelas, colocando en ello a veinte mil hombres cuya dirección y mando fue confiado a Ostrans, que era sobrino del Rey Bruyant de Esclavonia.

De ellos dejaré de hablar y diré algo sobre el Rey de Chipre que estaba en su ciudad comentando con sus barones el gran ataque que ese día habían tenido. Jean de Trazegnies, habiendo oído los comentarios, dijo en presencia de los barones: "Sire, si alguien quisiera creerme y hacer lo que voy a deciros, estoy seguro de que causaríamos un gran daño a nuestros enemigos". "Jean", le dijo el Rey, "os ruego y ordeno que me digáis aquello que puede hacerse para que inmediatamente sea ejecutado". "Sire", le dijo Jean, "se dice comúnmente que el que está en guerra debe utilizar el día y la noche para desconcertar y sorprender a su enemigo. Lo digo por vos que estáis sitiado por un Rey muy poderoso que ha causado ya grandes daños y vuestro reino y que además se esfuerza con todo su poder en destruir y aniquilar la santa fe de Jesucristo, lo que a todos nos preocupa. Sabéis que ayer, a lo largo de todo el día, esta ciudad fue atacada pero, por la gracia de Nuestro Señor, los asaltantes regresaron a sus tiendas de campaña en medio de gran confusión y daño, tan cansados que a duras penas podían regresar hasta su campamento. Es por eso que os aconsejo que mañana, apenas apunte el alba, corramos sobre ellos en sus tiendas de campaña lo más secretamente que podamos, sin grito ni ruido alguno y sin hacer sonar las trompetas ni los cornos de batalla. Los encontraremos a todos dormidos por el gran esfuerzo hecho el día anterior. No me creáis nunca más, si esto no da buen resultado". Entonces el Rey, el Condestable y todos los barones alabaron mucho el consejo y se dieron uno a otros que jamás a Rey o Príncipe alguno mejor consejo se le había dado. Gérard, habiendo oído el consejo de su hermano, se puso muy contento y dijo en alta voz que le placería mucho colaborar en la ejecución.

Entonces el Condestable hizo saber por toda la ciudad, sin que el bando fuera anunciado mediante trompetas, que al día siguiente en la mañana todos debían estar preparados, armados y montados sobre su destrero en la puerta, sin hacer algarada ni ruido alguno. Esa noche hubo gran movimiento por toda la ciudad: las mujeres, las damas doncellas y los viejos iban por los monasterios para rogarle a Nuestro Señor que quiera guiar a sus gentes y hacerlas después regresar a la ciudad con gran honor. Cuando llegó el alba, el Condestable, Jean y Gérard de Trazegnies, acompañados de diez mil hombres decididos y valientes, salieron de la ciudad. Cuando estuvieron en el campo, tomaron directamente

el camino de la tiendas de campaña donde todos dormían; incluyendo el Rey Ostrant quien, a pesar de que le correspondía esa noche el mando y cuidado de la vigilancia, se había retirado a su tienda para descansar y dormir. No encontraron centinela ni vigía alguno que no estuviera dormido debido al cansancio del esfuerzo realizado el día anterior. Entonces, nuestros cristianos se metieron entre las tienda y pabellones, cortando las cuerdas y los mástiles, de manera que todas cayeron por tierra. Cortaban y tasajeaban sarracenos y los hacían morir con gran martirio. Jean y Gérard de Trazegnies entraron en la tienda del Rey Ostrant, a quien encontraron dormido. En mala hora se despertó. Oyó el ruido y los gritos y se incorporó rápidamente, intentando saltar fuera de su lecho. Pero Jean de Trazegnies lo advirtió, se acercó a él con la espada en la mano y le dio un golpe tan grande sobre la cabeza que lo abrió hasta el pecho. Ostrant cayó muerto delante de él, sin mover ni pierna ni pié. "Hermano, le dijo Gérard, éste ya nunca nos hará daño. Vamos donde los otros que ya es hora". Entonces ellos dos y el Condestable penetraron dentro de los grupos de sarracenos. Abatían y confundían a todos los que encontraban. Era una maravilla ver las grandes proezas y la forma como mataban a los sarracenos los jóvenes de Trazegnies. Así también peleaban el buen Condestable, quien penetró tan profundamente en las filas sarracenas que de pronto se encontró rodeado por ellos; lo capturaron y lo llevaron prisionero ante el Rey Bruyant. Este juró por su Dios Mahoma que lo haría morir con muerte cruel. El noble Condestable fue llevado delante de la tienda del Rey Bruyant donde fue amarrado y encadenado a una estaca. Jean, Gérard y los chipriotas tasajeaban a sus enemigos; pero estaban muy apenados y molestos de que hubieran tomado prisionero al Condestable. "Adelante, Señores chipriotas, gran desgracia y gran vergüenza recaerá sobre nosotros si no hacemos todo lo que esté en nuestro poder para recuperar al buen Condestable". Pero esto era hablar en vano; porque era tal el número de los esclavonios que resultaba imposible acudir en socorro ni prestar ayuda alguna al Condestable. El Rey de Chipre, irritado como un león por la captura de su Condestable, se metió entre los paganos a quienes les aplicó gran disciplina, matándolos y dándoles tajos. Pero el número era tan grande y había tal muchedumbre de esclavonios, ya todos armados, que los chipriotas tuvieron que dar marcha atrás y el Rey de Chipre, viendo que había llegado la hora de regresar, hizo tocar a retirada; de lo cual Jean y Gérard estaban muy apenados por el hecho de que se les ordenaba partir. Mucho se lamentaron de la captura del buen Condestable. Regresaron hacia Nicosia apenados y encolerizados por la captura del buen Condestable. Entraron en la ciudad con gran gloria y alabanza, luego de haber infligido gran daño a sus enemigos. Dejaremos de hablar de los Chipriotas y diremos algo sobre el Condestable que estaba prisionero en el campamento.

Capítulo XXXVII

Aquí se habla de la gran batalla que hubo delante de Nicosia y de cómo los jóvenes de Trazegnies rescataron al Condestable a quien los sarracenos querían colgar

Cuando el Rey Bruyant vio que los chipriotas se habían retirado a su ciudad y que en los campos quedaban más de veinticuatro mil de sus hombres muertos, comprendió que nunca en su vida había tenido tanto dolor en el corazón. Lamentó mucho esta pérdida y, apenado y encolerizado, regresó a su tienda de campaña. El noble Condestable estaba amarrado a la estaca y rogaba muy piadosamente a Nuestro Señor que por su gracia quisiera tener piedad de su alma; ya que era seguro de que moriría y que no tendría ningún socorro. Estaba contento y decidido a recibir su muerte. Pero se dice en el habla común que a aquél a quien Dios quiere ayudar nadie lo puede dañar. Una vez que el Rey Bruyant regresó a su tienda, mandó llamar al Condestable. Cuando le tuvo ante él, le miró fieramente y le dijo: "Mal cristiano, tú eres el que ha tenido la conducción de la batalla que ha llevado a cabo el Rey chipriota y es por tí que hoy día sufro yo una gran pérdida. Debes saber que hoy día te voy a ajusticiar; porque te haré ahorcar y nada en el mundo te puede salvar, salvo que tú quisieras creer en Mahoma, orarle a él y mantenerte firme en su ley. En esta forma podrás salvarte y no de otra manera". Cuando el Condestable escuchó al Rey Bruyant, no es de maravillarse que tuviera mucho miedo; no obstante, le respondió al Rey Bruyant en forma altanera y le dijo que ni a él, ni a su ley ni a su Dios Mahoma los tenía en cuenta, sino que más bien estaba contento de recibir la muerte voluntariamente por amor a Jesucristo, su verdadero Dios. Bruyant ordenó a su gente que se lo llevaran y que al día siguiente en la mañana sería colgado, lo que sería motivo de gran fiesta. Los guardias tomaron al Condestable y le ataron los pies y las manos en forma tan apretada que le salía sangre clara por las uñas. Muy piadosamente rogaba a Nuestro Señor que tuviera piedad de su alma. A menudo extrañaba al Rey de Chipre, su señor, y a Jean y Gérard a quienes había tomado mucho aprecio. Toda la noche estuvo en tormento. Los sarracenos que lo custodiaban le dijeron muchas injurias. Uno lo golpeó, otro le orinó la cara. Todas las villanías y las injurias que podían hacerle se las hicieron esa noche hasta que clareó el día.

Bien podéis creer que, mientras tanto, dentro de la ciudad de Nicosia, el Rey, Jean, Gérard, los barones y el pueblo se lamentaban mucho de lo sucedido. "Señores", dijo el Rey de Chipre, "si os place escucharme, os diré la manera como podríamos ayudar y acudir en socorro de mi Condestable que actualmente está en riesgo de perder su vida". Entonces Gérard, que era muy impaciente, dijo: "Sire, no hay otra manera ni medio alguno que podamos sino el de que mañana bien temprano en la mañana salgamos fuera de esta ciudad y corramos a atacar a nuestros enemigos. Porque por ahora no se cuidarán de nosotros y pensarán que jamás iremos a atacarlos dos días seguidos. Y prometo a Dios que jamás regresaré y que quedaré muerto en el campo si no logro traer al Condestable". "Hermano", le dijo Jean, "así se hará como vos decís si es que place a Nuestro Señor ayudarnos". Cuando el Rey de Chipre escuchó a los dos hermanos, se sintió más feliz que nunca lo había estado en su vida y se dijo en voz baja que bien debía agradecer a Nuestro Señor por haberle enviado estos dos jóvenes tan valientes. "Porque, mediando la gracia de Nuestro Señor, espero que con el coraje que ellos tienen, seré liberado de mis enemigos". Así hablaron de muchas cosas esa noche, mientras la ciudad, las torres y las murallas eran custodiadas muy estrictamente.
De ellos dejaré de hablar y hablaré del Rey Bruyant que estaba en su tienda de campaña deseando vengarse del Rey de Chipre con la muerte del Condestable. Cuando llegó la mañana y la gente se hubo levantado, el Rey Bruyant mandó buscar a los carpinteros a quienes encargó que cerca de la ciudad de Nicosia, sobre una colina que ahí había, levantaran un patíbulo para colgar al Condestable, a fin de ofender y manifestar su desprecio aún más al Rey de Chipre y a los cristianos. Los carpinteros, deseosos de complacer a su Rey, le contestaron que tan pronto como los llevarán al lugar sería

construido y levantado el patíbulo. Fueron al lugar señalado y tanto se esforzaron que en menos de una hora el patíbulo estaba levantado.

En este mismo momento, el Rey de Chipre y su gente estaban armados y montados sobre los destreros, listos para salir de la ciudad, cuando los vigías de las torres y murallas le anunciaron que los sarracenos habían hecho levantar un patíbulo muy cerca de la ciudad. Cuando escucharon estas noticias, el Rey y los barones comprendieron inmediatamente que el patíbulo era para el Condestable. "Dios verdadero", dijo el Rey, "aconsejadnos sobre la forma como podemos socorrer a nuestro Condestable. Porque en verdad si no es socorrido de inmediato, vergonzosamente ante nuestros ojos, lo harán morir". Los hermanos Jean y Gérard se acercaron al Rey y le dijeron: "Sire, no os preocupéis por vuestro Condestable; porque si nuestros brazos y nuestras espadas no nos fallan, antes de que haya pasado una hora os lo traeremos sano y vivo a esta ciudad". Entonces se alistaron y quedaron esperando el momento más conveniente para salir. Los sarracenos del campamento vinieron hacia el Condestable y lo desataron de la estaca donde estaba amarrado. Luego lo colocaron sobre una vieja yegua, le ataron los pies por debajo del vientre y así lo llevaron hasta el patíbulo, diciéndole muchas injurias y villanías e incitándolo a renegar de su fe y creer en Mahoma. Le decían: "¡Oh, muy desgraciado cristiano!. Mira el patíbulo que ha sido levantado para colgarte y del cual tú podrías escapar si quieres creer en nuestra ley". Después, le tiraban de la barba y de los cabellos y lo golpeaban con gruesos bastones. El buen Condestable oraba a Nuestro Señor muy piadosamente, mirando la ciudad de Nicosia, hacia la cual expresó varias veces su pena. El Rey de Chipre y su gente estaban en los muros y en las ventanas de las puertas, observando; y el Rey vio de lejos al Condestable que era llevado por los sarracenos camino del patíbulo. Bajó de la muralla y llamó a Jean y a Gérard de Trazegnies, en quienes había puesto toda su confianza y les dijo: "Mis muy queridos amigos, os doy el mando de diez mil de mis hombres para que os acompañen en esta misión. Después, yo mismo llevaré otros diez mil en ayuda de vosotros, si habéis menester. Vosotros iréis directamente hacia el patíbulo y yo me colocaré entre la hueste y vosotros a fin de que no escape uno sólo de los hombres que llevan a mi Condestable". "Sire, dijo Jean, confiad en nosotros ya que, si Dios lo quiere, haremos tales cosas que estaréis contento de nosotros".

Por su parte, el Condestable se aproximaba al patíbulo donde pensaba que había de morir y, viendo la ciudad, elevó una devota oración a Nuestro Señor rogándole que quisiera ayudarla y socorrerla y encomendándole su propia alma, porque bien veía que ya nada era posible en favor de su cuerpo. Cuando los paganos vieron ya cerca del patíbulo no tuvieron ninguna duda, porque con ellos venía un Rey pagano que los dirigía diciéndoles que no debía tener miedo ni duda por el hecho de ejecutar la justicia que había sido ordenada por su Rey. Cuando estuvieron al lado del patíbulo, bajaron al Condestable de la yegua sobre la cual estaba. Comenzaron a hacer los preparativos y el Condestable, triste y pensativo por la muerte que esperaba, se puso de rodillas mirando el Cielo y muy devotamente hizo sus oraciones a Nuestro Señor.

Justo en momentos en que se encontraba en tal estado, los dos jóvenes de Trazegnies salieron por la puerta de la ciudad, tomando una quebrada con el objeto de rodear el montículo donde se había levantado el patíbulo, a fin de que los sarracenos no se dieran

cuenta de su presencia. El Rey de Chipre tomó el camino más cubierto que pudo para colocarse entre el ejército y los encargados de la ejecución, de manera que ninguno de ellos pudieran escapar. Jean de Trazegnies y su hermano Gérard cabalgaron muy fuerte, mirando hacia el patíbulo donde se veía un gran número de paganos que iba y venía. Por otra parte, observaron también que varios de los paganos se acercaban a los fosos de la ciudad y que gritaban en alta voz: "¡Oh, muy falsos cristianos!. Salid de las murallas y venid a socorrer a uno de vosotros que vamos a ahorcar". Entonces Jean de Trazegnies se llevó un pequeño corno a la boca y lo hizo sonar, lo que era la señal para que todos atacaran. Inmediatamente, Gérard que venía detrás de él picó espuelas a su destrero con la lanza baja y se metió entre los sarracenos. Ahí no hubo cristiano que su fuerza y su habilidad no mostrara. Jean de Trazegnies los arengó en alta voz: "¡Adelante, Señores!. Ahora veremos quién es el que tiene realmente el deseo y voluntad de rescatar al Condestable". Después miró a su derecha y divisó al Rey que estaba al mando de todos los sarracenos que habían venido para llevar a cabo la ejecución del Condestable. Bajó la lanza, picó espuelas al destrero y pegó al Rey pagano un golpe tan maravilloso y con tal ferocidad que le atravesó el cuerpo y le hizo salir el hierro y el fuste de la lanza más de dos pies del otro lado, el que cayó muerto a tierra. Después se lanzó espada en mano en medio de los sarracenos. Por su parte, Gérard, que estaba muy deseoso de hacer algo que le diera gran fama, picó espuelas a su destrero y se acercó al patíbulo. Divisó a un sarraceno que tenía sujeto al Condestable por una cuerda que le había puesto al cuello. Se acercó a él con la espada en alto y le dio al mencionado sarraceno tan grande tajo sobre la cabeza que lo abrió hasta el mentón. Los sarracenos, viendo a los cristianos sobre ellos y muerto el Rey que tenía el mando, se desbandaron y tuvieron gran miedo; y no sin causa, ya que bien se veía que todo estaba perdido. La mayor parte de ellos comenzaron a huir hacia su campamento; pero cuando se creían a salvo, se encontraron con el Rey de Chipre y todo su batallón. Gérard liberó al Condestable, hizo que le colocaran una armadura y lo montaran sobre un destrero. La matanza de sarracenos y de esclavonios fue tan grande que de los diez mil hombres que habían sido encargados de darle muerte al Condestable, no escaparon ni siquiera cien con vida. Gérard y el Condestable cabalgaron juntos cortando en pedazos y abatiendo a los sarracenos que se interponían en su camino, todos los cuales rodaron por tierra. El Condestable estaba muy maravillado por las grandes proezas que ese día había visto hacer a los dos jóvenes de Trazegnies y les dijo que alguna vez le correspondería devolverles la bondad y la cortesía que ese día habían tenido para con él. El Rey de Chipre se portó también muy valientemente.

El rescate del Condestable se produjo en medio de una gran algarada y muchos sarracenos fueron muertos y tasajeados. Un sarraceno dio a conocer la noticia en el trono del Rey Bruyant, a quien le contó la manera como habían sido sorprendidos y le dijo que de los diez mil hombres que eran, apenas ochenta habían escapado con vida. Agregó que incluso el Rey Sorbare que los dirigía, había sido muerto. Al oír estas noticias, el Rey Bruyant quedó muy apenado y dijo: "Mahoma, ¿cómo es que el Rey de Chipre es tan osado que se ha atrevido a impedir la ejecución de mi justicia e incluso ha matado a quienes yo había encargado para ello?". Entonces, el Rey Bruyant ordenó que todos se armaran y montaran a caballo y que cuidaran de que el Rey de Chipre no se les escapara. Los paganos y los esclavonios corrieron a colocarse sus armaduras y montaron a caballo más de sesenta mil hombres. El Rey de Chipre miró hacia el campamento y vio todo el ejército preparado; pensó que combatirlo estaba por encima de sus fuerzas y que era tiempo y hora de regresar a fin de que no les sucediera una

desgracia. Ordenó tocar a retirada. Jean y Gérard cabalgaban detrás del grupo, para que nadie se perdiese; el botín y las presas que habían ganado, era llevado adelante. Tanto se esforzaron que, quisiéranlo o no los esclavonios, el Rey y todos los otros chipriotas entraron en Nicosia con gran gloria, luego de haber infligido una gran pérdida a sus enemigos.

Así como lo habéis oído, el Rey de Chipre y los chipriotas, con la ayuda de Jean y Gérard de Trazegnies, rescataron al buen Condestable de Chipre y lo trajeron de vuelta. Después colocaron sobre los muros, torres y puertas a mucha gente de armas y ballesteadotes, porque era evidente que tendrían que sufrir un gran ataque. Y éste en efecto no tardó mucho. El Rey Bruyant, acompañado de cien mil hombres, llevó a cabo un gran ataque a la ciudad, en el que muchos sarracenos murieron. El asalto duró todo el día entero, sin que pudieran conquistar nada; por lo que se vieron obligados a regresar a su campamento con gran deshonor y daño, mientras que los de la ciudad ganaron mucha gloria por haberse defendido tan bien. El Rey Bruyant estaba muy dolido y encolerizado tanto por el gran daño que había recibido como por la muerte del Rey Sorbare, su sobrino; por lo que hizo un juramento delante de todos sus barones de que no se retiraría de las puertas de la ciudad hasta que la hubiera sometido. A ellos los dejaremos por el momento y hablaremos del Rey de Chipre.

Capítulo XXXVIII

De cuando el Condestable de Chipre fue a Rodas a buscar al Gran Maestre para lograr su ayuda y lo trajo a Chipre

Cuando el Rey de Chipre vio que los esclavonios habían regresado a su campamento, alabó a Nuestro Señor y se dirigió al palacio para quitarse la armadura; lo que hicieron también todos sus barones y caballeros. Ya en el palacio, se acercó al Rey el buen Condestable y le agradeció, lo mismo que a Jean Gérard de Trazegnies, por haberle salvado la vida y liberado de la muerte. "Y por esto, Señores", les dijo: "no habrá momento en adelante en que no me sienta obligado a vosotros". "¡Ah, Sire!" le dijo al Rey de Chipre, "bien debéis alabar a Dios y agradecerle por el hecho de que estos dos jóvenes vasallos hayan venido desde un país tan lejano para socorreros y ayudaros en la necesidad". Así como oís, el Condestable conversaba con el Rey, en presencia de sus barones, alabando mucho a los dos jóvenes de Trazegnies.

El sitio de la ciudad de Nicosia duró mucho tiempo. Numerosas salidas, carreras y escaramuzas tuvieron lugar. Los esclavonios realizaron grandes ataques, pero en todos fueron ellos quienes perdieron y sufrieron daños, atemorizándose su gente. Porque en la ciudad había una gran caballería.

Sucedió que un día el Rey de Chipre reunió a todos los que formaban su Consejo y les habló de los problemas del Reino y del peligro en el que se encontraban. Les dijo que había bien que el Rey Bruyant había jurado que no abandonaría el sitió hasta que la ciudad quedara sometida; cosa que esperaba que Dios no permitiera jamás. "Y también sé en verdad", les dijo, "que no partirá, sino que intentará hacernos morir de hambre. Y por ello, Señores, que estáis aquí encerrados como yo, os ruego que me deis vuestra opinión y me aconsejéis sobre lo que hay que hacer". Entonces, el Condestable se puso de pie y dijo: "Sire, no os desalentéis porque tenéis suficientes amigos en torno vuestro. Cerca de aquí se encuentra el Gran Maestre de Rodas a quien podríais escribir rogándole y solicitándole que venga en vuestro socorro y ayuda, porque de otra manera vuestro Reino se encuentra en vías de ser perdido y la ley de Dios aniquilada. Deberíais pedirle también que traiga una buena cantidad de víveres. Tengo entendido que el Gran Maestre de Rodas es vuestro primo hermano; y creo verdaderamente que en vista de la gran necesidad en que estáis, no vacilará en ayudaros". "Condestable", le dijo el Rey, "tengo muy poca confianza en mi primo el Gran Maestre de Rodas y en sus templarios; y creo que sería hombre muy tonto quien en ellos se fiara. Sin embargo, cuando uno se encuentra en necesidad, debe requerir a la ayuda de sus amigos. Así, puesto que esto es lo que me aconsejáis, lo haré; aunque lo más difícil es encontrar a la persona que pueda llevar este mensaje, la que tiene que ser de alto rango".

"Sire", le dijo el Condestable, "no os preocupéis por ello. Cuando llegue media noche, saldrán quinientos hombres dirigidos por Jean y Gérard e irán al campamento de los esclavonios para dar un susto a su ejército. Por mi parte, saldré por la puerta que va directamente a Famagusta; y cuando haya llegado ahí, me embarcaré hacia Rodas para llevar vuestro mensaje ante el Gran Maestre. Vos habéis aquí una valerosa caballería y contáis con Jean y con Gérard quienes deben merecer toda vuestra confianza, lo que os permitirá defender la ciudad frente a los esclavonios". Cuando el Rey hubo escuchado al Condestable, le agradeció mucho y le encargó llevar su mensaje, rogándole que regresara tan pronto como pudiera.
El Condestable se despidió del Rey y, cuando llegó la media noche, se reunió con los quinientos hombres más expertos y valientes que había en la ciudad. Viendo Jean y Gérard que había llegado la hora de partir, dieron la señal de salida; cuando estuvieron afuera de los muros, cada uno tomó un estandarte a fin de reconocerse mutuamente. El Condestable tomó su camino hacia Famagusta mientras que Jean y Gérard con su compañía penetraron en el campamento e hicieron gran disciplina entre sarracenos y esclavonios. Cortaron cuerdas y mástiles y abatieron tiendas de campaña y pabellones. Después mataron a todos los que encontraron dentro. Grande fue la gritería entre el ejército sarraceno. Todos corrían a ponerse sus cotas de malla y armadura haciendo gran ruido. Jean hizo tocar a retirada a fin de evitar que un enfrentamiento con demasiados enemigos juntos y regresaron a la ciudad sin haber perdido uno sólo de sus hombres, de lo cual el Rey estuvo muy contento. Por su parte, el Rey Bruyant, muy irritado por la gran pérdida que había sufrido, amenazaba duramente a los de la ciudad por todo el daño que había recibido.

De ellos dejaremos de hablar y diremos algo del Condestable, que estaba en camino de Famagusta con seis de los caballeros.

Capítulo XXXIX

De cómo el Gran Maestre de Rodas y el Condestable vinieron juntos a Nicosia en Chipre y de la gran batalla que ahí tuvo lugar, donde todos los sarracenos quedaron muertos.

Cuando el Condestable vio que habían logrado evadirse de la hueste, se esforzó tanto que a la hora de prima él y su compañía llegaron a la ciudad de Famagusta. Apenas llegado, hizo alistar rápidamente un bergantín sin pérdida de tiempo y se embarcó. El viento fue bueno y fresco, al punto que en un día y medio llegaron al Puerto de Rodas, donde encontraron al Gran Maestre conversando con sus hermanos en el Castillo.

El Condestable entró y muy respetuosamente saludó al Gran Maestre, quien lo conocía bien. Este le hizo honor y reverencia y le preguntó qué aventura lo llevaba ahí y por qué había venido con tan pequeña compañía. Entonces el Condestable lo saludó en el nombre del Rey de Chipre y le entregó las cartas. Después le contó con todo detalle la razón por la que había venido. El Gran Maestre tomó con todo detalle la razón por la que había venido. El Gran Maestre tomó la carta y la entregó a uno de sus secretarios, quien la leyó delante de todos. Cuando el Gran Maestre hubo escuchado el contenido de la carta y la relación del Condestable, dijo en alta voz y claramente delante de todos que en la necesidad es que se reconoce al amigo y que cuando un amigo se encuentra en apuros nada debe impedir que acudamos a socorrerlo y le dijo al Condestable que dentro de pocos días su primo, el Rey de Chipre, sería socorrido con tropas y con víveres. Le preguntó al Condestable desde cuándo había sido establecido el sitio de la ciudad de Nicosia. El Condestable se lo dijo y le contó las carreras y salidas que habían hecho contra sus enemigos y cómo había sido capturado y rescatado gracias a dos valientes jóvenes que eran hermanos, nacidos en el país de Hainaut; lo cual el Gran Maestre escuchó con mucha satisfacción. Se pusieron las mesas y cenaron. Después, una vez que habían comido a su gusto, el Gran Maestre llamó al Condestable y le dijo que lo más rápidamente posible iría a socorrer a su primo, el Rey de Chipre; y que le asegurara que llevaría víveres y socorro. "Sire", le dijo el Condestable, "en nombre del Rey os agradezco. Pero he prometido a Dios que no regresaría hasta que pudiera llevaros conmigo". El Gran Maestre le respondió que con todo gusto lo acompañaría. Hizo escribir muy rápidamente mensajes y cartas que envió a Candia a los señores de Sieu y de Estalamina, a Lango y a todas las islas del Pelago y a todo Rodas, solicitando que viniesen a servirlo; lo que todos hicieron con gusto. Todos se embarcaron y llegaron a Rodas donde el Gran Maestre los recibió muy honorablemente. Viendo el Condestable que había llegado el socorro, tuvo gran alegría en su corazón y no sin causa porque eran veinte mil hombres valientes y hábiles con las armas; y toda gente de élite.

El Gran Maestre hizo preparar sus navíos y ordenó que fuera provisto de todo lo que era necesario; con lo que se hicieron a la mar. El viento fue bueno, al punto que esa noche los llevó hasta el Castillo Rojo. El día siguiente partieron al alba y sin ningún

contratiempo llegaron al puerto de Sermes en Chipre. Una vez llegados ahí y habiendo atracado en el puerto, descendieron de sus navíos. Después cargaron el vino y los víveres sobre los carros y las carretas, sobre camellos y dromedarios, sobre mulas y asnos. Luego cargaron las tiendas de campaña a los pabellones y tomaron el camino de Nicosia. Tanto esfuerzo y diligencia pusieron que un lunes en la tarde llegaron a tres leguas de Nicosia. Cuando el buen Condestable vio que la hueste del Gran Maestre estaba ya instalado, se acercó a él y le dijo: "Sire, iré donde el Rey de Chipre para anunciarle vuestra venida. Os ruego que estéis en la mañana armados y montados sobre vuestros destreros a fin de que cuando veáis una gran linterna arder sobre una de las torres de la ciudad, partáis rápidamente de aquí y vengáis a cargar sobre el ejército de los esclavonios. Ahí nos encontraréis a nosotros también. Si logramos hacer lo que os digo, no tengo duda alguna de que los haremos huir en desbandada". "Amigo", le dijo el Gran Maestre, "saluda a mi primo, el Rey de Chipre. Todo será realizado con la mayor diligencia en la forma como lo habéis propuesto". Entonces el Condestable y su gente partieron con tanta diligencia que exactamente a la media noche llegaron a la puerta de Nicosia. Tan pronto lo reconocieron, la puerta fue abierta. Apenas entren la ciudad, se dirigió al palacio del Rey quien había sido advertido de su llegada y había hecho llamar también a Jean y a Gérard de Trazegnies, los que estaban muy deseosos de ver al Condestable y de saber las noticias que traía. El Condestable saludó muy respetuosamente al Rey y le contó la forma como había cumplido con su misión y el plan que había organizado con la señal de la linterna. Si el Rey y sus barones estaban contentos, es algo que si se pregunta. El Condestable les contó también las personas y el poder que el Gran Maestre había traído con él. Después de haberlo oído, el Rey y los barones se fueron a preparar sus armas a fin de estar listos a la hora que había sido convenida. El Condestable, Jean y Gérard de Trazegnies fueron por la ciudad ordenando a todos que se prepararan en el mayor secreto posible, debiendo estar armados y montados a la hora que les había sido dicha.

Cuando llegó el momento, el Rey hizo encender la linterna a fin de que el Gran Maestre y toda su hueste la pudieran ver, lo que fue hecho inmediatamente. Entonces, el Rey de Chipre, Jean y Gérard de Trazegnies y a su lado el buen Condestable salieron con los chipriotas fuera de la ciudad. Cuando se encontraron en los campos y una vez que el Rey había ordenado los batallones, todos hicieron la señal de la cruz. Después a gran galope penetraron en las tiendas de campaña, dando grandes gritos para atemorizar a los esclavonios quienes ante la sorpresa no lograron defenderse y sufrieron una gran pérdida en este primer ataque.

El Rey Bruyant y sus esclavonios se colocaron sus armaduras; pero antes de que tuvieran tiempo de llegar, ya habían los chipriotas matado y tasajeado a tanta de su gente que los campos estaban llenos de ella.

El Rey Bruyant, viendo esta pérdida y daño, estaba muy dolido y triste. Se lanzó contra los chipriotas y la batalla hubiera terminado mal para éstos si inmediatamente el Gran Maestre de Rodas no los hubiera socorrido. El Gran Maestre se colocó con su ejército entre el campamento y los esclavonios; así los atacó por detrás, dando un grito tan grande que los paganos y esclavonios se atemorizaron mucho: oían de una parte gritar

"¡Rodas!" y de otra parte "¡Chipre!". Jean de Trazegnies dio a un esclavonio un golpe tan grande encima del yelmo que ni el morrión ni los círculos pudieron protegerlo y cayó muerto por tierra. De otro lado llegó Gérard, quien divisó ante él a un Rey pagano muy ricamente vestido, sobrino del Rey Bruyant de Esclavonia. Se acercó a él, levantó su espada con las dos manos y, empleando toda su fuerza, le dio entre el cuello y el escudo un golpe tan desmesurado que tanto el escudo como el brazo cayeron por tierra; y debido al gran dolor que tuvo, el Rey pagano cayó de su destrero en medio del campo donde murió miserablemente entre las patas de los caballos. Cuando el Rey Bruyant vio a su sobrino muerto, juró por Mahoma y todos sus dioses que la muerte de su sobrino le sería vendida cara a Gérard. Bajo la lanza y embistió contra Gérard; pero falló el golpe, porque Gérard se hizo un poco atrás y lo dejó pasar. Esto obligó al Rey Bruyant a volver a pasar delante de él para darle su castigo. Esto fue aprovechado por Gérard para darle un mandoble tan grande sobre el yelmo que lo abrió hasta los sesos, cayendo muerto por tierra. Cuando los esclavonios vieron a su Señor muerto, se desalentaron mucho. Por otra parte, vieron que Jean de Trazegnies había echado a tierra el estandarte que indicaba el punto donde todos se debían reunir; y que muchos de sus reyes y emires estaban muertos. En vista de ello, comenzaron a huir, unos de un lado, otros de otro, para tratar de salvarse. Pero cuando intentaron retornar a su campamento por la idea de estar ahí a salvo, se encontraron con los rodianos que los herían y los mataban. Y al frente se encontraban con los chipriotas, donde estaban Jean y Gérard de Trazegnies, que los mataban por filas y montones. La mayor parte de los sarracenos, viendo que no podían resistir ni defenderse, se volvían hacia el mar para tratar de salvarse sobre algunos de los barcos que recientemente habían llegado. Por esto tampoco les era posible, ya que delante de ellos encontraban a los dos hermanos que les cortaban el paso, con las espadas al puño todas ensangrentadas de la sangre de los sarracenos que habían matado. Estaban muy sorprendidos los sarracenos porque en ninguna parte podían encontrar salvación. Por el contrario, se veían rodeados por todos lados y eran muertos sin que ellos tuvieran ya ni la fuerza ni el coraje para siquiera defenderse. Finalmente, ni uno solo escapó con vida, lo que jamás se había visto; nunca antes se había visto una derrota así. Nadie escapó con vida ni fue aceptado rescate por ninguno. Después de la matanza, el Rey de Chipre, junto con el Gran Maestre de Rodas, con el Condestable y los Barones, agradecieron a Nuestro Señor por la victoria que les había enviado y después se abrazaron unos a otros. El Rey de Chipre agradeció a su primo, el Gran Maestre de Rodas, y a todos los caballeros que lo acompañaban. Entonces el Gran Maestre preguntó al Rey quiénes eran esos dos jóvenes vasallos a quienes había visto en la batalla hacer tan grandes proezas y matar tantos enemigos. "Querido primo", le dijo el Rey "no sé quienes son sino únicamente que la suerte ha querido que me vinieran a ayudar a socorrer cuando más lo necesitaba, lo que han hecho en forma ejemplar. Están a la búsqueda de su padre, aunque no lo han visto nunca en su vida. Dios quiera hacerles saber buenas noticias. Me siento muy obligado a ellos y quiera Dios que acepten permanecer en Chipre a fin de que les pueda remunerar el servicio que me han hecho".

Así como oís, conversaban los príncipes, entre ellos. La ganancia y el botín fue repartido entre los que lo merecían. Se encontraron tantas riquezas y bienes en el campamento que la mayor parte de los que habían participado en la batalla se hicieron ricos para siempre. A los jóvenes de Trazegnies les ofrecieron gran cantidad de oro y de joyas; pero no quisieron aceptar estos presentes y manifestaron que les bastaba únicamente el dinero necesario para seguir buscando a su padre. Después de que el botín había sido repartido, el Rey y los príncipes retornaron a la ciudad donde fueron recibidos por el Clero que acudió en pleno, con los hábitos de gran ceremonia, portando

la Cruz y cantando Te Deum Laudamus y dando gracias a Nuestro Señor por la gran victoria. Cuando estuvieron dentro de la ciudad, fueron a la Iglesia principal para dar gracias a Nuestro Señor. Después se separaron y cada uno fue a su alojamiento para quitarse las armaduras y ponerse cómodos. El Rey y los Príncipes fueron al palacio donde se desarmaron. Hubo una gran fiesta que duró cuatro días en toda la ciudad de Nicosia. Cuando llegó el quinto día, el Gran Maestre de Rodas se despidió del Rey de Chipre diciéndole que si alguna otra cosa sucedía se lo hiciera saber y que él vendría inmediatamente a socorrer Chipre, lo cual le agradeció mucho el Rey. El Gran Maestre partió de Nicosia y llegó al puerto de Baffe donde encontró su flota preparada para zarpar. El y su gente se embarcaron y zarparon hacia Rodas. Dejaremos de hablar de ellos y hablaremos ahora de Jean y Gérard de Trazegnies.

La separación de los hermanos

Capítulo XL

De cómo los dos hermanos abandonaron Chipre y cómo fueron capturados en el mar y llevados uno a Esclavonia y el otro a Barbaria y de sus lastimeras lamentaciones.

Los dos jóvenes de Trazegnies permanecieron en Chipre todavía un mes después de la batalla. Luego vinieron juntos a hablar con el Rey y Jean, el mayor le dijo: "Sire, hemos estado mucho tiempo aquí con vos. Si os hemos prestado algún servicio que os haya sido agradable, los dos venimos a rogaros que lo recibáis como un presente nuestro. Es tiempo y hora de que os abandonemos para ir a buscar a nuestro padre. Jamás nos detendremos mientras no consigamos alguna noticia de él. Por eso os rogamos que nos permitáis partir". Después de que el Rey hubo escuchado a los jóvenes, les dijo que le gustaría mucho más que permanecieran con él a que lo abandonaran; y que si decidían quedarse en Chipre, jamás les faltaría nada y los haría tan ricos y poderosos que no tendrían nada de que lamentarse. "Sire", le dijo Jean, "ni todo el oro y la plata del mundo ni cualquier otra riqueza podrían hacernos abandonar nuestra búsqueda. Por

consiguiente, partiremos mañana bien temprano". Cuando el Rey vio que no podría convencerlos, les hizo un presente muy costoso que ellos agradecieron. Se despidieron de todos los Barones y del Condestable, quienes estaban muy apenados por su partida.

Regresaron a su posada, donde se alistaron para partir al día siguiente. Después se acostaron y descansaron hasta la mañana, en que se levantaron y fueron a oír la Misa. Sus caballos estaban ya listos por lo que montaron en ellos y se despidieron del posadero y de la posadera. Cuando salieron a la calle, se encontraron que estaba ahí el Condestable y toda la caballería de la Corte que los esperaba para acompañarles. Jean y Gérard les rogaron que permanecieran en la ciudad; pero no quisieron hacerles caso. Así, la caballería acompañó a los dos hermanos hasta el puerto de Baffe, arreglándoles ahí todo lo que pudieran necesitar.

Encontraron para ellos un barco de mercaderes que quería dirigirse a España en el que se embarcaron, despidiéndose del Condestable y de todos los barones, quienes los encomendaron a Dios. Cuando ya estaban en altamar, los dos jóvenes se decían uno al otro: "No sabemos dónde ir a buscar a nuestro padre y debemos temer que no lo encontremos jamás. Es extraordinario que hasta ahora no hayamos tenido ninguna noticia de él". Así como lo oís, conversaban los dos hermanos. Tuvieron buen viento que en pocas horas les hizo alejarse del reino de Chipre. Cuando el Condestable, que quedó en el puerto de Baffe, hubo perdido de vista la nave en la que estaban los jóvenes, los encomendó a Dios con lágrimas en los ojos. Luego regresó a Nicosia a la Corte del Rey de Chipre, quien también rogaba a menudo por los hermanos y pedía que pudieran llegar a buen puerto y tener noticias de su padre. Sin embargo, antes que ellos puedan encontrarlo, tendrán que sufrir mucho como lo podréis oír en esta historia.
Después de haber navegado poco más o menos dos días, divisaron ante ellos dos barcos de piratas, creyentes en la ley de Mahoma; uno era de Esclavonia y el otro de Moriena, pero venían juntos. Cuando vieron la nave sobre la cual estaban los dos hermanos, orientaron sus velas en esa dirección. Cuando estuvieron cerca de ellos, les gritaron que inmediatamente bajaran la vela y se rindieran, advirtiéndoles que ellos y sus bienes estaban confiscados. Jean, Gérard y los mercaderes de la nave, habiendo oído lo que les hacían los piratas, quedaron sorprendidos y sin perder tiempo corrieron a armarse para proceder a la defensa. Los sarracenos se colocaron a ambos lados de la embarcación y comenzaron a lanzarles dardos desde los dos costados en tanta cantidad que daba horror ver. Pero el combate era desigual porque una sola nave y llena de mercaderes no podía defenderse contra dos grandes naves armadas y cargadas de piratas que estaban habituados a este tipo de situaciones. Sin embargo, se defendieron maravillosamente. Jean y Gérard, viéndose en peligro de ser muertos o tomados prisioneros, rogaron a Nuestro Señor que los salvara de la muerte y de la servidumbre. Espada en mano, uno en una borda de la nave y el otro en la otra borda, se esmeraron en la defensa de tal manera que no había sarraceno por valiente que fuera que se atreviera a acercarse. No había hombre al que golpearan, por fuerte que fuera, que pudiera escapar de la muerte.
Los piratas, viendo que no podrían conquistar la embarcación si no encontraban algún artificio para sorprenderla, hicieron bajar al agua una pequeña barca donde colocaron a seis hombres que tenía cada uno un puñal en la mano. Se acercaron a la nave de los mercaderes cristianos y se colocaron al lado de ella. Después comenzaron a hacer forados muy grandes por todas partes, por donde el agua del mar comenzó a entrar con fuerza; al punto que si Dios no hubiera tenido piedad de ellos, todos se habrían ahogado. De pronto, los mercaderes se dieron cuenta que por abajo su barco comenzaba a llenarse

de agua de mar. Entonces, muy piadosamente se encomendaron a Nuestro Señor. Le dijeron a Jean y a Gérard que su defensa era de poco valor en esa situación y mejor harían de rendirse a fin de evitar la muerte. Cuando Jean y Gérard escucharon a los mercaderes, no tiene nada de extraño que tuvieran gran temor porque veían que la nave se llenaba de agua. Por otra parte, se encontraron asediados por los piratas. Por ello, decidieron entre los dos que era mejor rendirse y esperar que Dios todavía pudiera ayudarlos y liberarlos posteriormente. No obstante, siguieron todavía defendiéndose un tiempo muy hábilmente. Había ahí un sarraceno que divisó a Jean y le dio tal golpe con el remo sobre el brazo que tenía la espada que ésta cayó al mar. Cuando Gérard lo advirtió, le dijo a Jean: "¡Oh, hermano mío!. Nuestra defensa ya no tiene sentido. Más nos vale rendirnos que ser muertos en el sitio". "Hermano", le respondió Jean, "es verdad; porque se dice a menudo que un día de prórroga, cien marcos vale. El hombre que está preso, no está aún muerto: todavía puede llegar la hora en que podamos escaparnos". Entonces los mercaderes y los dos jóvenes se rindieron ante los piratas, pero antes de que se hubieran rendido y fueran capturados, ya habían matado a la mayor parte de ellos. Una vez capturados por los piratas, fueron amarrados a un palo.

Después los piratas cogieron todos los bienes y riquezas que se encontraban en el barco de los mercaderes. Daba pena ver a los pobres mercaderes cristianos y oír cómo se lamentaban, extrañando a sus mujeres, sus hijos, sus parientes y sus amigos. Jean y Gérard extrañaban también a su madre y al buen país de Hainaut del cual venían.

Los piratas por su parte estaban muy contentos con el gran botín que habían conquistado, que era tanto que había repletado sus naves. Tuvieron buen viento que los condujo y guió hasta que se encontraron en la costa de Barbaria, en un puerto bastante alejado de toda población. Cuando llegaron ahí, se repartieron el botín y los prisioneros. Jean le tocó a los de Moriena y Gérard fue entregado a los esclavonios. Daba pena ver y oír las lamentaciones de uno y de otro de los hermanos cuando se dieron cuenta de que serían separados y repartidos. Les rogaron a los piratas que les colocaran juntos en una misma prisión. Pero aunque les pidieron en todas las formas que sabían hacerlo, los piratas no quisieron otorgarles esta gracia. Jean fue tomado y atado por los Moriena y colocado en sus barcos. Y los de Esclavonia tomaron a Gérard en forma muy ruda, y le ataron los pies y las manos tan estrechamente que le brotaba sangres por las uñas. Y no hay actualmente persona tan dura de corazón que si hubiera visto la separación de los dos hermanos no hubiera tenido gran piedad por ellos; pero los piratas no tuvieron ninguna consideración.
Una vez que se hubieron repartido el botín y los prisioneros, alzaron las velas y cada uno fue de su propio lado, es decir, los morienos a Trípoli en Barbaría y los esclavonios a Ragusa, que por entonces era sarracena. Cuando Jean de Trazegnies se vio separado de su hermano, comenzó a quejarse en forma muy dolorosa, diciendo: "¡Mi muy querido hermano Gérard! Jamás os volveré a ver y ya la separación está hecha. No sabréis en adelante ninguna noticia de mí, como yo tampoco tendré ninguna noticia de vos. Dios por su gracia nos quiera consolar a ambos y ayudarnos, ya que sabe la falta que nos hace. ¡Ah, mi muy querida dama y madre! Si supieseis ahora la dolorosa separación de nosotros, los dos hermanos, tendríais gran dolor en el corazón. Bien creo que jamás os volveré a ver. ¡Oh, noble país de Hainaut! Nos es imposible volver a veros ni tampoco ver nuevamente a nuestros buenos amigos, porque nuestra juventud esta condenada a morir con dolor y martirio. ¡Ah, nuestro muy querido padre Gillion!. Jamás tendremos noticias de vos".

Así como lo oís, Jean de Trazegnies formulaba llorando sus lamentaciones. Tenía el corazón tan destrozado y lleno de dolor que no le apetecía comer ni beber. A menudo extrañaba a Gérard, su hermano. Después rogaba a Nuestro Señor, que quisiera enviarle la muerte, la cual amaba más que la vida desde que había sido separado de su hermano.

Capítulo XLI

Aquí se habla de la bella Nathalie, quien se enamoró de Gérard mientras éste se encontraba prisionero en Ragusa.

Por su parte, Gérard se encontraba en el mar con los esclavonios y, viéndose separado de Jean, su muy querido hermano, comenzó a llorar y a lamentarse diciendo: "¡Mi muy querido hermano! Mucho debe dolernos a ambos el corazón debido a nuestra desgracia. ¡Qué dolor puede se más grande que aquel que vos y yo sentimos por la separación de uno y otro! ¿qué ha devenido el gran cariño que siempre hemos tenido uno para el otro?. La razón y la naturaleza nos han movido a querernos debido a que hemos venido al mundo de un solo padre y de una sola madre y en una sola vez. Ciertamente, el gran dolor que siento en mi corazón me afecta profundamente (mest importable). Mucho ha cambiado nuestra fortuna desde la época en que estuvimos juntos en el torneo en Condé sobre el Escaut. ¿Qué dirá ahora nuestra muy querida madre cuando vea que ha perdido a su marido, nuestro querido padre, y también a nosotros sus hijos?. Ciertamente le serán dolorosas estas noticias. ¡Ah, noble conde de Hainaut, príncipe muy poderoso, descendiente de noble troyanos! Jamás os veré nuevamente ni a mis compañeros ni al país que he dejado. ¡Ah, muy nobles armas de Trazegnies!. Ahora seréis abandonadas y aniquiladas porque no existirá ningún heredero que por razón tenga derecho a portarlas. Mucho me duele el corazón por este hecho, ya que estas armas fueron conquistadas contra los sarracenos. Ahora jamás serán llevadas por nadie, ya que los herederos se habrán perdido". Después, extrañaba a su hermano Jean llorando en forma que inspiraba compasión. Pero poco importaba su dolor a los esclavonios que lo llevaban.

Mientras tanto, navegaban hacia Ragusa, en donde tanto los habitantes de la ciudad como de los campos vecinos estaban sorprendidos por no tener noticias alguna de su Señor, el Rey Bruyant, ni de su ejército. Bruyant tenía dos hijos: un muchacho, joven y apuesto, llamado Morgant; y una doncella, que era la más bella y la más simpática que

pudiera encontrarse en toda Esclavonia. Recientemente habían enviado mensajeros por mar a fin de requerir noticias sobre su padre. Sucedió que un día en que Morgant y su hermana estaban juntos, subieron a una de las torres del alto castillo de Ragusa para ver si por el mar llegaba algún barco extraño a quien pudieran preguntar noticias sobre su padre. No había pasado ni una hora cuando avistaron el barco de los piratas en el que era traído Gérard. Morgant le dijo a su hermana que pronto tendrían algunas noticias que podría traer ese barco que venía con rumbo al puerto. "Hermano", le dijo la doncella, "descendamos de esta torre y vayamos al puerto. Tenemos que estar allí cuando la nave sea anclada. Veremos el tipo de mercadería que traen y esto nos dirá si tenemos esperanzas de que pudieran traer noticias de nuestro padre". Entonces los dos juntos se tomaron de la mano y descendieron rápidamente. Llegaron hasta la ribera donde encontraron la nave que era una maravilla de grande y amplia. Ellos habían creído que se trataba de mercaderes, pero no lo eran; la nave estaba repleta de piratas y de corsarios. Se acercaron a la embarcación y subieron a ella Morgant y la doncella. Cuando estuvieron dentro, la doncella se puso a mirar y advirtió gran cantidad de bienes y riquezas, de oro, plata y mucha vajilla. Por otra parte, vio un gran conjunto de prisioneros, atados y encadenados, los unos que lloraban y los otros que se quejaban de su infortunio. Entonces la doncella llamó al patrón de la nave y le pregunto quiénes eran aquellos que veía ahí prisioneros. "Dama", le dijo el patrón pirata, "son pillos y ladrones que vienen de extraños lugares y que son creyentes en la ley de Jesucristo. El otro día fuimos atacados por ellos de tal manera que si Mahoma no nos hubiera ayudado, ahora nos encontraríamos perdidos y sometidos a esclavitud. Felizmente hemos podido regresar a salvo a nuestro país. Y por esto, dama, si hay aquí cosa alguna que a vos o a vuestro hermano os sea placentera o que deseáis tener, podéis tomarla como vuestra". Cuando Morgant escuchó esto, le agradeció muy vivamente y le dijo al patrón de la nave que le entregara a los prisioneros para hacer de ellos lo que quisiera. Entonces el patrón hizo que sacaran a los prisioneros y se los entregó a Morgant. Ahí estaba Gérard que, en lo profundo de su corazón, rogaba muy piadosamente a Nuestro Señor y a la Virgen María, solicitándoles devotamente que tuvieran piedad de él. A la bella Nathalie le dio mucha pena ver a este jovencito que lloraba y ponía cara triste y se puso a observarlo atentamente. La pareció que jamás había visto a un joven tan apuesto Su corazón se puso a amarlo muy fuertemente, pero no permitió que se notara nada por el momento.

Después de que los piratas hubieron entregado sus prisioneros a Morgant y a su hermana, se fueron muy contentos porque no habían creído poder escaparse del castigo de Morgant, ya que si éste hubiera advertido que no eran mercaderes sino piratas los hubiera hecho colgar o ahogar. Por eso, se fueron lo más rápidamente posible, dirigiéndose a donde mejor les parecía. Morgant y su hermana hicieron llevar a los prisioneros y colocarlos en una torre del castillo de Ragusa, donde Gérard continuaba lamentándose. De él dejaremos por el momento de hablar y contaremos lo que sucedió con los mensajeros que Morgant había enviado por mar para saber noticias del Rey Bruyant, su padre.

Los mensajeros, cuando estaban cerca de la isla de Candía, se encontraron con una nave llena de sarracenos que venían de los mercados de Siria, a quienes preguntaron si tenían noticias del Rey Bruyant. Los mercaderes de la nave sarracena les contestaron que el Rey Bruyant y todo su ejército había sido muerto con espada por el Rey Chipriota, sin que ninguno se hubiera escapado vivo. Los mensajeros de Morgant, habiendo oído las

noticias de lo que había sucedido, quedaron muy dolidos y tristes y lo más pronto que pudieron regresaron a su país. Se esforzaron de tal manera que, con la ayuda del buen viento que tuvieron, en breves días llegaron al puerto de Ragusa. Cuando estuvieron ahí, los mensajeros descendieron a tierra y fueron al palacio donde se encontraba Morgant y su hermana a quienes contaron todas las noticias que habían oído. Cuando Morgant los hubo escuchado, de todo lo alto que era cayó pasmado al suelo y lo mismo sucedió con la bella Nathalie; no había nadie que los pudiera tranquilizar ni consolar en su duelo. Una vez recuperado y de pie, Morgant se puso a gritar: "¡Oh, muy desleal Mahoma!. Nadie debe tener confianza en ti cuando así has permitido que un Rey como mi padre haya sufrido su perdición y su muerte. Mi padre quería engrandecer tu nombre e imponer tu ley, con la ayuda de su ejército; sin embargo, ahora todos se encuentran miserablemente muertos por la espada y por la mano de enemigos de tu ley". Por su parte, la bella Nathalie sufría un duelo tan extraordinario que fue necesario llevarla medio muerta a su habitación. Por todo el palacio y por la ciudad entera se levantaron grandes gritos y lamentaciones por los amigos que habían sido perdidos. Se comunicaban sus penas unos a otros y después tiraban de sus barbas y de sus cabellos y se arañaban los rostros. Había allí un sarraceno muy sabido y discreto en su ley. Ese vino hacia Morgant y lo consoló lo mejor que pudo diciéndole que todos debían morir alguna vez y que nadie que tuviera vida en este mundo podía escapar a este destino. Tanto hizo hablándole bellamente que lo tranquilizó y le dijo que nunca más se le debería ver llorando ni gimiendo. Después le dijo a Morgant: "Sire, os haremos coronar y seréis nuestro Rey de ahora en adelante como la razón lo establece. Sois Señor nuestro por derecho y todos querrán serviros y obedeceros, otorgándoos honor y lealtad. Dejad en paz nuestro duelo y rogad a Mahoma para que el alma del Rey, vuestro padre, pueda ser salvada". Así como lo oís, el sarraceno hizo tanto mediante sus bellas palabras que tranquilizó a Morgant. Pero la bella Nathalie lloraba a menudo por la muerte de su padre. Sin embargo, cuando recordaba al prisionero cristiano que estaba en su corazón, el gran amor que ella había puesto en él apaciguaba su duelo y la hacía pensar en otras cosas. Así como lo oís, los sarracenos se tranquilizaron. Llegó el día en que hacían la gran fiesta y las solemnidades en honro de Mahoma. Ese día coronaron a Morgant e hicieron una fiesta tan grande que jamás se había visto nada parecido antes en Esclavonia. Así pasa, pues, en el mundo que tan pronto como un hombre ha partido, ya es olvidado; como lo hicieron los sarracenos con el Rey Bruyant y con los que con él murieron en Chipre, por el amor del Rey Morgant que había sido coronado como nuevo Rey.

Capítulo XLII

De cómo el Rey Morgant fue coronado y sobre la forma como la bella Nathalie salvó la vida a Gérard de Trazegnies

Así como lo habéis oído, fue coronado Morgant como Rey de Esclavonia, de lo cual los sarracenos tuvieron mucha alegría. Pero Gérard que estaba prisionero en la torre, no

hacía otra cosa que llorar noche y día extrañando a su querido hermano y a su madre que lo amaba lealmente.
Sucedió que un día la bella Nathalie se había apoyado en la ventana de la torre en que se encontraba, cuando vio llegar la nave en la que había venido Gérard. Esto le trajo recuerdos y pensó largo rato cómo y que manera podría aliviar al prisionero. Descendió de la torre y fue a la sala donde se encontraba el Rey Morgant, su hermano, a quien le dijo: "Mi muy querido hermano, vos y yo tenemos un gran número de prisioneros que os fueron entregados hace mucho tiempo. Me gustaría verlos, si vos lo consentís". "Hermana mía, le dijo el Rey Morgant", lo consiento puesto que así lo queréis". El Rey Morgant ordenó al guardián de la torre que le trajera inmediatamente a todos los prisioneros ante él. El guardián se dirigió a las prisiones, hizo salir a los que ahí estaban y los trajo al palacio ante Morgant y la bella Nathalie, que los esperaban. Cuando Gérard se vio llevado al palacio, podéis creer y saber que tuvo un gran dolor en el corazón. Porque jamás pensó que podría salir de ahí sin recibir la muerte; a pesar de que saldrá vivo como lo podréis oír a continuación. Porque una vez que una mujer decide hacer algo, lo hará aunque requiera de dar mil vueltas para lograrlo. Así fue como lo hizo la bella Nathalie, la que por la apostura que había visto en Gérard, había sido herida con un dardo de amor hasta su corazón, que estaba todo inflamado y conmovido.

Cuando los prisioneros se encontraron delante de Morgant, muchos estaban muy confundidos; de lo cual nadie puede maravillarse. Entonces Morgant comenzó por preguntarles de dónde eran. Gérard no lo comprendió en absoluto porque no hablaba esclavonio. Pero los otros lo comprendieron suficientemente y le respondieron al Rey que eran mercaderes que iban por países y reinos para comprar y vender toda clase de mercaderías, como corresponde hacer a los buenos mercaderes. Después le contaron al Rey Morgant la manera como su nave había sido capturada. El Rey Morgant les preguntó de dónde eran y de dónde venían y si no sabían decirle nada de la muerte del Rey Bruyant. Le respondieron que venían de Chipre y de Rodas y de varios otros lugares donde habían comerciado sus mercaderías. Cuando el Rey Morgant les oyó decir que eran mercaderes, les dijo que sus vidas serían respetadas y que ya no les sucedería mal alguno a sus cuerpos. E inmediatamente los liberó. Mientras el Rey conversaba en esta forma con los mercaderes, posó su mirada en Gérard y se puso a observarlo muy atentamente porque advirtió que era el joven más apuesto y mejor formado en todos sus miembros que nunca había visto hasta ese momento. De sólo verlo se dio cuenta de inmediato que era cristiano. El Rey sabía hablar bien la lengua francesa porque la había aprendido en su primera juventud de un esclavo que en esa época tenía el Rey Bruyant, su padre, y también Nathalie había aprendido a hablarla. Entonces Morgant le dijo a Gérard que le respondiera la verdad y que si le descubría cualquier mentira lo haría matar de mala muerte. Cuando Gérard oyó al Rey hablar en lengua francesa, le dijo que ciertamente no dejaría de decirle toda la verdad. "Vasallo", le dijo Morgant, "de vos quiero saber dónde habéis nacido, dónde habéis estado y de qué parte veníais cuando fuisteis capturado". "Sire", le dijo Gérard, "he nacido en el país de Hainaut, que está vinculado al Reino de Francia. Somos dos hermanos mellizos que juntos partimos atravesamos el mar con la esperanza de encontrar a nuestro padre, quien también atravesó el mar hace ya mucho tiempo. Estuvimos en Chipre donde hubo una gran batalla. Después, cuando vimos que la guerra había terminado, partimos del reino de Chipre en una nave y es entonces que los dos fuimos capturados y la otra me trajo aquí, a vuestro puerto, donde me encuentro en vuestras manos". Cuando el Rey Morgant escuchó a Gérard, sacudió la cabeza y liberó a los mercaderes, a quienes despidió. Después miró a Gérard y le dijo que juraba por la fe que le debía a Mahoma que le haría

morir. Gérard quedó triste y pensativo, seguro de perder la vida. Morgant, lleno de ira y de mal talante, preguntó a Gérard delante de todos sus barones que ahí se encontraban si tenía alguna noticia del Rey Bruyant. "Sire", le dijo Gérard, "bien debo saber lo sucedido mejor que cualquier otro. Y por miedo de la muerte no dejaré de deciros la verdad: el Rey Bruyant fue muerto por mí mismo y no por ningún otro". "¡Por Mahoma!", le dijo Morgant, "esta muerte os será vendida cara, porque haré que despellejen vivo". "¡Ah, hermano!, "dijo Nathalie", os ruego que sufráis una espera hasta la fiesta del nacimiento de Mahoma, día en que como sabéis se acostumbra que los príncipes y emires vengan a honraros. Así todos verán la gran justicia y venganza que tomaréis en nombre de nuestro padre. No faltan sino tres meses, por lo que me parece que bien podéis aguardar. En esa ocasión vuestra gente, viéndoos coronado y conociendo que vuestro primer acto como Rey es el de llevar a cabo esta justicia, se pondrá muy contenta. Por eso es que os aconsejo que el prisionero sea enviado nuevamente a su calabozo. Y, a fin de que sea guardado en forma mas segura, me haréis enviar todas las noches las llaves a mi habitación". "Hermana mía", le dijo Morgant, "acepto vuestro consejo. Se hará como lo habéis dicho". Entonces Gérard fue cogido y llevado nuevamente a prisión. Apenas había llegado que ya la doncella enviaba por las llaves, las que le fueron traídas a su habitación para utilizarlas como quisiera.

Así como los oís, Gérard fue tomado y llevado nuevamente a prisión, donde se lamentó piadosamente ante Nuestro Señor con la seguridad de que no podría partir de ahí nunca más. Pero cuando llegó la noche, después de comida, cuando ya todos dormían en el palacio, la doncella Nathalie se levantó de su cama, se vistió, se puso los zapatos lo más secretamente que pudo y tomó las llaves en su mano, sin que hombre ni mujer la hubiere oído: tomó también una gran cantidad de pan, carne y vino que se había hecho proveer por medio de un esclavo suyo que era creyente en Jesucristo y en el cual tenía gran confianza. Encontró al esclavo en el lugar que habían convenido y los dos juntos, con una vela encendida oculta prendida debajo del manto, fueron al calabozo donde estaba Gérard. Ella tomó la llave, abrió el portón y entró. Cuando Gérard oyó que se habría el portón, pensó con toda razón que lo venían a buscar para matarlo. Muy devotamente se puso a orar a Nuestro Señor. Entonces la doncella en voz baja le dijo: "No tengáis miedo alguno; sabed que soy la hermana del Rey Morgant y que os vengo a ver y a visitar con la intención de haceros bien por el amor que tengo de vos". Entonces sacó la vela que tenía encendida y Gérard pudo ver a la doncella Nathalie. A él le pareció tan bella y tan simpática y tan gentil que no sabía qué pensar, ya que ahí dentro no estaban sino ellos dos. El esclavo había permanecido afuera para vigilar que nadie pudiese sorprenderlos. Gérard, viendo que la doncella, estaba sola con él, se aproximó a ella y le dijo: "Señora, bien os debo agradecer cuando por vuestra humildad y cortesía me habéis venido a visitar y a socorrer". Como era audaz, se acercó más a ella y sin dudarlo, la abrazó y la besó, sin que la doncella lo rechazara. Mal sabría contarles lo que siguió. Pasaron la noche juntos, bebiendo, comiendo y conversando hasta que aclaró el día.

Se tomaron mucho tiempo en confesarse con gran placer sus amores. Cuando la doncella vio que ya era hora de partir, se despidió de Gérard abrazándolo y besándolo, y le dijo: "Amigo mío, a Dios os encomiendo de aquí hasta la noche, en que volveré a veros". "Señora", le dijo Gérard, "haced como a vos os plazca. Estoy muy contento de vuestra venida". La doncella salió del calabozo, cerró la puerta con llave y encontró ahí fuera a su esclavo a quien le preguntó si había escuchado algo; el esclavo contestó que nada. El esclavo se fue por su lado y la doncella salió al jardín a través de una pequeña

puerta y luego desde ahí entró a su habitación lo más rápidamente que pudo; se acostó en la cama sin que nadie hubiera oído nada. En la prisión, Gérard no sabía que pensar y se dijo: "¡Oh, mi verdadero Dios!. Estoy muy maravillado por el hecho de que esta dama haya venido aquí a verme y no llego a comprender la intención que ha tenido para ello: no sé si es por amor o por falsedad. Pero, cualquiera que sea, ruego a Nuestro Señor que quiera socorrerme y ayudarme, así como a mi hermano Jean, y cuidar de la madre que nos dio a luz".

Así se hablaba Gérard a sí mismo, después de que Nathalie hubo partido de la cárcel; pero ella amaba tan naturalmente a Gérard que por nada del mundo hubiera querido que sufriera mal alguno. Por ahora dejaremos de hablar de Gérard, quien permaneció en la prisión al cuidado de la bella Nathalie, la cual venía a visitarlo todos los días una vez por día.

Capítulo XLIII

De cómo Jean de Trazegnies fue encerrado en el mismo calabozo en que lo había estado antes Gillión, su padre, y de las lamentaciones que hacía

Bastante habéis oído por lo que antecede cómo los dos hermanos fueron capturados por los piratas de mar y separados uno de otro: Gérard fue llevado a Esclavonia conforme lo hemos mencionado y Jean, su hermano, fue llevado por los sarracenos de África ante el Rey Fabur de Moriena, que estaba en Trípoli de Barbaria.

Al ver el Rey Fabur que la nave atracaba en el puerto, creyendo que se trataba de buenos mercaderes, descendió de su palacio y vino hacia la embarcación. Entró en ella y advirtió que habían ahí grandes riquezas. Después vio también a los prisioneros. Preguntó al patrón de qué gente se trataba y éste le dijo que unos eran sarracenos y otros cristianos. Entonces el Rey Fabur se dirigió en alta voz a los prisioneros y les preguntó cuál de ellos era cristiano. "Sire", dijo Jean, "soy el único creyente en Jesucristo". "Vasallo", le dijo Fabur, "puesto que sois cristiano, podéis creer ciertamente que habéis llegado a muy mal puerto. Porque en vos será vengada la gran pérdida que sufría hace ya un año por un cristiano que, con palabras engañosas y con trampas, se escapó de mis prisiones; y hasta ahora no he perdido nunca algo que me diera más disgusto. Tantos males y muertes causó entre los que creían en la ley de Mahoma, que mientras yo tenga vida, a los creyentes en Jesucristo que caigan en mis manos los haré morir con gran martirio: vos seréis el primero que pagaréis por el que se me escapó otrora". Cuando Jean escuchó al rey Fabur, se dijo a sí mismo: "Buen Sire Dios, pienso y creo firmemente que es de Gillion, mi padre, que el Rey hace mención". "Sire", le dijo Jean al Rey Fabur, "puesto que me haréis morir por culpa de ese cristiano del que habláis, os

ruego que me queráis decir al menos quién era y cómo cayó en vuestras manos". "Vasallo", le dijo el Rey "quién es, no lo sé; pero se llamaba Gillion, y quiso Mahoma que estuviera aquí y que nos causara muchos problemas para escaparse, logrando salir libre". Cuando Jean escuchó al Rey Fabur, supo en verdad que era su padre quien había estado ahí prisionero. Se dijo: "¡Oh, verdadero Dios, qué infortunio el mío!. Jamás veré a mi padre ni a mi hermano Gérard, a quien Dios quiera confortar. En cuanto a mí, mi vida ya no vale nada". Tanta pena tuvo en su corazón, que cayó desmayado a los pies del Rey Fabur. Inmediatamente un gran número de sarracenos lo cogió y lo llevó al calabozo donde antes había estado su padre. Ahí a menudo oraba a Nuestro Señor en forma muy triste: ¡qué pena de que jamás veré a mi padre ni a mi hermano ni a mi señora madre!. Porque veo perfectamente que este Rey pagano me dejará morir aquí en este calabozo o me hará sufrir martirio".

Así como lo oís, Jean presentaba sus quejas a Nuestro Señor. Pero de todas maneras fue suficientemente afortunado en lo que se refiere al guardián bajo cuyo cuidado estaba. Era un joven que le traía siempre una cantidad razonable de comida y de bebida. Varias veces lo amonestó para que creyera en la ley de Mahoma; pero Jean no podía consentir en ello, ni aún a cambio de liberarse de la muerte. Dejaremos de hablar de Jean y regresaremos a su hermano Gérard.

Capítulo XLIV A
De cómo Gérard combatió contra Lucion por el amor de Nathalie y lo derrotó

Ya antes habéis oído cómo Gerard de Trazegnies estaba prisionero del Rey Morgant en su castillo de Ragusa, donde a menudo era visitado por la bella Nathalie. Ella lo tenía tanto en su alma que no pasaba un solo día sin que le hiciera una visita; grandes signos de amor le manifestaba. A menudo ella lo llevaba a su habitación, donde podían conversar privadamente; y Gérard se sentía tan bien con la dama que muchas veces la amonestaba para que creyera en la ley de Jesucristo. Pero ella no aceptaba esta propuesta porque creía tan fuertemente en la ley de Mahoma que Gérard no podía persuadirla. Finalmente, cuando se convenció de que no podía hacer más, la dejó en paz por temor de irritarla.

En el castillo del Rey Morgant había un poderoso emir que tenía por nombre Lución y que amaba enormemente a la bella Nathalie. Sucedió que un día, vino a la habitación de la doncella para entretenerse y conversar con ella; y le dijo: "Dama, por la ley en la que creo, os confieso que estoy tan enamorado de vos que ni de día ni de noche puedo tener descanso. Hace ya mucho tiempo que nació mi amor. Ha llegado, pues, el día en que valientemente he venido a decíroslo, a fin de que vuestra gracia pueda acordarme algún consuelo; porque no puedo vivir un sólo día mas sin que admitáis ni entrega a vos". Cuando la bella Nathalie escuchó a Lución, muy cortésmente le contestó: "Lución, por el momento no me conviene amar ni a vos ni a otro, ni sostener mil palabras en ese

sentido. Por consiguiente, no debéis tener ninguna esperanza respecto de mí. No esperéis, pues, que actúe de otra manera; pero cuando el Rey Morgant, mi hermano, tome mujer, entonces seguiré su consejo sobre esta materia". A Lución se le encogió el corazón cuando escuchó a la doncella y audazmente se acercó a ella para besarla. Pero la doncella, a quien el emir no le importaba nada, levantó el puño ante ella y le dio un golpe tan grande en la boca y sobre los dientes que la sangre comenzó a manar en gran cantidad y le manchó la barba y el pecho. Al recibir el golpe, Lución se llenó de ira y de irritación y, saliendo fuera de la habitación, juró a Mahoma que dentro de pocos días se vengaría. Lo más rápidamente que pudo se fue a su habitación, donde se hizo curar y lavar, y no salió de ahí hasta que estuvo completamente sano.
Sucedió que un mes más tarde, Lución vino a la Corte donde encontró al Rey Morgant sentado a la mesa, con Nathalie, su hermana, cerca de él. Lución que se había preparado para llevar adelante sus intenciones, se puso a servir al Rey; pero dentro de sus uñas había colocado veneno. fue a la cocina y tomó la comida, de tal manera que nadie podía notarlo. Después, puso el plato delante del Rey. El Rey estiró la mano para coger la carne; pero tenía un anillo en uno de sus dedos del que una de las piedras, al sentir el veneno, saltó fuera de su engaste y cayó sobre la mesa delante del Rey, que conocía muy bien la verdad sobre la virtud de esta piedra, tomó el plato de carne tal como estaba y lo echó a un lebrel que se encontraba a sus pies. El lebrel, que estaba muy hambriento, se puso a comer; pero apenas había tocado la comida que se le reventó el vientre y murió delante de la mesa. Entonces el Rey Morgant quedó muy confundido y dijo: "¡Oh, Mahoma! Mucho me gustaría saber quién ha sido el que persigue mi muerte de esta manera. Ciertamente, si lo supiera, aún peor veneno le daría". Entonces, todos se levantaron inmediatamente de la mesa y cada uno se puso a mirar a su compañero para ver si mudaba de color. La bella Nathalie regresó llorando a su habitación. Lución, viendo que la bella se había ido, se acercó al Rey Morgant y le dijo: "Sire, sabéis bien que nunca habéis encontrado mal consejo en mí. Siempre os he sido fiel y os seré mientras mi cuerpo tenga vida, como corresponde; por eso de mi no debéis esperar traición alguna ni una mala jugada, ni a vos ni a ningún primo ni pariente próximo vuestro. Ha llegado la hora de que la verdad os sea dicha sobre la desleal traición que contra vos ha intentado vuestra hermana, Nathalie. No hace mucho tiempo que ella me solicitó preparar este veneno para haceros morir y así sucederos después en el reino. Y me prometió sobre la ley de Mahoma que si lo hacía, me tomaría como marido y me haría llevar la corona sobre mi cabeza y sería Rey de Esclavonia. Cuando escuché sus malos propósitos, inmediatamente le contesté que nunca os haría morir y que jamás consentiría en ninguna traición ni envenenamiento. Cuando ella comprendió que yo no quería realizar su voluntad y que en esta forma había quedado al descubierto ante mí, me dió un golpe con el puño tan fuerte sobre la boca que me hizo saltar dos dientes y me ocasionó un gran dolor. Lo que os digo es una confesión. De vos depende si ordenáis que sea quemada o si permitís que se escape viva". "Lución", le dijo el Rey, "sabed en verdad que, aunque se trate de mi hermana, haré con ella tal justicia que quedará para siempre en la memoria de todos". Lución salió y el Rey Morgant quedó solo y pensativo, porque amaba tanto a su hermana que a duras penas podía creer que se le hubiera ocurrido cosa semejante. Mucho se preguntaba sobre la causa por la que ella pudiera haber querido su muerte.

Sucedió que un día el Rey Morgant convocó a su consejo y lo hizo comparecer ante él en la sala. Entonces les contó palabra por palabra lo que Lución le había dicho sobre la traición y el envenenamiento que su hermana Nathalie había planeado. Entonces los

barones y el consejo en conjunto le dijeron al Rey: "Sire, éste es un asunto muy grave y muy peligroso de juzgar. No podemos condenar a muerte a una persona tan próxima de vos como es vuestra señora hermana sin oír sus descargos. Por eso, nos parece a todos que para actuar debidamente debéis hacer venir ante vos a vuestra hermana Nathalie y a Lución". El Rey les respondió que tal consejo le era agradable. Mando buscar a la bella Nathalie que estaba acostada en su cama, muy sentida por el hecho de que se había intentado envenenar a su hermano. El mensajero llegó donde ella y le dijo: "Dama, debéis venir ante el Rey, vuestro hermano, quien con sus barones os esperan para oír vuestro descargo. Si no podéis probar adecuadamente vuestra falta de participación, esta noche seréis condenada a muerte". Este sarraceno que le trajo la noticia, era pariente de Lución. La doncella, habiendo escuchado al sarraceno, quedó muy confundida por lo que le había dicho y, acompañada por sus doncellas, se presentó en el palacio ante el Rey, su hermano. Apenas él la vio llegar, le gritó: "Dama puta, dama que no es doncella, no deberíais ser llamada ante mí después de que habéis querido hacerme morir. Porque habéis puesto el veneno creyendo que seríais señora y reina después de mi muerte. Pero Mahoma en quien tengo gran confianza no lo ha querido permitir". Entonces la doncella, muy triste y apenada, con la seguridad de quien se siente que no ha cometido el hecho que quieren atribuirle, le dijo que hiciera venir ante ella aquél que la acusaba de tal crimen. "¡Falsa desleal!", le dijo el Rey Morgant a su hermana, "es por Lución que hemos sabido todo lo que queríais hacer y nos hemos enterado de que para lograrlo estabais dispuesta a venderos a él".

"Sire", dijo Lución que estaba ahí presente, "la verdad es tal como la habéis dicho, porque debido a que yo me rehusé a haceros morir, ella me dio un golpe con el puño tan grande sobre los dientes que dos de ellos se rompieron en mi boca. Así como lo oís y por el aprecio que os tengo que me lleva a salvaros la vida, he perdido dos de mis dientes que jamás podré recuperar". La doncella Nathalie miró muy fieramente a Lución y le dijo: "Desleal traidor, ojalá que de Mahoma seas maldito. ¿Cómo puedes ser tan audaz y tan atrevido para haber querido atribuirme tal traición? ¡Muy desleal traidor malvado!. La causa por la cual te golpeé fue porque me requerías de amores y tratabas de besarme, lo que no me placía. Por eso te di el golpe. Lamento no haberte injuriado aún más gravemente, desleal bandido y malvado ¡Jamás en mi vida hubiera pensado en la malvada traición que me has atribuido sin ninguna razón ni motivo!". "Ciertamente", dijo Lución, "no he dicho otra cosa de vos que la verdad; porque nunca os hubiera acusado si no fuera porque así pasaron las cosas. Si hay algo respecto de lo cual pudierais probar lo contrario mediante caballero o escudero, yo seré aquel que dejaré en claro aquello que vos ponéis turbio. Pero estoy seguro de que es tan grande la maldad que existe en vos que no encontraréis hombre alguno que quiera asumir vuestra defensa y combatir contra mí en esta querella". "¡Oh, muy desleal perjuro y mentiroso!. El ofrecimiento que has hecho de probar contra tuyo por intermedio de un campeón, te hará reconocer lo contrario y permitirá demostrar la traición que ha sido preferida por tú falsa boca y librarme de culpa y del gran deshonor que me has atribuido". Entonces, la noble dama miró alrededor de la sala y preguntó en voz alta: "¿Hay aquí un caballero o barón que por amor a mí y al buen derecho que yo siento tener, se atreva a bajar a la lid al encuentro de Lución quien sin razón y sin motivo me ha atribuido la villanía que ha preferido ante todos ustedes?". Pero no hubo ahí ningún sarraceno suficientemente valiente para responder el pedido de la dama y ni siquiera para levantar la cabeza. Así permanecieron todos quedos y mudos, porque temían demasiado a Lución. La doncella, viendo que en el castillo del Rey, su hermano, no había hombre alguno que por amor a ella se atreviera a emprender batalla contra Lución, se puso muy triste sombría; muy piadosamente oró a Mahoma, rogándole que quisiera ayudarla.

Cuando el Rey Morgant vio que no había hombre alguno que se atreviera a combatir con Lución en favor de su hermana, le dijo a ésta que si dentro de 40 día no encontraba un campeón que lo defendiera, la haría quemar viva; y que si encontraba un campeón y era vencido por Lución, inmediatamente lo haría colgar. "Y no os otorgaré ninguna otra gracia; pero, dado que sois mi hermana, me basta que mientras tanto permanezcáis como prisionera en vuestra habitación siempre que me prometáis que jamás saldréis de ahí sin mi autorización". La bella Nathalie prometió lo que se la había pedido y, requerido por el Rey, Lución prometió también pelear con el campeón que encontrara Nathalie; porque jamás pensó que ella podría encontrar a alguien que se atreviera a combatir contra él.

Así como lo habéis oído, de un lado y de otro, la cosa fue convenida. Después, la doncella salió y fue a su habitación, donde se quedó hasta la hora en que pensó que ya todos estaban acostados. Tomó las llaves del calabozo y fue hacia el portón; lo abrió y llamó a Gérard, lo llevó a su habitación y ahí la bella Nathalie le contó como Lución la había acusado de traición ante su hermano, el Rey Morgant, atribuyéndole que había intentado envenenar a éste para convertirse en dama y reina del país. Le contó también para defenderse debía encontrar a un campeón dentro de los próximos cuarenta día que estuviera dispuesto a combatir contra Lución para probar que lo que había dicho culpando a la doncella era una falsa y desleal calumnia y gran traición. "Y es así que si no encuentro un campeón que me defienda, seré condenada a morir quemada; pero si encuentro tal campeón a éste resulta vencido frente a Lución, el Rey, mi hermano, lo hará colgar". Cuando Gérard escuchó a la doncella le dijo riéndose: "Bella, no os preocupéis más de buscar un campeón. Por el gran bien y la cortesía que siempre me habéis manifestado, yo os ayudaré a defender vuestra querella, la que estoy seguro que es buena y justa". Cuando la doncella escuchó a Gérard, lo amó aún más y le agradeció mucho por la oferta que le hacía. Así como oís, esa noche conversaron juntos. Luego, cuando llegó la mañana, Gérard regresó a su prisión, como se había acostumbrado a hacerlo; la bella Nathalie se quedó pensando muy bien de este hombre por quien su vida y su honor debían ser defendidos.

Como se aproximaba el día en que debía realizarse el combate, el Rey Morgant vino a buscar a su hermana y le dijo que debía encontrar una persona que quisiera defender su querella o que, de otra manera, ella sabía bien que por justa sentencia sería condenada a muerte. "Hermano mío", le dijo Nathalie, "ya he encontrado un campeón que defienda mi derecho frente a Lución". "Me place mucho esto", le dijo el Rey Morgant, "porque jamás he amado tanto a una criatura como a vos y sería muy feliz si resultara que no tenéis la culpa que Lución pretende atribuiros". "Sire", le dijo la doncella, "soy vuestra hermana y vos sois mi hermano. Sin embargo, vos mismo habéis comprobado que en vuestra Corte no he encontrado ningún hombre suficientemente valiente que, viendo que me encuentro en peligro de muerte, se haya atrevido a ofrecer combate contra Lución; lo cual me ha sumido en una gran melancolía. Pero Mahoma, por quien he sido reconfortada, me ha hecho la gracia de encontrar un campeón que estará en el campo para defenderme frente a Lución. Hermano mío, vos sabéis que hay en vuestra prisión un cristiano a quien me habéis entregado en custodia, que es aquél que mató a nuestro padre a quien nunca más volveremos a ver. Me he dirigido a él y le he contado la

situación en que me encuentro y la querella que debo afrontar. El me ha jurado por su ley que por el honor nuestro y por el aprecio que tiene a vos y a mí, bajará al campo para enfrentar a Lución, defendiendo mi derecho". Cuando Morgant escuchó a su hermana, recordó la muerte de su padre que había sido matado por Gérard. Pero el ferviente amor que tenía por su hermana le hizo cambiar de humor y otorgó la autorización para que ella trajera al prisionero como a su campeón; de lo cual la doncella muy respetuosamente agradeció al Rey, su hermano. Después, la doncella fue a su cuarto y mandó llamar a Gérard con su esclavo. Llegó Gérard, quien la saludó sonriente; y la doncella le dijo que era bien venido. Después ella agregó: "Gérard, bien sabéis que mi hermano os colocó en mis manos y bajo mí haceros sufrir o dañaros. Tengo mucha necesidad de encontrar un campeón que quiera batirse por mí frente a Lución. Por esto os he hecho venir a mi habitación para deciros que mi hermano, el Rey Morgant, está contento de hayáis aceptado combatir en mi favor. Por eso os ruego que, si tanto me amáis, no os retractéis ahora". "Señora", le dijo Gérard, "como os he prometido el otro día, estoy listo para combatir a Lución; y os prometo que, con la ayuda del Dios en que creo, más le valdría a Lución encontrarme al otro lado del Mar Rojo que haberos acusado de traición". Entonces, la bella Natalie le agradeció en presencia de todas las damas que estaban muy maravilladas con Gérard y se decían unas a las otras que nunca habían visto antes un joven mejor hecho ni mejor formado en todos sus miembros. ¡Qué pena que no fuera creyente en Mahoma!. Hubo una de las damas que llegó a decir que si una persona así la amaba, ella se sentiría muy feliz aunque él hubiera matado a su padre o a su abuelo. Así como lo oís, conversaban las damas entre ellas sobre Gérard; de lo cual la doncella Nathalie estaba muy contenta, porque ella lo amaba mucho, aunque uno y otro disimulaban a fin de que no se dieran cuenta de sus amores.

Por ahora dejaremos de hablar de ellas y les contaré sobre Lución.

Capítulo XLIV B

De cómo Gérard combatió contra Lucion por el amor de Nathalie y lo derrotó (continuación)

Como se aproximaba el día en que debía realizarse el combate, el Rey Morgant vino a buscar a su hermana y le dijo que debía encontrar una persona que quisiera defender su

querella o que, de otra manera, ella sabía bien que por justa sentencia sería condenada a muerte. "Hermano mío", le dijo Nathalie, "ya he encontrado un campeón que defienda mi derecho frente a Lución". "Me place mucho esto", le dijo el Rey Morgant, "porque jamás he amado tanto a una criatura como a vos y sería muy feliz si resultara que no tenéis la culpa que Lución pretende atribuiros". "Sire", le dijo la doncella, "soy vuestra hermana y vos sois mi hermano. Sin embargo, vos mismo habéis comprobado que en vuestra Corte no he encontrado ningún hombre suficientemente valiente que, viendo que me encuentro en peligro de muerte, se haya atrevido a ofrecer combate contra Lución; lo cual me ha sumido en una gran melancolía. Pero Mahoma, por quien he sido reconfortada, me ha hecho la gracia de encontrar un campeón que estará en el campo para defenderme frente a Lución. Hermano mío, vos sabéis que hay en vuestra prisión un cristiano a quien me habéis entregado en custodia, que es aquél que mató a nuestro padre a quien nunca más volveremos a ver. Me he dirigido a él y le he contado la situación en que me encuentro y la querella que debo afrontar. El me ha jurado por su ley que por el honor nuestro y por el aprecio que tiene a vos y a mí, bajará al campo para enfrentar a Lución, defendiendo mi derecho". Cuando Morgant escuchó a su hermana, recordó la muerte de su padre que había sido matado por Gérard. Pero el ferviente amor que tenía por su hermana le hizo cambiar de humor y otorgó la autorización para que ella trajera al prisionero como a su campeón; de lo cual la doncella muy respetuosamente agradeció al Rey, su hermano. Después, la doncella fue a su cuarto y mandó llamar a Gérard con su esclavo. Llegó Gérard, quien la saludó sonriente; y la doncella le dijo que era bien venido. Después ella agregó: "Gérard, bien sabéis que mi hermano os colocó en mis manos y bajo mí haceros sufrir o dañaros. Tengo mucha necesidad de encontrar un campeón que quiera batirse por mí frente a Lución. Por esto os he hecho venir a mi habitación para deciros que mi hermano, el Rey Morgant, está contento de hayáis aceptado combatir en mi favor. Por eso os ruego que, si tanto me amáis, no os retractéis ahora". "Señora", le dijo Gérard, "como os he prometido el otro día, estoy listo para combatir a Lución; y os prometo que, con la ayuda del Dios en que creo, más le valdría a Lución encontrarme al otro lado del Mar Rojo que haberos acusado de traición". Entonces, la bella Natalie le agradeció en presencia de todas las damas que estaban muy maravilladas con Gérard y se decían unas a las otras que nunca habían visto antes un joven mejor hecho ni mejor formado en todos sus miembros. ¡Qué pena que no fuera creyente en Mahoma!. Hubo una de las damas que llegó a decir que si una persona así la amaba, ella se sentiría muy feliz aunque él hubiera matado a su padre o a su abuelo. Así como lo oís, conversaban las damas entre ellas sobre Gérard; de lo cual la doncella Nathalie estaba muy contenta, porque ella lo amaba mucho, aunque uno y otro disimulaban a fin de que no se dieran cuenta de sus amores.

Por ahora dejaremos de hablar de ellas y les contaré sobre Lución. Este vino al palacio ante el Rey Morgant a quien encontró rodeado por sus barones y caballeros. Muy respetuosamente lo saludó y le dijo: "Sire, hoy es el día en que debo bajar al campo para probar lo que he dicho sobre vuestra hermana. Pero no veo ninguna persona que se haya atrevido a presentarse para combatirme, porque todos saben que jamás diría una cosa que no fuera buena y verdadera. Por ello, debéis hacer quemar viva a Nathalie". En ese mismo instante entró a la Sala la bella Nathalie, atravesó el grupo y se colocó ante el Rey, su hermano, a quien dijo: "Sire, ante vos ved a Lución quien por hacerme daño y sin causa, como un loco y desleal traidor, me ha acusado de haberos dado veneno para haceros morir. Pero hoy día, antes de que llegue la noche, le presentaré un campeón

para defender mi derecho contra él". "Dama", le dijo Lución, "todavía no ha nacido el hombre que quiera bajar al campo para luchar conmigo". "Anda, insolente desleal, a ser armado lo más rápidamente que puedas. Inmediatamente verás a aquel que te hará reconocer la culpa y confesar la traición que tú mismo has urdido". Lución quedó muy confundido ya que nunca creyó que Nathalie encontraría una persona que se atreviera a combatir contra él. Se retiró rápidamente de la presencia del Rey acompañado de los de su linaje y se fue a armar con todas sus armas. Después se hizo llevar al campo donde el Rey Morgant había ordenado levantar una tribuna en la que ya se encontraba él mismo con sus barones. Un esclavonio se acercó donde la doncella Nathalie y le dijo que rápidamente hiciera armar a su campeón, ya que Lución, la parte contraria, estaba listo en el campo donde lo aguardaba. La doncella ordenó inmediatamente que Gérard fuera armado con muy bellas y ricas armas. Después le hizo traer un escudo sobre el cual había hecho pintar muy hermosamente el rostro de una doncella y entregándoselo le dijo: "Amigo, os entrego este escudo como regalo. El contorno está hecho de oro fino que significa fuerza y virtud y que debéis ser respetuoso y cortés hacia todo el mundo; y el rostro de la doncella que está en el medio significa que, por el amor que me tenéis, seáis colmado de valentía y de proezas. Muy dulcemente os ruego que, por el amor que me tenéis, lo queráis conservar". Entonces Gérard lo tomó y se lo colgó al cuello. Después la bella tomó el yelmo y se lo trajo; pero antes de colocárselo en la cabeza, besó a Gérard en la boca, por lo cual los esclavonios que se encontraban presentes, las damas y las doncellas, comenzaron a gritar en voz muy alta diciendo que había hecho muy mal de besar a un cristiano y que Mahoma podía encolerizarse. "¡Callaos!", les dijo Nathalie, "no volváis jamás a hablar de ello. Bien debo besarlo y hacerle honores cuando por amor a mí, porque por defender mi honor y mi cuerpo ha puesto el suyo en riesgo de vivir o de morir; lo que ninguno de ustedes creyentes en Mahoma, se había atrevido a hacer. Bien debo, pues, servirlo y honrarlo". Entonces le colocaron el yelmo a Girardin y él se colocó la espada al cinto. Después, habiendo tomado la lanza en la mano, lo condujeron hacia el campo donde lo esperaba Lución.

Entre tanto, al ver Lución que todavía no llegaba Gérard, se dirigió en alta voz al Rey Morgant y le dijo: "Sire, como podéis ver, el día pasa y no hay nadie que aparezca". Cuando así hablaba Lución con Morgant, entró Gérard al campo totalmente armado, la lanza en la mano, acompañado de damas y doncellas. Tan pronto como lo vio el Rey Morgant, se acordó del Rey Bruyant su padre, quien había sido muerto por Gérard; y se le comenzó a remover la sangre. Dijo: "¡Ah, Mahoma, qué cosas me hacéis sufrir cuando delante mío y en mi presencia veo a aquél que mató a mi padre y a quien estoy obligado de rendirle honores porque ha aceptado, por aprecio a hermana a quien amo mucho, combatir contra Lución, para descargarla del crimen del cual él la ha acusado!". Así se decía a sí mismo Morgant, como lo oís. Gérard fue muy observado por los paganos y esclavonios. Entró en la lid y saludó al Rey Morgant.
Cuando Lución lo vio entrar, toda la sangre se le removió; porque vio que Gérard era un contendor aparente para él y que se notaba que era fuerte y hábil. Entonces el Rey Morgant, viendo que los dos campeones estaban listos para combatir, hizo tomar a su hermana y llevarla hasta la pira donde el fuego había comenzado a arder. Después juró que si el campeón de su hermana era vencido, la quemaría en dicha pira. Cuando la doncella se vio conducida hacia el fuego, los ojos se le llenaron de lágrimas y rogó devotamente a Mahoma, pidiéndole que protegiera y defendiera a su campeón.

Entonces los dos campeones montaron sobre poderosos destreros, uno en un extremo

del campo y el otro en el otro extremo, y se miraron muy ferozmente uno al otro. Después bajaron las lanzas, picaron las espuelas de sus destreros y se acercaron corriendo tan horriblemente que de verlos llegar parecía que todo debía confundirse. Muy ferozmente se golpearon sobre los escudos con tal fuerza que sus lanzas se quebraron en pedazos y los fragmentos volaron por el aire. Después sacaron rápidamente sus espadas, con las cuales se golpearon tan fuerte y seguido que saltaban chispas de sus yelmos. Lución era un caballero fuerte y bien hecho; y Gérard era un joven ligero y valiente, y era cristiano. Ahí estaba Nathalie con gran concentración rogando por Gérard, su campeón, y maldiciendo dentro de sí a Lución, el muy desleal traidor. Gérard miró hacia donde estaba la doncella y la vio de rodillas, rezando por él, y luego recordó el beso que le había dado al momento de despedirlo. Esto le dio nuevas fuerzas y vigor; se acercó muy vivamente a su enorme enemigo, espada en mano, y le dio al pagano un golpe tan grande sobre el yelmo que lo hizo caer del caballo a tierra, bastante aturdido. Cuando Gérard lo vio caer, saltó de su destrero, espada en mano, se acercó a Lución. Este, cuando vio que Gérard rápidamente había bajado de su caballo, se levantó y retomó su coraje, combatiendo ambos muy ferozmente. Por otra parte, el caballo de Gérard corrió hacia el de Lución y los dos caballos se combatieron con patas y dientes con tal fiereza que el caballo de Gérard estranguló al de Lución. Los sarracenos, incluyendo al Rey Morgant, decían que esto era un mal signo para Lución, quien quedó muy apenado en su corazón cuando vio muerto a su caballo. Varias veces maldijo a Mahoma y Gérard se puso a gritarle: "¡Oh, muy malvado bandido, rendíos!. Seréis colgado cuando todavía es de día para que todos os vean". "Malvado bandido", le respondió Lución, "habéis mentido. Jamás comeré ni beberé nada hasta que con mis dos manos os haya matado". Entonces Gérard levantó la espada y le dio a Lución un tajo tan grande que si no hubiera estado protegido por el escudo lo habría despedazado. No obstante, el tajo descendió sobre el brazo con tal fuerza que su roja sangre regó la tierra. Lución, habiendo sentido el golpe, tuvo gran temor y se dijo a sí mismo que si no se vengaba no era digno de llevar espada. Se acercó a Gérard y le dio un golpe tan grande en la mitad del escudo que lo destrozó. Entonces Gérard, que su escudo le había sido entregado por la bella Nathalie y que sobre él estaba pintado el rostro de una doncella a fin de que él se acordara siempre de ella, lleno de ira, deseando vengarse del desleal traidor, alzó la espada con la intención de herir a Lución en la cabeza; pero éste levantó el escudo y detuvo el golpe. Sin embargo, Gérard era muy sutil en el arte de la guerra y se dio cuanta de que debajo de su escudo Lución estaba al descubierto. Hizo girar la espada y le asestó a Lución un golpe sobre el muslo tan maravilloso que le cortó la pierna y Lución cayó a tierra dando un gran grito. Gérard le dijo: "¡Anda, insolente, desleal! Si tú me has prestado, yo te he devuelto". Cuando Lución se vio por tierra con la pierna cortada, dijo en alta voz: "¡Ah Mahoma, a quien bien le debería molestar el que debido a un cristiano me encuentre en este estado!". Después miró muy ferozmente a Gérard y le arrojó la espada que aún tenía en la mano tratando de atravesarlo; pero Gérard fue rápido y esquivó el golpe. Le dijo: "¡Oh, muy malvado sarraceno!. Ha llegado la hora en que miserablemente deberá terminar tus días". "¡Oh, muy desleal cristiano!", le dijo Lución, "yo no te respeto absolutamente porque si te pudiera tener en mis manos te sería imposible escaparte sin ser muerto o mutilado". "¡Cállate!", le dijo Gérard. "Todavía me siento sano y feliz mientras que a ti te veo yacer por tierra con gran deseo de vivir. Por eso te aconsejo que, para prolongar tú vida, vayas a reconocer ante el Rey Morgant la traición que has hecho y que culpablemente y sin ninguna causa has atribuido a su hermana. Anda a reconocer tu culpa y él tendrá piedad de ti". Entonces Lución le dijo que lo que decía era la verdad y que lo estaba aconsejando bien y lealmente, porque estaba arrepentido del mal que había hecho. "Y por eso", le dijo, "te

ruego que te acerques y me ayudes a levantarme, permitiéndome apoyarme en ti hasta llegar ante el Rey para reconocer mi pecado. Te entregaré mi espada en tu calidad de vencedor". "¡Oh, muy desleal traidor!", le dijo Gérard, "ni de ti ni de tus mentiras me quiero fiar". Cuando Lución vio que de ninguna manera lo podría engañar, le dijo: "¡Por Mahoma!. Si te pudiera tener en mis manos, jamás verías el nuevo bello día". Entonces Gérard, quien ya se impacientaba por librarse del pagano, se acercó a él y le dio un golpe sobre el hombro tan fuerte que tanto la espada como el brazo cayeron por tierra. Lución sintió una angustia tal que pegó un grito tan fuerte que era maravilloso oírlo. Sus parientes, que lo oyeron, quedaron muy apenados y tristes. Unos a otros se decían que debían tener gran dolor al corazón de ver que Lución, su pariente, debía morir tan miserablemente en manos de un cristiano: "Jamás tendremos nuevamente honor en nuestra vida. Entremos más bien al campo y matemos al cristiano". Fueron a armarse lo más secretamente que pudieron, mientras que Gérard, que no se preocupaba de ellos, se acercó a Lución y le dio un tajo con la espada tan grande que le cortó la oreja y también la mejilla de tal manera que se le veían los dientes de la boca. Lución, que sintió mucho dolor, le gritó a Gérard que le concediera el perdón y le dijo que se rendía ante él y le prometía que reconocería su traición delante del Rey y de todos sus barones, traición que había hecho en agravio del Rey Morgant por el gran odio que había nacido en él contra Nathalie, la hermana del Rey. Es en este momento que los parientes y amigos de Lucion entraron en el campo donde se encontraban los campeones. Pero el Rey Morgant que los vio, les dijo en alta voz que si había entre ellos un hombre tan audaz, por grande e importante que fuese, que intentara aproximarse al cristiano y hacerle algún daño, inmediatamente lo haría colgar. Los paganos, que mucho temían a Morgant, se mostraron muy sumisos cuando lo oyeron hablar y se echaron atrás. Entonces Morgant descendió del estrado en el que se encontraba y vino al campo para oír hablar a Lución. Cuando este vio venir al Rey, con voz alta y clara le dijo: "Sire, sabed que nadie sino yo ha hecho la traición. Lo que he hecho se debe a que vuestra hermana me golpeó porque yo la quería besar. Por eso he querido encontrar la forma de destruirla y la he acusado sin razón. Yo mismo fui quien puso el veneno para poder después acusar a vuestra hermana". Cuando el Rey lo escuchó, se maravilló mucho y le dijo en voz alta y clara: "Lución, la razón y el derecho quieren que por todas tus maldades seas jalado y colgado". Entonces fue cogido y amarrado a la cola de un caballo y jalado hasta que los pedazos de piel y de carne quedaron sobre el piso, mientras Lución maldecía y despreciaba a Mahoma que daba horror oírlo. Después, delante de todos los que ahí estaban, fue colgado y estrangulado en la horca.

Una vez hecho justicia, el Rey Morgant llamó a Gérard y le dijo: "Cristiano, sabed que si no hubiera sido porque me habéis hecho un daño tan grande como haber matado a mi padre, te hubiera dejado ir sano y libre a tu país. Pero, por el placer, amor, honor y servicio que tú le has dado a mi hermana, te mantendré en mis prisiones hasta que yo quiera. Tendrás tanto como pidas de beber y de comer". La bella Nathalie, que estaba presente, agradeció al Rey, su hermano, y le dijo que cuidadosamente guardaría al cristiano y que ella misma tendría las llaves a fin de que sin su permiso no pudiera irse. Morgant le respondió que estaba contento de ello.

Entonces se separaron y Gérard fue desarmado y enviado nuevamente a la horrible prisión donde a menudo realizaba sus lastimeras plegarias a Nuestro Señor rogándole que tuviera piedad de él. Después dijo: "¡Ah, Jean, mi muy querido hermano! De mí no

tenéis noticia alguna y yo tampoco tengo ninguna de vos. Dios os dé la gracia de que podáis regresar a salvo a nuestro buen país de Hainaut y podéis consolar a nuestra buena dama y madre, la que moriría de pena y cólera si supiera que nos han separado a uno del otro. Para mí sería motivo de gran alegría si al menos supiese cómo estáis y en qué prisión os guardan. Dios por su gracia quiera salvaros. En cuanto a mí, estoy seguro de que no moriré en prisión; porque el Rey Morgant me ha prometido y jurado que no hará daño a mi cuerpo. Por otra parte, sé muy bien que soy amado por su hermana, de la que sin embargo no me fío mucho; porque se dice comúnmente que las mujeres son demasiado mudables y que fiarse mucho de ellas es una gran locura. Podría venir un sarraceno apuesto y con gracia que, mediante regalos a las damas y doncellas que rodean a Nathalie, las convenza para que diariamente le hablen en favor del nuevo galán; y Nathalie podría dejarme caer en el olvido y volver su amor hacia ese nuevo enamorado. Porque se dice comúnmente que a las mujeres siempre las nuevas cosas les son agradables y que sus amores son mudables".

Así como lo oís, se hablaba Gérard a sí mismo en la prisión donde se encontraba sólo. Después se decía que se estaba comportando de manera infeliz e incorrecta porque tres días antes, si lo hubiera querido, se hubiera podido escapar. "Pero cuando pienso en el placer y en el amor que esta joven me ha dado y en la forma como me ha salvado la vida, ciertamente por nada del mundo me alejaría de aquí sin su permiso. Si ella ha sido buena conmigo, yo he sido cortés con ella". Así hablaba Gérard. Cuando llegó la noche, el Rey Morgant envió a buscar a su hermana y le dijo: "Hermana mía, tengo gran felicidad y alegría en el corazón por el hecho de que Lución haya muerto, porque debido a sus maldades estuvisteis en vía de perecer. Y por ese motivo he querido respetar la vida del Cristiano que os ha demostrado tanta bondad; pero estoy bien contento de que lo tengáis en prisión y lo vigiléis bien". Ella le contestó que así lo haría. La doncella se despidió del Rey Morgant, su hermano, y se fue a su habitación a esperar la hora en que podía ir a visitar a Gérard en su calabozo sin ser vista. Y como tuvo que esperar mucho, más de lo que estaba acostumbrada, Gérard que no la veía venir se sintió muy confundido, porque la hora en que normalmente ella se presentaba había pasado. Por este motivo, se puso muy triste y pensativo. "¡Ah, Dios!", decía Gérard, "es claro que esta noche he cenado mal. Parece que Nathalie me ha olvidado porque ha visto que conmigo no tiene nada que hacer y ya no se acuerda del gran peligro en que la colocó la acusación de Lución y del cual yo la he liberado". Así como lo oís, Gérard se quejaba a sí mismo en la prisión. Precisamente en el instante en que pensaba todo esto, la bella Nathalie llegó al portón del calabozo y lo abrió. Entonces Gérard se acercó a ella, la abrazó y la besó. Después ella lo tomó por la mano y lo llevó a su habitación donde pasaron toda la noche en medio de gran alegría y consuelo. De muchas cosas, hablaron juntos. Después, poco antes de que llegara el día, ella lo devolvió a su prisión.

De esta manera como oís, Gérard estuvo prisionero durante un año. Unos ratos era consolado y alegrado; en otros ratos era colocado en prisión, extrañaba a su país, a su padre, a su madre, a su hermano Jean por quien a menudo rogaba a Nuestro Señor que quisiera ayudarlo y confortarlo. Es así como Gérard pasaba su vida de prisionero en el castillo de Ragusa. Del cual por el momento dejaremos de hablar hasta una próxima vez y por ahora les contaré sobre Gillion, su padre.

Capítulo XLV A

De cómo Hertán combatió al Rey Haldin y lo desbarató y de la gran batalla que hubo delante de Babilonia donde Gillion desbarató a los sarracenos

Ya antes habéis oído contar cómo Gillion de Trazegnies fue hecho prisionero en Babilonia, donde debido a sus múltiples y grandes proezas fue puesto en libertad por intermedio de la bella Graciana y después cómo fue prisionera en Trípoli de Barbaria en la prisión del Rey Fabur y cómo Hertán lo hizo salir de este peligro y lo trajo de vuelta a Babilonia donde fue recibido con gran alegría por el Sultán y por su hija, la que lo amaba muy caramente. Cuando llegó donde el Sultán, éste lo tomó por la mano y le dijo: "Gillion, para celebrar vuestro regreso os regalo un castillo que está en las afueras de esta ciudad, aproximadamente a dos leguas. Ahí podréis habitar vos y Hertán, lo más a gusto que queráis. Es uno de los lugares más deleitables que puedan existir para pasear". Gillion agradeció al Sultán por el gran regalo que le había hecho. Después de que hubieron permanecido ocho días en el palacio, él y Hertán se fueron hacia su castillo donde a menudo iba y venía la bella Graciana para verlos y visitarlos. Tanto fue y vino la doncella que despertó envidias, ya que éstas jamás abandonan totalmente los corazones de los príncipes, haciendo de ellos su morada, como lo podréis oír.
Había en la Corte del Sultán un Rey sarraceno que concibió tal emoción y tal odio en contra de Gillion que noche y día no hacía sino pensar y agudizar su mente para encontrar la manera como podría hacerle daño.

Sucedió que una vez Haldin vio ir y volver a Graciana del castillo de Gillion, lo que lo puso muy contento porque le pareció que por este medio tendría causa para proporcionarle una dificultad; y ciertamente así lo hubiera hecho si Dios por su gracia no pone remedio. Pero se dice comúnmente que aquél a quien Dios quiere ayudar, nadie le puede hacer daño. Este Rey sarraceno del cual les hablo era muy poderoso y fuerte físicamente, duro y valiente con las armas. Como tenía gran pena y envidia de ver que Gillion siendo cristiano era tratado por encima de los demás sarracenos por el Sultán, se acercó un día al Sultán que estaba solo, apoyado en las ventanas de su palacio; y le dijo: "Sire, yo soy vuestro servidor, que os debo fe y homenaje y lealtad y que estoy obligado a deciros la verdad, particularmente en materias que tocan a vuestro honor. Por nada os ocultaría algo a este respecto. Por eso es que os hago saber que vuestra hija Graciana está tan enamorada de Gillion, el cristiano, que son pocos los días en que no vaya y venga del castillo que vos le habéis donado. Vos sabéis que es cristiano y que es persona muy inteligente, por lo que podría atraer a vuestra hija a creer en su ley; lo que sería el mayor infortunio que pudiera suceder. Por esto, Sire, sed advertido a fin de que no suceda tal infortunio. Sire, lo que os he dicho es la pura verdad".

Cuando el Sultán hubo escuchado al sarraceno, no supo qué pensar. Reunió a su Consejo y les dijo: "Señores, os he reunido para recibir consejo de vosotros acerca de lo que el Rey Haldin me informe, que me ha producido gran disgusto. Vosotros sabéis todos que durante mucho tiempo he tenido a Gillion como prisionero, quien en mis grandes necesidades y problemas me ha servido muy lealmente. Por eso lo he tratado de manera diferente cuando regresó de la prisión del Rey Fabur. Le di un castillo para él y para Hertán, su compañero. Pero resulta que el Rey Haldin me ha contado que Graciana,

mi hija, va y viene a menudo al castillo para ver a Gillion. Si es así, Gillion obra mal en relación a mí. Es por eso que os pido a todos vosotros consejo para saber qué debo hacer. Mucho me disgusta que las cosas hayan sucedido de este modo". Entonces el Rey Haldin se puso de pie y le dijo al Sultán delante de todos que lo que había dicho era la verdad y que noche y día Gillion disfrutaba de la bella Graciana. "Todo lo que os he dicho puedo probarlo arriesgando mi cuerpo en combate frente a quien quiera sostener lo contrario". Y entonces los barones y consejeros del Sultán se miraron unos a los otros, maravillándose de las cosas que Haldin decía de la hija del Sultán; simplemente no supieron qué opinar, salvo sugerir que se enviara a buscar a la bella Graciana.

Graciana vino al palacio y se colocó frente al Sultán, su padre, a quien saludó muy humildemente. Pero el Sultán ni siquiera se dignó mirarla y no le dijo palabra alguna, pasando un buen rato antes de que él le hablase; de lo cual la doncella estaba muy maravillada y no sabía qué pensar. Cuando el Sultán vio que nadie de los que estaban ahí se atrevía a hablar, muy ferozmente le dijo a su hija que el Rey Haldin la había acusado ante a él en presencia de sus barones. "Porque nos ha dicho que vos os habéis entregado totalmente a Gillion, el cristiano, para que éste haga su placer con vos; y por ese motivo, os conviene responder sobre este hecho". Entonces la doncella Graciana, muy sabiamente y en alta voz, le dijo: "Sire, a pesar de la cantidad de días que aún me queda por vivir, no os mentiría ni en una sola palabra aún cuando ello me costara la vida. Sabed, Sire, que muy a menudo he ido y venido a ver a Gillion, el cristiano, pero, por la fe que tengo en Mahoma, en quien creo, nunca Gillion me ha requerido para nada deshonroso ni que pudiera daros vergüenza; y ha actuado como si fuera mi propio hermano, si tuviera uno". "Dama", le dijo Haldin, "ofrezco probar lo contrario de lo que decís en combate frente a un sarraceno que sea creyente en la ley de Mahoma. Pero no me enfrentéis a Gillion, que es cristiano, y con quien nada quiero saber". Cuando Graciana escuchó que Haldin rechazaba combatir contra Gillion, se acordó de Hertán. Y mientras hablaban en esta forma ante el Sultán, entraron de pronto Gillion y Hertán, quienes se asombraron mucho de la gran asamblea que tenía lugar. Se acercaron lo más que pudieron al Sultán. La doncella, que vio a Gillion que había llegado, se puso muy contenta y le dijo: "Gillion, ved aquí al Rey Haldin que dice y quiere mantener que yo voy y vengo a menudo a vuestro castillo y que de mí y de mi cuerpo vos hacéis vuestra voluntad cuantas veces os provoca. Y dice además que lo que ha sostenido está dispuesto a mantenerlo y probarlo en combate contra un campeón, con tal de que éste no sea cristiano sino sarraceno". "Dama", le dijo Gillion, "no conozco persa ni sarraceno alguno, por muy grande y fiero que sea, contra quien no combatiría para guardar vuestro derecho y vuestro cuerpo de todo deshonor. La verdad es que hace veinte años que soy prisionero del Sultán, vuestro padre; mucho bien me habéis hecho y grandes honores durante este tiempo, de los cuales tengo un grato recuerdo. Pero nunca he tocado vuestro cuerpo ni os he requerido de ningún acto deshonroso, habiéndoos tratado con el mismo respeto que a la madre que me dio a luz. Y por este motivo estoy listo para combatir ante el Sultán contra Haldin si éste es tan valiente como para mantener la desleal mentira que ha inventado sobre vos". "Gillion", le dijo Haldin, "de vos no quiero saber nada. Nada me haría combatir contra vos porque sois creyente en la ley de Jesucristo y no os corresponde intervenir en este asunto. Pero no rehusaría el combate por nada del mundo contra un sarraceno creyente en la ley de Mahoma".

Entonces Hertán, que había oído al Rey Haldin excusarse de combatir contra Gillion, atravesó la rueda de gente, pasó adelante y se acercó al Sultán. Cuando estuvo ahí, comenzó a hablar en voz tan alta para que todos los que estaban en la sala lo pudieron oír claramente decir al Sultán: "Sire, por lo que he podido escuchar, el Rey Haldin ha acusado sin razón alguna a Graciana, vuestra hija, que está aquí presente y ha puesto

sobre ella cargos basados en hechos que jamás en su vida pensó en cometer. Pero por la ley y fe que tengo de Mahoma y por el amor de Graciana, me presentaré en el campo a combatir al Rey Haldin, a quien le haré conocer por la punta de mi espada que ha obrado mal y que lo que ha dicho es una mentira inventada, porque Gillion jamás en su vida la ha requerido para ningún acto deshonroso". El Sultán, al escuchar que Hertán estaba dispuesto a emprender batalla contra Haldin por el amor de su hija Graciana, tuvo mucho gusto; se volvió hacia el Rey Haldin y le dijo: "¿Habéis oído? Mi hija ha encontrado un campeón para combatiros". Haldin le contestó muy altaneramente que no se preocupaba por Hertán, como por ningún otro. Tenía mucha confianza en su fuerza y creía que nadie le podía hacer daño, porque en su tiempo había participado en cuatro campos de batalla. Era grande y fuerte y todos lo temían. Pero a Hertán no le preocupaba mucho debido a la gran confianza que tenía en Dios y en el hecho de defender una causa justa. Porque sabía con certeza que Gillion jamás debía tocado a la doncella para deshonrarla ni la había requerido de cosa alguna que un hermano no pudiera requerir a su hermana. Entonces el Sultán quiso tener garante de ambos lados. Gillion se ofreció como garante por Hertán y el Rey Haldín fue garantizado por sus amigos, conviniéndose en que el combate se realizaría el día siguiente.

La bella Graciana fue cogida y llevada a su habitación, donde por orden del Sultán fue guardada muy cuidadosamente. Gillion llevó a Hertán a su castillo donde durante toda la noche lo aconsejó e indoctrinó en la ley de Jesucristo, explicándole muy bellos puntos de su fe que Hertán con todo gusto escuchaba y retenía de tal manera que todo su corazón y su pensamiento se pusieron a creer y a amar a Jesucristo. Así pasaron la noche hasta que llegó el día siguiente en que Gillion armó a Hertán con todas las armas, como corresponde a un caballero. Después le entregó una bolsita en la que había dentro muy preciosas reliquias del cuerpo del señor San Benito. Hertán la tomó y la besó; Gillion se la puso al cinto, diciéndole: "Mi muy querido amigo, sabed que mientras la llevéis con vos no podrán mataros, siempre que tengáis confianza en Dios". "Sire", le dijo Hertán, "pongo mi corazón y mi cuerpo bajo la santa custodia de Dios". Entonces montaron en los destreros y fueron al campo donde habían sido levantadas dos nobles tiendas de campaña, una para el Rey Haldin y la otra para Hertán.

Capítulo XLV B

De cómo Hertán combatió al Rey Haldin y lo desbarató y de la gran batalla que hubo delante de Babilonia donde Gillion desbarató a los sarracenos (continuación)

Cuando los dos combatientes llegaron al campo, cada uno descendió delante de su tienda y entró en ella. Ahí descansó un rato Hertán; por su parte, el Rey Haldin se hacía armar. Cuando Haldin estuvo listo, los que estaban alrededor de él le dijeron que creían que Hertán era un loco e irresponsable, por el hecho de haberse atrevido a enfrentarlo; y que más le hubiera valido en los días de su vida haber quedado como guardián de las prisiones del Sultán que haber tomado el estado de caballero y tener que combatir contra el Rey Haldin. Así como oís hablaban de Hertán, pero lo que sucedía es que la mayor parte de ellos estaban despechados por el amor de la bella Graciana. Cuando Haldin estuvo armado a su gusto, le fue traído su destrero todo cubierto y adornado con un rico manto de oro. Montó sobre el caballo y se acercó al campo, muy noblemente acompañado por sus amigos. Ya una vez dentro del campo, los que lo acompañaban se retiraron. Gillion, viendo que el sarraceno ya había llegado, hizo montar a Hertán sobre el destrero y le dijo que pusiera toda su confianza y su fe en Jesucristo. "Sire", le dijo Hertán, "con la ayuda de la gracia de Dios en quien creo firmemente, no tengo la menor duda de que al sarraceno le voy a dar el mayor susto que ha tenido en su vida". Una vez que Hertán estuvo montado sobre el destrero, Gillion le entregó la lanza y salió del campo.

El Sultán y sus barones estaban sobre el estado para ver la batalla de los dos campeones. Del otro lado del campo fue traída su hija Graciana, ante quien se levantó un pequeño altar sobre el que estaba la imagen de Mahoma sentado. La doncella se puso de rodillas y comenzó a rezar en alta voz para que todos la oyeran. "¡Ah, Mahoma, mi Dios!. Te ruego que me quieras ayudar y socorrer por tú gracia a fin de hacer prevalecer el derecho que creo tener. Si verdaderamente he sido acusada de mala fe y sin razón y a pesar de ello se encontrara lo contrario, te ruego que no se postergue mi castigo y que sea inmediatamente quemada". Después dijo en voz baja, de manera que nadie podía oírla: "¡Oh, mi verdadero Dios Jesucristo!. Te suplico humildemente que me quieras socorrer porque en verdad que ningún día de mi vida Gillion me ha tocado en ninguna manera ni lo hará nunca si no es que por el derecho que concede la ley del matrimonio. Es bien cierto que lo amo. Pero nunca tuvo ningún mal pensamiento hacia mí ni yo tampoco hacia él. Sire, si verdaderamente os sirvo -y os serviré todo el tiempo de mi vida- os suplico que queráis socorrer y ayudar a Hertán, mi campeón". Así oraba Graciana, como lo habéis oído.
Los campeones se miraban muy altaneramente uno a otro. Al ver que los dos campeones estaban listos para entrar en combate, el Sultán hizo tocar la trompeta, lo que significaba que cada uno debía cumplir con su deber. Entonces los dos bajaron sus lanzas y picaron espuelas a sus destreros. Se golpearon sobre los escudos con tal fiereza que la lanza de Hertán se rompió en pedazos. Pero la de Hardin, que era muy gruesa y rígida, no se rompió en absoluto. Con ella le dio tal golpe a Hertán en su escudo que, piernas arriba, lo echó por tierra. Y entonces, cuando Haldin vio a Hertán caído de su destrero, tiró su lanza y echó mano a la espada, a fin de matar a Hertán. Pero la gran vergüenza que éste había pasado de verse así abatido por Hardin, le dio coraje y valor; y, viendo la lanza del sarraceno tirada por tierra, la levantó y vino al encuentro de Haldin, dirigiendo la lanza contra el destrero que éste montaba. La lanza atravesó el cuerpo del destrero, que cayó muerto a tierra. Pero esto fue muy desventajoso para Haldin, porque una de sus piernas quedó debajo del destrero muerto. Hertán, viendo al sarraceno en esta situación, corrió rápidamente hacia él, levantó la espada y golpeó con ella a Hardin sobre el hombro, dándole un tajo tan maravilloso que hizo volar por el campo el brazo con que éste sostenía la espada; de lo cual los parientes y amigos de Haldin tuvieron gran pena y Gillion gran alegría. La bella Graciana estuvo también muy

contenta, ya que la cosa le tocaba a ella más que a ninguna otra persona. Cuando Haldin se encontró así que estaba perdido , tuvo gran miedo. Lo mejor que atinó a hacer fue salir de debajo del caballo muerto. Pero Hertán se cuidó de no darle espacio para levantarse, porque golpeó al sarraceno por el cuello de tal manera que le cortó los lazos del yelmo y lo hirió bien y profundamente, al punto que la sangre le brotaba con gran fuerza. Cuando Haldin se vio en tal peligro, cogió un cuchillo que llevaba colgando a su costado y lo arrojó sobre Hertán para tratar de herirlo; pero falló, porque Hertán se echó atrás al ver llegar el cuchillo. Hertán inmediatamente se volvió contra él y dio al sarraceno un golpe tan grande sobre el yelmo que hizo saltar una de sus piezas y se vio a Haldin con la cabeza descubierta. Entonces Haldin, como hombre desesperado, dijo a Hertán; "¡Oh, malvado bandido!. Hasta ahora en mi vida nunca había encontrado un sarraceno que frente a mí se hubiera mantenido vivo mucho tiempo; salvo tú, en cuyas manos me corresponde morir". Entonces Hertán, con la espada en la mano, hizo el además de golpear al sarraceno en la cabeza. Cuando Hertán vio venir el golpe levantó el escudo a contramano para cubrirse; pero Hertán advirtió que por abajo estaba totalmente descubierto y descendió su espada para tratar de golpearlo. Pero el sarraceno era muy hábil e inmediatamente bajo su escudo. Entonces Hertán, que era muy ágil, viendo que la cabeza del sarraceno estaba descubierta, levantó la espada a contramano y le dio al sarraceno un tajo feroz en el cuello que le cortó la cabeza con yelmo y todo, a la altura de los hombros, cayendo el cuerpo de un lado y la cabeza del otro.

Hertán miró al Sultán y le preguntó si había cumplido con su deber. "Sí", le dijo el Sultán, "es suficiente". Ordenó que trajeran a su hija Graciana y le dijo: "Hija mía, quiero y ordeno que en adelante concedáis a Gillion y a Hertán todos los placeres y cortesías que con honor podáis otorgarles. Porque así debéis hacerlo y me place que lo hagáis". "Sire", le dijo la doncella, "vuestra voluntad es una orden para mí y haré lo que vos me decís". La doncella fue inmediatamente a abrazar a Hertán, y lo mismo hizo con Gillion. El cuerpo del Rey Haldin fue llevado a la horca, donde fue colgado por los hombros. Así como lo habéis oído, el Rey Haldin pagó su traición.

Gillion y Hertán se despidieron del Sultán y de Graciana y fueron a su castillo donde se desarmaron y se pusieron cómodos. Graciana se quedó con el Sultán, su padre, donde la fiesta fue grande y magnífica.

Este Rey Haldin del que hemos hablado, era hombre de gran linaje. Uno de sus parientes próximos era el Rey Yvorin de Monbrant que había sido coronado recientemente porque su padre había muerto delante de Babilonia de manos de Gillion; por lo que todos los parientes y amigos del Rey Haldin le habían tomado gran odio a Gillion. El Rey de Monbrant, habiéndose enterado de la noticia de que su primo el Rey Haldin había sido muerto, estuvo más que molesto. Juró por su Dios Mahoma que jamás se detendría hasta que lograra levantar tiendas de campaña y pabellones delante de Babilonia. Después hizo escribir comunicaciones y cartas que envió por su país y a sus amigos y aliados, solicitándoles que un día determinado estuvieran presentes en su ciudad de Monbrant. Una vez que las cartas fueron recibidas, cada uno de los convocados se alistó y concurrió el día y en el lugar en que habían sido ordenados. Las naves y las galeras fueron preparadas inmediatamente. Subieron en ellas las que estaban provistas de toda clase de víveres y de todo lo que se podía necesitar. El Rey de Monbrant subió en una de sus naves, acompañado por cien mil hombres. Se levaron las anclas y desplegaron las velas a las que el viento hinchó con tal fuerza que en poco

tiempo se alejaron de las tierras y de las costas de Barbaria. Pronto llegaron a viento y a vela a Damiette y penetraron en el río del Nilo. Una vez llegados a una legua de Babilonia, descendieron de sus naves e hicieron descargar sus armas y destreros, sus tiendas y pabellones. Ya todos en tierra, se extendieron por el país quemando y destruyendo ciudades y pueblos, matando mujeres y niños, hasta que la noticia llegó a Babilonia donde el Sultán estaba enfermo en cama. Enterado de la noticia, quedó muy apenado y muy irritado y también muy confundido por esta nueva guerra. Mandó llamar a un Consejo y les solicitó que en esta guerra se encargara la conducción de los ejércitos a Gillion; en lo cual todos estuvieron de acuerdo. Y, con el consentimiento del Sultán y de sus barones, con el objeto de que Gillion permaneciera siempre con ellos sin partir jamás, acordaron entregarle como mujer y esposa a la bella Graciana. Y por ello inmediatamente y sin mediar plazo alguno mandaron buscar a Gillion y a Hertán y a la bella Graciana.

Cuando todos hubieron llegado, el Sultán llamó a Gillion y le dijo: "Gillion, me habéis servido muy lealmente. Y como ningún servicio debe quedar sin recompensa, os doy a mi hija Graciana en matrimonio, a quien quiero que ahora mismo toméis como esposa. De esta forma, después de mi muerte, tendréis todas mis tierras y señoríos siempre que llevéis a mi gente bajo vuestra conducción y protección al encuentro de un Rey pagano que acaba de entrar en mis tierras". Cuando Gillion escuchó al Sultán, se puso a pensar durante un buen rato, recordando a su país a Hainaut y a su noble esposa, la cual creía muerta y por quien se puso a suspirar muy fuertemente. Después retomó su valor y se dijo que posiblemente nunca regresaría al país de Hainaut. "Mi alma puede salvarse también matando a sarracenos aquí, igual que lo haría en mi país rogando a Dios en un monasterio o capilla". Entonces respondió al Sultán: "Sire, deberíaseme tener por infeliz y malcriado si rehusara el honor que me queréis hacer. No es posible hacerme un honor mayor que darme a vuestra hija por mujer, a quien retengo agradeciéndoos muy humildemente, siempre que jamás me pidáis que renuncie a mi ley; a la cual, si puedo, haré convertir a Graciana, pero siempre que sea por su voluntad". El Sultán, creyendo que jamás su hija renunciaría a la ley de Mahoma, se la otorgó. Entonces Graciana fue traída delante de su padre, la cual ya había sido advertida de la razón por la que se enviaba a buscarla. Se presentó muy ricamente vestida y adornada y muy bien acompañada por caballeros, damas y doncellas. Al verla entrar en la sala parecía algo maravilloso , porque era tan bella a la vista que su belleza iluminaba toda la sala. Todos se decían unos a otros que jamás la habían visto tan bella. Por su parte, Gillion estaba delante del Sultán y miraba venir a aquella a quien tanto había deseado. Podéis creer ciertamente que ambos tenía gran alegría y júbilo. Ahí estaba ya el sacerdote que los casó según la ley de Mahoma.

Ese día, Gillion fue muy observado por los paganos y los sarracenos, debido a su tamaño y fuerza. Estaba tan bien formado que ni Dios ni la naturaleza habían olvidado nada al hacerlo; tenía cuarenta años de edad y nada más. En toda la tierra de paganos por grande que era, no era posible encontrar a un hombre más apuesto. Los sarracenos se decían entre sí que era una pena que no creyera en la ley de Mahoma y que por su prestancia parecía ser un rey . Algunos decían que Graciana era muy inteligente y que gracias a su ingenio lo atraería a creer en la ley de Mahoma.

Una vez casados, se tendieron las mesas en el palacio y la colocación del agua fue anunciado con toques de corno . Se sentaron a la mesa. De los platos y entremeses que fueron servidos, no quiero haceros una larga historia. Un gran número de juglares tocaron diversos instrumentos delante de la recién casada. Luego, después de haber

comido, bailaron y se entretuvieron según su ley y costumbre. Mas tarde, terminada la cena, Gillion y Hertán llevaron a Graciana a su castillo, siendo acompañados por altos personajes hasta llegar a la puerta. Luego todos se despidieron y regresaron a la ciudad, que estaba muy cerca.

Cuando llegó la noche y vino la hora de acostarse, Gillion hizo venir a la recién casada a su habitación, sin permitir que entrara en ella ni hombre ni mujer, salvo Hertán. Una vez que estuvieron los tres en la habitación, Gillion se acercó a su mujer y le dijo que jamás se acostaría con ella hasta que hubiera desposado mediante anillo ante la ley de Jesucristo. Después Gillion tomó una palangana llena de agua que Hertán había traído. Cogió el anillo y lo colocó en su dedo de su mujer, haciendo la señal de la cruz y diciendo las palabras correspondientes. Después hizo desvestir a Graciana hasta que quedara simplemente en camisa. Entonces tomó la palangana y, diciéndole santas palabras y muy bellas y devotas oraciones, le derramó agua sobre la cabeza de tal manera que todo su cuerpo quedó mojado. Entonces Hertán, muy contento y feliz de haber visto las costumbres de los cristianos, salió de la habitación y los dejó a los dos solos.
De lo que sucedió además esa noche, puede decirse que supieron aprovecharla bien. Después, cuando llegó la mañana y apareció claro el día, Gillion se vistió y calzó y se despidió de su mujer. Hertán y él dejaron su castillo y llegaron donde el Sultán quien les había preparado una gran fiesta. La bella Graciana fue llevada al palacio, rodeada por cuatro emires. Si la fiesta del día anterior había sido grande y fastuosa, ese día la hicieron aún más solemne. En medio de la fiesta y de la alegría, llegaron corriendo unos sarracenos donde el Sultán y le dijeron que el Rey de Monbrant había llegado cerca de la ciudad donde sostenía escaramuzas frente a los babilonios y que algunos de sus soldados se habían introducido incluso dentro de los muros causando entre los babilonios grandes pérdidas y daños. Cuando el Sultán escuchó que sus enemigos se habían aproximado a la ciudad, llamó a Gillion y, delante de todos sus barones, le encargó la conducción de sus ejércitos y la dirección de todo su Imperio y de todos los hechos de guerra. El Sultán le dijo que incluso quería que la batalla llevara todas las armas y demás atuendos e insignias que él mismo llevaba, como si estuviera él en persona y que debían honrarlo, reverenciarlo y servirlo como si fuera él mismo que era el señor de ellos. Entonces los sarracenos a una sola voz, respondieron que harían lo que se les ordenaba. Gillion muy humildemente agradeció al Sultán. Después hizo pregonar a toque de trompeta por toda la ciudad que todos debían correr a armarse y montar sobre sus destreros. Entonces todos se armaron lo mejor que pudieron y montaron en sus caballos, con las lanzas en la mano, y se reunieron en la plaza delante del palacio, donde Gillion los esperaba. Trajeron a Gillion su destrero adornado y cubierto con las ricas armas del Sultán, de lo cual los sarracenos no podían estar más contentos. Una vez montado en su destrero, llamó a Hertán y le encomendó llevar el estandarte; el cual lo aceptó con gusto, muy contento de ver que Gillion ejercía tan gran autoridad. Salieron a los campos creyendo que encontrarían inmediatamente a los sarracenos de Monbrant; pero estos ya se habían retirado a media legua de la ciudad. Gillion ordenó sus batallones y avanzó muy despacio hacia sus enemigos. Poco después de haberse alejado de la ciudad, miraron a lo lejos y divisaron a sus enemigos en una gran planicie, donde ordenaban sus batallones. Un espía que había salido bien de mañana de la ciudad se acercó al Rey de Monbrant y le dijo: "Sire, sabed en verdad que inmediatamente veréis a los babilonios en los campos listos para combatiros. El valiente Gillion los conduce y guía el ejército. Su destrero está adornado y cubierto con las armas del propio Sultán. El

Sultán le ha encomendado todo lo que se relacione con la guerra y con la conducción y dirección de los babilonios". El Rey Monbrant escuchó al espía y tuvo una gran alegría en su corazón. Le dijo que se sentía él mismo muy contento y que debía alabar y agradecer a Mahoma cuando delante de él pudiera ver a aquel que había matado a su padre y de quien tomaría venganza si lo podía alcanzar. Así como oís, el Rey Monbrant conversaba; pero se dice que en la misma manera como se amenaza, en esa misma manera es como se tiene miedo.

Cuando Gillion de Trazegnies vio a sus enemigos, se paseo por todos sus batallones arengándolos para que pelearan lo mejor posible. Muy sonriente vino donde Hertán y le dijo: "Mi muy querido amigo, os ruego que queráis guardar y conducir esta enseña que lleváis de tal manera que vos y nosotros podamos tener gloria y honor". "Sire", le dijo Hertán, "si así place a Nuestro Señor, no habrá ninguna falta de mi parte". Entonces Gillion ordenó a sus batallones cabalgar contra los enemigos, los cuales los vieron venir a su encuentro. Cuando los dos ejércitos estaban a la vista, los gritos y la algarada de ambos lados se levantó tan fuerte que en toda Babilonia se los oía plenamente. Por eso, la bella Graciana se puso a rezar y pronunció muchas oraciones a Nuestro Señor, rogándole que quisiera traer de regreso sano y salvo a su marido y a su gente. Por otra parte, los sarracenos y las sarracenas que estaban en la ciudad corrieron a su templo y mezquitas para rezar a Mahoma, rogando que quisiera ayudar a su gente.
Cuando los ejércitos se hubieron acercado, comenzaron a arrojarse proyectiles y dardos; y se tiraron en tal cantidad que, debido a su gran espesor, a duras penas podía verse de un ejército al otro. Después bajaron sus lanzas y se embistieron mutuamente, cayendo muchos a tierra. Gillion atacó a un pagano de tal manera que la lanza le atravesó el cuerpo. Después comenzó a gritar "¡Babilonia!". Hertán lo seguía de muy cerca. Entonces la batalla se desarrolló en forma grande y feroz. Muchos caballos fueron tumbados por tierra, pero pudieron levantarse. El Rey de Monbrant iba, con la espada en la mano, buscando a Gillion y preguntaba por él a todo el mundo. De pronto miró a su derecha y vio a aquél que buscaba. Lo conoció inmediatamente por las armas del Sultán; pero antes de que pudiera acudir donde él, lo vio matar a uno de sus emires, lo que le dio un dolor en el corazón tan grande que poco le faltó para que se volviera loco. Tomó de la mano de uno de sus caballeros una lanza muy gruesa y fuerte y se dirigió contra Gillion, quien a su vez venía al encuentro de él. Gillion le preguntó su escudo, sobre el cual el Rey de Monbrant golpeó su lanza con tal fuerza que se rompió hasta el puño, saltando los pedazos por todas partes. Pero el escudo de Gillion no sufrió en absoluto. Gillion vio que la lanza del Rey de Monbrant había quedado rota, pero advirtió que el Rey regresaba para proseguir su ataque. Levantó la espada y le dio al Rey un golpe sobre el yelmo tan fuerte que lo hizo caer por tierra y lo hubiera matado en el sitio si no hubiera sido socorrido rápidamente por su gente. El esfuerzo por salvar al Rey de Monbrant dió lugar a una dura y gran batalla. Pero antes que pudieran haberlo hecho montar nuevamente sobre su destrero, fue tal la contienda que el campo quedó cubierto de muertos y heridos. Unos gritaban "¡Monbrant!", los otros "¡Babilonia!". Horror y espanto producía el oír a los heridos que yacían por tierra, donde terminaban sus días miserablemente entre las patas de los caballos. Era una maravilla ver las grandes proezas que ese día hizo Gillion, el señor de Trazegnies. El Rey Monbrant y los parientes del Rey Haldin tenían tanto dolo en el corazón que poco les faltaba para que de pura desesperación se mataran entre ellos; tanta pena y disgusto tenían, que casi no lo podían sobrellevar. De pronto vieron a Hertán llevando la enseña de Babilonia y varios de ellos lo reconocieron. Unos a otros se decían: "Ved ahí al que mató al Rey Haldin".

Y es así que todos juntos, como a la desesperada, corrieron hacia él y lo rodearon. Cuando Hertán se sintió rodeado, se puso a defenderse con mucha fuerza. Abandonando las riendas de su destrero, mientras que en una mano llevaba la enseña, con la otra combatía con la espada. Pero hubiera sido muerto a pesar de toda su defensa, si Gillion no lo hubiera visto y, comprendiendo que estaba en peligro, le gritó que aguantara fuerte que inmediatamente acudiría en su socorro. Entonces Gillion penetró entre los paganos gritando "¡Babilonia!". Estos cuando lo advirtieron, tuvieron gran miedo y no hubo ninguno tan valiente que no se tirara atrás. Todos huían debido a las grandes maravillas que lo veían hacer. Porque no había hombre alguna que fuera tan poderoso que no cayera por tierra. El Rey de Monbrant, viendo a su frente destrozada y corriendo hacia atrás, tuvo gran pena y gran miedo, porque vio que la fortuna le era contraria y que la mayor parte de su gente estaba muerta o herida. No había manera de que lo socorrieran ni de reunir en forma alguna a su gente, porque veía a sus reyes y emires yacer por tierra muertos. Se puso a maldecir a Mahoma y tan pronto como pudo, sin esperar a primo ni pariente alguno, huyó hacia sus naves donde entró a duras penas, debido a la gran cantidad de fugitivos que también querían entrar. Hubo un gran número de ahogados.
Gillion y Hertán, viendo que el Rey de Monbrant había huido, picaron espuelas tras él matando y abatiendo sarracenos por pilas y montones. Tras ellos venían corriendo los babilonios dando tajos con gran fuerza y abatiendo a sus enemigos al punto que daba horror ver la matanza de la gente del Rey Monbrant. Porque de cien mil hombres que eran al comienzo, no escaparon sino seiscientos y todos los demás fueron muertos o capturados. Gillion corrió detrás del Rey de Monbrant tratando de alcanzarlo. Pero el Rey estaba montado en un destrero muy rápido y había logrado salvarse porque apenas llegó a la orilla del Nilo, descendió del destrero y, abandonándolo, entró dentro de su nave. Apenas se había embarcado, llegó Gillion muy apenado de ver que el Rey se le escapaba. Cogió por las riendas al destrero abandonado y lo entregó a uno de sus escuderos para que lo llevara a Babilonia. El Rey de Monbrant, habiendo visto la gran pérdida sufrida, regresó a su país con la poca gente que le quedaba, triste y dolido, maldiciendo la hora en que había venido a atacar Babilonia y en que había conocido a Gillion de Trazegnies por quien había recibido tanto daño. Cuando Gillion de Trazegnies vio a sus enemigos en desbandada y comprobó la forma como se mataban para entrar a sus barcos, fue hacia las tiendas de campaña de sus enemigos donde encontró grandes riquezas, las que repartió íntegramente entre los que le parecía que más habían luchado; por lo que fue muy querido por los sarracenos, quienes lo consideraban como un Dios.

Después regresó a la ciudad de Babilonia donde fue recibido con gran gloria y alabanza por todo el pueblo. Llegó al palacio y se hizo quitar las armaduras del Sultán. Ahí lo recibió su mujer Graciana con gran alegría. El Sultán le tomó tanto cariño que no pasaba día sin que exigiera verlo; por lo cual Hertán estaba más feliz de lo que nunca había sido en su vida. Mucho tiempo pasaron así en paz y en amor.

De ellos dejaremos de hablar hasta que sea la hora de regresar y les contaré más bien sobre los dos hermanos, Jean que estaba prisionero en Trípoli en manos del Rey Fabur de Moriena y Gérard, su hermano, que estaba prisionero del Rey Morgant en el Castillo de Ragusa.

Capítulo XLVI A

De cómo el Rey Morgant de Esclavonia vino a sitiar al Rey Fabur de Moriena y de la batalla de los dos hermanos

Así, como habéis podido oír por lo que antecede, los dos hermanos habían sido capturados y Gérard combatió contra Lución por el amor de la doncella Nathalie. Mientras Gérard estaba prisionero, se urdió una gran guerra entre el Rey Fabur y el Rey Morgant de Esclavonia, debido a incursiones que recientemente habían hecho las gentes del Rey Morgant sobre la costa de Barbaria. Por este motivo, el Rey Morgant levantó un gran ejército y cruzó el mar para sitiar la ciudad de Trípoli, donde hizo levantar las tiendas de campaña y los estandartes. Una vez ahí, rodeó la ciudad de tal manera que nadie de los que estaba dentro podía salir.

El Rey Fabur estaba muy dolido por el hecho de haber sido sorprendido en esta forma por el Rey Morgant; y medida de que el tiempo pasaba, comenzaban a faltarle los víveres.

Varios asaltos y escaramuzas llevó a cabo el Rey Morgant, quien había jurado sobre su Dios Mahoma que no abandonaría el sitio de la ciudad hasta que la hubiera tomado y destruido. El Rey Fabur, viéndose así sitiado, hizo publicar un bando por la ciudad en el que convocaba a todos los habitantes para que se alistaran y se pusieran en pié de guerra; y les dijo a sus barones que más les valía morir por la espada defendiendo sus cuerpos y vidas que morir por hambre dentro de la ciudad. Cuando la gente de Moriena escuchó el bando del Rey Fabur, todos corrieron a armarse. Una vez listos, se reunieron en la puerta donde ya se encontraba el Rey Fabur armado y montado sobre su destrero, para salir en conjunto. Cuando vio a su gente reunida, el Rey Fabur salió de la ciudad y, ya en el campo, ordenó sus batallones. Después se puso en camino hacia las tiendas del Rey Morgant, donde encontró a sus enemigos ya armados y montados sobre los destreros. Los proyectiles y las lanzas comenzaron a venir de un lado y de otro. Entonces todos en conjunto se acometieron de tal forma que daba horror oír y ver lo que sucedía. El Rey Fabur, que era muy valiente con las armas, penetró en la batalla y persiguió a un poderoso Emir pariente del Rey Morgant, a quien le atravesó el cuerpo con la lanza, cayendo éste muerto por tierra. Después derribó a un segundo y a un tercero y a un cuarto, antes de que su lanza se rompiera. El Rey Fabur hizo grandes proezas.

Había ahí un pagano que rápidamente le vino a contar al Rey Morgant que el Rey Fabur le había producido una pérdida tan grande que jamás la podría reparar y que esta pérdida lo agobiaría por el resto de su vida si no le ponía remedio de inmediato. Entonces el Rey Morgant, habiendo oído al sarraceno, quedó muy dolido. Tanta era su ira e irritación que comenzó a transpirar y con muy mal genio cogió una gruesa lanza con la que golpeó a un moriano sobre el escudo con un golpe tan grande que derribó al

jinete y al caballo. Después penetró en la batalla, que por entonces era muy grande y feroz de ambos lados.

Mal hubiera sido para una y otra parte si la noche no hubiera llegado, obligándolos a separarse. El Rey Fabur, con poca pérdida, regresó a su ciudad y el Rey Morgant regresó a sus tiendas dolido e irritado por el gran daño que había sufrido de parte del Rey Fabur. Cuando el Rey Fabur se vio en su ciudad, agradeció a Mahoma por su buena fortuna. Pero estaba muy nervioso porque los víveres faltaban. Esa noche se fue a descansar, pero el día siguiente hizo venir a sus barones y consejeros exponiéndoles la situación y rogándoles que quisieran aconsejarlo. Entonces un caballero muy anciano se puso de pie y le dijo. "Sire, ya que pedís consejo, mi opinión os daré. Pienso que esta controversia y discrepancia que habéis vos y el Rey Morgant, podría fácilmente apaciguarse. Recordáis la gran pérdida que habéis sufrido en la guerra que tuvisteis contra el Sultán. Y por eso sería bueno que, para apagar tanta bulla, le digáis al Rey Morgant que os envíe a un campeón y que vos enviaréis al vuestro; y que en manos de ellos colocaréis vuestra querella. Si las cosas pasan de manera que el vuestro sea vencido o muerto, le ofreceréis reparar a su gusto el daño que vuestra gente les hubiera hecho. Y si las cosas pasan en forma que el campeón de ellos sea vencido, deberá regresar a su país prometiéndoos que jamás regresará a atacaros". "Amigo, le dijo el Rey, ¿Cuál es la razón o el motivo por el cual planteáis esto?. Porque nadie plantea nada sin tener algún propósito. Por consiguiente, antes que una cosa así sea llevada a cabo, es conveniente saber cuál es el propósito del que la plantea". "Sire, le dijo el morieno, ya he vivido tanto que bien debo saber que ante vos que sois mi príncipe no debo tener otro propósito si no es encontrar la salvación. Sire, es verdad que en vuestro calabozo tenéis prisionero a un cristiano que es valiente y hábil con las armas, conforme nos lo han dicho quienes lo trajeron. Si quisiera bajar al campo y combatir por vos, gran honor podría tener. En cambio, si no hacéis como os he dicho, vuestra guerra sólo os aportará gran daño y pérdida a vos y a vuestro país".

Capítulo XLVI B
De cómo el Rey Morgant de Esclavonia vino a sitiar al Rey Fabur de Moriena y de la batalla de los dos hermanos
(continuación)

Cuando el Rey Fabur escuchó al moreno, le dijo que su consejo era bueno; y fue por todos alabado. Entonces el Rey Fabur ordenó al guarda de la torre que trajera a Jean ante él. El guarda da la torre obedeció inmediatamente la orden y trajo a Jean ante el Rey Fabur. Este, tan pronto como lo vio ante él, le preguntó si sería suficientemente valiente como para combatir en un torneo contra un sarraceno. "Y si, le dijo, con vuestras armas podéis desbaratarlo, sabed que ciertamente seréis apreciado y honrado por mí y os otorgaré tantas riquezas que jamás caeréis en la pobreza". "Sire, le dijo Jean, puesto que se trata de combatir contra un sarraceno, no pido nada mejor, ya que por esto y no por otra cosa he atravesado el mar". "Cristiano, le dijo el Rey, ya que así aceptáis, por siempre seréis amado y caramente apreciado por mí". Entonces le retiraron los hierros a Jean y lo pusieron en libertad, de lo cual estaba muy contento. Después le colocaron vestidos de sarraceno.

Luego el Rey Fabur hizo escribir y sellar unas cartas donde se decía todo lo que tenía intención de hacer y las envió con un mensajero a las tiendas del Rey Morgant, quien las recibió, las leyó y vio por sí mismo su contenido; después las mostró a sus barones quienes las leyeron y vieron con todo detalle. Para contestar a estas cartas, el Rey Morgant envió al Rey Fabur a través de su mensajero una respuesta en el sentido de que, para aceptar la propuesta, quisieran entre los dos pactar una tregua de un mes, tiempo en el cual encontrarían un campeón para defender su derecho frente a aquel que quisiera ser presentado por la otra parte. Entonces el mensajero se despidió del Rey Morgant y partió, entregando su respuesta al Rey Fabur quien estuvo muy contento. La tregua fue aceptada de una lado y de otro, de manera que cada uno podía ir y venir a su gusto dentro y fuera de la ciudad, los unos con los otros.

Un esclavonio se acercó al Rey Morgant y le dijo: "Sire, si queréis aceptar mi consejo, deberíais enviar a que os traigan al cristiano que está en vuestras prisiones, que es valiente y hábil con las armas. Hacedlo armar y colocadlo en el campo frente al campeón del Rey Fabur, ya que en toda Esclavonia no encontraréis ninguna persona que se atreva a combatirlo. Y, por otra parte, si resulta muerto, no tendréis gran pérdida; porque más vale que muera ese cristiano que uno de vuestros esclavonios". El Rey Morgant respondió que su consejo era bueno y que así lo haría. Por ese motivo, hizo armar rápidamente su bergantín sobre el cual colocó alguna de su gente para que fueran a buscar a Gérard. Los que habían sido designados, subieron al bergantín y se hicieron a la mar donde tuvieron buen viento, al punto que en pocos días llegaron al puerto de Ragusa. Cuando estuvieron ahí, fueron a buscar a Nathalie y le dijeron de boca y por escrito que les entregara a Gérard para llevarlo a donde estaba el Rey Morgant, su hermano; cuando Nathalie los escuchó, sintió gran dolor y tristeza en su corazón, pero no se atrevió a mostrarlo en el rostro. Fue a sus habitaciones donde encontró a Gérard a quien le contó lo sucedido y le dijo que su hermano, el Rey Morgant, mandaba por él, informándole la causa de ello. A Gérard no le preocupó mucho, porque ya le molestaba demasiado la permanencia en la prisión, por más bien que fuera tratado ahí. La bella Nathalie besó a Gérard en la boca y lo encomendó a la custodia de Mahoma. Tomándolo de la mano, salieron del palacio y lo entregó a los que habían venido a buscarlo. Gérard se despidió de la doncella, la que ni siquiera pudo decirle una sola palabra de despedida y regresó de inmediato a su habitación donde se deshizo en lamentaciones.

Nathalie hacía bien en llorar porque nunca más lo volvería a ver. Los mensajeros partieron y llevaron con ellos a Gérard. Se hicieron a la mar y navegaron hacia Trípoli, donde llegaron al campamento del Rey Morgant. Cuando ya estaban ahí, condujeron a Gérard ante el Rey, quien estaba en su toldo conversando con los barones. Gérard saludó muy cortésmente al Rey, quien tan pronto como lo vio le preguntó si sería tan valiente como para atreverse a combatir en un torneo contra un sarraceno. "Sí, Sire, le dijo Gérard, no me demoraré mucho en dejarlo muerto".

Cuando el Rey escuchó la gran voluntad de Gérard, sintió mucho aprecio por él y ordenó a los esclavonios que le guardasen toda consideración y le rindieran honor y cortesía; lo que así se hizo. Por su parte, el Rey Fabur de Moriena manifestaba gran aprecio y honor a Jean porque lo veía muy dispuesto a combatir. Llegó el día en que los dos hermanos se encontraron, como podréis oír más adelante.

Delante de la ciudad de Trípoli en Barbaria, de la cual hemos hecho mención, estaba el Rey Morgant quien la sitiaba. Durante la tregua, todos los días la gente de dentro de la ciudad iba al campamento de los sitiadores y los de afuera se paseaban dentro de la ciudad. Durante esta tregua, no se produjo barullo ni querella alguna entre ellos. Cuando llegó el día, cada uno de los ejércitos se retiró a su campo y se puso en guardia. El Rey Fabur envió un mensajero secreto al Rey Morgant, encargándole a éste decir que estaba preparado y listo para presentar a su campeón conforme lo había prometido. "Sire, dijo el mensajero, contaré al Rey Morgant lo que me habéis dicho". Después se despidió y partió hacia el campamento del Rey Morgant a quien encontró conversando con Gérard. Entraron en la tienda y el mensajero lo saludó con estas palabras: "Sire, he sido enviado aquí por el Rey Fabur para haceros saber que está preparado y listo para presentar a su campeón conforme lo había prometido y de acuerdo a lo mutuamente conversado". "Amigo, le dijo Morgant, de mi parte le dirás que antes moriría que incumplir lo que hemos hablado; y le dirás también de mi parte que lo que he dicho, lo tendré por firme y estable". El mensajero, habiendo oído la respuesta del Rey Morgant, partió del campamento y se dirigió donde el Rey Fabur, su señor, a quien contó todo lo que el Rey Morgant le había encargado decir. Entonces el Rey Fabur llamó a Jean y le dijo: "Cristiano, mañana en la mañana será la batalla entre vos y el sarraceno que debe presentar el Rey Morgant". "Sire, le dijo Jean, gran deseo tengo en mi corazón de que llegue ya el día; tengo aún más deseo de ello que de comer". Inmediatamente, sin decir más, fueron a cenar.

Por otra parte, delante de la ciudad estaba el Rey Morgant en su toldo donde le dijo a Gérard que en la mañana siguiente le correspondería combatir contra aquel a quien el Rey Fabur debía presentar. Gérard le contestó que estaba listo a hacerlo, lo cual le dio mucho gusto al Rey Morgant.

Dejemos de contar tantas cosas y vayamos directamente a la mañana en que, por orden de los dos reyes, fueron trazadas las lizas del campo para que combatieran los dos campeones. Llegada la hora, Gérard fue llevado ante el Rey Morgant, tendiéndose una muy bella y rica alfombra sobre la cual Gérard fue armado. Le colocaron la cota de malla y lo calzaron con muy ricos zapatos de acero, hechos de una magnífica malla,

todo del más fino acero que se podía encontrar. Después lo vistieron con el sobreveste que estaba hecho de un muy rico tejido de oro. Después le trajeron su destrero sobre el cual montó delante del Rey Morgant sin que se dignase colocar siquiera el pie en el estribo; por lo cual el Rey y los esclavonios lo aclamaron mucho diciendo que era una lástima que no se hubiera convertido a la ley de Mahoma. Después le trajeron el escudo, que cogió y lo colgó en su cuello. Luego le colocaron el yelmo, que era muy rico, encajándolo sobre su cabeza. Cuando Gérard se vio así armado y tan ricamente adornado y cubierto, se dijo a sí mismo: "¡Oh, mi verdadero Dios Jesucristo!. Te ruego que me quieras hacer la gracia de que al sarraceno contra quien voy a combatir lo pueda destrozar y matar". Así se decía Gérard, sin saber que era contra su hermano Jean que debía combatir.

Por su parte, Jean fue equipado y armado con todo lo que le hacía falta a un caballero para defenderse y combatir a su enemigo. Le trajeron su destrero y, en presencia del Rey Fabur, montó en él sin tomar ninguna ventaja. Con el escudo al cuello, el yelmo atado y la lanza al puño, partió de la ciudad y fue hacia el campo donde debía librarse la batalla.

Los dos reyes estaban sobre los estrados y los guardias habían sido colocados de un lado y de otro, a fin de que ninguno pudiera realizar ningún acto de traición contra el otro. Cuando Gérard vio entrar en el campo al campeón contrario, juró a Dios que a ese sarraceno ni siquiera se dignaría dirigirle la palabra. Y lo mismo pensaba Jean, su hermano. Al entrar al campo, los dos se miraron de manera muy feroz. Picaron espuelas a los destreros, bajaron las lanzas y se acometieron con tal fuerza que ninguna de las dos lanzas quedó entera, rompiéndose ambas de tal manera que las astillas volaron por el aire. Después echaron mano a las espadas con las que comenzaron a golpearse muy ferozmente, sin ahorrar fuerzas. El Rey Fabur, viendo la gran proeza de ambos vasallos, rogó a Mahoma que quisiera ayudar a su campeón. Lo mismo hacía el Rey Morgant respecto de su campeón.
Así como lo oís, se combatían los dos hermanos, cada uno tratando de matar a su compañero a fin de liberarse de su propia prisión; porque a ambos se les había dicho que si vencían, serían liberados de todo temor de muerte o de prisión. Jean levantó la espada en el aire creyendo golpear a Gérard, pero falló conforme Dios lo quiso; la espada giró en su mano y el golpe cayó sobre la cabeza del destrero de Gérard y, como Jean había colocado tanta fuerza, abrió la cabeza del destrero hasta el cerebro y éste cayó muerto todo a lo largo por tierra. Gérard, que rápidamente se había puesto de pie con la espada en la mano, juró a Dios que le vendería cara al sarraceno la muerte de su destrero. Este golpe había dejado muy apenado e irritado al Rey Morgant, mientras que el Rey Fabur estaba muy contento y no sin razón. Gérard levantó la espada y golpeó al caballo de Jean con la intención de matarlo; pero falló en el golpe que solamente cortó la oreja del caballo, rodando por tierra. Pero el destrero tomó tal temor que Jean no lograba acercarlo a Gérard; por lo que Jean tuvo gran dolor en su corazón. Se dio cuenta de que ya no podría combatir desde el destrero y también que sería una vergüenza combatir a caballo contra un sarraceno a pie. Por eso, golpeó al destrero con las espuelas hasta uno de los postes de hierro y saltó a tierra; con la espada en la mano, vino muy vivamente a provocar a su hermano, quien no se quedaba atrás.

Entonces, se batieron entre sí muy ferozmente, de tal manera que por el choque de las

espadas saltaban chispas de fuego. "¡Ay, Mahoma!", decía Morgant, "veo que mi campeón está aturdido y en mala situación, por lo que me temo que va a perder la vida". Gérard, muy dolido e irritado, extrañaba a su padre y a su hermano Jean a quienes jamás volvería a ver. Por otra parte, lo mismo hacía Jean, quien ponía todo su empeño en destruir y dar muerte a su hermano. Ninguno de los dos se dignaba decir palabra al otro. Gérard, lleno de ira y de irritación se acercó a su hermano, alzó la espada con las dos manos en el aire y golpeó a Jean, su hermano, sobre el yelmo, con un golpe tan fuerte y duro que tumbó a Jean, su hermano por tierra, totalmente aturdido. Cuando Morgant vio esto, se dijo: "¡Por la ley de Mahoma en la que creo!. Jamás en mi vida he visto un mandoblazo más hermoso. A pesar de que está mareado, se sobrepone porque es valiente y hábil. Es una gran pena que no sea creyente en la ley de Mahoma". Jean, quien de pronto se había encontrado en el suelo, rápidamente se puso de pie dolido e irritado e hizo una oración a Nuestro Señor para que le diera fuerza y poder a fin de vencer al sarraceno contra el que combatía; y se dijo que jamás en su vida había visto ni combatido a hombre más feroz. Por su parte, Gérard hacía también sus oraciones a Dios pidiéndole que le concediera la gracia de poder destrozar y dar muerte a este poderoso sarraceno a fin de liberarse de su prisión y continuar la búsqueda de su padre, Gillion. Después decía: "A mi hermano Jean, te pido Dios que queráis salvarlo y guardarlo. Porque si él supiera las grandes dificultades en las que ahora me encuentro, tendría el corazón triste y dolorido y se lamentaría que no hubiera placido a Dios que fuera él quien se encontrara en este campo ahora". Así Gérard hablaba consigo mismo. Por su parte, Jean pensaba en las mismas cosas. Pero uno y otro batallaban con tal valor que los sarracenos no podían dejar de maravillarse.

Los dos se atacaban de las más diversas maneras. Gérard dio un golpe a su hermano Jean con tal fuerza que la espada que llevaba en la mano se rompió en dos partes; de lo cual Gérard quedó muy confundido y dolorido en su corazón y no sin causa. Por eso, muy piadosamente, se puso a orar a Nuestro Señor. "¡Ah, Dios!", decía Gérard, "no hay duda de que me va muy mal cuando un sarraceno que no es creyente en la ley de Jesucristo me ha ultrajado y desarmado en combate. ¡Maldita sea la perra que lo llevó en su seno y el malvado mastín que lo engendró a quien habría que colgarlo de una horca!". Muy dolido e irritado estaba Gérard al ver su espada rota sobre el campo. Jean se acercó para pelear a dos brazos y se pusieron a luchar, empleando cada uno el máximo de su fuerza. Se entrelazaron de tal manera que ambos cayeron por tierra. Después se golpearon con los brazos, dándose de golpes en los yelmos y luchando con tal ferocidad que al verlos parecía que iban a devorarse. Cuando uno creía que iba a levantarse, el otro lo volvía a coger y lo echaba nuevamente por tierra; y así lucharon largamente hasta que plugo a Dios que Jean lograra colocar a Gérard bajo él. Entonces Gérard con gran ira en su corazón se puso a gritar: "¡Oh, mi verdadero Dios, que por mí quisiste morir en la Cruz, tened piedad de mí! Porque estoy seguro de que me corresponde perder la vida en manos de este sarraceno. ¡Ah, noble tierra de Trazegnies!, os corresponde quedar sin señor. ¡Ah, Jean hermano mío!, jamás vendrá el día en que me podréis ver de nuevo ni yo a vos, de lo cual tengo una gran tristeza en mi corazón. ¡Noble dama de Trazegnies, jamás me veréis! ¡Oh, dama desconsolada, habréis perdido a vuestros hijos y a vuestro marido!". Entonces Jean que estaba encima de su hermano con la espada en la mano, habiendo oído hablar a Gérard, le reconoció y le dijo: "Gérard, soy vuestro hermano. ¡Tanto nos hemos esforzado y era para luchar el uno contra el otro!. Conviene que veamos ahora la forma de escaparnos de los sarracenos". Entonces ambos se pusieron de pie y Gérard se arrodilló y quitó su yelmo y, delante de los sarracenos que allí estaban, se rindió como prisionero ante Jean, su hermano. Luego Jean lo tomó por la mano y lo llevó dentro de la ciudad; de lo cual el Rey Fabur sintió

gran alegría, mientras que el Rey Morgant tenía un gran dolor de haber visto en esta forma a su campeón derrotado y llevado a la ciudad. Entonces el Rey Morgant llamó a sus barones, emires y príncipes y les ordenó que se aprestaran para regresar a Esclavonia, tal como lo había prometido y jurado al Rey Fabur. Después de que el Rey Morgant hubo hablado a su gente, todos se prepararon para la partida. Tiendas y toldos fueron doblados y colocados dentro de las petacas y se hicieron a la mar, encontrando buen viento que rápidamente los alejó de esas tierras. Tanto navegaron que llegaron hasta su país; por su parte, el Rey Fabur estaba muy contento de verse en esta forma liberado del problema.

Cuando el Rey Fabur vio a Jean que traía al otro campeón, le presentó sus honores y le dio grandes demostraciones de aprecio. Entonces Jean le contó como ellos dos eran hermanos y cómo habían sido capturados juntos y separados después uno del otro. Cuando el Rey Fabur hubo oído la aventura de los dos hermanos y los peligros y azares que habían corrido, comenzó a alabar a Mahoma; y les dijo que si querían ayudarlo a él en sus guerras, él les juraba que les recompensaría de tal manera que quedarían muy contentos. Agregó: "Ya que el Rey Morgant se ha ido de esta manera, supongo que no regresará nunca más". Entonces Jean y Gérard le prometieron servirlo y luchar por él en todos los lugares que quisiera ordenar, salvo que se tratara de un combate contra cristianos. "Señores", les dijo el Rey, "no tengo ninguna intención de hacer una guerra; y si la tuviera, estaría muy contento que me acompañarais". El Rey los tomó por las manos y les manifestó nuevamente su aprecio, dando orden a su senescal que se le diera a los dos hermanos todo lo que ellos pidieran, aún cuando fuera la cosa más apreciada.

El Rey Fabur hizo escribir oficios y cartas que envió mediante mensajeros por todo el África y Barbaria a los reyes y emires con quienes se sentía pariente y a otros que eran sus aliados, solicitándoles que vinieran a Trípoli en Barbaria donde encontrarían una flota de navíos lista y equipada de todo lo que hubiere menester. Los mensajeros partieron y fueron a todos los sitios que el Rey Fabur les había ordenado.

Llegó el día en que siete reyes, todos juntos, llegaron a Trípoli en Barbaria. El gran Rey de Fez estaba acompañado por cien mil hombres; el Rey de Túnez, por cincuenta mil hombres; el Rey de Tremesem, por treinta mil hombres; el Rey de Bonne, por veinte mil hombres, el Rey de Granada y el Rey de Belmerin, por cuarenta mil hombres. Cuando llegaron delante de la ciudad de Trípoli, el Rey Fabur salió a recibirlos y les hizo grandes demostraciones de aprecio. Los hizo entrar a la ciudad, donde fueron recibidos con mucho júbilo. Después de que hubieron cenado, los reunió a todos juntos y les dijo: "Señores, sabéis muy bien la gran guerra y dificultades que hubo contra el Sultán de Babilonia. Pocos hay entre vosotros a quienes este hecho no haya disgustado o quienes no tengan hermanos, sobrinos o primos hermanos que han muerto delante de Babilonia. Por eso, si queréis ayudarme y venir conmigo y yo con vosotros, reuniendo el poderío que habéis traído con el que yo colocaré, podemos destruir totalmente al Sultán. Porque el Sultán carece del poderío y el poder de resistir por las armas un enfrentamiento con nosotros". Entonces, todos los reyes sarracenos prometieron servirlo, de la cual el Rey Fabur les agradeció. Se alistaron y se hicieron a la mar.

Jean y Gérard estaban muy contentos de encontrarse nuevamente juntos. A menudo hablaban entre ellos sobre la manera como podrían escapar de los sarracenos. Noche y

día rogaban a Nuestro Señor que quisiera ayudarlos porque si no aprovechaban esta ocasión no tendrían jamás otra. El Rey Fabur estaba muy contento de tenerlos a su lado. Tanto navegaron a viento y a vela que el Rey Fabur acompañado de sus reyes, siendo en total trescientos cincuenta mil sarracenos, entró en el río del Nilo donde navegaron de tal modo que llegaron a Egipto. Ya a lo largo del río comenzaron a destruir todo. Descendieron los caballos y las armas de los navíos e iniciaron el camino hacia Babilonia. A ellos los dejaremos estar por el momento y hablaremos ahora de los de Babilonia.

Capítulo XLVII

De cómo los dos reyes se pusieron de acuerdo y vinieron a sitiar Babilonia y de la batalla que hubo

Ya habéis oído por lo que antecede como los dos hermanos de Trazegnies volvieron a encontrarse y como fueron juntos con el Rey Fabur a Babilonia. Pronto fue advertida en Babilonia la llegada del nuevo ejército debido a los avisos que trajeron ciertos mensajeros que habían visto el avance del Rey Fabur y de los reyes a través de Egipto, asolando las tierras. El Sultán llamó a su consejo, donde se encontraban Gillion de Trazegnies, Hertán y la bella Graciana, su hija y a todos les hizo saber cómo sus enemigos habían entrado en su Imperio. Entonces, para darse prisa y acudir lo más rápidamente posible al encuentro de la aventura de sus enemigos, concluyeron en conjunto que debían enviar mensajeros a buscar a gente de armas y a gente a soldada, encomendándosele todo a Gillion. El Sultán se hizo escribir cartas y las envió por todo Egipto, por Persia, por Meda y por Siria. En poco tiempo, llegaron a Babilonia cinco reyes acompañados de doscientos cincuenta mil hombres. Pero en el tiempo que tardaron en llegar, ya los morianos, africanos, y barbarinos habían hecho una gran destrucción en Egipto, de lo cual Gillion de Trazegnies estaba muy dolido por no poderlos detener.

Por su parte, el Rey de Fez juró por su Dios Mahoma que con cien mil africanos valientes y hábiles haría una incursión delante de Babilonia. Alistó a su gente y llamó a sus corredores y les dijo a todos que para conseguir víveres para su campamento quería hacer una incursión sobre los babilonios. A lo cual uno de sus emires le dijo: "Sire, para una simple incursión no es necesario llevar tanta gente. Bastaría unos veinte mil hombres porque una cantidad tan grande como la que vos proponéis es imposible de ser llevada a la carrera". Pero el Rey de Fez, que era muy joven y que estaba deseoso de obtener loas y buen renombre, dijo que él mismo iría para conducir y llevar las tropas. De todo su ejército escogió veinte mil hombres entre los más expertos y valientes y se puso en camino hacia Babilonia, destruyendo y asolando a hierro y fuego y matando mujeres, hombre y niños, al punto que las lamentaciones y los gritos del pobre pueblo llegaron hasta el palacio de Babilonia donde se encontraba el Sultán y Gillion de Trazegnies. Cuando Gillion escuchó el clamor del pueblo, estuvo muy dolido. Ahí había uno que le dijo: "Ah, Sire, cosas muy duras podéis esperar porque los morianos destruyen el país de tal manera que si pronto no somos socorridos, no habrá oportunidad

jamás de recobrarse; muy rápidamente los veréis delante de esta ciudad".

Entonces Gillion hizo que se pregonase por toda la ciudad que todos debían armarse y montar sobre sus destreros; lo que hicieron muy diligentemente. Cuando todos estuvieron listos, vinieron ante el palacio donde encontraron a Gillion montado sobre su destrero. Una vez reunidos, Gillion decidió que había llegado la hora de salir de la ciudad; lo acompañaban doce mil hombres de los más expertos. A ellos Gillion les dijo: "Señores, soy de opinión que vayamos por este valle por donde estaremos cubiertos a fin de que podamos colocar a nuestros enemigos entre la ciudad y nosotros. Porque os digo que, en verdad, algunas veces la sutileza vale más que la fuerza". Los babilonios le respondieron en conjunto que él decidiera como mejor le pareciera, ya que ellos estaban dispuestos a hacer lo que él ordenara. Entonces Gillion llamó a Hertán y le encargó llevar el estandarte, pidiéndole que se tuviera siempre cerca de él. Después comenzaron a cabalgar en silencio por el fondo del valle y pasaron tan cerca de sus enemigos que pudieron verlos cargados de rapiña y de presas de toda clase de bienes en sus caballos, mulas, carros y carretas. También vieron que detrás de las carretas llevaban amarrados y encadenados a hombres, mujeres y niños. Los invasores hacían tanto ruido que era una maravilla oírlos, porque creían haber ya ganado el país.

Cuando se vieron atacados por la carga de los hombres de Gillion, siempre gritando y haciendo bulla regresaron hacia sus tiendas para protegerlas. Gillion había ordenado su gente de manera de poder recibir al enemigo. El Rey de Fez hizo que todas las carretas y equipaje fueran colocadas delante de él. Luego miró el valle y divisó al batallón de Babilonia, creyendo que se trataba del Rey Fabur que venía a su encuentro, ya que él no lo conocía. Y por eso se puso a decir que el Rey Fabur debía tener gran miedo y que nadie debía preocuparse. Y que pronto todos tendrían mucho júbilo en el corazón cuando se vieran cargados de víveres y de toda clase de bienes y riquezas.

Así como oís, el Rey de Fez cabalgaba hacia los babilonios, creyendo que se trataba del Rey Fabur. Cuando Gillion vio que se encontraban ya bastante cerca y que era tiempo de correr sobre ellos, él y sus hombres bajaron las lanzas y gritando "¡Babilonia!" en alta voz se lanzaron a la carga. Los africanos quedaron muy confundidos y no sin razón. Gillion bajó la lanza y le asestó un golpe a un africano con tal ira y furia que el hierro y la empuñadura atravesaron hasta el otro lado del cuerpo. Después, para desanimar a sus enemigos comenzó a gritar "¡Babilonia!", mientras que Hertán del otro lado abatía a un poderoso emir, primo hermano del Rey de Fez, que murió entre las patas de los caballos porque no pudo levantarse después de que fue tumbado por Hertán. Era una maravilla ver como Gillion y Hertán rompían las líneas de los enemigos. No había africano tan valiente que se atreviera a esperarlos; por lo que muchos comenzaron a desanimarse. Entonces, el Rey de Fez, para levantarles los ánimos, comenzó a gritar: "¡Adelante, sarracenos libres, pensad en vengar vuestros cuerpos y vidas, defendeos! ¡Recordad a vuestras mujeres y niños que habéis dejado en vuestras tierras!".

La batalla recomenzó con mucha ferocidad. Los babilonios se aproximaron a las carretas y mataron a todos los que las guardaban. Unos huían de un lado, otro huían del otro. Pero no sabían ir a sitio alguno donde no encontraran a babilonios. Todo el ganado y los víveres, todo lo que había sido empaquetado y cargado en las carretas por mil hombres, fue llevado al interior de la ciudad de Babilonia. Gillion y Hertán estaban en

la batalla donde se enfrentaban a tantos enemigos que tuvieron la peor parte de la jornada. Gillion de Trazegnies miró a su derecha y vio al Rey de Fez que acababa de matar a un babilonio, lo que le dio mucha pena. Cogió una gruesa lanza que vio que la tenía uno de sus hombres y la inclinó para ir al encuentro del Rey de Fez. Este, cuando vio llegar a Gillion, le vino también al encuentro como valiente caballero. Se golpearon mutuamente en los escudos con sus lanzas con golpes tan fuertes que éstas se rompieron en pedazos. Los golpes fueron tan fuertes y duros que ambos poderosos barones cayeron por tierra. Comenzó entonces un combate muy grande y feroz entre africanos y babilonios, ambos esforzándose para rescatar a su señor. Entonces apareció Hertán, con la espada en la mano, quien se metió entre los africanos. A uno le cortó un brazo, incluido el hombro, al otro lo abrió hasta los sesos. Tantas proezas hizo que lo quisieran o no los africanos, le entregó a Gillion un destrero sobre el cual este montó de inmediato. Después ambos cayeron sobre los africanos gritando "¡Babilonia!". Tantas proezas hicieron Gillion y Hertán que el Rey de Fez se rindió como prisionero en manos de Gillion; de lo cual los africanos quedaron muy dolidos y vieron bien que estaban perdidos y quizá muertos. Entonces Gilion tomó al Rey y lo llevó fuera de la batalla. Después lo hizo atar con cuerdas y llevar a Babilonia. Luego retornó a la batalla donde encontró a Hertán que estaba a pie, con su caballo muerto bajo él. Pero Gillion no logró acudir a tiempo y Hertán fue llevado por los africanos a sus tiendas; de lo cual Gillion tuvo tanta pena que poco le faltó para que se volviera loco. Con la gran ira que tenía, comenzó a tasajear africanos, de tal manera que todos estaban ensangrentados hasta las costillas. A todos los que encontraba por delante, sin esperar mucho los hacía morir con gran martirio. Pero todo ello no podía beneficiar a Hertán ni contribuía a verlo nuevamente. Entonces varios africanos huyeron a la carrera de la batalla y llegaron hasta el campamento donde comenzaron a gritar: "¡Oh, falsos morianos!. Si no vienen a socorrernos ahora, todos perecemos en manos de los babilonios. Venid a socorrer a nuestra gente que combate contra los babilonios, quienes han capturado al Rey de Fez y lo han llevado al interior de la ciudad". Entonces todo el campamento se estremeció y todos querían venir al encuentro de los babilonios. En realidad, ya era tarde porque de los veinte mil hombres que eran al comienzo, no escaparon ni dos mil; todo el resto fue capturado o muerto.

Gillion estaba en la batalla tan airado y de tan mal talante por el aprecio que tenía a Hertán quien había sido llevado a las tiendas de los invasores, que no tenía ninguna intención de retirarse sino que quería seguir combatiendo contra la nueva gente que venía a ayudar a los vencidos. Y hubiera terminado mal si un babilonio no le hubiese tomado el freno de la brida y le hubiera dicho: "Sire, tiempo es de retiraros; bien habéis necesidad. Si bien Hertán es prisionero, nada podéis hacer por el momento. Más bien, lo tendremos de nuevo a través de un canje con un prisionero de ellos". "Eso está por ver, dijo Gillion, pero si en vez de canjearlo deciden matarlo, jamás tendré alegría en mi corazón. Es el más valiente que hoy en día pueda ceñir espada". Pero Gillion se consoló pensando en el Rey de Fez a quien había hecho prisionero y por quien seguramente estarían dispuestos a canjear a Hertán. Hizo tocar a retirada y regresaron a Babilonia.

En ese momento llegaron los morianos, listos para combatir, creyendo que encontrarían a los babilonios. Cuando se encontraron en el campo de batalla, vieron la gran matanza de su gente que habían hecho nuevamente los babilonios. Extraordinarios fueron los gritos, las quejas y las lamentaciones que hacían al ver a su gente muerta.

Gillion entró en la ciudad de Babilonia y fue al palacio donde encontró al Sultán sentado sobre un lecho, a quien muy humildemente saludó y le dijo: "Sire, aquí os traigo al Rey de Fez, el cual os hago presente". El Sultán, con una amplia sonrisa, miró a Gillion y le dijo que era bien venido. Después Gillion le contó la manera como habían sucedido las cosas y la captura de Hertán que había sido llevado a las tiendas de sus enemigos, lo cual irritó mucho al Sultán. "Sire, le dijo Gillion, el Rey de Fez es vuestro prisionero. Si pudiera ser que a través de él tuviéramos nuevamente a Hertán, yo os aconsejaría que fuera devuelto". "Gillion, le dijo el Sultán, debido a vuestras grandes proezas habéis capturado y conquistado al Rey de Fez, a quien coloco en vuestras manos para que lo uséis según os parezca". Gillion le agradeció mucho y le dijo al Rey de Fez que si devolvían a Hertán, él lo dejaría ir en libertad, librándolo de su prisión. El Rey de Fez estuvo muy contento de escuchar a Gillion y le dijo que si querían dejarlo ir bajo su juramento y sobre su fe hasta sus tiendas, traería a Hertán a Babilonia sano y libre; y si la cosa era que ya lo habían matado, regresaría a la prisión donde harían de él lo que les pareciera. El Sultán le dijo: "Rey de Fez, la fama que siempre ha tenido vuestro padre y vos mismo es de hombría de bien, que siempre se ha advertido en vos. Este hecho debe bastar para que seáis creído y yo os creo; y así también lo hace Gillion, mi yerno, de quien sois prisionero". Entonces el Rey de Fez se hizo sangrar un dedo con los dientes para prestar juramento, prometiendo que jamás sería un juramento en falso. Después le trajeron vino, especies y carne de res. Luego le trajeron un destrero sobre el cual montó. Y, una vez que se hubo despedido del Sultán, se alejó hacia su campamento. Pero Gillion quedó muy dolido y con la duda y el gran temor de que el Rey de Fez no fuera fiel a su juramento ni a su promesa. Porque Gillion no tenía ninguna confianza en pagano ni en sarraceno, mientras que tenía gran miedo de perder a Hertán, su compañero; por lo cual no sabía qué pensar. Dolorida y molesta estaba Graciana, quien también lo extrañaba a menudo; porque debido al aprecio que Hertán tenía a Gillion y por los grandes servicios que le había hecho, deseaba mucho que fuera liberado y tenía gran temor de perderlo. De ellos dejaremos de hablar y contaremos algo sobre el Rey Fabur y los otros reyes, que estaban apenados y disgustados por la captura del Rey de Fez.

El Rey Fabur llamó a su consejo, en el que tomaron parte también los dos hijos de Gillion. Cuando los dos jóvenes entraron en la tienda del Rey Fabur, miraron a su alrededor y vieron a Hertán que estaba prisionero, amarrado a una estaca, a quien si hubieran conocido lo hubieran ayudado en lo que les hubiera sido posible. Hertán también los observó mucho porque eran tan apuestos que bien se veía por su aspecto que no eran morianos ni africanos. Allí estaba sentado el Rey de Túnez, primo hermano del Rey de Fez, quien comenzó a hablar en muy alta voz preguntando por qué y en base a qué razón se conservaba al prisionero babilonio y no se le hacía morir de inmediato. Varios de los que ahí estaban reunidos decían que tenía razón de pedir que se le hiciera morir. Entonces Jean de Trazegnies dijo al Rey Fabur que sería una mala idea matar al prisionero. Porque éste era un prisionero en batalla que había combatido por su patria y que había cumplido con su deber; por consiguiente, no se le debía hacer morir. "Sire, dijo Gérard, mi hermano os ha dicho una verdad y por mi parte creo que debería dársele de beber y de comer. Además, podría suceder que por él pudiéramos ver de nuevo al Rey de Fez, que está prisionero en la ciudad". "¡Por mi fe!," dijo el Rey Fabur, "estos dos jóvenes vasallos han dicho cosas ciertas y por eso quiero que la vida del prisionero sea respetada". Estas frases pusieron a Hertán muy contento. Después observó nuevamente a los dos jóvenes y se dijo a sí mismo en su corazón que ojalá los dos

fueran a Babilonia con Gillion y que aceptaran de corazón creer en la ley de Jesucristo y abandonaran la falsa y detestable ley de Mahoma. Así como lo oís, se hablaba Hertán a sí mismo.

El Rey Fabur le hizo traer algo de beber y de comer. Mientras comía, llegó el Rey de Fez quien descendió de su destrero y entró en la tienda del Rey Fabur donde encontró a todos los príncipes del ejército reunidos; todos manifestaron gran alegría por su llegada. Cuando el Rey Fabur lo percibió, vino hacia él con la intención de abrazarlo. Pero el Rey de Fez le dijo que se echara atrás hasta que le otorgara lo que venía a pedirle y que en caso contrario, le dijo, sabed en verdad que no sólo os rechazaré por toda mi vida sino que os haré la guerra. "Sire", le dijo el Rey Fabur, "no os preocupéis ya que muy grande tendría que ser la cosa para que yo os la rechazara. Decid lo que queréis, ya que quiero otorgaros a todos ustedes lo que me solicitáis si es que está en mi mano hacerlo". "Sire, le dijo al Rey de Fez, quiero que inmediatamente el prisionero que veo sentado en vuestra tienda sea liberado y enviado a Babilonia, porque así lo he prometido al Sultán. En caso de que vos no queráis, he prometido por mi fe y he jurado que regresaría a la prisión, ya que es sólo por el aprecio que le tienen a este prisionero que he sido liberado". "Sire", le dijo el Rey Fabur, "de buen grado os otorgo el pedido que me habéis hecho. Ved ahí al prisionero, que os lo doy para que hagáis con él lo que os parezca".

Hertán, que los había escuchado, tuvo gran alegría y fue inmediatamente desatado, vestido y engalanado muy ricamente. Después le trajeron un destrero sobre el cual montó y, luego de haberse despedido, partió. El Rey de Fez y los dos hijos de Gillion lo acompañaron hasta que estuvo fuera de las tiendas y mas allá de los estandartes. Al momento de partir, Hertán les prometió por su fe que si los encontraba en batalla y ellos estuvieran en cualquier peligro para sus cuerpos o sus vidas, la cortesía y bondad que habían tenido para con él les valdría una doble recompensa; por lo que los dos jóvenes le agradecieron. Hertán se despidió de ellos y fue a Babilonia, donde descendió del caballo delante del palacio. Subió, las gradas y entró en la sala donde se encontraba el Sultán, quien le hizo grandes demostraciones de aprecio. Lo mismo hicieron Gillion y la bella Graciana, quienes ambos, uno después del otro, lo abrazaron y le hicieron tanta fiesta como nunca se había visto. Entonces Hertán les contó toda su aventura y cómo había oído jurar al Rey Fabur que jamás se alejaría de la ciudad hasta que la hubiera destruido y puesto en ruinas.
Así como oís conversaban con el Sultán. Después de haber hablado un rato, el Sultán y Gillion se apoyaron sobre una ventana y miraron hacia los desiertos donde el aire y el cielo se veía muy oscuro, lo que jamás habían visto antes. Poco después el Sultán le dijo a Gillion que se trataba de una polvareda y que, al haberse levantado tal cantidad de polvo, el aire se había oscurecido. Pronto vieron un muy grande y feroz ejército que venía hacia Babilonia, cabalgando muy fuertemente. El estandarte principal llevaba, sobre un campo de oro, una cabeza de jabalí y una espada de plata clavada hasta la mitad. Entonces el Sultán riéndose le dijo a Gillion que era el Rey Fauseron, su primo, que lo venía a ayudar; y agregó que en adelante ya no temía al Rey Fabur. Después divisaron otro ejército que venía cabalgando a continuación del primero y que llevaba un gran estandarte levantado en el que, sobre un campo de plata, habían dos serpientes . Entonces, el Sultán comentó que veía llegar al Rey de Meda. Casi inmediatamente después divisaron todavía otro ejército cuyo estandarte era partido de oro y plata. "¡Mahoma!, dijo el Sultán, veo llegar al buen Rey Sorbrin de Antioquia, que es mi

primo hermano". Después observaron venir otro ejército muy grande y feroz, donde había más de cien mil hombres cabalgando muy ferozmente a través de los desiertos. Llevaban un estandarte muy grande y levantado muy en alto, que habían colocado sobre una carreta con cuatro ruedas. Sobre un campo de azur tenía tres cuervos volando. Cuando el Sultán lo distinguió, dijo: "Veo venir aquí al ejército del poderoso Rey de Persia, que también me viene a socorrer. Desdichado es quien no pone toda su confianza en Mahoma. Ahora bien puedo decir que no debo tomar en consideración al Rey Fabur ni a todo su poder".

Gran alegría tuvo el Sultán cuando se vio socorrido por todos sus parientes. Regresó a su palacio, acompañado por Gillion. Ahí convocó a su Consejo para preguntarle lo que debía hacer. "Sire, le dijo Gillion, si queréis aceptar mi consejo, yo enviaría inmediatamente y sin ninguna demora a vuestro mensajero donde el Rey Fabur con el objeto de decirle que pasados ocho días libraréis batalla contra él y que si es tan osado para atreverse a esperaros, lo iréis a asaltar a su campamento". Cuando el Sultán y los varones hubieron escuchado a Gillion, respondieron que su consejo era bueno y lo alabaron mucho. Hicieron venir a un mensajero a quien el Sultán ordenó que fuera a ver al Rey Fabur y le dijera de su parte que pasados ocho días podía estar seguro de tener batalla si se atrevía a permanecer todo ese tiempo y que lo iría a visitar en su campamento y lo echaría fuera del país de Egipto. Mientras tanto, le otorgaba una tregua de ocho días. El Sultán otorgaba esta tregua con el objeto de que los recién venidos pudieran descansar y refrescarse a su gusto.

Apenas el mensajero hubo oído la orden del Sultán, partió y llegó al campamento del Rey Fabur. Entró en la tienda de éste, a quien le contó en toda su amplitud lo que el Sultán le había encargado decir. Entonces el Rey Fabur, habiendo oído la exposición del mensajero que le había sido enviado por el Sultán, reunió en asamblea a su Consejo y les dijo lo que el Sultán le había transmitido. Todos estuvieron de acuerdo en aceptar la tregua y aprestarse para que el noveno día el Sultán los encontrara listos para el combate, comprometiéndose a que durante la tregua de ocho días no harían nada que pudiera romperla.

Así como lo oís, el Rey Fabur y su Consejo dieron la respuesta al mensajero del Sultán, quien se despidió y regresó donde éste.

Capítulo XLVIII

Aquí se habla de la gran batalla que hubo delante de Babilonia donde los hijos de Gillion fueron capturados por Hertán y de las maravillas que ellos

hicieron

Luego que el mensajero hubo partido de las tiendas del Rey Fabur, llegó un espía, que le dijo: "Sire, mal consejo habéis recibido de aceptar la tregua de ocho días, porque vuestro pueblo se enfriará durante este lapso". Y agregó: "Sabed en verdad, Sire, que en socorro del Sultán han llegado el poderoso Rey de Persia, el Rey de Meda y el Rey de Antioquia, sus parientes próximos. Ellos han traído tanta gente consigo que todas las tierras de la llanura y de la ciudad están cubiertas de hombres de armas y produce gran horror el solo hecho de verlos. Hay ahí más de ciento cincuenta mil hombres con el espíritu pronto y preparados para entrar en combate contra vos". Cuando el Rey Fabur escuchó al espía, tuvo gran congoja e ira y se puso a maldecir el día y la hora en que la tregua había sido acordada. Pero el Rey de Fez le dijo que era una locura arrepentirse ahora y que Mahoma los ayudaría y les daría apoyo para resolver sus problemas. Cuando Gérard y Jean de Trazegnies escucharon las conversaciones sostenidas entre el Rey Fabur y el espía que les contaba las noticias, muy quedamente se dijeron uno al otro que bien podría suceder que en estas grandes reuniones de sarracenos oyeran quizá nuevas de su padre Gillion; y que quizá había llegado la hora de saber si estaba con vida. Así conversaban los dos jóvenes entre ellos.

Por su parte, el Sultán de Babilonia y Gillion montaron sobre los destreros y fueron a recibir a los Reyes de Persia, de Meda y de Antioquía, a quienes saludaron muy cortésmente. Después los llevaron al palacio donde fueron grandemente festejados. Entonces el Sultán les contó la tregua que había pactado con el Rey Fabur que duraría ocho días, de modo que el combate se produciría el noveno día. "Cosa, dijo él, que he querido hacer a fin de que vuestras gentes puedan refrescarse y descansar del gran esfuerzo y pena que han sufrido para venir hasta aquí". Cuando los Reyes escucharon al Sultán, se pudieron muy contentos y le dijeron que había sido bien aconsejado. Los Reyes fueron alojados dentro de la ciudad y su gente en los campamentos donde estaban las tiendas y pabellones. El Sultán y Gillion los festejaron mucho, lo mismo que la bella Graciana, a quien ellos rindieron gran honor, así como a Gillion, su marido, al cual tenían gran deseo de conocer debido a todo lo que habían oído hablar de él.

Así como lo oís, pasaron los ocho días y al llegar el noveno día ordenaron sus batallones. El Rey de Antioquía rogó al Sultán y le solicitó que le otorgara el mando del primer batallón; lo que le fue concedido. El Rey de Meda solicitó conducir el segundo batallón; lo que también le fue acordado. El poderoso Rey de Persia quiso conducir el tercer batallón y el Sultán de Babilonia quiso conducir el cuarto y último batallón, acompañado de Gillion y de Hertán como su guardia personal. "Gillion, le dijo Hertán, muy mal nos va porque nos ha correspondido el último batallón". "Callaos, le dijo Gillion, llegaremos a tiempo; porque antes de que nos encontremos fatigados y de ni siquiera haber dado un solo golpe, habrán muerto cien mil sarracenos de un lado y de otro. Quiera Nuestro Señor que los dos bandos perezcan o se ahoguen en el mar y que nosotros, vos, yo y Graciana, mi mujer, podamos partir al Reino de Francia". "Quiera Dios que así sea", dijo Hertán.

Así como lo oís, el Sultán y los de su bando ordenaron sus batallones. Por su parte, el

Rey Fabur ordenó cuatro batallones que encargó dirigir a aquellos en quienes tenía más confianza. El personalmente condujo el cuarto batallón y con él estaban cuatro Reyes.

Cuando llegó el jueves, bien de mañana y un poco delante de sus tiendas esperaron a sus enemigos reunidos y acomodados en una muy bella disposición. Por su parte, los de Babilonia habían salido de la ciudad y, reunidos y ordenados, venían al paso aproximándose a sus enemigos. Gran algarada y ruido hacían al acercarse los dos ejércitos. Las trompetas, los tambores y los cuernos de olifante sonaban con tal fuerza que daba horror oírlos. Entonces de los dos lados se levantaron los gritos. Los arqueros comenzaron a tirar los dardos de manera que formaban una masa tan espesa en el aire que parecía que hubiese una nube encima de los ejércitos. El Rey de Antioquia y el Rey de Túnez, que conducían los dos primeros batallones, se aproximaron uno al otro y se embistieron con sus lanzas, golpeándose en los escudos tan ferozmente que los dos cayeron por tierra. Entonces acudieron sarracenos de ambos lados, que permitieron a los dos Reyes volver a montar sobre sus destreros; pero antes de que ello fuera posible, muchos quedaron muertos o heridos. Después el Rey de Antioquía dio al Rey de Túnez un tajo tan grande con su espada sobre el yelmo que lo abrió hasta los dientes; al retirar su espada, el Rey de Túnez cayó muerto por tierra. Cuando los africanos vieron la muerte de su Rey, se acercaron presurosamente al Rey de Antioquía para vengarlo; y éste hubiere sido muerto si no fuera por el Rey de Meda que lo socorrió. Entonces sonaron las trompetas y los cuernos de olifante. Gran espanto daba ver cómo los sarracenos se mataban unos a otros. Los campos estaban cubiertos y cubiertos de muertos y de desmayados. Muy grande fue la batalla y horrible de ver.

Entonces llegó un sarraceno donde el Rey Fabur y le dijo: "Sire, una gran pérdida habéis tenido hoy día con la muerte del Rey de Túnez". Cuando el Rey Fabur se enteró por el sarraceno de la muerte del Rey de Túnez llamó a los dos jóvenes de Trazegnies y les rogó encarecidamente que no lo dejaran y que se mantuvieran cerca de él, prometiéndoles que si podía escapar con vida de la batalla les permitiría regresar a su país o ir adonde quisieran porque quedarían libres. Los dos hermanos aceptaron, al ver que el Rey habían puesto toda su confianza en ellos. Ambos estaban muy ricamente armados y, antes de partir de Trípoli, habían hecho pintar las armas de Trazegnies sobre sus dos escudos a fin de que pudieran reconocerse; y también para que, si encontraban a su padre, éste pudiera reconocerlos.

Por entonces los batallones comenzaron a desordenarse y penetraron unos dentro de los otros. Los unos redoblaban los gritos de guerra entorno a su enseña, los otros ofrecían rescate para salvar la vida, los de mas allá se mataban entre sí. El Sultán aproximó su batallón. Gillion bajó la lanza y golpeó al Rey de Belmarin de tal manera que su lanza le atravesó el cuerpo y, al recuperarla, el Rey de Belmarin cayó muerto ante el caballo del Sultán. Entonces el Sultán penetró en la batalla gritando "¡Babilonia!". El Rey Fabur, habiéndose enterado de la muerte de dos de sus Reyes, tuvo gran temor. Entonces Jean de Trazegnies se puso a increparlo en voz muy alta: "Ah, Sire! ¿Qué esperáis?. ¿Por qué nos tenéis aquí en la retaguardia? Nosotros deberíamos estar en el primer frente de la batalla para socorrer a nuestra gente". "Fabur, le dijo Gérard, dadnos permiso a mi hermano y a mí para ir a matar a nuestros enemigos. De todas maneras estaremos atentos a vos, de modo que si nos necesitarais podríamos acudir a socorreros". El Rey Fabur les dio permiso ellos permitieron regresar donde él si los necesitaba. Gérard

llamó a Jean y le preguntó a favor de qué lado combatirían ya que todos eran sarracenos. "No lo sé, le dijo Jean, si no fuera por el peligro en que nos encontramos, yo estaría muy contento de combatir contra ambos bandos. Pero dado que estamos con el Rey Fabur, corresponde que ayudemos a su bando". "Hermano, le dijo Gérard, si él quiere que no le matemos a su gente, que venga al lado nuestro para enseñarnos a distinguirla. Porque yo no voy a hacer distinciones entre paganos ni esclavonios". Entonces, los dos jóvenes de Trazegnies penetraron en el combate donde hacían maravillas. Tanto hicieron que en poco tiempo sus espadas eran reconocidas por los babilonios. No había nadie que se atreviera a enfrentarlos, si es que no buscaba la muerte. Todos les huían. Aquellos que eran alcanzados por los dos jóvenes, no podían escapar a la muerte.

Por otra parte, estaba Gillion, su padre, quien iba por la batalla hiriendo y matando a todos los que podía alcanzar. Hertán, debido al gran deseo que tenía de matar sarracenos, encargó su enseña a un varón de su bando y penetró en el combate donde empezó a cortar brazos y hombros. Los tasajeaba y abatía tan valientemente que no había sarraceno alguno que se atreviese a acercársele. A uno le cortó el brazo, a otro el hombro. Todos los que le conocían, le abrían paso. Hertán penetró tan profundamente en la batalla que advirtió a los dos jóvenes en gran peligro de perder la vida, porque estaban rodeados. Gérard habían perdido el yelmo y le hubieran cortado el cuello si Hertán no hubiera estado ahí en ese momento. Apenas se aproximó, fue reconocido por su gente, entonces, gritó a los babilonios que evitaran hacer daño a los dos jóvenes ya que era gracias a ellos que, cuando había estado prisionero del Rey Fabur, le respetaron la vida; por lo que esta cortesía debía ser correspondida. Así, Hertán liberó a los dos jóvenes e hizo que le devolvieran su yelmo a Gérard. Después les dijo: "Hijos míos, id a la ciudad y permaneced ahí. Hablaré con el Sultán, quien los recibirá en su gracia y seremos compañeros juntos". Los jóvenes no aceptaron y se aprestaron a de Hertán. En ese momento llegó un sarraceno que golpeó a Hertán por detrás en forma tan extraordinaria que lo hizo caer del destrero a tierra. Entonces Jean de Trazegnies miró al sarraceno y vio que se trataba del Rey de Bonne. Se volvió contra él y le dio un golpe con su espada tan grande que lo derribó del destrero, al cual tomó por la rienda y lo llevó donde Hertán para que lo montara, quien le agradeció mucho.

Después Hertán penetró en la batalla y encontró a Gillion a quien le contó la aventura que había tenido y cómo había salvado de la muerte a los dos jóvenes y cómo después ellos lo habían ayudado a volver a montar. "¡Por mi fe!, dijo Gillion, si los tenéis en prisión, les demostraré que me han dado gusto con esta cortesía. Porque una bondad se paga con otra".
Así conversaban Gillion y Hertán. Luego entraron nuevamente en la batalla. Es así como Dios quiso que Gillion encontrara a sus dos hijos: por los escudos que llevaban al cuello, donde cada uno había pintado las armas de Trazegnies. Hertán desde un montículo le dijo a Gillion que delante de él podía ver a los dos jóvenes de los cuales le había hablado. "Hertán, le dijo Gillion, no sé de qué tierra ni de qué país pueden ser. Pero les veo llevar las armas de Trazegnies, familia de la cual yo soy la cabeza. Mucho me gustaría saber por qué circunstancias y en razón de qué causa llevan esas armas y de dónde han venido. Verdaderamente tengo gran deseo de saberlo". Mientras Gillion y Hertán conversaban de esta manera, Jean de Trazegnies vio al Rey de Meda delante de su padre y Hertán, y le asestó un tajo con la espada tan grande que echó por tierra el

brazo y el escudo; y del gran dolor que tuvo el Rey, cayó del destrero y murió entre las patas de los caballos. Después en alta voz Jean comenzó a gritar: "¡Trazegnies!". Luego Gérard atacó a Corardin, primer Chambelán del Sultán, a quien le dio un golpe tan grande que lo derribó muerto de su destrero. Luego se puso a gritar también "¡Trazegnies!", de todo lo cual Gillion estaba muy maravillado y se preguntaba el porqué. Le dijo a Hertán: "Yo quiero y os lo ordeno que hagáis todos los esfuerzos que sean necesarios para capturar a esos dos vasallos". Hertán le contestó que lo haría con gusto. "Ved, le dijo Gillion, que los podamos capturar con vida y que no se haga daño a sus cuerpos". Entonces Hertán, acompañado de veinticuatro hombres valientes y osados que eligió especialmente para ello, penetró en la batalla. Divisó a los dos jóvenes que combatían muy duramente tan urgidos por sus enemigos que Jean rompió su espada, por lo que quedó muy apenado y deprimido. Entonces Hertán, viéndolo en este peligro, ordenó a los que estaban con él que lo capturaran sin hacerle daño. En ese momento un caballero babilonio se aproximó a Jean con la intención de golpearlo. Pero Gérard lo advirtió y le dio un tajo con su espada tan maravilloso que lo abrió hasta los dientes, cayendo muerto delante de él. Muy grande y fuerte fue la batalla, pero Jean estaba muy fatigado. Gérard, su hermano, fue derribado de su destrero y hubiera sido muerto si no fuera porque Hertán que los observaba, les gritó a ambos que aceptaran rendirse ante él y que, si ello hacían, les darían una buena prisión sin que sufrieran pena ni dolor. Después les dijo que confiasen en él sin pensar en manera alguna que él quería engañarlos. Entonces Jean, viendo que no podrían escapar sin ser muertos o capturados y habiendo reconocido a Hertán, le dijo a su hermano Gérard que no había más remedio que rendirse y que debían colocarse a la merced de aquel a quien en otra oportunidad le habían hecho una cortesía. "¡Ah, hermano!, le dijo Gérard, bien me place que así lo hagamos". Entonces ambos se rindieron como prisioneros a Hertán, quien encargó a diez sarracenos que los llevaran a Babilonia ordenando al que mandaba el grupo que los entregasen a la bella Graciana de su parte y que dijeran a la dama que Gillion, su marido, pedía que a los dos prisioneros no se les hiciera ninguna descortesía ni se les colocara en una mala prisión. Este respondió que haría todo como se lo había ordenado.

Partieron inmediatamente, llevando a los dos jóvenes fuera de la batalla. Después entraron en la ciudad y llegaron al palacio donde encontraron a Graciana, quien los recibió muy alegremente y les preguntó noticias de su marido Gillion y del Sultán, su padre. Estos le respondieron que, con la ayuda de Mahoma y de Gillion, su marido, estaban ganando a sus enemigos. Cuando Graciana recibió a los dos prisioneros, los hizo vestir y engalanarse con ropa nueva y luego les dio de beber y de comer. De ellos hablaremos después y por ahora regresaremos a la batalla.

El Rey de Fez, lleno de ira y de mal talante porque veía que su gente retrocedía y perdía sitio, delante de Gillion le dio a un babilonio un golpe tan grande que lo derribó muerto de su destrero. Cuando Gillion advirtió la presencia del Rey soltó las riendas y alzó la espada con las dos manos dándole al Rey de Fez un tajo tan grande que le sacó la cabeza desde los hombros. En ese momento se acercó Hertán, quien le dijo a Gillion que los dos vasallos estaban ya capturados. Gillion le respondió que estaba muy contento de ello y que en la noche sabría por ellos la causa por la que llevaban sus armas y que, si no tenían ninguna buena razón, los haría morir a los dos. Después entraron nuevamente en batalla donde comenzaron a golpear.

Si quisiera contarles todas las proezas y los grandes hechos de armas de Gillion y Hertán, mucho podría decirles. Pero basta señalar que toda la pérdida y el daño recayó sobre los morienos. El Rey Fabur, viendo a su gente en desbandada y sabiendo que todos los Reyes que habían venido con él estaban muertos, sintió gran duelo en su corazón. Entonces gritó a su gente que emprendieran la retirada junto con él y que tomaran el camino de sus barcos, tratando de salvarse. Pero Hertán corrió tras él, gritándole: "¡Falso sarraceno desleal!. Gran vergüenza debes tener por huir. Voltea hacia mí. Te presento mi escudo y te invito a golpear sobre él. Y si rehúsas el combate, te mataré huyendo; lo que será un baldón para ti y tus amigos". Cuando el Rey Fabur escuchó a Hertán, se dio media vuelta y lo apuntó muy ferozmente con su lanza. Los dos bajaron sus lanzas y se golpearon ambos con tal fuerza que los dos cayeron de sus destreros por tierra. Inmediatamente se reunieron ahí morienos y babilonios, cada uno tratando de ayudar a su bando. Tanto hicieron unos y otros que el Rey Fabur y Hertán fueron colocados nuevamente sobre sus destreros. El combate prosiguió muy fuerte y horrible. Hertán gritaba "¡Babilonia!" y el Rey Fabur gritaba "¡Moriena!" para levantar el ánimo de su gente. Pero mal le hubiera ido a Hertán si no hubiera acudido Gillion en su socorro. Porque morienos que llegaban de todas partes lo habían rodeado y acosado de tal manera que ya casi no tenía fuerzas para defenderse. Gillion le gritó que se sostuviera y que inmediatamente acudiría a ayudarlo. Gillion se acercó muy colérico, con la espada en la mano teñida y ensangrentada con la sangre de sus enemigos, se arrojó en medio de los que rodeaban a Hertán y, divisando al Rey Fabur, se acercó a él y le di un golpe con la espada sobre el yelmo tan grande que poco faltó para que lo hiciera caer por tierra. Cuando el Rey Fabur sintió el golpe que Gillion le había dado se dijo que poco se apreciaría a sí mismo si no se lo devolvía igual. Alzó la espada con las dos manos y le dio a Gillion un golpe sobre el yelmo tan fuerte que lo derribó totalmente aturdido por tierra. Cuando Gillion se vio en el suelo, se levantó vivamente con la espada en la mano y el escudo colocado y se acercó al Rey Fabur, siempre defendiéndose muy vigorosamente. Pero su defensa y sus grandes proezas le hubieran valido de poco si el Sultán no hubiera acudido a socorrerlo. Este regresaba a la ciudad; y cuando se encontraba en camino escuchó gran ruido y gritos. Preguntó qué es lo que sucedía y le dijeron que los enemigos habían cercado a Gillion y a Hertán. Entonces el Sultán con gran prisa regresó a la batalla donde Gillion estaba, espada en mano, defendiendo su cuerpo y su vida y gritando "¡Babilonia!". El Sultán lo escuchó y vino rápidamente al lugar en que se encontraba, rompiendo el cerco y abatiendo y confundiendo sarracenos. Delante del Rey Fabur, mató al Rey de Granada. Después tomó el destrero de éste y lo entregó a Gillion quien muy prontamente montó sobre él. El Sultán le dijo: "Gillion, bien me recuerdo que una vez me hicistéis una cortesía similar y ahora me siento obligado a hacer lo mismo. Tomad el destrero y pensad en vengaros". "Sire, le dijo Gillion, con esta cortesía que me habéis hecho os quedo obligado por el resto de mi vida".

Gillion quedó muy contento por su aventura y, en cambio, el Rey Fabur quedó muy dolido de haber regresado, cuando ya estaba en camino a sus naves; sobre todo cuando comprendió que no le quedaba otra cosa que defenderse como valiente vasallo. Maravillosos fueron los hechos de armas y las altas proezas que hicieron Gillion y Hertán; porque no quedó ningún Rey ni Emir de la compañía del Rey Fabur que no terminara sus días. El Rey Fabur comenzó a maldecir a Mahoma. Gillion de Trazegnies, que estaba muy deseoso de vengarse del Rey Fabur, tomó una gruesa lanza de las

manos de un sarraceno, la apoyó sobre el caballo y golpeó con ella al Rey Fabur en medio del cuerpo con tal fuerza y poder que lo atravesó. El Rey Fabur cayó por tierra donde miserablemente terminó sus días entre los muertos. Cuando los morienos vieron que su Señor había muerto emprendieron la huída, unos de un lado, otros de otro. Pero no había lugar en que no fueran muertos por los babilonios, quienes estaban muy contentos de haber destruido a todos sus enemigos. Los babilonios fueron hacia las tiendas y se repartieron tantas cosas y riquezas que la mayor parte de ellos se volvieron ricos.

Capítulo XLIXA

De cómo los jóvenes de Trazegnies conversaron con su padre y del regreso que hicieron a Hainaut

Así como lo oís, los dos jóvenes de Trazegnies encontraron a Gillion, su padre, en la ciudad de Babilonia, donde hubo gran alegría por su llegada. Entonces los dos jóvenes contaron a su padre todas las aventuras que les habían ocurrido. Le contaron cómo llegaron a Chipre y cómo partieron de ahí. Luego cómo sarracenos, bandidos y corsarios de mar, los capturaron y los separaron, llevando a Gérard donde el Rey Morgant de Esclavonia y a Jean donde el Rey Fabur. Después le hablaron del combate que tuvieron uno contra el otro y de cómo se habían reconocido. Contaron a su padre todo lo que les había sucedido desde su primera juventud, sin olvidar nada.

Mientras Gillion oía a sus dos hijos contar sus aventuras, no dejaba de maravillarse debido a su juventud. Muy devotamente se puso a agradecer a Nuestro Señor y dijo que debía de estar muy contento en su corazón por el hecho de que Nuestro Señor le hubiera enviado dos hijos como esos.

Si quisiera contaros la alegría y la fiesta que representó ese día para el padre y los hijos, os aburriría con todo lo que hay que decir. Gillion les juró y prometió que, tan pronto como pudiera partir de ahí, irían al país de Hainaut. "No sé todavía como es que puedo hacerlo. Tendría gran alegría en mi corazón si lograra que el Sultán me permitiera ir. Si no puedo encontrar medio alguno de convencerlo, con la ayuda de Nuestro Señor encontraré la forma de partir". "Sire", le dijo Graciana, "sabed que sin mí no partiréis. Me habéis tomado como mujer y esposa. Gracias a vos seré bautizada y educada en la fe de Jesucristo. Nunca os abandonaré, sino que iré con vos y serviré a vuestra primera dama y esposa mientras Dios por su gracia me dé vida". "Bella", le dijo Gillion, "no hubiérais podido decir palabra alguna que me diera más satisfacción". Con lágrimas en los ojos, se besaron uno al otro. Cuando Hertán los escuchó, les dijo de manera muy firme que iría con ellos y que nadie sino Dios lo podría hacer desviar de su decisión. Así, mientras el padre y los hijos reunidos festejaban su encuentro en la habitación de Graciana, entró el Sultán a quien le contaron la manera como el padre y los hijos se

habían reconocido. Luego Gillion y sus hijos, quitándose las palabras unos a otros, le contaron todas las aventuras que habían tenido desde que dejaron el país de Hainaut del cual venían. Cuando el Sultán los hubo escuchado, no pudo dejar de maravillarse y les rindió gran honor a estos dos jóvenes. Por el aprecio que les tenía a ellos y a su padre, decidió que habría Corte plena. La fiesta duró seis días. Cuando llegó el día séptimo, los Reyes y Emires que habían venido a la fiesta se despidieron del Sultán y cada uno se fue a su propio país.

Gillion y sus dos hijos permanecieron aproximadamente medio año juntos, residiendo en Babilonia con el Sultán. Sucedió que un día el Sultán estaba apoyado en las ventanas de su palacio. Se acercó Gillion a él y muy humildemente le dijo: "Sire, es una verdad el hecho de que hoy en día no existe Príncipe tan grande en el mundo, creyente en vuestra ley, que sea suficientemente valiente y osado para atreverse a haceros la guerra. Todo vuestro imperio y vuestros reinos, incluyendo los de vuestros amigos, están en paz y seguridad. No existe hombre alguno que quiera desatar vuestra ira. Por eso, Sire, como sé que por el momento todo está en paz, quisiera pediros y rogaros que, superando todos los placeres que me habéis dado hasta ahora, me permitáis regresar con mis dos hijos al país de Hainaut de donde procedo. Estaba convencido de que mi mujer, que es la madre de estos jóvenes, había abandonado esta vida mortal. Os he servido lo más lealmente que he podido. Quisiera llevar conmigo a Graciana, mi mujer, y a Hertán, prometiéndoos por mi fe y por la ley de Jesucristo en la cual soy creyente que si os sobreviene alguna guerra o problemas y me lo hacéis saber, no quedaré en mi país ni un solo día más después de haberlo sabido sin venir a serviros en la misma forma como lo he hecho hasta ahora". Cuando el Sultán escuchó a Gillion, se puso muy apenado y triste. Quedó un buen rato pensando. Después le respondió a Gillion que pediría consejo sobre este pedido a sus barones y que pronto le haría conocer la respuesta. "Sire", le dijo Gillion, "sea como a vos os plazca". Entonces el Sultán se retiró a una habitación donde había mandado llamar a sus barones y consejeros a quienes les planteó el pedido que Gillion le había hecho y que maravilló a todos. Discutieron mucho pero al fin todos estuvieron de acuerdo en una sola conclusión, así como Dios lo había querido: el Sultán podía dejar partir a Gillion, reteniendo su promesa de regresar a Babilonia en el caso de que el Sultán tuviera una guerra y se lo hiciera saber. Después de terminado el Consejo, el Sultán y todos sus barones regresaron al palacio donde encontraron a Gillion y a sus hijos que con gran inquietud esperaban la respuesta. El Sultán llamó a Gillion y le dijo que su Consejo había hablado y que tanto el Consejo como él mismo estaban de acuerdo en que Gillion, su mujer, sus dos hijos y Hertán podían ir a su país, siempre que jurara por su propia ley que si el Sultán tenía cualquier problema y se le hacía saber, dejaría cualquier otra cosa y regresaría a Babilonia para servirlo. Gillion prometió al Sultán que así lo haría y le agradeció.

Se alistaron y se procuraron de todo lo que les hacía falta. Muy grandes y ricos regalos, que eran una maravilla, les hizo el Sultán a Gillion, a su mujer y a sus dos hijos. Tanto oro y riquezas les regaló que sería una maravilla decirlo. Cuando tuvieron todo y provistos de guías y de gente para conducirlos, hicieron empaquetar y cargar sus tesoros y riquezas sobre caballos y mulas, camellos y dromedarios. Una vez que estaba todo listo, fueron a despedirse del Sultán quien se emocionó mucho y le dijo a Gillion que le recomendaba especialmente el cuidado de su hija, a quien llorando la besó muy tiernamente. Después abrazó a Gillion y a sus dos hijos y los encomendó a Mahoma. Luego se despidieron de los barones, quienes los acompañaron hasta cuatro leguas fuera

de la ciudad. En Babilonia hubo gran duelo cuando vieron que se iba Gillion y Graciana, su mujer. Ya en el campo, se pusieron en camino y atravesaron los desiertos llegando a Belén, donde fueron a hacer sus ofrendas. Después llegaron a la Ciudad Santa de Jerusalén, donde besaron el Santo Sepulcro de Nuestro Señor e hicieron muy bellas ofrendas. El día siguiente dejaron Jerusalén y llegaron a Nablus, después pasaron por Jennyn y llegaron a Nazareth, el lugar donde el Ángel Gabriel trajo la anunciación a la Virgen María; donde practicaron sus devociones e hicieron sus ofrendas. Al día siguiente fueron a dormir a la ciudad de Acre. Una vez ahí, la gente del Sultán que los había acompañado, tomó una nave de genoveses, en la cual se embarcaron Gillion, su mujer, sus dos hijos y Hertán. Una vez cargado su equipaje, se despidieron de la gente del Sultán, que hasta ese momento los había acompañado y guiado. El patrón de la nave estaba muy contento de llevar a Gillion debido a que el Sultán y su gente lo habían recomendado tanto; y él tenía grandes deseos de complacer al Sultán. Por eso se esforzó para que Gillion y sus acompañantes estuvieran a gusto y tuvieran el servicio que les hacía falta.

El tiempo era hermoso y claro. Cuando llegó la mañana, al inicio mismo del día, el patrón ordenó levar anclas y levantar las velas. El viento fue suave y los llevó en día y medio al puerto de Limosol en Chipre donde ese día estaba el Rey, a quien le anunciaron inmediatamente la noticia de que sobre la nave de genoveses habían llegado los dos hermanos que en anterior oportunidad le habían tan lealmente servido en la guerra. Cuando el Rey lo supo, envió a su Condestable y a un grupo de Caballeros y les pidió que trajeran ante él a los dos hermanos y a todos los que con ellos estaban. Al llegar al puerto los mensajeros del Rey encontraron a Gillion, su mujer y a los dos jóvenes, que habían descendido a tierra. Se acercaron a los dos jóvenes, los abrazaron y les preguntaron quién era el caballero que venía con ellos. Contestaron que era su padre, aquel que tanto tiempo habían buscado. Entonces se acercaron a Gillion y le dieron la bienvenida, lo mismo que a Graciana, su mujer. Todos juntos fueron donde el Rey, quien los recibió con gran alegría y les preguntó a los jóvenes sobre las aventuras que habían tenido después de que habían partido de Chipre. Jean se puso a contarle todas sus fortunas y aventuras y cómo habían encontrado a su padre en Babilonia, quien estaba con ellos. Cuando el Rey lo vio y supo que era Gillion, el padre de los jóvenes, lo abrazó y le dio grandes demostraciones de aprecio, tanto a él como a su mujer Graciana, agradeciéndole por los grandes servicios que sus dos hijos le habían prestado. "Sire, le dijo Gillion, mucho me place que os hayan prestado servicio y que éste os haya sido agradable". Entonces fueron muy festejados por todos los caballeros y varones que ahí se encontraban. Mucho honor le rindieron a Graciana el Rey y la Reina de Chipre y muchos regalos y presentes fueron hechos a Gillion y a sus hijos. Después de haber permanecido en Chipre durante seis días, se despidieron del Rey y partieron. El Condestable y los señores de la Corte los acompañaron hasta su nave y los proveyeron de vinos, carne, pan fresco y galletas. El Condestable se despidió de Gillion, de sus dos hijos y de Hertán y, junto con los demás caballeros, regresó a la Corte.

Ya embarcados Gillion, su mujer, sus dos hijos y Hertán, al llegar la media noche el patrón hizo levantar las velas y cogieron un viento suave. Navegaron sin ningún incidente y en pocos días llegaron al puerto de Nápoles. Ahí desembarcaron y compraron caballos y mulas para cargar todo su equipaje. Después se despidieron del patrón y le pagaron muy bien por el viaje, lo que éste les agradeció. Después de pasar dos días en Nápoles, ya refrescados tomaron el camino de Roma. Cuando llegaron ahí,

se alojaron en una posada donde el posadero y la posadera los recibieron muy bien. Después, a la mañana siguiente, fueron a ver al Santo Padre con quien Gillion, Graciana y Hertán se confesaron y recibieron la absolución de sus pecados. Luego, dentro de la Iglesia de San Pedro hicieron colocar una gran cuba llena de agua en la que el Santo Padre bautizó a la bella Graciana y a Hertán. A Graciana no le cambió el nombre, pero Hertán recibió el nombre de Enrique ; y dice el documento o libro del cual he tomado esta historia, que una hora después de bautizado Hertán moría, lo que dejó muy tristes a Gillion, Graciana y a sus dos hijos, Jean y Gérard. Lo hicieron enterrar en la Iglesia de San Pedro con un servicio fúnebre muy notable.

Muerto Hertán y realizadas las pompas fúnebres, Gillion se despidió del Santo Padre y, partiendo de Roma, cabalgaron por Toscana y Lombardía, pasaron al lado del Monte de Monjou y entraron en Saboya y luego en Borgoña, para de ahí llegar a Namur y entrar en Brabante.

Llegados a Brabante, Gillion pidió a un gentilhombre que lo acompañaba y a quien había encontrado en el camino, que fuera a Trazegnies para anunciarle su llegada a la Dama Marie, su mujer. El gentilhombre, deseoso de cumplir rápidamente con el servicio que Gillion le había solicitado, partió de inmediato y se esforzó tanto que llegó hasta el Castillo de Trazegnies. Una vez ahí, como hombre prudente y moderado, saludó a la dama y le dijo que había oído que sus dos hijos habían encontrado a Gillion, su padre, y que en breve debían retornar; no le quiso decir de inmediato que Gillion lo había enviado porque ha sucedido otras veces que las mujeres han muerto de alegría. Cuando la dama escuchó el mensaje, se puso muy contenta y lo interrogó muy cuidadosamente sobre el lugar en que podían encontrarse y si estaban todavía al otro lado del mar. El escudero le contestó que no, que ya habían atravesado el mar porque él había visto a una persona que había hablado con ellos. Así dejó a la dama durante más de tres horas pensando en la llegada de su marido y de sus dos hijos. Después le dijo: "Señora, podéis estar segura de que mañana después del almuerzo, vuestro marido, y vuestros dos hijos estarán aquí en el Castillo de Trazegnies". "¡Ah, mi amigo!, le dijo la dama, ¿es realmente como vos decís?". "Mi señora, le dijo el escudero, os he contado la pura verdad". Entonces la dama tuvo tal alegría que abrazó al escudero y le hizo grandes demostraciones de aprecio. Después hizo preparar y engalanar el castillo y envió mensajeros a los caballeros y escuderos vecinos para que ellos, con sus mujeres y sus hijas la acompañaran a recibir a su marido.

Todos llegaron con gran alegría en el corazón al saber las noticias. El día siguiente, después del almuerzo, Gillion y sus acompañantes llegaron al Castillo de Trazegnies. Se apearon y la noble dama muy noblemente acompañada vino a presentarse ante su Señor, quien la tomó en sus brazos y la besó muchas veces. Después la noble dama besó a sus dos hijos y luego besó y festejó a la bella Graciana. La comida estaba lista y se sentaron a la mesa. Gillion se sentó en medio de sus dos mujeres y fue durante toda la comida servido por sus dos hijos. Terminada ésta, se levantaron de la mesa y muy cortésmente Gillion habló con la Dama Marie, su mujer, y le dijo: "Mi muy querida amiga, cuando estaba por esas lejanas tierras, un caballero llamado Amaury me informó que vos habíais muerto de parto. Debido al gran dolor que tuvo con esta noticia, juré no regresar nunca más al país de Hainaut. Luego me volví a casar con esta muy noble dama que

veis aquí presente, la que me salvó la vida porque estaría muerto si no fuera por ella. En Roma la hice bautizar y quiere servirme lealmente para siempre. Sin embargo, os juro que mientras vos viváis, no la tocaré". "Sire", le dijo la Dama de Trazegnies, "ya que ha sucedido lo que decís y que os habéis vuelto a casar con esta dama y que ella os ha salvado la vida, no gustaría a Dios que yo tenga relaciones con vos ni que os dé compañía. Por ello, quisiera entregarme al servicio de Nuestro Señor en una Abadía de monjas, donde rogaré por vos durante el resto de mi vida". "Dama", le dijo Graciana, "no gustaría a Dios que yo cause daño a las relaciones con vuestro leal señor". Así las dos damas estuvieron de acuerdo en que ambas el día siguiente se entregarían al servicio de Dios en la Abadía de la Oliva, donde se encerrarían sin salir por el resto de sus días.

Por su parte, Gillion de Trazegnies, con el consentimiento del Conde de Hainaut y de los barones, distribuyó todas sus tierras y señoríos entre sus dos hijos. Luego dejó Trazegnies y se fue a servir a Nuestro Señor a la Abadía de Cambron, lugar en donde muchas veces el Conde de Hainaut y los barones, sus parientes y amigos, lo venían a visitar maravillándose de las aventuras que había vivido.

La muerte de Gillion

Capítulo XLIX B

De cómo los jóvenes de Trazegnies conversaron con su padre y del regreso que hicieron a Hainaut (continuación)

Ese mismo año murieron las dos damas, esposas de Gillion de Trazegnies; y dice la historia que después de su muerte, Gillion hizo levantar tres tumbas en la Capilla de Herlaiemont, escogiendo una para él porque quería yacer entre sus dos mujeres. Otorgó asimismo una muy buena renta a la Capilla a fin de que todos los días se orase por él y por sus dos damas, sus mujeres y esposas.

Aproximadamente un año después de que ellas murieron, llegó un mensajero enviado por el Sultán, quien enviaba a buscar a Gillion porque varios Reyes sarracenos, luego de que supieron que Gillion había partido, habían iniciado una gran guerra contra el Sultán. Es por eso que el Sultán lo había enviado a buscar urgentemente. Gillion había jurado que iría a socorrerlo; y además, no podía realizar un más bello servicio a Dios que destruir y matar a aquellos que no creían en Él. Se alistó, pues, y vino a Trazegnies donde tomó el oro y la plata necesarios para sus gastos y partió el sexto día. Sus hijos lo acompañaron y luego, llorando, se despidieron de él. Gillion se esforzó tanto en sus jornadas por tierra y por mar que pronto llegó a Babilonia donde el Sultán lo recibió con gran alegría. Colaboró con el Sultán en la guerra de tal manera que subyugó y sometió a

la obediencia del Sultán a todos sus enemigos. Pero en una batalla recibió una herida muy grande por la que tuvo que guardar cama. Y viendo que llegaba su fin y que le sería imposible escapar de la muerte, rogó al Sultán con mucha insistencia que después de su fallecimiento procediera a retirar su corazón de su cuerpo y lo enviara a Trazegnies para que fuera colocado en la tumba que había sido preparada para él, en medio de sus dos mujeres. El Sultán llorando le prometió que así lo haría, como efectivamente lo hizo; y su corazón fue llevado y colocado en la tumba que para eso él había mandado hacer.

Aquí termina la verdadera historia del valiente Gillion de Trazegnies de quien si alguien quiere saber más, puede ir a la Abadía de la Oliva donde su corazón yace entre las tumbas de sus dos mujeres a quienes Dios guarde en su piedad. Amén.

FIN

La Abadía de la Oliva

Renaud est descendu de son cheval

Frappé parmi le corps de quatres dards tranchants.

Quand il se vit mort, quelle douleur, quelle colère!

Il tire une dernière fois son epée, ajuste son écu,

Et tous ceux quíl atteint sont morts.

Mais le sang de ses plaies coule trop abondant,

Il ne sait plus aider, tombe a terre.

Alors il s'adresse au Seigneur Dieu et a ses Vertus:

« Glorieux Sire père, qui fut et sera toujours,

Prends pitié de mon ame, car le corps est perdu ».

Se tourne vers la France, lui fait cinq cents saluts.

L'âme s'en est allée. Le corps reste étendu

Et les Anges qui l'emportent au ciel chantent:

Te Deum laudamus.

La Chanson d'Antioche

FIN